



OLIVIA DARCY

Corazón de
HIELO

SERIE CORAZONES DE LA MAFIA

CORAZÓN DE HIELO

CORAZONES DE LA MAFIA

LIBRO 1

OLIVIA DARCY

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[EPÍLOGO](#)

Copyright © 2024 por Olivia Darcy

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Me gusta escribir y me gusta que me lean, y me encantaría que me siguieras en Amazon para estar al tanto de mis lanzamientos.

Y millones de gracias por tener este libro entre tus manos.

Escanea el código QR



O pulsa [AQUI](#)

PRÓLOGO

ADRIANO

«¿Qué cojones me está pasando?»

Estoy apoyado en mi coche, un BMW negro que grita discreción, frente a la salida del centro comercial. El cigarrillo entre mis dedos se consume lentamente mientras espero. Mi objetivo: Elena Bianchi, veintidós años, pelo castaño y, según el informe, una sonrisa capaz de iluminar una habitación entera. Qué gilipollez.

El reloj marca las seis en punto. Puntual, como siempre. La veo salir y, joder, el informe se queda corto. Esa sonrisa... Es como si el puto sol hubiera decidido bajar a la tierra y meterse en su boca. Lleva unas bolsas en las manos y camina con un paso ligero, casi saltando. ¿Cómo puede alguien estar tan feliz por unas simples compras? Sacudo la cabeza. Céntrate, Adriano.

Dejo caer el cigarro y lo aplasto con la punta del zapato. Mi mano se desliza hacia la pistola que llevo en la cintura. Es el momento. Un trabajo limpio y rápido, como siempre. He hecho esto cientos de veces. No debería ser diferente.

Pero algo va mal. Mis dedos no responden. Elena pasa frente a mí, su pelo ondeando con la brisa, y yo me quedo paralizado. El aroma de su perfume me golpea como un puñetazo en el estómago. Dulce, pero no empalagoso. Fresco. Vivo. ¿Qué coño...? Nunca he fallado una misión. Nunca.

La observo alejarse, incapaz de moverme. Se detiene en un puesto de flores y compra un ramo de margaritas. La veo sonreír al florista, charlar animadamente. ¿De qué coño hablarán? ¿Por qué me importa?

Antes de darme cuenta, ella ya está lejos. La oportunidad se ha esfumado y yo sigo aquí, como un puto principiante en su primer día. Me paso la mano por el pelo, frustrado. ¿Qué me está pasando? Soy Adriano Caruso, por el amor de Dios. No dudo. No fallo.

Conduzco hasta casa con los nudillos blancos de apretar el volante. La rabia y la confusión se mezclan en mi estómago como una coctelera de emociones que no sé manejar. El tráfico de Nueva York no ayuda. Claxons, gritos, el caos habitual. Normalmente me calma, pero hoy solo aumenta mi irritación.

Aparco de cualquier manera en la entrada de la mansión. Necesito un trago. O diez. Entro en mi despacho dando un portazo y me encuentro con Enzo Falcone, mi ejecutor personal y mejor amigo, sentado en mi sillón, esperando con la misma calma de siempre. Las cicatrices de su cara destacan contra las luces del techo. Perfecto. Justo lo que necesitaba.

—¿Qué tal ha ido, jefe? —pregunta con una sonrisa ladina, jugueteando con uno de mis pisapapeles.

Es como si ya supiese lo que ha sucedido en realidad. Que no he podido hacerlo.

Le fulmino con la mirada. Si las miradas matasen, Enzo estaría a tres metros bajo tierra. —El asesinato no es posible.

Enzo arquea una ceja, sorprendido. Deja el pisapapeles y se inclina hacia adelante. —¿Cómo que no es posible? Tú nunca...

—He dicho que no es posible y punto —le corto secamente—. No quiero dar explicaciones.

—Pero Adriano, ¿cómo vamos a someter a los Bianchi sin...?

—Me importa una mierda cómo lo hagamos —gruño, sacando una botella de whisky del mueble bar—. Pero no será así.

Me dejo caer en una silla, frotándome las sienes. La imagen de Elena, su sonrisa, su pelo... Todo da vueltas en mi cabeza.

Enzo me mira, entre preocupado y curioso. —¿Estás bien? Nunca te había visto así. Si quieres, puedo encargarme yo de la chica Bianchi. Un trabajo limpio, nadie lo sabrá...

—¡No! —rujo, golpeando el escritorio con el puño. El vaso de whisky tiembla—. Elena está fuera de esto, ¿me oyes? Nadie la toca.

Enzo retrocede, sorprendido por mi reacción. —Como digas, jefe. Pero necesitamos otro plan entonces.

Asiento, intentando calmarme. —Ya pensaremos en algo. Ahora necesito estar solo.

Él se levanta lentamente. —Como ordenes, Don. Pero sabes que esto no será fácil. Los Bianchi no se rendirán sin pelear.

—Que lo intenten —murmuro, más para mí que para él—. Encontraremos la forma.

Cuando la puerta se cierra tras Enzo, me quedo solo con mis pensamientos. Con la imagen de Elena grabada a fuego en mi mente. Con la certeza de que algo ha cambiado hoy, aunque no sepa qué ni por qué.

¿Qué cojones me está pasando?

CAPÍTULO 1

ELENA

Me van a dar una fiesta sorpresa.

Es la única explicación lógica que se me ocurre. Mi padre no me ha felicitado en todo el día, y ya es casi de noche. Acabo de llegar con mi madre después de pasar horas de compras, un día entero de madre e hija que, aunque agotador, ha sido divertido. Pero cuando entramos en la mansión, nos recibe un silencio sepulcral.

—¿Hola? —llamo, mi voz resonando en el vestíbulo vacío—. ¿Hay alguien?

Mamá me lanza una mirada confusa. —Qué extraño, ¿no? Pensaba que tu padre estaría en casa.

Dejo las bolsas en el suelo y me quito los tacones, sintiendo el frío mármol bajo mis pies. El aroma a rosas frescas inunda el ambiente, pero hay algo más... ¿tensión? ¿Inquietud? Descarto esos pensamientos, centrándome en el presente.

—Quizás esté en una reunión —sugiero, manteniendo un tono neutral—. Ya sabes cómo son los negocios.

Mamá asiente, pero puedo ver la preocupación en sus ojos. —Voy a llamarle —dice, sacando su móvil—. Tú ve a refrescarte, cariño.

Subo las escaleras hacia mi habitación, mis pasos medidos y silenciosos. Abro la puerta y enciendo la luz, encontrando todo tal como lo dejé esta mañana. Ninguna sorpresa a la vista.

Me siento en el borde de la cama, evaluando la situación. Veinte años. Un hito que debería sentirse más significativo. Cojo mi teléfono, encontrando solo un mensaje de Valeria, mi mejor amiga.

"¡Feliz cumple, Ele! ¿Planes para esta noche?"

Esbozo una sonrisa. Al menos alguien se acuerda.

Bajo de nuevo, encontrando a mi madre en la cocina. Está de espaldas a mí, hablando en voz baja por teléfono. Me detengo en la puerta, escuchando discretamente.

—Antonio, ¿dónde estás? ... Sí, ya estamos en casa... No, no le he dicho nada... ¿Estás seguro de que...? Vale, vale. Ten cuidado, por favor.

Cuelga y se gira, sobresaltándose al verme. —Elena, no te he escuchado llegar.

—¿Era papá? —pregunto, aunque la respuesta es evidente—. ¿Dónde está?

Mamá duda un momento antes de responder. —Tiene... asuntos que atender, cielo. Ya sabes cómo es su trabajo.

Contengo un suspiro. —Claro, su *trabajo*. Siempre es el trabajo, ¿verdad?

—Elena... —empieza mamá, pero la interrumpo.

—No, mamá. Es la verdad. Los negocios siempre van primero, incluso en un día como hoy.

Las palabras salen con más amargura de la que pretendía. Veo el dolor en los ojos de mi madre y me obligo a suavizar mi tono.

—No seas tan dura con tu padre —dice suavemente—. Desde que mataron al don de la familia rival, tiene más problemas que nunca. El nuevo don, Adriano, es todavía más beligerante que el anterior.

Me quedo helada por un momento. —¿Qué? ¿Cuándo pasó eso?

Mamá parece darse cuenta de que ha dicho más de lo que debía. —Hace unas semanas. Tu padre no quería preocuparte con estos asuntos.

—¿Y quién es ese Adriano? —pregunto, intentando mantener la calma.

—Adriano Caruso —responde, bajando la voz—. Nadie sabe por qué mató al antiguo don, pero desde que tomó el control, las cosas han sido... tensas.

Asiento lentamente, procesando la información. —Entiendo. Pero, aun así, esperaba que hoy fuera diferente. Es mi cumpleaños. Podría haber sacado unas horas para verme.

Ella se acerca y me abraza brevemente. —Lo sé, cariño. Tu padre te quiere, aunque a veces le cueste demostrarlo.

Me separo y compongo una expresión neutra. —Voy a la cocina a tomar algo. No te preocupes por mí.

Mamá asiente. —De acuerdo. Yo voy a descansar un rato. Ha sido un día largo.

La veo subir las escaleras y me dirijo a la cocina. Enciendo solo la pequeña luz sobre la isla, dejando el resto en penumbra. Saco el pastel de chocolate que compré hoy y me siento en un taburete.

Mientras destapo el pastel, mi teléfono vibra. Es Valeria.

—Hola, Val —contesto, manteniendo un tono controlado.

—¡Feliz cumpleaños otra vez! —exclama—. ¿Alguna sorpresa?

—Nada aún —respondo con calma—. La casa está tranquila.

—Oh —dice, sonando decepcionada por mí—. Bueno, ¿quieres que salgamos a celebrar?

Considero la oferta por un momento. —Quizás mañana, Val. Hoy tengo algunos asuntos que atender.

—Entiendo —dice, y puedo notar su preocupación—. ¿Todo bien?

—Sí, solo... cuestiones familiares —respondo, eligiendo mis palabras con cuidado—. Oye, ¿recuerdas lo que te mencioné sobre la universidad?

—Claro, ¿ya sabes cómo se lo dirás a tu padre?

Sonríó ligeramente. —Creo que sí. He estado preparando mi estrategia.

Le cuento sobre mis estudios online de psicología, cómo he estado aplicando lo que he aprendido para analizar la dinámica familiar y encontrar el mejor enfoque para abordar el tema con mi padre.

—Espera, ¿has estado estudiando psicología en secreto? —pregunta, con una mezcla de sorpresa

y admiración en su voz—. ¿Cómo has logrado mantenerlo oculto?

—Con mucha planificación y discreción —respondo—. Sabes que siempre he sido buena manejando información.

—Eso es cierto —admite, y luego hace una pausa—. Sabes, Elena... escucharte hablar con tanta pasión sobre psicología durante todos estos años... bueno, me inspiraste.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, intrigada.

Valeria suelta una risita nerviosa. —Pues... que yo también estoy estudiando psicología. Me matriculé el semestre pasado.

Me quedo sin palabras por un momento. —Val, eso es... ¡increíble! ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Quería estar segura de que era lo mío antes de contártelo —explica—. Pero debo admitir que me encanta. Y todo es gracias a ti, a tu entusiasmo cada vez que hablábamos del tema.

Siento una oleada de orgullo y afecto hacia mi amiga. —Estoy tan feliz por ti, Val. Vamos a tener tanto de qué hablar...

—Lo sé, ¿verdad? —dice, y puedo imaginar su sonrisa—. Pero ahora, volviendo a tu situación... ¿estás segura de que es el momento adecuado para hablar con tu padre?

—Nunca habrá un momento perfecto, Val —la interrumpo con suavidad—. Tengo que tomar el control de mi vida en algún punto. No puedo seguir siendo solo una espectadora.

—Lo entiendo —dice con un suspiro—. Solo ten cuidado, ¿vale? Sabes que las cosas pueden complicarse rápidamente en tu familia.

—Lo sé —respondo, apreciando su preocupación—. Seré prudente, te lo prometo.

Hablamos un poco más sobre temas más ligeros antes de colgar. Cuando termino la llamada, me siento más centrada, más decidida.

Termino mi pastel en silencio, repasando mentalmente mi estrategia. Años de observar a mi padre en acción me han enseñado la importancia de la táctica y el momento oportuno.

De repente, escucho la puerta principal abrirse. Voces masculinas llenan el vestíbulo, y reconozco la de mi padre entre ellas. Me quedo inmóvil, agudizando el oído.

—...no podemos permitirnos más errores —dice una voz desconocida—. La situación es delicada.

—Lo sé, lo sé —responde mi padre, su voz tensa—. Pero no podemos precipitarnos. Necesitamos...

Las voces se apagan cuando entran al despacho. Me quedo sentada en la oscuridad, procesando la información. Sea lo que sea que está sucediendo, parece ser más grave de lo que imaginaba.

Me levanto y camino silenciosamente hacia las escaleras. Antes de subir, miro hacia el despacho de mi padre. La luz se filtra por debajo de la puerta, y puedo oír voces amortiguadas.

Por un momento, considero intentar escuchar más. Pero luego rechazo la idea. No. Necesito mantener la cabeza fría y centrarme en mi objetivo.

Subo a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí. Me miro en el espejo, viendo a una joven de veinte años que está a punto de tomar las riendas de su vida.

«Feliz cumpleaños, Elena», murmuro para mí misma.

Mañana. Mañana hablaré con papá. Mañana daré el primer paso hacia mi futuro.

Porque si algo he aprendido en esta familia, es que nada se consigue sin determinación y estrategia.

Me preparo para dormir, pero el sueño tarda en llegar. Mi mente analiza cada detalle, cada posible escenario. ¿Cómo reaccionará mi padre? ¿Qué obstáculos tendré que superar?

Mientras la noche avanza, una cosa queda clara: estoy a punto de cambiar el rumbo de mi vida. Y tengo que estar preparada para cualquier desafío que se presente.

Porque en el mundo en el que vivo, la inocencia es un lujo que no puedo permitirme. Es hora de jugar según mis propias reglas.

CAPÍTULO 2

ADRIANO

La sangre gotea del filo de mi cuchillo, formando un charco carmesí a mis pies. El cuerpo sin cabeza del camarero yace desplomado sobre la alfombra persa, manchándola de un rojo intenso que sé que será imposible de limpiar. Miro a mi alrededor, observando las caras pálidas y aterrorizadas de mis capos. Algunos tragan saliva, otros desvían la mirada. Cobardes.

—Espero, por vuestro bien, que ninguno de vosotros tenga algo que ver con esto —digo, mi voz fría como el hielo cortando el silencio sepulcral que reina en la sala—. Porque si descubro que alguien de esta mesa está detrás de este patético intento de asesinato, lo que le he hecho a este gilipollas os parecerá un masaje comparado con lo que os haré a vosotros.

Limpio la hoja en la camisa del muerto y guardo el cuchillo en su funda. Nadie se atreve a moverse, ni siquiera a respirar demasiado fuerte. Bien. El miedo es un arma poderosa, y yo soy un experto en blandirla.

—La reunión ha terminado —anuncio, ajustándome el traje—. Largo de aquí, todos. Y tened cuidado al salir, no vaya a ser que os tropecéis con la cabeza de vuestro nuevo amigo.

Los veo levantarse apresuradamente, casi tropezando los unos con los otros en su prisa por salir de la sala. Patético. Estos son los hombres que se supone que deben ayudarme a dirigir el imperio que acabo de arrebatarse. Me paso la mano por el pelo, frustrado. Solo quedan Enzo y mi hermano Alessandro.

—Joder, Adriano —dice Alessandro, soltando una carcajada mientras se sirve otro whisky—. Has estado sembrado, hermano. Hacía tiempo que no te veía en acción.

Le lanzo una mirada fulminante. —Esto no es un puto espectáculo, Alessandro. Alguien ha intentado matarme en mi propio restaurante.

—Y ha fallado miserablemente —responde, encogiéndose de hombros—. Como todos los que lo intentan. Eres intocable, hermano.

Enzo, que hasta ahora ha permanecido en silencio, se acerca a mí y me da una palmada en el hombro. —Joder, Adriano, menudo espectáculo has montado. Pero sabes que esto no puede seguir así, ¿verdad? Estamos luchando en demasiados frentes a la vez.

Le miro, agradeciendo internamente su presencia. Enzo siempre ha sido mi roca, el único en quien puedo confiar plenamente. —¿Y qué coño propones? ¿Que me quede de brazos cruzados mientras intentan matarme?

—Sabes que no —responde Enzo, con una media sonrisa—. Pero tenemos que ser más listos que ellos. No podemos permitirnos una guerra interna y otra con los Bianchi al mismo tiempo.

Alessandro suelta un bufido. —Yo digo que los matemos a todos. A los traidores y a los Bianchi.

Problema resuelto.

—Tú siempre quieres matar a todo el mundo —le espeto—. Si fuera por ti, no quedaría nadie vivo en Nueva York.

—¿Y qué tiene eso de malo? —pregunta con una sonrisa torcida.

Ignoro a mi hermano y me centro en Enzo. —¿Qué sugieres entonces? —le pregunto, sirviéndole un whisky—. Porque si no puedo matar a la hija del otro don, algo tendré que hacer.

Enzo acepta el vaso y me mira directamente a los ojos. —Hay otra opción, y no te va a gustar una mierda.

Arqueo una ceja. —Suéltalo ya, joder.

—Un matrimonio —dice sin más—. Tú y Elena Bianchi. Unir las familias. Acabar con esta puta guerra de una vez por todas. Ofrecerle a Antonio Bianchi una alianza.

El vaso se me resbala de las manos y se hace añicos contra el suelo. Enzo ni se inmuta, conoce mis arranques demasiado bien.

—¿Te has vuelto completamente loco? —rujo—. ¿Un puto matrimonio? ¿Con ella?

—Es la solución perfecta —insiste Enzo, manteniéndome la mirada—. Piénsalo, cabezota. No tendrías que matarla, los Bianchi no tendrían motivos para seguir atacándonos, y podrías concentrarte en consolidar tu posición dentro de la familia. Lo necesitamos, tenemos demasiados frentes abiertos y poca fuerza en este momento.

Alessandro suelta una carcajada. —Joder, esto sí que es bueno. El gran Adriano Caruso, domesticado por una mocosa Bianchi.

—Cierra la puta boca —le advierto, y por una vez, me hace caso.

Me paso la mano por la cara, intentando procesar la locura que acabo de escuchar. ¿Yo? ¿Casado? La idea es tan absurda que casi me hace reír. Casi.

—¿Es que no te has dado cuenta de que no soy capaz de amar a nadie? —le digo a Enzo, mi voz cargada de frialdad—. No siento una mierda por nadie. Nunca me he enamorado, y dudo que alguna vez lo haga.

Enzo suelta un bufido. —¿Y quién coño ha dicho nada de amor? No tiene por qué ser un matrimonio por amor. Solo una alianza. Una forma de mantener a todos a salvo. Incluida a Mia.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Mia. Mi sobrina. La única razón por la que me hice con el control de la familia, por la que asesiné al anterior don. La única que aún cree que hay algo bueno en mí.

—Enzo tiene razón —interviene Alessandro, sorprendiéndome—. Un matrimonio así nos daría ventaja. Podrías tener a la chica Bianchi vigilada las veinticuatro horas del día. Y si intentan algo... bueno, siempre puedes enviudar, ¿no?

Le lanzo una mirada que podría congelar el infierno. —No voy a casarme con nadie para luego matarla, Alessandro. ¿Es que no tienes ni un ápice de honor?

—¿Honor? —se burla—. El honor no existe en nuestro mundo, hermano. Solo el poder y quién está dispuesto a todo para conseguirlo.

Aprieto los puños, conteniendo las ganas de partirle la cara. A veces me pregunto cómo es posible que compartamos la misma sangre.

—Largo de aquí —gruño—. Los dos. Necesito pensar.

Alessandro sale sin decir palabra, pero Enzo se queda un momento más. Me mira con esa mezcla de preocupación y lealtad que solo él sabe mostrar.

—Piénsalo, Adriano —dice en voz baja—. Por el bien de todos. Por el bien de Mia. Y si necesitas hablar... ya sabes dónde encontrarme.

Asiento levemente, agradecido por su apoyo, aunque no lo exprese en voz alta. Cuando la puerta se cierra tras él, me derrumbo en la silla. El silencio de la sala solo es interrumpido por el goteo constante de la sangre que aún mana del cuerpo sin vida a mis pies.

Cierro los ojos y la imagen de Elena aparece en mi mente. Su sonrisa, su pelo ondeando con la brisa, el aroma de su perfume... Joder, ¿qué me está pasando? ¿Cómo es posible que una mujer que apenas he visto unos minutos me haya afectado tanto?

La idea del matrimonio me revuelve el estómago. No porque sea con ella, sino porque sé que no puedo ofrecer nada. Soy un monstruo, un asesino. Mis manos están manchadas con la sangre de cientos de personas. ¿Cómo podría alguien como Elena, tan llena de vida y luz, estar con alguien como yo?

Pero luego pienso en Mia. En su sonrisa inocente, en su fe ciega en mí. En cómo confía en que la protegeré de todo y de todos. ¿No es eso exactamente lo que estoy haciendo al considerar esta locura?

Me levanto y camino hacia la ventana, observando las luces de Nueva York. Mi ciudad. Un reino que acabo de arrebatar, construido sobre cadáveres y traiciones. Un reino que ahora se tambalea por culpa de una guerra que no parece tener fin.

¿Y si Enzo tiene razón? ¿Y si esta es la única forma de acabar con todo esto? ¿De proteger a Mia, de asegurar mi posición?

Suelto una carcajada amarga. Yo, Adriano Caruso, el hombre más temido de Nueva York, considerando casarme por conveniencia. Si el anterior don pudiera verme ahora, se retorcería en su tumba.

Pero la imagen de Elena vuelve a mi mente. Su mirada desafiante, su forma de caminar como si el mundo le perteneciera. Y por un momento, siento algo. Un impulso, una chispa. No es amor, no. Eso es algo que no conozco, algo que dudo que alguna vez sienta. Pero es... *algo*.

—Joder —murmuro, frotándome los ojos—. Me estoy volviendo loco.

Saco mi teléfono y marco el número de Enzo.

—¿Qué pasa, jefe? —contesta al primer tono, con un toque de humor en su voz.

—Hazlo —digo, las palabras saliendo de mi boca antes de que pueda arrepentirme—. Arregla una reunión con los Bianchi. Vamos a hablar de este puto matrimonio.

Puedo sentir la sonrisa de Enzo al otro lado de la línea. —Sabía que entrarías en razón. Considéralo hecho.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más. Me giro y miro el cuerpo en el suelo. Un recordatorio constante de la vida que llevo, de lo que soy.

—Lo siento, Elena —murmuro al aire—. No sabes en lo que te estás metiendo.

Pero una parte de mí, una parte que creía inexistente, se agita con algo parecido a la curiosidad. Quizás, solo quizás, esto no sea el fin.

Quizás sea un nuevo comienzo. Uno que ni siquiera yo, con toda mi frialdad, puedo prever.

CAPÍTULO 3

ELENA

El sol apenas se asoma por el horizonte cuando abro los ojos. Hoy es el día. Llevo semanas, meses incluso, preparándome para esta conversación. Me levanto de la cama con determinación, sabiendo que cada minuto cuenta.

Me dirijo al baño y me miro en el espejo. La chica que me devuelve la mirada parece más mayor, más segura. Ya no soy la niña que agachaba la cabeza ante las decisiones de su padre. Hoy seré la mujer que toma las riendas de su vida.

Mientras me ducho, repaso mentalmente los argumentos que he preparado. Años de observar a mi padre negociar me han enseñado la importancia de estar preparada para cualquier escenario. El agua caliente relaja mis músculos tensos, pero mi mente sigue trabajando a toda velocidad.

Salgo de la ducha y me visto con cuidado. Elijo un traje pantalón negro, elegante pero no demasiado formal. Quiero que mi padre me vea como una igual, no como su niña pequeña. Me maquillo ligeramente, lo suficiente para resaltar mis ojos y darme un aire de madurez.

Bajo a desayunar, encontrando a mi madre en la cocina.

—Buenos días, cariño —dice, sonriendo mientras me sirve una taza de café—. Te has levantado temprano hoy.

Asiento, tomando un sorbo de café. —Tengo cosas que hacer, mamá.

Ella me mira con curiosidad, pero no pregunta. A veces pienso que sabe más de lo que aparenta. Me pregunto si alguna vez tuvo sueños propios, antes de casarse con papá. Antes de que la vida de la mafia la consumiera.

—Que tengas un buen día, Elena —dice, besándome en la frente antes de salir de la cocina.

Termino mi desayuno en silencio, repasando una vez más mi estrategia. Sé que no será fácil convencer a mi padre, pero estoy decidida a intentarlo.

A las nueve en punto, me planto frente a la puerta de su despacho. Respiro hondo, intentando calmar mis nervios. Venga, Elena, tú puedes hacerlo. Has ensayado esto mil veces.

Llamo a la puerta con decisión.

—Adelante —escucho la voz grave de mi padre al otro lado.

Entro, cerrando la puerta tras de mí. Mi padre está sentado detrás de su imponente escritorio de caoba, rodeado de libros y papeles. Levanta la vista de los documentos que está revisando y me mira con una ceja arqueada.

—Elena, qué sorpresa. ¿Ocurre algo?

—Papá, tenemos que hablar —digo, mi voz más firme de lo que esperaba.

Él se recuesta en su silla, cruzando los brazos sobre su pecho. —Te escucho.

—Quiero ir a la universidad —suelto sin más preámbulos—. Quiero estudiar psicología.

Por un momento, el silencio reina en la habitación. Luego, mi padre suelta una carcajada que me hiela la sangre.

—¿Universidad? ¿Para qué? —dice, sacudiendo la cabeza—. Elena, eres la hija de un Don. No necesitas trabajar.

—No se trata de trabajar, papá —insisto, recordándome mantener la calma—. Se trata de tener una educación, de ser independiente.

Mi padre se levanta, rodeando el escritorio para acercarse a mí. —¿Independiente? ¿De qué estás hablando? Tienes todo lo que podrías desear aquí.

—No quiero eso —digo, alzando la voz—. Quiero construir mi propio camino, no el que tú has trazado para mí.

—¿Y qué camino es ese, según tú? —pregunta, su tono volviéndose peligrosamente bajo.

—Uno donde pueda elegir con quién quiero pasar el resto de mi vida, para empezar.

Mi padre suelta un bufido. —Elena, es hora de que seas consciente de quién eres y a qué familia perteneces. No puedes simplemente...

—¿No puedo qué? —le interrumpo—. ¿Vivir mi vida? ¿Ser feliz?

—La felicidad es un lujo que no siempre podemos permitirnos —dice, su voz cargada de amargura—. Algún día tendrás que hacerte cargo de la familia, con un marido que esté a tu altura.

Siento cómo la rabia crece en mi interior. —No quiero casarme con alguien que tú elijas. Quiero amor, papá. ¿Es tan difícil de entender?

Veo un destello de algo en sus ojos. ¿Dolor? ¿Arrepentimiento? Desaparece tan rápido que no estoy segura de haberlo visto realmente.

—Lo siento, Elena —dice, su tono más suave—. Sé que es difícil de aceptar, pero esta es nuestra realidad.

Me doy cuenta de que no voy a ganar esta batalla. Al menos, no de frente. Cambio de estrategia.

—Vale —digo, fingiendo resignación—. Pero si tengo que aceptar un matrimonio arreglado, al menos déjame ir a la universidad primero. Dame eso, papá. Por favor.

Lo veo dudar y sé que tengo una oportunidad.

—Está bien —dice finalmente—. Pero con condiciones. Estudiarás fuera, donde pueda mantenerte protegida. Las cosas con los Caruso están... tensas.

Asiento, conteniendo mi emoción. —Gracias, papá. No te decepcionaré.

Justo en ese momento, alguien llama a la puerta.

—Don Bianchi —dice una voz al otro lado—. Tiene una llamada urgente.

Mi padre me mira. —Terminaremos esta conversación más tarde, Elena.

Salgo del despacho, cerrando la puerta tras de mí. Una vez fuera, no puedo evitar sonreír. Lo he conseguido. Voy a ir a la universidad. Voy a ser libre.

Camino rápidamente hacia mi habitación, conteniendo las ganas de saltar y gritar de alegría. Cierro la puerta y me apoyo contra ella, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Lo hice —susurro para mí misma—. Realmente lo hice.

Me dejo caer en la cama, la adrenalina aun corriendo por mis venas. Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Valeria.

"Lo conseguí, Val. Voy a ir a la universidad."

Su respuesta llega casi instantáneamente.

"¡OMG, Elena! ¡Eso es increíble! ¿Cómo lo has logrado?"

Sonrí, recordando la conversación. "Te lo contaré todo luego. ¿Podemos vernos?"

"Claro, paso por tu casa en una hora. ¡Tenemos que celebrarlo!"

Dejo el teléfono a un lado y me levanto, incapaz de quedarme quieta. Camino de un lado a otro de la habitación, mi mente ya imaginando cómo será mi vida en la universidad. Libertad, independencia, la oportunidad de ser yo misma sin el peso del apellido Bianchi sobre mis hombros.

Una hora después, escucho el timbre de la puerta principal. Bajo las escaleras corriendo, encontrándome con Valeria en el vestíbulo.

—¡Elena! —exclama, abrazándome con fuerza—. ¡Estoy tan feliz por ti!

La arrastro hacia mi habitación, cerrando la puerta tras nosotras.

—Vale, ahora cuéntame todo —dice Valeria, sentándose en mi cama—. ¿Cómo has convencido al temible Don Bianchi?

Me siento a su lado, incapaz de contener mi sonrisa. —Fue difícil, Val. Por un momento pensé que no lo lograría. Pero... —dudo un momento antes de continuar— tuve que hacer un trato con él.

Valeria frunce el ceño. —¿Qué tipo de trato?

Suspiro, la realidad de mi situación golpeándome nuevamente. —Le dije que, si me dejaba ir a la universidad, no me opondría a un matrimonio arreglado en el futuro.

—Oh, Elena... —dice Valeria, tomando mi mano—. ¿Estás segura de esto?

Asiento con determinación. —Es solo una promesa vacía, Val. Una vez que esté en la universidad, tendré tiempo para ahorrar, para hacer planes. No pienso casarme con nadie que mi padre elija.

Valeria me mira con preocupación. —Sabes que no será fácil, ¿verdad? Tu padre no es alguien a quien se pueda engañar fácilmente.

—Lo sé —respondo—. Pero tengo que intentarlo. No puedo vivir la vida que él quiere para mí.

Nos quedamos en silencio por un momento, el peso de mis palabras flotando entre nosotras.

—Bueno —dice finalmente Valeria, una sonrisa formándose en sus labios—. Creo que esto merece una celebración. ¿Qué te parece si vamos de compras y luego a comer algo?

Sonrí, agradecida por su apoyo. —Me parece perfecto.

Pasamos el resto del día en el centro comercial, riendo y hablando de nuestros planes para el futuro. Por unas horas, me permito olvidar el trato que he hecho, las complicaciones que

seguramente vendrán. Por unas horas, soy solo una chica normal celebrando una buena noticia con su mejor amiga. Una chica normal que ni siquiera se fija en que tiene un ejército de guardaespaldas que la sigue allá donde vaya.

Cuando regreso a casa por la noche, el ambiente parece tenso. Escucho voces alteradas provenientes del despacho de mi padre. Me acerco sigilosamente, intentando captar algo de la conversación.

—...no tenemos otra opción —escucho decir a mi padre—. Es la única forma de asegurar la paz.

—Pero Don, ¿está seguro de que es lo mejor para Elena? —pregunta otra voz que no reconozco.

—Es lo mejor para todos —responde mi padre con firmeza.

Me alejo rápidamente antes de que puedan descubrirme. ¿De qué están hablando? ¿Qué decisión ha tomado mi padre?

Apenas he llegado a mi habitación cuando escucho que alguien llama a la puerta.

—Elena, ¿puedes bajar al despacho? —es la voz de mi madre.

Con el corazón latiendo aceleradamente, bajo las escaleras. Algo me dice que mi vida está a punto de cambiar drásticamente.

Entro en el despacho y encuentro a mi padre de pie junto a la ventana, su figura recortada contra la noche.

—Elena —dice, girándose para mirarme—. Ha habido un cambio de planes.

Siento como si el suelo se moviera bajo mis pies. —¿Qué quieres decir, papá?

—He cerrado un trato —dice, su voz carente de emoción—. Te vas a casar con Adriano Caruso.

El mundo se detiene. Las palabras de mi padre resuenan en mis oídos, pero no puedo procesarlas. No puede ser cierto. No puede estar pasando.

—¿Qué? —logro decir, mi voz apenas un susurro—. Pero... dijiste... la universidad...

—Lo siento, Elena —dice, y por un momento parece realmente arrepentido—. Es necesario para la familia. Para la paz.

La rabia y la decepción me inundan. Las lágrimas amenazan con brotar, pero las contengo. No le daré la satisfacción de verme llorar.

—Eres un mentiroso —escuipo las palabras—. Nunca me has querido. Solo soy una pieza en tu juego.

—Elena, por favor... —intenta acercarse, pero retrocedo.

—No me toques —digo, las lágrimas corriendo finalmente por mis mejillas—. Te odio.

Salgo corriendo del despacho, ignorando sus llamadas. Me encierro en mi habitación, dejándome caer en la cama.

Lloro por lo que pudo haber sido. Por la libertad que creí haber alcanzado. Por los sueños que se desvanecen ante mis ojos.

Pero, sobre todo, lloro por la niña inocente que creía que su padre la amaba incondicionalmente.

Esa niña ha muerto esta noche.

Y en su lugar, nace una mujer decidida a forjar su propio destino, cueste lo que cueste. Puede que me hayan arrebatado mis sueños, pero no me quitarán mi voluntad.

Mientras las lágrimas siguen cayendo, una resolución se forma en mi interior. No seré una víctima. No seré un peón en el juego de mi padre o de los Caruso.

Encontraré una manera de salir de esto. Y cuando lo haga, nunca más permitiré que nadie decida mi destino por mí.

CAPÍTULO 4

ADRIANO

El motor del Audi R8 ruge bajo mis pies mientras atravesamos las calles de Nueva York. A mi derecha, Enzo revisa por enésima vez los documentos del acuerdo. En el asiento trasero, Alessandro juega con su pistola, un hábito nervioso que me pone los pelos de punta.

—Repasemos el plan —digo, rompiendo el silencio tenso que reina en el coche—. Entramos, firmamos el acuerdo, y salimos. Sin provocaciones, sin amenazas veladas. ¿Entendido?

Enzo asiente, pero Alessandro suelta un bufido. —¿Dónde está la diversión en eso, hermano?

Le lanzo una mirada fulminante por el retrovisor. —Esto no es un puto juego, Alessandro. Estamos hablando de paz entre familias.

—Paz. Qué palabra más... frágil —murmura, pero guarda silencio.

Aprieto el volante con fuerza, sintiendo la tensión acumularse en mis hombros. Esta reunión podría cambiarlo todo, o podría ser el principio del fin. Las calles de Nueva York pasan como un borrón a nuestro alrededor, pero apenas las veo. Mi mente está ocupada, repasando cada detalle, cada posible escenario.

Enzo parece leer mis pensamientos. —Tranquilo, Adriano. Tenemos todo controlado.

Asiento, pero no puedo evitar sentir que algo no encaja. Los Bianchi han accedido demasiado fácilmente a este acuerdo. ¿Qué están tramando? La paranoia, mi vieja amiga, empieza a susurrar en mi oído.

—¿Y si es una trampa? —pregunto en voz baja, más para mí mismo que para los demás.

Enzo deja los papeles y me mira fijamente. —Si lo es, estaremos preparados. No hemos llegado hasta aquí siendo ingenuos, ¿verdad?

Tiene razón, por supuesto. Hemos sobrevivido a cosas peores. Hemos construido un imperio sobre los cadáveres de nuestros enemigos. Pero esta vez... esta vez es diferente. No estamos hablando solo de territorio o de dinero. Estamos hablando de mi futuro. De una boda. De Elena Bianchi.

El pensamiento de Elena hace que mi estómago dé un vuelco. No la conozco, apenas la he visto, pero la idea de casarme con ella... Sacudo la cabeza. No es momento para sentimentalismos.

Cuando llegamos a la mansión Bianchi, el nudo en mi estómago se aprieta aún más. Guardias armados flanquean la entrada, sus ojos siguiendo cada uno de nuestros movimientos. La tensión es palpable, como electricidad en el aire.

Aparco frente a la casa y apago el motor. —Recordad, estamos en territorio enemigo. Ojos abiertos y bocas cerradas.

Salimos del coche y nos dirigimos hacia la entrada. Puedo sentir la tensión en el aire, espesa como

la niebla. Cada paso que damos parece resonar en el silencio del jardín. Los guardias nos miran con una mezcla de curiosidad y desconfianza. No les culpo. Hace solo unas semanas, éramos enemigos jurados. Y ahora, aquí estamos, a punto de sellar una alianza con un matrimonio.

De repente, un movimiento capta mi atención por el rabillo del ojo. Una sombra que se escabulle entre los arbustos. Mi instinto se dispara, años de entrenamiento y paranoia tomando el control.

—Adelantaos —les digo a Enzo y Alessandro—. Tengo que comprobar una cosa.

Enzo frunce el ceño, claramente en desacuerdo. —Ni hablar, Adriano. No vamos a dejarte solo en territorio enemigo.

Alessandro asiente, por una vez de acuerdo con Enzo. —Podría ser una trampa.

—No es una petición —gruño, mi voz cargada de autoridad—. Es una orden. Entrad y empezad con las formalidades. Yo me reuniré con vosotros en un momento.

Ambos me miran, la preocupación evidente en sus rostros. Finalmente, Enzo asiente a regañadientes.

—Cinco minutos, Adriano —dice—. Si no has vuelto en cinco minutos, vendremos a buscarte.

—Y a quemar este maldito lugar hasta los cimientos —añade Alessandro, su mano acariciando la culata de su pistola.

Les lanzo una última mirada de advertencia antes de dirigirme hacia los jardines. Con cada paso, mis sentidos se agudizan. El crujido de las hojas bajo mis pies, el susurro del viento entre los árboles, el lejano sonido del tráfico de la ciudad... todo se amplifica.

Y entonces la veo.

Elena Bianchi, la mujer con la que se supone que voy a casarme, está agazapada detrás de un seto, con una enorme mochila colgada a su espalda. Su pelo castaño cae en cascada sobre sus hombros, y sus ojos, grandes y asustados, me miran fijamente.

Por un momento, me quedo paralizado. Es aún más hermosa de lo que recordaba. Su piel parece brillar bajo la tenue luz del jardín, sus labios entreabiertos en una expresión de sorpresa. Pero lo que me deja sin aliento no es su belleza, sino lo que estoy presenciando.

Está intentando escapar.

Una parte de mí, la parte fría y calculadora que ha mantenido a mi familia en la cima durante años, se horroriza ante la idea. Este matrimonio es crucial para la paz entre nuestras familias. Si ella huye, todo se irá a la mierda. Las negociaciones, la planificación cuidadosa, todo se desmoronaría en un instante.

Pero otra parte, una que creía dormida hace mucho tiempo, no puede evitar sentir una chispa de admiración. Esta mujer, criada en el seno de la mafia, está dispuesta a arriesgarlo todo por su libertad. Es valiente, temeraria incluso. Y eso... eso es jodidamente atractivo.

Nuestras miradas se cruzan, y por un instante, el mundo parece detenerse. Puedo ver el miedo en sus ojos, pero también una determinación feroz que me resulta fascinante. Es como mirar a un

animal salvaje, hermoso y peligroso a partes iguales.

No digo nada. No me muevo. Simplemente la observo, grabando cada detalle de este momento en mi memoria. La forma en que su pecho sube y baja con respiraciones rápidas, el ligero temblor de sus manos, la tensión en su mandíbula...

Elena parece congelada, como un ciervo ante los faros de un coche. Su mano se cierra con fuerza alrededor de la correa de la mochila, lista para salir corriendo en cualquier momento. Puedo ver cómo su mente trabaja a toda velocidad, evaluando sus opciones, calculando sus posibilidades.

Una parte de mí quiere detenerla, arrastrarla de vuelta a la casa y asegurarme de que cumpla con su parte del trato. Es lo que se espera de mí, lo que cualquier otro en mi posición haría. Pero otra parte, una que ni siquiera sabía que existía, quiere ver qué hará a continuación.

El sonido de la puerta principal abriéndose a lo lejos rompe el silencio. Elena se sobresalta, pero no huye. En cambio, sus ojos se clavan en los míos, desafiantes. Veo algo en ellos, una chispa de fuego que me intriga aún más.

Me encuentro dando un paso hacia ella, intrigado por lo que pueda decir, por la historia detrás de esos ojos determinados. Quiero saber qué la ha llevado a este punto, qué la ha empujado a arriesgarlo todo por una oportunidad de libertad.

Parece que mi futura esposa tiene más agallas de las que pensaba.

Esto va a ser interesante.

ELENA

Unas horas antes...

—¿Estás segura de esto, Elena? —la voz de Valeria suena preocupada a través del teléfono.

Miro a mi alrededor, asegurándome de que nadie pueda escucharme. El corazón me late con fuerza en el pecho, como si quisiera escapar de mi cuerpo. —Sí, Val. No puedo quedarme aquí y dejar que decidan mi vida por mí.

—Vale —suspira—. Te esperaré en el punto que acordamos. Tengo contactos que pueden conseguirte un billete para salir del país esta misma noche.

Siento una oleada de gratitud hacia mi amiga. Valeria ha sido mi roca durante todo este tiempo, la única persona en quien he podido confiar plenamente. —Gracias, Val. No sé qué haría sin ti.

—Solo... ten cuidado, ¿vale? —dice, y puedo notar la preocupación en su voz—. La mafia no es algo de lo que sea fácil escapar.

—Lo sé —respondo, sintiendo un nudo en el estómago—. Pero tengo que intentarlo.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono por un momento. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿O estoy cometiendo el mayor error de mi vida? Sacudo la cabeza. No es momento de dudar.

Con manos temblorosas, empiezo a llenar una mochila con lo esencial: ropa, dinero, documentos.

Cada objeto que meto me recuerda lo que estoy dejando atrás, pero también lo que podría ganar. Libertad. Un futuro propio. La oportunidad de ser yo misma sin el peso del apellido Bianchi sobre mis hombros.

Cuando termino, me quedo mirando la habitación que ha sido mi refugio durante tantos años. Las paredes color crema, los muebles elegantes, las fotos familiares... todo parece burlarse de mí, recordándome la vida que estoy a punto de abandonar. ¿Cuándo volveré a verla, si es que alguna vez lo hago?

Sacudo la cabeza. No es momento para sentimentalismos. Aquí no soy feliz. En esta casa fría carente de amor.

Con sigilo, bajo las escaleras y me dirijo hacia la puerta trasera que da al jardín. La adrenalina corre por mis venas, haciendo que cada sonido parezca amplificado. El crujido de la madera bajo mis pies, el tic-tac del reloj del pasillo, incluso mi propia respiración... todo suena ensordecedor en el silencio de la noche.

Estoy a punto de alcanzar los arbustos cuando lo veo.

Adriano Caruso.

Mi corazón se detiene por un instante. Las fotos que he visto de él no le hacen justicia. Es mucho más atractivo en persona, con su traje hecho a medida que resalta su figura atlética, y esos ojos intensos que parecen atravesarme. Tiene un aura de peligro, de poder contenido, que hace que se me seque la boca.

Por un momento, me quedo paralizada. ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Me ha descubierto? Mi mente trabaja a toda velocidad, buscando una salida, una excusa, cualquier cosa.

Se acerca con pasos lentos, como si temiera asustarme. Una sonrisa burlona se dibuja en sus labios, y siento un escalofrío recorrer mi espalda.

—¿De verdad crees que puedes escapar, *principessa*? —su voz es grave, con un toque de diversión que me irrita y me intriga a partes iguales.

Alzo la barbilla, desafiante. No voy a dejar que me intimide, por muy atractivo que sea. —Puedo intentarlo.

Él suelta una risa suave que me eriza la piel. —¿Y qué harás ahí fuera, sola? ¿Crees que sobrevivirás en la calle?

—Soy más fuerte de lo que parezco —respondo, dando un paso hacia él sin saber por qué. Es como si hubiera una fuerza invisible que me atrajera hacia él.

Adriano acorta aún más la distancia entre nosotros. Puedo ver los intrincados tatuajes que asoman por su cuello, desapareciendo bajo su camisa. De cerca, su atractivo es casi abrumador. Huele a cuero, a colonia cara y a algo más, algo peligroso y excitante.

—Permíteme presentarme formalmente —dice, su aliento cálido contra mi piel—. Adriano Caruso, tu futuro marido.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda. La tensión entre nosotros es palpable, eléctrica. Es como si el aire a nuestro alrededor estuviera cargado de electricidad estática.

—Elena Bianchi —respondo, sorprendida por lo firme que suena mi voz—. Tu futura esposa fugitiva.

Veo un destello de algo en sus ojos. ¿Admiración? ¿Diversión? Sea lo que sea, hace que mi corazón se acelere. Por un momento, me pregunto cómo sería besarle, sentir esos labios duros contra los míos... Sacudo la cabeza mentalmente. ¿En qué estoy pensando?

Para mi sorpresa, da un paso atrás. —Ve —dice, señalando hacia la salida del jardín.

Lo miro, confundida. —¿Qué?

—Si quieres irte, vete —repite—. Te estoy dando la oportunidad de escapar.

No puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Es una trampa? ¿Una prueba? Mi mente da vueltas, intentando descifrar sus intenciones.

—¿Por qué? —pregunto, incapaz de moverme.

Adriano se encoge de hombros, una sonrisa enigmática en sus labios. —Digamos que me intriga ver qué harás.

Me quedo inmóvil, dividida entre el deseo de correr y la incredulidad ante su oferta. Una parte de mí quiere aprovechar esta oportunidad, desaparecer en la noche y no mirar atrás. Pero otra parte, una que no sabía que existía, siente curiosidad por este hombre, por el juego que parece estar jugando.

Veo cómo se da la vuelta y comienza a caminar hacia la casa, sus pasos seguros y elegantes. Cada movimiento suyo exuda confianza, poder. Es el tipo de hombre que hace que las cabezas se giren a su paso, que inspira miedo y respeto a partes iguales.

Antes de entrar, se gira una última vez. —Buena suerte, Elena. La vas a necesitar.

Y con eso, desaparece en el interior de la mansión.

Me quedo allí, en medio del jardín, con el corazón latiendo desbocado. La oportunidad de escapar está frente a mí, ofrecida por el hombre del que se supone que estoy huyendo. Es surrealista, como si de repente me hubiera sumergido en una película de suspense.

Mientras lo veo alejarse, siento algo removerse en mi interior. No es solo atracción física, aunque eso también está presente. Es algo más profundo, más inquietante. Una curiosidad que me corroe por dentro, que me hace querer saber más sobre este enigmático hombre que acaba de poner mi mundo patas arriba con un simple gesto.

¿Quién es realmente Adriano Caruso? ¿Y por qué siento que acabo de perder una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando?

Con un último vistazo a la casa que ha sido mi hogar, tomo una decisión. Sea cual sea el juego que Adriano está jugando, estoy decidida a no ser solo una pieza más en el tablero.

Ajusto la correa de mi mochila y me adentro en la noche, sin saber qué me depara el futuro, pero

con la certeza de que mi vida acaba de dar un giro inesperado.

CAPÍTULO 5

ADRIANO

Entro en la mansión Bianchi, dejando atrás el jardín y el recuerdo de Elena. El aroma a rosas y madera pulida me golpea nada más cruzar el umbral, un recordatorio de la opulencia que rodea a esta familia. El vestíbulo está lleno de gente, todos con los ojos clavados en mí. Puedo sentir la tensión en el aire, espesa y asfixiante, como si cada persona en la habitación contuviera la respiración.

Observo los rostros a mi alrededor: guardaespaldas con expresiones pétreas, capos con miradas calculadoras, y algún que otro familiar curioso. Todos esperando ver cómo se desarrolla este encuentro entre los dos hombres más poderosos de Nueva York.

Antonio Bianchi se adelanta, apartándose de su séquito. Su traje impecable y su postura erguida gritan poder y confianza, pero puedo ver la tensión en la comisura de sus labios, la ligera arruga de preocupación en su frente. Su rostro es una máscara de cordialidad forzada cuando extiende su mano hacia mí.

—Bienvenido, Don Caruso —dice, su voz grave y controlada.

Estrecho su mano, notando la fuerza en su agarre. Es un saludo de depredadores, ambos midiendo al otro, buscando cualquier signo de debilidad. Sus ojos, del mismo tono que los de Elena, me estudian con intensidad.

—Un placer estar aquí, Don Bianchi —respondo, mi voz tan fría y controlada como la suya. No dejo que mi rostro revele nada, años de práctica en el arte del engaño me han servido bien.

—Por favor, acompáñeme a mi despacho —dice, haciendo un gesto hacia el pasillo—. Tenemos mucho que discutir.

Asiento y lo sigo, consciente de las miradas que nos siguen. Cada paso que damos resuena en el silencio tenso del vestíbulo. Enzo camina a mi lado, su presencia una constante tranquilizadora. Sé que está listo para actuar al menor signo de peligro.

Mientras avanzamos por el pasillo, decorado con cuadros de valor incalculable y antigüedades que hablan de generaciones de poder, no puedo evitar pensar en Elena. En su determinación, en el fuego en sus ojos cuando la dejé ir. Me pregunto dónde estará ahora, si habrá conseguido la libertad que tanto ansiaba. Y si lo que estoy haciendo sirve para algo. Aunque en el fondo sé que no lo va a conseguir.

Cuando estamos lo suficientemente lejos del grupo, Enzo se inclina hacia mí. Su voz es apenas un susurro, pero puedo detectar la preocupación en ella.

—¿Dónde coño te habías metido? —pregunta, sus ojos escaneando el pasillo en busca de amenazas potenciales.

Una sonrisa se dibuja en mis labios, recordando el encuentro en el jardín. —Digamos que he tenido un encuentro muy... entretenido con mi futura esposa —respondo en voz baja, saboreando cada palabra—. Si es que algún día regresa.

Veo cómo los ojos de Enzo se abren de par en par, la sorpresa evidente en su rostro. Sé que tiene mil preguntas, pero antes de que pueda articular alguna, llegamos al despacho. Bianchi abre la puerta y nos invita a entrar con un gesto.

—Tú solo asegúrate de que mi hermano se comporta. No podemos hacer estallar una guerra solo para que él se divierta.

—Por supuesto, Adriano —responde y asiente con la cabeza centrándose en Alessandro.

El despacho es exactamente como me lo imaginaba: imponente, lleno de libros antiguos y muebles de caoba. El olor a tabaco y whisky impregna el aire. Me siento frente al escritorio, notando la comodidad de la silla de cuero. Mi futuro suegro toma asiento frente a mí, su postura rígida, como si estuviera listo para saltar en cualquier momento.

Mi mente está dividida entre las negociaciones que están a punto de comenzar y la imagen de Elena escapando en la noche. Hay algo en su espíritu indomable que me intriga, que me hace querer ver hasta dónde puede llegar.

—Bien, Don Caruso —comienza, sacándome de mis pensamientos—. Hablemos de los términos de esta unión.

Asiento, centrándome en el presente. Es hora de jugar al juego que mejor conozco. —Por supuesto. Creo que lo más importante es establecer claramente los límites territoriales y los acuerdos comerciales.

Las siguiente hora es un tira y afloja de condiciones, territorios y acuerdos. Mantengo mi rostro impasible, negociando con la frialdad que me ha llevado a la cima del mundo criminal. Cada concesión, cada demanda, es cuidadosamente calculada. Es un baile que conozco bien, un juego de ajedrez donde cada movimiento puede significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Pero una parte de mi mente sigue en ese jardín, con Elena. Me pregunto si habrá llegado lejos. La idea de que esté ahí fuera, libre y desafiante, me produce una extraña mezcla de admiración y frustración.

De repente, el teléfono de Bianchi suena, interrumpiendo nuestra conversación. Lo veo fruncir el ceño mientras escucha, su rostro palideciendo por momentos. La tensión en la habitación se intensifica, y puedo sentir cómo Enzo se pone alerta a mi lado.

—Traedla aquí. Ahora —gruñe antes de colgar, su voz cargada de una furia apenas contenida.

Antes de que pueda preguntar qué ocurre, la puerta del despacho se abre de golpe. Dos guardias entran, arrastrando a una figura que conozco bien.

ELENA

Me arrastran por los pasillos de la mansión, mis pies apenas tocando el suelo. El corazón me late desbocado, una mezcla de rabia y vergüenza corriendo por mis venas. Tan cerca. Había estado tan cerca de conseguir mi libertad. El sabor amargo de la derrota inunda mi boca mientras los guardias me empujan sin miramientos.

Los cuadros familiares que decoran las paredes parecen burlarse de mí. Generaciones de Bianchis me miran desde sus marcos dorados, sus ojos llenos de reproche. ¿Qué pensarían de mí ahora? ¿De la heredera que intentó escapar de su destino?

El eco de nuestros pasos resuena en el pasillo, cada uno acercándome más a mi inevitable confrontación. Puedo sentir las miradas de los sirvientes, una mezcla de curiosidad y lástima que hace que mi estómago se revuelva. La noticia de mi intento de fuga se habrá extendido como la pólvora. No hay secretos en esta casa.

Cuando los guardias abren la puerta del despacho de mi padre, lo primero que veo son sus ojos. Están llenos de furia, de decepción. Es una mirada que conozco bien, una que he temido toda mi vida. Pero no es su mirada la que me hace estremecer, sino la de Adriano.

Nuestros ojos se encuentran por un instante, y siento cómo el rubor sube a mis mejillas. La vergüenza me golpea como una ola, amenazando con ahogarme. Me ha visto intentar escapar y luego me han atrapado como a una niña traviesa. La humillación es casi insoportable. ¿Qué pensará de mí ahora? ¿Me verá como una niña caprichosa o como una mujer desesperada por su libertad?

—¿Cómo te atreves? —la voz de mi padre retumba en la habitación, sacándome de mis pensamientos—. ¿Cómo te atreves a avergonzarme así?

Cada palabra es como un latigazo, pero me obligo a mantenerme erguida. No les daré la satisfacción de verme doblegada. Soy Elena Bianchi, y puede que haya fracasado en mi intento de fuga, pero no han quebrado mi espíritu.

—Padre, yo... —intento hablar, pero las palabras mueren en mi garganta. ¿Qué puedo decir? ¿Cómo puedo explicar este anhelo desesperado de libertad?

—¡Silencio! —ruge, acercándose a mí con pasos amenazantes. Puedo oler el whisky en su aliento, ver la vena palpitando en su sien—. Has deshonrado a esta familia, has puesto en peligro todo por lo que hemos trabajado.

Cada paso que da hacia mí hace que mi corazón lata más rápido. Conozco esa mirada, esa furia apenas contenida. Es la mirada que precede a la tormenta, y yo estoy en el ojo del huracán.

Por el rabillo del ojo, veo cómo Adriano se tensa. Su mandíbula está apretada, sus ojos fijos en mi padre. Hay algo en su postura, una tensión contenida que me intriga. ¿Por qué le importa? ¿No debería estar furioso conmigo también?

—Don Bianchi —interviene Adriano, su voz controlada pero con un tono de advertencia que me pone los pelos de punta—. Le sugiero que se calme. O lo haré yo.

El silencio que sigue a sus palabras es ensordecedor. Puedo sentir la tensión en el aire, espesa y

asfixiante. Mi padre se gira lentamente hacia Adriano, sus ojos echando chispas.

—¿Cómo te atreves? —gruñe, su voz baja y peligrosa—. Esta es mi hija, y haré con ella lo que me plazca.

Veo cómo levanta la mano, y cierro los ojos instintivamente, esperando el golpe. Mi cuerpo se tensa, preparándose para el impacto. Pero nunca llega.

Cuando abro los ojos, la escena frente a mí me deja sin aliento. La mano de Adriano está sujetando con fuerza la muñeca de mi padre, sus nudillos blancos por la presión. La tensión en la habitación es palpable, como electricidad en el aire.

—La boda —dice Adriano, su voz fría como el hielo—. Será mañana.

Me quedo sin aliento. ¿Mañana? ¿Tan pronto? El pánico amenaza con apoderarse de mí, pero entonces veo algo en los ojos de Adriano, una chispa de... ¿preocupación? ¿Lo está haciendo para protegerme? La idea me desconcierta. ¿Por qué querría protegerme el hombre del que intentaba escapar?

Mi padre parece tan sorprendido como yo. Su rostro pasa de la furia a la confusión en cuestión de segundos. —¿Mañana? Pero...

—No es una sugerencia, Don Bianchi —le corta Adriano, su voz cargada de autoridad—. Es una orden. Si no se cumple este punto puede dar por finalizada la tregua. Nunca habrá paz entre nuestras familias.

Se escuchan jadeos ahogados por toda la habitación.

Me encuentro atrapada entre dos fuerzas imparables, dos hombres peligrosos que parecen decididos a controlar mi destino. La sensación de estar enjaulada me abruma, robándome el aliento. Es como si las paredes del despacho se cerraran sobre mí, amenazando con aplastarme.

Miro a Adriano, buscando desesperadamente alguna pista de sus intenciones. Sus ojos, oscuros e intensos, me devuelven la mirada. Hay algo en ellos que no puedo descifrar, una mezcla de emociones que me deja confundida y intrigada a partes iguales. ¿Es mi carcelero o mi salvador? ¿O quizás ambos?

La realidad de mi situación me golpea con fuerza. Mi intento de fuga ha fracasado estrepitosamente, pero algo ha cambiado. Las reglas del juego, las que creía conocer tan bien, se han alterado de una manera que no logro comprender.

Observo a los dos hombres frente a mí, tan diferentes y a la vez tan similares. Mi padre, con su furia apenas contenida, el hombre que me ha criado y al mismo tiempo me ha mantenido prisionera toda mi vida. Y Adriano, el enigma, el hombre que debería ser mi enemigo pero que acaba de interponerse entre mi padre y yo.

Una cosa está clara: el juego está lejos de terminar. Y tengo la sensación de que las reglas acaban de cambiar drásticamente. Ya no soy solo la hija obediente, la pieza en el tablero de ajedrez de mi padre. Ahora soy algo más, aunque aún no sé exactamente qué.

Mientras los dos hombres se miran fijamente, desafiándose en silencio, yo permanezco inmóvil, consciente de que cada palabra, cada gesto, puede alterar mi futuro de formas que ni siquiera puedo imaginar.

El aire en la habitación es denso, cargado de tensión y posibilidades no dichas. Y en medio de todo esto, me encuentro a mí misma pensando en la libertad que casi tuve entre mis manos. En el viento frío de la noche, en la promesa de un futuro diferente.

Pero ahora, mirando a Adriano, me pregunto si quizás la libertad no es siempre lo que imaginamos. Quizás, a veces, viene en formas que no esperamos, de manos que nunca hubiéramos considerado aliadas.

Sea lo que sea lo que me depare el futuro, una cosa es cierta: ya no soy la misma Elena que entró en este despacho. Y estoy lista para enfrentar lo que venga, sea lo que sea.

—Está bien. La boda será mañana —sentencia mi padre retirando la mano.

Y con eso, acaba de sellar mi destino.

CAPÍTULO 6

ELENA

Me miro en el espejo y casi no me reconozco. El reflejo me devuelve la imagen de una joven con ojos tristes y labios apretados, vistiendo un sencillo vestido blanco que no es de novia. Ni siquiera he tenido tiempo de comprar algo apropiado. Un día. Solo un día es todo lo que me ha dado Adriano para preparar la boda.

Paso los dedos por la tela del vestido, sintiendo su suavidad. Es bonito, sí, pero no es lo que siempre soñé. Cierro los ojos y me permito, por un instante, imaginar cómo habría sido si las cosas fueran diferentes. Un vestido elegido con cariño, rodeada de amigas, con el corazón lleno de ilusión y no de miedo.

Por un momento, se me pasa por la cabeza que quizás Adriano ha precipitado todo esto para protegerme de la furia de mi padre tras mi intento de fuga. Pero descarto la idea de inmediato. Vamos, Elena, no seas ingenua. Estás viendo solo lo que quieres ver.

Siempre pensé que, a pesar de ser la hija del Don, podría casarme por amor. Elegir al hombre, convencer a mi padre... Ahora me doy cuenta de lo ridículo que suena todo eso. Qué ilusa he sido. Las princesas de los cuentos se casan con príncipes. Las hijas de la mafia se casan con quien les digan.

Estoy destrozada. Mi padre me ha entregado como si fuera una mercancía, todo por obtener un poco de paz. Ha antepuesto su negocio a mi felicidad. ¿Cómo puede ser tan frío? ¿Tan calculador?

Me siento en el borde de la silla, intentando contener las lágrimas que amenazan con arruinar el maquillaje que tanto me ha costado aplicar. Respiro hondo, tratando de calmarme. No puedo derrumbarme ahora. No les daré esa satisfacción.

—Elena, cariño —la voz de mi madre me saca de mis pensamientos—. ¿Estás lista?

La miro a través del espejo. Tiene esa expresión de resignación que tanto detesto. Me pregunto si ella también se sintió así el día de su boda.

—Mamá, no puedo hacerlo —le digo, con la voz rota—. No puedo casarme con un hombre al que apenas conozco.

Se acerca y me pone las manos en los hombros. Su tacto es suave, pero sus palabras son duras como el acero.

—Escúchame bien, hija. No le llesves la contraria a Adriano, ¿vale? Gánatelo. Complacer a los hombres es la mejor forma de conseguir de ellos lo que quieres.

Me giro bruscamente, apartándome de ella. Sus palabras me duelen más que cualquier golpe físico.

—Ay, mamá. Ojalá no te hubiera escuchado decir eso nunca.

Veo el dolor en sus ojos, pero no puedo evitar sentirme decepcionada. ¿Es esto en lo que me

convertiré? ¿En una mujer que agacha la cabeza y complace a su marido para sobrevivir?

Justo en ese momento, suena mi móvil. Es Val. Ver su nombre en la pantalla hace que se me forme un nudo en la garganta.

—Elena... lo siento muchísimo —dice nada más descolgar—. Por favor, llámame cuando sepas dónde vas a vivir. Estaré contigo en cuanto pueda.

Su voz está cargada de preocupación y cariño. Por un momento, me siento tentada de pedirle que venga a rescatarme, que me saque de esta pesadilla. Pero sé que es imposible.

—Val, yo... —empiezo a decir, pero unos golpes en la puerta me interrumpen.

—Señorita Elena —dice la voz de un guardaespaldas—. Es hora de bajar.

Cuelgo el teléfono y miro a mi alrededor. La habitación que ha sido mi refugio durante tantos años ahora parece una jaula. Qué triste es todo esto. Casarme en mi propia casa, sin invitados, sin mi mejor amiga. Sin nadie al que le importe lo suficiente como para parar esta locura.

Me levanto y me acerco al tocador. Con manos temblorosas, me pongo los pendientes que mi abuela me regaló en mi decimotavo cumpleaños. «Para que los lleves el día de tu boda», me dijo. Seguro que ella tampoco imaginaba que sería así.

Respiro hondo y me dirijo a la puerta. Antes de abrirla, me giro hacia mi madre.

—¿Sabes qué? —le digo—. Puede que tenga que casarme con Adriano, pero te prometo que no voy a ser la mujer sumisa que tú y papá queréis que sea.

Veo la sorpresa en su rostro, mezclada con algo que podría ser admiración. O tal vez miedo. Ya no estoy segura de poder leer sus emociones.

Abro la puerta y salgo sin mirar atrás. El pasillo está desierto, salvo por el guardaespaldas que me espera para escoltarme. Mientras camino, cada paso resuena en el silencio de la casa. Me pregunto dónde está mi padre. ¿Estará abajo esperando para entregarme? ¿O estará en su despacho cerrando algún trato?

Bajamos las escaleras y puedo ver la sala principal. Hay pocas personas: un juez, algunos hombres que supongo son de la familia Caruso, y él. Adriano. Está de pie, imponente en su traje negro, mirándome fijamente.

Por un momento, nuestras miradas se cruzan y siento un escalofrío. No puedo descifrar lo que veo en sus ojos. ¿Deseo? ¿Indiferencia? ¿Quizás un atisbo de culpa?

Mientras avanzo hacia él, hacia mi futuro, me hago una promesa a mí misma. Puede que tenga que casarme con Adriano Caruso, pero no dejaré que esto me defina. No perderé mi esencia, mis sueños ni mi fuerza.

Si voy a entrar en este nuevo mundo, lo haré con la cabeza bien alta. Que se prepare Adriano Caruso, porque no sabe la que le espera. No seré una esposa trofeo, ni una pieza más en su juego de poder. Seré su igual, su desafío, su tormento si es necesario.

Y quizás, solo quizás, en el proceso descubra que hay más en él de lo que parece a simple vista.

Pero por ahora, mientras doy los últimos pasos hacia el altar improvisado, me aferro a mi determinación como si fuera un escudo.

Que empiece el juego, Adriano. Que empiece el juego.

ADRIANO

El sol de mediodía cae implacable sobre la ciudad cuando aparcamos frente al juzgado. Alessandro se remueve inquieto en el asiento del copiloto, mientras Enzo mantiene la mirada fija en la entrada del edificio.

—Ahí está —murmura Enzo, señalando con un gesto de la barbilla.

Veo al juez Martínez salir por las enormes puertas de cristal. Es un hombre de mediana edad, con el pelo canoso y gafas de montura fina. Parece cansado, ajeno al destino que le espera.

—Vamos allá —digo, abriendo la puerta del coche.

Nos acercamos con paso decidido. El juez nos mira, frunciendo el ceño al reconocermos. Antes de que pueda reaccionar, Alessandro lo agarra por el brazo.

—Buenos días, señoría —saludo con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Le invitamos a dar un paseo con nosotros.

—¿Qué...? ¿Qué significa esto? —balbucea, mirando a su alrededor en busca de ayuda.

Enzo se acerca por el otro lado, bloqueando cualquier vía de escape. —Es mejor que venga sin armar escándalo, juez. No queremos llamar la atención, ¿verdad?

Lo guiamos hasta el coche. La gente pasa a nuestro lado sin percatarse de nada. Es fascinante cómo la mayoría prefiere no ver lo que sucede frente a sus narices.

Una vez en el coche, Alessandro suelta una carcajada. —Hermano, esta es la boda más divertida que podría imaginar. Secuestrar al juez, obligarle a casaros... Brillante.

Miro a Martínez por el retrovisor. Está pálido, con una fina capa de sudor en la frente. —Tranquilo, señoría. Coopere y todo saldrá bien.

Enzo arranca el coche y nos dirigimos hacia la casa de los Bianchi. Durante el trayecto, le explico al juez lo que esperamos de él. Con cada palabra, veo cómo su rostro pasa del miedo a la resignación.

—¿Estás seguro de esto, Adriano? —pregunta Enzo, mirándome por el retrovisor.

Asiento sin decir palabra. No estoy seguro de nada, pero no puedo mostrar debilidad. No ahora.

Llegamos a la casa de los Bianchi en tiempo récord. Es una mansión imponente, un recordatorio constante del poder que ostenta esta familia. Mi futura familia política, pienso con cierta ironía.

—Vamos, señoría —digo, ayudando al juez a salir del coche—. Es hora de officiar una boda.

Entramos en la casa. El hombre, aún tembloroso, camina entre Alessandro y yo. Puedo sentir la tensión en el aire, casi palpable.

—Tranquilo —le susurro—. Haga su trabajo y saldrá de aquí sin un rasguño.

La sala principal está casi vacía. Algunos de mis hombres, un par de los Bianchi, y silencio. Mucho silencio. Es extraño ver un lugar así en un día de boda. No hay flores, ni música, ni invitados emocionados. Solo tensión y miradas cautelosas.

Y entonces la veo.

Elena baja las escaleras y, por un momento, me quedo sin aliento. Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Su vestido blanco, aunque sencillo, resalta su figura de una manera que me hace difícil apartar la mirada. Su pelo castaño cae en suaves ondas sobre sus hombros, enmarcando un rostro que parece esculpido por los mismos ángeles.

Pero son sus ojos los que me atrapan. Ojos grandes, expresivos, del color del whisky bajo la luz del sol. Y en ellos, una mirada que podría congelar el infierno. Si las miradas mataran, yo estaría muerto diez veces.

Esa mirada. Debería intimidarme, pero solo consigue divertirme. Hay fuego en esos ojos, un desafío que me hace querer domarla y liberarla al mismo tiempo. Es como mirar directamente a una tormenta, sabiendo que puede destruirte, pero incapaz de apartar la vista.

Se acerca a mí con pasos decididos. No hay miedo en su andar, solo determinación. Cada paso que da resuena en la sala, como si el mundo entero contuviera la respiración. Me gusta. Me gusta mucho.

El juez, aún visiblemente nervioso, se coloca frente a nosotros y comienza la ceremonia. Su voz tiembla ligeramente al principio, pero poco a poco gana confianza. Escucho las palabras sin prestarles realmente atención. Mis ojos están fijos en Elena, en la forma en que aprieta los labios, en cómo sus manos se tensan cada vez que el juez menciona la palabra *amor*.

Observo cada detalle de su rostro, memorizándolo. La curva de su mandíbula, el arco perfecto de sus cejas, el ligero temblor de sus pestañas. Es como una obra de arte viva, hermosa y peligrosa a partes iguales.

—Puede besar a la novia —dice finalmente el juez.

Por un momento, dudo. ¿Debería besarla de verdad? ¿Reclamarla como mía frente a todos? La tentación es fuerte. Parte de mí quiere tomarla entre mis brazos y besarla hasta que olvide su propio nombre, hasta que esa mirada de odio se transforme en algo más... apasionado.

Pero algo en su mirada me detiene. No, aún no. Este no es el momento. Hay demasiada rabia, demasiado resentimiento en esos ojos. Besarla ahora sería como intentar domar un incendio con las manos desnudas.

Me inclino y le doy un delicado beso en la mejilla. Su piel es suave, cálida, y huele ligeramente a jazmín. Siento cómo se tensa bajo mis labios, como si quisiera apartarse y acercarse al mismo tiempo. Es una contradicción andante, esta mujer.

—Bienvenida a la familia, Elena —le susurro al oído, mi aliento acariciando su piel.

Cuando me aparto, veo un destello de sorpresa en sus ojos. ¿Esperaba que fuera más brusco? ¿Más dominante? ¿O quizás esperaba que no me atreviera a tocarla en absoluto?

Oh, mi querida Elena. Esto es solo el principio. Puede que me odies ahora, pero te prometo que haré que cada día sea una aventura. Y quién sabe, tal vez algún día esa mirada asesina se convierta en algo más... interesante.

Tomo su mano, sintiendo la electricidad que parece surgir entre nosotros. Su piel es suave, pero puedo sentir la fuerza en sus dedos. Esta no es una mujer que se doblegue fácilmente. Bien. No me interesan las mujeres débiles.

Miro a mi alrededor. Alessandro tiene una sonrisa de satisfacción en el rostro, como si todo esto fuera un gran espectáculo montado para su entretenimiento. Enzo, por su parte, mantiene su expresión neutral, pero puedo ver la preocupación en sus ojos. Sabe, igual que yo, que esto es solo el comienzo de algo mucho más grande y potencialmente peligroso.

El juez Martínez parece aliviado de que todo haya terminado. Asiento en su dirección, indicándole que puede marcharse. Dos de mis hombres lo escoltarán de vuelta al juzgado. No queremos problemas... al menos no más de los necesarios.

Vuelvo a centrar mi atención en Elena. Su mano sigue en la mía, aunque puedo sentir cómo intenta sutilmente liberarse. Sonrío internamente. Sí, definitivamente, esto va a ser muy divertido.

—¿Lista para empezar nuestra nueva vida, querida? —pregunto, mi voz un susurro que solo ella puede oír.

Sus ojos se estrechan, lanzándome dagas con la mirada. —Ni lo sueñes, Caruso —sisea entre dientes.

Mi sonrisa se ensancha. Oh, sí. Muy, muy divertido.

CAPÍTULO 7

ELENA

El coche avanza por las calles de la ciudad, pero yo apenas lo noto. Mi mente sigue atrapada en ese momento, en ese beso. Un beso en la mejilla. Como si fuese su hermana pequeña en vez de su mujer. La indignación me consume por dentro, mezclándose con una rabia que amenaza con desbordarme.

Adriano conduce en silencio, con Alessandro en el asiento del copiloto y Enzo detrás conmigo. El ambiente en el coche es tenso, cargado de expectación.

—Bueno, cuñadita —dice Alessandro, girándose para mirarme con una sonrisa burlona—. ¿Qué se siente al ser la nueva señora Caruso?

Le lanzo una mirada fulminante.

—Pregúntamelo cuando realmente me sienta como tal.

Alessandro suelta una carcajada.

—Me gusta esta chica, Adriano. Tiene agallas.

Veo cómo Adriano aprieta el volante, sus nudillos blancos por la tensión. ¿Estará tan incómodo como yo con esta situación?

Finalmente, el coche se detiene frente a un edificio moderno y elegante. Adriano baja primero y me abre la puerta. Por un momento, considero quedarme dentro del coche, pero decido que eso sería infantil. No. Les demostraré que puedo manejar cualquier cosa que me lancen.

Enzo y Alessandro bajan las maletas del maletero. Son pocas; no me dieron mucho tiempo para empacar mi vida.

Subimos en el ascensor hasta el último piso. Cuando las puertas se abren, me quedo sin aliento. El ático es absolutamente impresionante. Ventanales del suelo al techo ofrecen una vista panorámica de la ciudad. La decoración es minimalista pero elegante.

Pero hay algo extraño. Todo parece... nuevo. Demasiado nuevo. Camino por el salón, tocando los muebles. Las etiquetas aún cuelgan de algunos de ellos. Es como si nadie hubiera vivido aquí nunca.

Alessandro silba, impresionado.

—Vaya, hermano. Te has lucido con el nidito de amor.

Enzo, que parece ser más discreto, simplemente deja las maletas en la entrada y observa en silencio.

—¿Vamos a vivir aquí? —pregunto, girándome hacia Adriano.

Él me mira con una expresión indescifrable.

—Tú vas a vivir aquí. Sola.

Sus palabras caen sobre mí como un jarro de agua fría. La indignación que sentía antes no es nada

comparada con la furia que me invade ahora.

—¿Perdona? —exclamo, acercándome a él—. ¿Crees que has comprado un perro al que puedes abandonar en una casa bonita?

Alessandro suelta una carcajada. —Oh, esto se pone interesante.

Adriano arquea una ceja, aparentemente sorprendido por mi reacción.

—Pensé que apreciarías tener tu propio espacio, tu intimidad.

—¿Mi intimidad? —casi grito—. Llévame ahora mismo a la casa en la que tú vives. No soy tu amante, Adriano. Soy tu mujer. No voy a tolerar otra cosa que no sea vivir en tu casa. Que te quede claro: ahora soy tu esposa, te guste o no.

Veo un destello de algo en sus ojos. ¿Sorpresa? ¿Admiración? ¿O quizás diversión? Sea lo que sea, desaparece rápidamente, reemplazado por su habitual máscara de indiferencia.

Alessandro se acerca, pasando un brazo por mis hombros. —Me encanta esta chica, Adriano. Tiene más pelotas que la mitad de tus hombres.

Le aparto el brazo de un manotazo. —No me toques.

Enzo, que hasta ahora se había mantenido al margen, da un paso adelante. —Adriano, quizás deberíamos...

—Silencio —le corta Adriano, sin apartar la mirada de mí—. Elena...

Pero no le dejo continuar.

—No, Adriano. Si querías una esposa trofeo para exhibir en eventos y luego guardar en una caja bonita, te has equivocado de mujer. Si me has obligado a casarme contigo, vas a tener que lidiar con las consecuencias. Y eso significa que viviré contigo, como tu esposa, no en este... este zoológico dorado.

Me mantengo firme, mirándole directamente a los ojos. No voy a ceder en esto. Si piensa que puede controlarme, que puede apartarme como si fuera un objeto incómodo, está muy equivocado.

Alessandro suelta un silbido bajo.

—Joder, hermano. Creo que has encontrado a tu igual.

Adriano me sostiene la mirada durante lo que parece una eternidad. Finalmente, una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Está bien —dice, sorprendiéndome—. Vivirás conmigo. Pero te advierto, Elena, mi vida no es fácil. No es segura. ¿Estás preparada para eso?

Levanto la barbilla, desafiante. —Nací en este mundo, Adriano. Sé perfectamente en lo que me estoy metiendo. La pregunta es: ¿estás tú preparado para tenerme en tu vida?

Su sonrisa se ensancha ligeramente. —Supongo que lo averiguaremos, ¿no?

Alessandro aplaude, rompiendo la tensión del momento.

—¡Esto es mejor que cualquier telenovela! Enzo, ¿tienes palomitas?

Enzo le lanza una mirada de advertencia. —Alessandro, compórtate.

Adriano se gira hacia ellos. —Vamos, todos. Regresemos a casa.

Alessandro sonríe ampliamente.

—¡Sí! Fiesta de bienvenida en casa. Esto va a ser divertido.

Adriano camina hacia las maletas y las levanta. Enzo se adelanta para ayudarlo.

—Vamos —dice Adriano simplemente.

Le seguimos hasta el ascensor, con el corazón latiendo con fuerza. No sé qué me espera en la casa de Adriano, pero de una cosa estoy segura: no voy a dejar que me conviertan en una simple espectadora de mi propia vida.

Mientras bajamos, noto la mirada de Adriano sobre mí. —¿Qué? —pregunto, desafiante.

—Nada —responde, pero su mirada me hace sentirme emocionada.

Salimos del edificio y nos dirigimos de nuevo al coche. Mientras Adriano y Enzo guardan las maletas, Alessandro se acerca a mí.

—Bienvenida a la familia, cuñadita —dice, con una sonrisa que no sé si interpretar como amistosa o burlona—. Prepárate para una vida llena de emociones.

—Estoy lista para lo que sea —respondo, mirándole directamente a los ojos.

Su sonrisa se ensancha. —Me gusta tu actitud. Creo que nos llevaremos bien.

Nos subimos al coche, esta vez con Enzo al volante. Mientras avanzamos por las calles de la ciudad, observo por la ventana, preguntándome cómo será la verdadera casa de Adriano. ¿Será tan fría y perfecta como el ático? ¿O veré por fin algo del hombre detrás de la máscara?

Alessandro no para de hablar durante todo el trayecto, contando anécdotas sobre Adriano que supongo que pretenden ser embarazosas, pero que mi marido ignora con una paciencia que me sorprende.

Finalmente, el coche se detiene frente a una imponente mansión. Es elegante pero discreta, rodeada de un alto muro y con evidentes medidas de seguridad.

—Hogar, dulce hogar —anuncia Alessandro mientras bajamos del coche.

Adriano se coloca a mi lado, ofreciéndome su brazo. Por un momento dudo, pero finalmente lo acepto. Después de todo, estamos a punto de entrar en su territorio. En nuestro territorio, me corrijo mentalmente.

—Bienvenida a casa, Elena —dice Adriano en voz baja, solo para mí.

Asiento, enderezando los hombros. Estoy lista para lo que sea que venga. Esta puede no ser la vida que soñé, pero es la vida que tengo ahora. Y pienso vivirla en mis propios términos.

ADRIANO

Cruzamos el umbral de mi casa y siento que estoy cometiendo el mayor error de mi puta vida. Elena camina a mi lado, su presencia tan imponente como un tanque en un campo de batalla. ¿En qué

coño estaba pensando al traerla aquí?

La miro de reojo, evaluándola. Su determinación, su fuerza... es impresionante. Y jodidamente peligrosa. No puedo evitar preguntarme si me estoy equivocando al dejarla entrar en mi círculo más íntimo tan pronto. ¿Y si es una espía de los Bianchi? ¿Y si todo esto es parte de un plan más grande para joderme?

Pero algo en mi interior, una voz que intento acallar, me dice que puedo confiar en ella. Y eso, paradójicamente, me cabrea aún más.

De repente, el sonido de pasos apresurados interrumpe mis pensamientos. Mia baja corriendo las escaleras, su carita iluminada por una sonrisa que casi me hace bajar la guardia. Casi.

—¡Adriano! —grita, lanzándose hacia mí.

La atrapo al vuelo, levantándola en el aire. Por un momento, siento que el peso del mundo se aligera un poco.

—¿Tienes una hija? —la voz sorprendida de Elena me devuelve a la realidad.

Miro a Elena, esperando ver ira o acusación en sus ojos. Pero solo veo sorpresa y algo más que no logro descifrar. ¿Decepción? ¿Dolor? Me importa una mierda, me digo a mí mismo.

Antes de que pueda responder, la niña se gira hacia Elena. —No, Adriano no es mi papá —dice con esa inocencia que solo los niños poseen—. Mi papá y mi mamá están en el cielo. Pero Adriano es el mejor tío del mundo.

—¡Eh! —protesta Alessandro, fingiendo indignación—. ¿Y yo qué, renacuaja?

Se acerca a la niña y empieza a hacerle cosquillas, llenando la entrada de risas infantiles. Por un momento, casi olvido la tensión de la situación.

La niñera aparece en ese momento, llamando suavemente. —Mia, vamos a jugar, deja a los mayores hablar tranquilos.

Con un último abrazo, Mia se despide y se va con la niñera. Elena me mira fijamente, sus ojos brillando con una intensidad que me pone en guardia.

—Veo que tienes secretos, Adriano —dice, su voz neutral, pero con un toque de algo que no logro identificar—. ¿Algo más que deba saber sobre mi nuevo... hogar?

—No te debo explicaciones, Elena —respondo, mi voz dura como el acero—. Esta es mi casa y mis reglas. Si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta.

Veo un destello de rabia en sus ojos, pero se controla rápidamente. Bien. Que sepa que aquí no tiene el control.

—Que te quede clara una cosa, Adriano —dice, su voz baja pero firme—. Más te vale que no se te haya pasado por la cabeza que yo podría hacerle daño a esa niña.

La miro, sorprendido por la ferocidad en su tono. —Ni se me ocurriría —respondo con sinceridad—. Pero si alguna vez...

—Ni lo insinúes —me corta—. No soy un monstruo, por mucho que tú lo seas.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Me obligo a mantener una expresión impasible.

—¿Cuál es mi habitación? —pregunta, cambiando de tema abruptamente.

Me quedo en silencio, sin saber qué decir. La verdad es que no había pensado en eso. No esperaba que insistiera en vivir aquí, joder.

Elena sonríe, pero es una sonrisa que podría congelar el infierno. —No te preocupes, ya la encontraré yo sola —dice—. Buenas tardes, caballeros.

Y con eso, se gira y comienza a subir las escaleras, como si fuera la puta dueña del lugar. La observo mientras se aleja, su figura elegante y orgullosa desapareciendo en el piso superior.

—Vaya, hermano —dice Alessandro, dándome una palmada en la espalda—. Creo que has encontrado la horma de tu zapato. Esto va a ser divertidísimo.

—Cierra la puta boca —gruño, apartándome de él.

Me dirijo a mi despacho, necesitando un momento a solas para procesar toda esta mierda. Cierro la puerta de un portazo y me sirvo un whisky, bebiéndomelo de un trago.

¿He cometido el peor error de mi vida al dejarla entrar? Ya puedo sentir cómo su presencia lo está cambiando todo. La casa se siente diferente, el aire parece cargado de una energía nueva y desconocida.

Y lo peor de todo es que una parte de mí, una parte que creía muerta hace mucho tiempo, está emocionada por ello. Esa parte quiere ver qué más puede hacer Elena, hasta dónde puede llegar.

Maldita sea, Elena Bianchi. ¿Qué cojones me has hecho?

Me sirvo otro whisky y me acerco a la ventana. Desde aquí puedo ver parte del jardín, donde Mia está jugando ahora. La visión de mi sobrina me recuerda por qué hago todo esto, por qué no puedo permitirme debilidades.

Elena es un peligro. Un peligro que no puedo ignorar, pero tampoco puedo eliminar. Al menos no por ahora. Tendré que vigilarla de cerca, mantenerla bajo control.

Pero una voz en mi cabeza, una que suena sospechosamente como la de Alessandro, se ríe de mí. «¿Controlarla? Buena suerte con eso, hermano.»

Aprieto el vaso con tanta fuerza que temo que se rompa. No importa lo que tenga que hacer, no dejaré que Elena Bianchi lo arruine todo. No dejaré que me debilite.

Aunque algo me dice que esa batalla ya la estoy perdiendo.

CAPÍTULO 8

ELENA

Me paseo por la mansión como un fantasma, invisible para la mayoría. Llevo varios días aquí y aún no me acostumbro al caos que reina en esta casa. Es como vivir en una estación de tren con horarios aleatorios, donde los trenes llegan y salen sin previo aviso, y los pasajeros corren de un lado a otro sin rumbo fijo.

El sol de la mañana se filtra por los grandes ventanales, iluminando el mármol pulido del suelo y haciendo brillar las lámparas de cristal que cuelgan del techo. Es una casa hermosa, sin duda, pero la belleza no puede ocultar el desorden que impera en cada rincón.

Observo cómo un grupo de hombres trajeados entra en el despacho de Adriano sin llamar. Sus zapatos lustrosos resuenan en el pasillo, y el aroma de sus caros perfumes queda flotando en el aire. Ni siquiera se molestan en mirarme. Para ellos, soy poco más que un mueble caro, un adorno más en esta casa de locos.

—Esto es una locura —murmuro para mí misma, esquivando a una criada que corre con una bandeja de café. La pobre chica parece al borde de las lágrimas, probablemente agotada por el ritmo frenético de esta casa.

En el salón, Alessandro está tirado en el sofá de cuero italiano, con una botella de whisky en la mano a pesar de que apenas son las once de la mañana. Su camisa está arrugada y tiene el pelo revuelto, como si acabara de levantarse. Me mira y esboza una sonrisa torcida, sus ojos brillando con una mezcla de diversión y desafío.

—Buenos días, cuñadita —dice, su voz ronca por el alcohol—. ¿Ya te has arrepentido de haberte casado con nosotros?

Ignoro su provocación y sigo mi camino, mis tacones resonando en el suelo de mármol. No pienso darle el gusto de verme alterada. Ya tengo suficiente con lidiar con el caos de esta casa como para entrar en su juego.

Me acerco a Giulia, la niñera de Mia, que está en el jardín trasero intentando que la niña se quede quieta el tiempo suficiente para atarle el pelo que se le ha soltado. La pobre mujer parece estar siempre al borde de un ataque de nervios, con el pelo recogido en un moño desordenado y ojeras bajo los ojos.

—Oye, Giulia —le digo, intentando sonar casual mientras me siento en un banco cercano—. ¿A qué hora lleva a Mia al colegio?

Ella me mira como si le hubiera preguntado por qué el cielo es verde. Sus manos se detienen en medio del intento de hacer una trenza en el pelo rebelde de Mia.

—¿Colegio? —repite, parpadeando confundida—. La niña no va al colegio, señora Caruso.

Me quedo de piedra observando a Mia. Su risa inocente contrasta con la seriedad de la situación.

—¿Cómo que no va al colegio? —pregunto, intentando mantener la calma—. Tiene cuatro años, ¿no?

Giulia se encoge de hombros, resignada. —El señor Caruso dice que es peligroso. Que ya aprenderá cuando sea mayor.

Siento que la indignación crece en mi interior, como una olla a presión a punto de estallar. ¿Qué clase de vida es esta para una niña? Mia debería estar jugando con otros niños, aprendiendo, creciendo. No encerrada en esta fortaleza dorada, rodeada de hombres armados y secretos peligrosos.

No puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo todo se desmorona, cómo la inocencia de Mia se desvanece día a día. Tengo que hacer algo, aunque sea lo último que haga en esta casa.

Me dirijo a la cocina, decidida. El olor a café recién hecho y pan tostado llena el aire, mezclándose con el aroma de las flores frescas que adornan la isla central. Encuentro un bloc de notas y un bolígrafo, y empiezo a trazar un plan.

Me siento en un taburete alto, ignorando el ir y venir de los cocineros y el personal de servicio. Comienzo a escribir frenéticamente: horarios de comidas, rutinas para Mia, incluso turnos para las reuniones de negocios de Adriano. Cada línea que trazo es una pequeña victoria, un paso más hacia el orden en medio del caos.

—Si cree que voy a ser una muñequita decorativa, está muy equivocado —murmuro mientras escribo, mi determinación creciendo con cada palabra—. Esta casa necesita una mano firme, y ya que nadie más parece dispuesto a hacerlo, tendré que ser yo.

Paso las siguientes horas perfeccionando mi plan. El sol se mueve lentamente por el cielo, proyectando sombras cambiantes a través de las ventanas de la cocina. Los sirvientes entran y salen, lanzándome miradas curiosas, pero nadie se atreve a interrumpirme.

Cuando termino, miro mi obra con orgullo. Las páginas están llenas de horarios, listas y notas. Es ambicioso, sí, pero necesario. Veo en estas hojas el futuro de esta casa, un futuro ordenado y estable. Un futuro donde Mia pueda crecer feliz y segura.

Ahora solo falta la parte más difícil: convencer a Adriano. El pensamiento hace que mi estómago se retuerza con nerviosismo. Sé que no será fácil. Adriano es terco, acostumbrado a que todos sigan sus órdenes sin cuestionarlas. Pero yo no soy como los demás. No me casé con él para ser un adorno silencioso.

Respiro hondo y me dirijo a su despacho. Cada paso que doy resuena en el pasillo vacío, como un latido que marca el ritmo de mi determinación. Es hora de demostrarle a mi querido marido que se ha casado con una mujer, no con una marioneta.

El pasillo parece alargarse interminablemente ante mí. Las paredes están decoradas con pinturas antiguas y fotografías en blanco y negro de antepasados de la familia Caruso. Sus ojos parecen

seguirme, juzgándome en silencio. ¿Qué pensarían ellos de esta intrusa que quiere cambiar las cosas?

Me detengo frente a la imponente puerta de roble del despacho de Adriano. Puedo oír voces amortiguadas al otro lado, probablemente Adriano discutiendo algún negocio turbio con sus hombres. Por un momento, la duda me asalta. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿No estaré sobrepasando los límites?

Pero entonces pienso en Mia, en su risa inocente en el jardín. Pienso en la cocina caótica, en Alessandro bebiendo a todas horas, en la mirada cansada de Giulia. No, no puedo dar marcha atrás. Esta familia necesita un cambio, y yo voy a ser quien lo impulse.

Me planto frente a la puerta del despacho, con el plan en la mano y el corazón latiendo con fuerza. Sé que lo que estoy a punto de hacer podría enfurecer a Adriano, pero no me queda otra opción. Esta casa necesita cambios, y yo voy a ser quien los impulse.

Con determinación, levanto la mano para llamar a la puerta. El sonido de mis nudillos contra la madera resuena en el pasillo silencioso, como un disparo que marca el inicio de una batalla. Una batalla por el orden, por la estabilidad, por el futuro de esta familia.

Espero, conteniendo la respiración, lista para enfrentarme a lo que sea que me espere al otro lado de esa puerta. Lista para demostrar que Elena Bianchi no es una pieza más en el juego de Adriano Caruso, sino una jugadora por derecho propio.

ADRIANO

La voz de Salvatore retumba en el despacho, sus palabras rebotando en las paredes de madera oscura. Pero para mí, es como si estuviera hablando bajo el agua. Distante, amortiguado, irrelevante. Mi mente está en otra parte, concretamente, en la habitación contigua a la mía.

—Don Caruso, ¿me está escuchando? —pregunta Salvatore, su tono rozando peligrosamente la insolencia.

Aprieto la mandíbula, forzándome a centrarme. Mis ojos se clavan en él, fríos y amenazantes. — Sigue hablando.

Salvatore traga saliva, visiblemente incómodo. Bien. Que no olvide quién manda aquí.

Mientras reanuda su perorata sobre territorios y cuotas, mi mente vuelve a divagar. Pienso en Elena, en cómo eligió la habitación junto a la mía. ¿Lo habrá hecho a propósito? ¿O es solo una coincidencia cruel del destino?

Recuerdo cómo, algunas mañanas, la veo a través de la puerta que une nuestras habitaciones mientras duerme. Es un hábito que he desarrollado casi sin darme cuenta. Me levanto temprano, como siempre, y mis pasos me llevan inevitablemente hacia esa puerta entreabierta.

Joder, es hermosa. Parece un ángel caído del cielo, con su pelo castaño esparcido sobre la almohada como un halo y su rostro sereno, libre de preocupaciones. En esos momentos, me hace

pensar que todavía queda algo de bondad en este mundo de mierda que me rodea.

—Don, con todo respeto, necesitamos una respuesta —interrumpe Marco, el otro capitán presente, sacándome bruscamente de mis pensamientos.

Enzo, de pie en una esquina del despacho, me lanza una mirada de advertencia. Me conoce demasiado bien. Sabe que no estoy prestando ni una pizca de atención.

—La tendrán cuando yo lo considere oportuno —respondo fríamente, mi tono no dejando lugar a réplicas.

Veo cómo Marco y Salvatore intercambian una mirada. Están descontentos, eso está claro. Son los más reacios a aceptar mi liderazgo desde que me hice con el control de la familia. Pero me importa una mierda. Si no les gusta, ya saben dónde está la puerta. O la morgue.

De repente, alguien llama a la puerta. Tres golpes decididos que reconozco al instante.

Elena.

Siento cómo mi pulso se acelera, traicionándome. —Adelante —digo, luchando por mantener mi voz neutral.

Elena entra en el despacho como si fuera la dueña del lugar. Cabeza alta, mirada determinada, pasos firmes. Me fascina y me irrita a partes iguales.

—Necesito hablar contigo, Adriano —dice, ignorando por completo a los demás presentes.

—Estamos en medio de una reunión —respondo, esforzándome por mantener mi tono frío y distante. No puedo permitir que vea el efecto que tiene sobre mí.

—Puede esperar —insiste ella, sus ojos clavados en los míos.

Miro a mis hombres. Salvatore parece a punto de explotar de indignación, Marco tiene una expresión de curiosidad mal disimulada, y Enzo... Enzo me mira con una mezcla de diversión y resignación.

—Dejadnos solos —ordeno.

Salen a regañadientes, Enzo cerrando la puerta tras de sí. Me quedo a solas con Elena, intentando no mostrar lo mucho que me afecta su presencia. El aroma de su perfume inunda mis sentidos, haciendo que me cueste concentrarme.

—Tu casa es un desastre —suelta sin preámbulos, su voz cargada de determinación—. Y a partir de ahora, vivir de esa forma se ha acabado.

Arqueo una ceja, sorprendido por su audacia. —¿Disculpa?

—Lo que has oído —repite, dando un paso hacia mí—. Esto no puede seguir así, Adriano. Es un caos.

Suelto una risa seca, aunque por dentro estoy dividido entre la admiración y la irritación. —Tengo que dirigir una organización criminal que no quiere ser dirigida por mí. No tengo tiempo para tus intentos de jugar a las casitas.

Sus ojos brillan, desafiantes. El color whisky de su mirada parece encenderse con un fuego

interior. —¿Cómo van a dejarse dirigir tus hombres si no tienes orden en tu propia casa?

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que me gustaría admitir. Tiene razón, joder. Pero no puedo ceder tan fácilmente.

—No tengo tiempo para esto, Elena —gruño, aunque una parte de mí admira su audacia. Esta mujer tiene más cojones que la mayoría de mis hombres.

—Suerte que me tienes a mí —responde, y antes de que pueda reaccionar, planta sobre mi escritorio un montón de papeles—. Aquí tienes el horario de comidas y de organización de Mia. Ahora demuestra el Don que eres y haz que se cumpla.

Me quedo mirando los papeles, luego a ella. Está ahí, de pie, con esa mirada que me vuelve loco de la mejor manera. Desafiante, segura, hermosa. Como una diosa guerrera lista para la batalla.

—¿Crees que puedes venir aquí y reorganizar mi vida? —pregunto, mi voz baja y peligrosa. Es el tono que hace que mis enemigos tiemblen, pero Elena ni siquiera parpadea.

—No lo creo, lo sé —responde sin pestañear, su barbilla alzada en un gesto de desafío—. Y no es tu vida, Adriano. Es la de todos nosotros. Incluida Mia.

La mención de Mia me golpea como un puñetazo en el estómago. Tiene razón, joder. La niña necesita estabilidad. Necesita una vida normal, o tan normal como pueda ser creciendo en una familia como la nuestra.

Me levanto lentamente, rodeando el escritorio para acercarme a Elena. Ella no retrocede ni un milímetro. Su valentía me impresiona y me excita a partes iguales.

—¿Y si me niego? —pregunto, mi rostro a centímetros del suyo. Puedo contar las pecas que salpican su nariz, ver el ligero temblor de sus pestañas.

—Entonces estarás fallando no solo como Don, sino como tío —responde, su aliento cálido contra mi piel. Huele a café y a algo dulce que no puedo identificar.

Nos quedamos así, en silencio, mirándonos fijamente. Puedo sentir la tensión entre nosotros, espesa y palpable. Una parte de mí quiere besarla hasta que olvide su propio nombre, hasta que ambos olvidemos quiénes somos y por qué estamos aquí. Otra parte quiere echarla de mi despacho y olvidar esta conversación, volver a ser el hombre frío y calculador que todos esperan que sea.

Finalmente, doy un paso atrás, necesitando poner distancia entre nosotros antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

—De acuerdo —digo, sorprendiéndome incluso a mí mismo—. Lo haremos a tu manera. Por ahora.

Una sonrisa triunfal ilumina su rostro, y por un momento me quedo sin aliento. Es como ver el sol salir después de una larga noche de tormenta.

—No te arrepentirás —dice, girándose para salir. Su confianza es contagiosa, y me encuentro queriendo creer en sus palabras.

—Elena —la llamo antes de que alcance la puerta. Se gira para mirarme, una ceja arqueada en

señal de interrogación—. Bien jugado.

Ella asiente, una pequeña sonrisa en sus labios, y sale del despacho. El sonido de sus tacones alejándose por el pasillo resuena en mis oídos.

Me dejo caer en mi silla, mirando los papeles que ha dejado. Horarios, rutinas, todo meticulosamente planeado. Joder, ¿en qué me he metido? Esta mujer va a ser mi perdición.

Y lo peor es que una parte de mí está deseando que lo sea.

Paso los dedos por los papeles, sintiendo el relieve de su escritura. Es ordenada, precisa, justo como ella. Me encuentro sonriendo sin darme cuenta.

Quizás, solo quizás, esto es exactamente lo que necesitábamos. Lo que yo necesitaba. Alguien que me desafíe, que me haga querer ser mejor.

Pero no puedo permitirme esos pensamientos. No en este mundo, no con los enemigos que tengo. El afecto es una debilidad que no puedo permitirme.

Aun así, mientras miro los papeles que Elena ha dejado, siento una chispa de algo que hacía mucho tiempo que no sentía.

Esperanza.

CAPÍTULO 9

ELENA

El aroma dulce de la vainilla y el chocolate inunda la cocina mientras Mia y yo nos afanamos en nuestra tarea del día: hacer galletas. La pequeña, con su delantal rosa salpicado de harina, ríe sin parar mientras intenta dar forma a la masa con sus manitas regordetas. Su risa es contagiosa, llenando el aire con una alegría que hace tiempo que no sentía. Ni yo, ni supongo que nadie en esta casa, ya que todo el mundo parece atento a nosotras dos.

—¡Mira, tía Elena! —exclama, mostrándome lo que se supone que es un corazón, pero parece más bien una patata deforme. Que se refiera a mí como su tía me tiene enamorada—. ¡Es para el tío Adriano!

Sonrío, sintiendo una calidez en el pecho que nada tiene que ver con el calor del horno. Es increíble cómo esta niña, en medio de todo el caos y la oscuridad que rodea a esta familia, puede mantener su inocencia y su amor incondicional.

—Estoy segura de que le encantará, cariño —respondo, acariciando su pelo suave—. El tío Adriano tendrá la galleta más especial de todas.

Alessandro, apoyado en la encimera con una taza de café en la mano, nos observa con una mezcla de diversión y perplejidad. Su presencia, aunque silenciosa, añade un toque de normalidad a la escena. Es como si, por un momento, fuéramos una familia corriente.

—Jamás pensé que vería el día en que la cocina de los Caruso se convirtiera en una pastelería —comenta, una sonrisa torcida en sus labios—. ¿Qué dirían nuestros enemigos si nos vieses ahora?

—Pues ya iba siendo hora de que esta casa oliera a algo más que a whisky y cigarro —respondo, lanzándole un puñado de harina que él esquivo con agilidad, su risa uniéndose a la de Mia.

La cocinera, Rosetta, una mujer robusta de mediana edad que lleva décadas al servicio de los Caruso, nos mira con una mezcla de horror y resignación. Sus ojos recorren la cocina, evaluando el desastre que cree que tendrá que limpiar después, aunque le he dicho un montón de veces que yo seré la que lo haga. Hay harina por todas partes, manchas de chocolate en la encimera, utensilios sucios apilados en el fregadero. Pero incluso ella no puede evitar sonreír ante la escena.

—Señora Caruso —dice, su tono una mezcla de respeto y exasperación—, ¿está segura de que no quiere que me encargue yo de las galletas?

Niego con la cabeza, sonriendo. —Gracias, Rosetta, pero esto es algo que Mia y yo necesitamos hacer juntas. Prometo que limpiaremos todo después.

Por primera vez desde que llegué a esta casa, se siente como un hogar. El sonido de las risas, el aroma dulce en el aire, la sensación de estar creando algo juntas... es todo lo que siempre soñé para mi familia.

De repente, un silencio cae sobre la cocina. Es como si alguien hubiera apagado un interruptor, deteniendo toda la alegría y el movimiento en seco. Levanto la vista, intrigada por el cambio repentino, y lo veo.

Adriano está de pie en la puerta, quieto como una estatua. Sus ojos, normalmente fríos y calculadores, recorren la escena con una expresión que no puedo descifrar. Observa la harina esparcida por todas partes, a Mia con las mejillas manchadas de chocolate, a mí con el pelo recogido en un moño desordenado y el delantal cubierto de masa.

Por un momento, creo ver algo en su mirada. ¿Anhelo? ¿Deseo de formar parte de esto? ¿Nostalgia por una infancia que nunca tuvo? Sea lo que sea, desaparece tan rápido como apareció, reemplazado por su habitual máscara de indiferencia.

—Adriano —digo, sorprendida de verlo en casa tan temprano. Normalmente, a esta hora estaría en alguna reunión de negocios o resolviendo algún problema de la familia—. ¿Quieres unirse a nosotras?

Él duda, y por un segundo pienso que va a aceptar. Veo un destello de algo en sus ojos, como si una parte de él quisiera desesperadamente ser parte de esta escena doméstica. Pero entonces su expresión se endurece, los muros volviendo a alzarse a su alrededor.

—No, gracias —responde, su voz fría y distante—. Tengo trabajo que hacer.

Siento una punzada de decepción que me sorprende por su intensidad. Es la primera vez que me doy cuenta de que me gustaría que mi marido me deseara, que me hiciese caso. Que formara parte de estos pequeños momentos de felicidad que estoy intentando crear en esta casa. Desconozco el motivo por el que me siento así cuando él no pone nada de su parte, pero hay algo en su mirada... algo que me llega muy profundo.

Mi mente vuela involuntariamente a esta mañana. Me había despertado temprano. Me asomé a su habitación y descubrí que no estaba. No me gusta cerrar la puerta por si en algún momento se le ocurre que quiere hablar conmigo. Preocupada, pensando que quizás había ocurrido algo, había salido a buscarlo. Y entonces lo vi.

Adriano estaba en el gimnasio de la casa, sin camiseta, haciendo ejercicio. El sudor brillaba en su piel bronceada, resaltando cada músculo de su cuerpo esculpido. Sus tatuajes, normalmente ocultos bajo sus trajes impecables, se movían con cada flexión, como si cobraran vida propia. Me quedé paralizada, observándolo en secreto desde la puerta entreabierta.

Sentí un calor intenso recorrer mi cuerpo, una tentación casi irresistible de acercarme y pasar mi lengua por esa piel salada. De trazar con mis dedos cada línea de sus tatuajes, de sentir sus músculos tensarse bajo mi toque. Fue la primera vez que me permití ver a Adriano no como mi marido por conveniencia, sino como un hombre. Un hombre increíblemente atractivo.

Vuelvo al presente, sacudiendo esos pensamientos de mi mente. No es el momento ni el lugar para esos recuerdos. Adriano sigue en la puerta, su mirada ahora fija en su hermano. La tensión en el

aire es palpable.

—Alessandro, necesito que me acompañes —dice, su tono no dejando lugar a discusión. Es el tono del Don, no del hermano mayor.

Alessandro asiente, dejando su taza de café en la encimera. Nos lanza una última mirada divertida antes de seguir a su hermano, como si quisiera grabar la imagen de nosotras cubiertas de harina en su memoria.

La puerta se cierra tras ellos con un golpe sordo, llevándose consigo la breve ilusión de normalidad que habíamos creado. Nos quedamos Mia y yo solas con nuestras galletas a medio hacer, el silencio repentino pesando sobre nosotras.

—¿Por qué el tío Adriano nunca quiere jugar? —pregunta Mia, su voz pequeña y triste. Sus ojos, grandes y llenos de inocencia, me miran buscando una respuesta que no sé si tengo.

Suspiro, acariciando su pelo con ternura. ¿Cómo explicarle a una niña de cuatro años las complejidades de un hombre como Adriano? ¿Cómo hacerle entender que su tío lleva el peso del mundo sobre sus hombros? ¿Cómo decirle que ni siquiera yo lo sé?

—El tío Adriano tiene muchas responsabilidades, cariño —respondo finalmente, eligiendo mis palabras con cuidado—. Tiene que cuidar de todos nosotros, y eso a veces significa que no puede jugar tanto como le gustaría. Pero estoy segura de que le encantaría si pudiera.

Mia asiente, aunque puedo ver que no está completamente convencida. Volvemos a nuestra tarea de hacer galletas, pero el ambiente ha cambiado. La alegría despreocupada de antes ha sido reemplazada por una determinación silenciosa.

Mientras ayudo a Mia a colocar las galletas en la bandeja del horno, no puedo evitar pensar en Adriano. En cómo se quedó mirando la escena en la cocina, como si fuera algo precioso y frágil que no se atrevía a tocar. En cómo su cuerpo brillaba esta mañana bajo la luz del amanecer, fuerte y vulnerable al mismo tiempo.

Me doy cuenta de que, poco a poco, este matrimonio de conveniencia está despertando sentimientos en mí que no esperaba. Sentimientos que me asustan y me emocionan a partes iguales. ¿Es posible enamorarse de alguien que se esfuerza tanto por mantener a todos a distancia?

Miro a Mia, que ahora está lamiendo la cuchara de madera con entusiasmo, ajena a los pensamientos que corren por mi mente.

Sonrío, sintiendo una nueva determinación crecer en mi interior. Quizás, con tiempo y paciencia, podamos derretir ese corazón de hielo de Adriano. Quizás podamos ser una familia de verdad, no solo en apariencia, sino en todos los sentidos que importan.

Pero por ahora, tenemos galletas que hornear y una cocina que limpiar. Y por alguna razón que prefiero no analizar demasiado, no puedo dejar de pensar en cómo sabrían esas galletas si las comiera del pecho desnudo de Adriano.

Sacudo la cabeza, riendo para mis adentros. ¿Quién hubiera pensado que hacer galletas podría ser

una experiencia tan reveladora?

—Vamos, Mia —digo, levantándola en brazos para que pueda ver a través de la ventana del horno—. Es hora de ver cómo se transforman nuestras creaciones.

Mientras observamos las galletas hincharse y dorarse, siento una extraña mezcla de esperanza y determinación. Puede que Adriano Caruso no sea el marido que esperaba, pero estoy empezando a pensar que podría ser exactamente el que necesito.

Y quién sabe, tal vez algún día, él también se dé cuenta de que necesita esto. Necesita a Mia, me necesita a mí. Necesita esta normalidad, esta calidez, este hogar que estamos creando galleta a galleta.

ADRIANO

El sonido de risas me recibe al entrar en la casa. Es un sonido extraño, fuera de lugar en esta mansión que normalmente solo conoce el silencio tenso y las conversaciones en voz baja. Intrigado, sigo el sonido hasta la cocina.

La escena que encuentro me golpea como un puñetazo en el estómago. Elena está allí, con el pelo recogido en un moño desordenado y un delantal cubierto de harina. Está ayudando a Mia a hacer lo que parecen ser galletas, ambas riendo mientras hacen un desastre en la cocina. Y allí, apoyado en la encimera con una sonrisa de suficiencia, está mi hermano Alessandro.

Siento cómo se me aprieta el corazón de una forma que nunca antes había experimentado. Es como si alguien hubiera agarrado mi pecho y lo estuviera estrujando. Elena... joder, está radiante. Su risa ilumina toda la habitación, haciendo que todo lo demás parezca sombrío en comparación.

Y entonces, el miedo me golpea. Miedo a sentir demasiado, a que esto signifique algo más de lo que debería. Este matrimonio era un acuerdo, una estrategia. No se suponía que iba a ser... esto.

—Adriano —dice Elena, notando mi presencia—. ¿Quieres unirme a nosotras?

Por un momento, me tienta. Dios, cómo me tienta. Quiero ser parte de esto, de esta escena de normalidad y felicidad que nunca pensé que desearía. Pero el miedo es más fuerte.

—No, gracias —respondo, mi voz más fría de lo que pretendía—. Tengo trabajo que hacer.

Veo la decepción en sus ojos y me odio por ser la causa. Pero es mejor así. Más seguro.

Miro a Alessandro y siento una punzada de algo que nunca pensé que sentiría: celos. Celos de mi propio hermano, por el amor de Dios. Él puede estar ahí, ser parte de esto, sin todas las complicaciones que yo tengo.

—Alessandro, necesito que me acompañes —digo, no como una petición sino como una orden.

Él asiente, lanzando una última mirada divertida a Elena y Mia antes de seguirme. Salimos de la cocina y el contraste es brutal. Del calor y la risa pasamos al frío y el silencio del pasillo.

—¿Qué pasa, hermano? —pregunta Alessandro—. ¿No te gustan las galletas?

—Cállate —gruño, dirigiéndome a mi despacho.

Enzo ya está allí, esperándonos. Su expresión es seria, como siempre.

—Necesitamos organizar vigilancia sobre todos los capitanes —digo sin preámbulos—. Determinar quiénes son leales y quiénes no.

Alessandro silba. —Vaya, ¿ahora desconfiamos de todo el mundo?

—Ahora tenemos los recursos para hacerlo —respondo—. Gracias a mi matrimonio con Elena, ya no tenemos que luchar contra los Bianchi. Podemos concentrarnos en limpiar nuestra propia casa.

Lo que no quiero decir en alto es que siento que ahora mismo tengo mucho que perder. Tengo más personas que me importan que antes.

Pasamos las siguientes horas planeando, asignando tareas, discutiendo estrategias. Pero una parte de mi mente no deja de volver a la escena de la cocina. A Elena, a su risa, a cómo parecía pertenecer allí de una manera que yo nunca he pertenecido a ningún lugar.

Cuando finalmente subo a mi habitación, la casa está en silencio. Me acerco a la puerta que conecta mi habitación con la de Elena. Por alguna razón no le gusta cerrarla y yo no soy capaz de ordenarle que lo haga, joder.

A través de la abertura, la veo. Está de espaldas a mí, poniéndose una camiseta para dormir. La luz de la luna que se filtra por la ventana dibuja sombras en su piel desnuda. Me quedo paralizado, incapaz de apartar la mirada. Es hermosa, joder. Y no solo físicamente. Hay una luz en ella, una bondad que me asusta tanto como me atrae.

Enfadado conmigo mismo por estas emociones que no debería estar sintiendo, me aparto de la puerta y regreso a mi zona segura. Me tumbo en mi propia cama, mirando al techo, incapaz de sacar de mi mente la imagen de Elena.

No puedo dejar de pensar en cómo está removiendo todo en mi vida cuando eso no era lo que yo tenía planeado. Este matrimonio debía ser una estrategia, una alianza. No se suponía que iba a hacerme sentir... más.

Cierro los ojos, intentando dormir, pero la imagen de Elena riendo en la cocina, de su piel brillando bajo la luz de la luna, se niega a abandonarme.

Joder, estoy en problemas.

CAPÍTULO 10

ELENA

Llevo semanas descuidando mis estudios y eso no puede seguir así. Si quiero ser algo más que una esposa florero, si quiero tener la opción de ganarme la vida por mí misma algún día, necesito ponerme las pilas ya. Me prometí a mí misma que no dejaría que este matrimonio forzado me quitara mis sueños, y pienso cumplir esa promesa.

Por eso me meto de lleno en mis estudios.

El sol ha ido bajando sin que me dé cuenta, sumergida como estoy en mis apuntes de psicología. La luz de la lámpara de mi mesita de noche proyecta sombras alargadas en las paredes de la habitación. Estoy tan concentrada que ni siquiera he encendido la luz principal.

De repente, la puerta se abre de golpe y me sobresalto. Adriano entra en la habitación como si fuera el dueño del mundo. Bueno, técnicamente lo es, al menos de esta casa. Su imponente figura bloquea la luz del pasillo, creando un contraluz que lo hace parecer aún más intimidante.

—¿Qué haces aquí arriba? —pregunta, su voz dura como el acero—. Es la hora de la cena.

Miro el reloj de mi mesita de noche y me quedo boquiabierta. ¿Cómo es posible que sean ya las ocho? El tiempo se me ha escapado entre las páginas de mis libros. Intento tapar disimuladamente los libros y el portátil, pero es inútil. Los ojos de Adriano, afilados como cuchillos, ya han detectado el desorden en mi cama.

—¿Qué es todo esto? —dice, acercándose y cogiendo uno de los libros antes de que pueda impedirlo. Su cercanía me pone nerviosa, puedo oler su colonia, una mezcla de cuero y especias que me hace contener la respiración.

Siento que me ruborizo, pero intento mantener la compostura. No voy a dejar que me intimide. —Son... son mis estudios —respondo, alzando la barbilla en un gesto desafiante—. Estoy estudiando un grado de psicología online.

Veo cómo su mandíbula se tensa, como si estuviera luchando contra sí mismo. Por un momento, espero que estalle, que me diga que una mujer de la mafia no necesita estudiar. Pero cuando habla, su voz es sorprendentemente controlada.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? —pregunta, sus ojos clavados en los míos. Hay algo en su mirada, una mezcla de curiosidad y algo más que no logro descifrar.

Trago saliva, sintiendo la garganta seca. —No sabía cómo ibas a reaccionar —admito, jugando nerviosamente con el borde de uno de mis libros—. Pensé que quizás no lo aprobarías.

Adriano se queda en silencio unos segundos que se me hacen eternos. Puedo ver cómo su mente trabaja, sopesando sus palabras. Luego, para mi sorpresa, asiente levemente.

—Mientras sea online y no interfiera con tus obligaciones, no veo el problema —dice al fin, y

aunque su tono es neutral, puedo ver que le cuesta decir esas palabras—. Pero ahora baja a cenar. El servicio está preocupado, llevas todo el día aquí encerrada.

Me quedo atónita, sin saber cómo reaccionar. ¿Acaso Adriano Caruso, el temible capo de la mafia, acaba de darme su bendición para estudiar? No puedo evitar que una pequeña sonrisa se dibuje en mis labios.

—Gracias —digo suavemente—. No esperaba que... bueno, que lo entendieras.

Adriano arquea una ceja, y por un momento veo un destello de algo parecido a la diversión en sus ojos. —¿Pensabas que era un machista retrógrado?

Me ruborizo aún más, si es posible. —No, yo... bueno, es que...

—Mi hermana Chiara está en el extranjero estudiando —dice, interrumpiendo mi balbuceo—. No soy ajeno a la idea de que las mujeres de la familia se eduquen. Que Mia no estuviese estudiando era una cuestión de seguridad. No de machismo.

Esta revelación me deja sin palabras. Nunca había oído hablar de su hermana, y mucho menos imaginé que estaría estudiando en el extranjero. Es como si de repente viera a Adriano bajo una nueva luz.

—No lo sabía —murmuro—. Nunca hablas de tu familia.

—No suelo hacerlo —responde, y por un momento veo un atisbo de vulnerabilidad en sus ojos—. Pero quiero que sepas que no soy el monstruo que probablemente piensas que soy.

Sus palabras me golpean con fuerza. ¿Acaso le importa lo que yo piense de él? Antes de que pueda responder, Adriano continúa:

—Chiara está en Londres, estudiando negocios internacionales. Es brillante, como tú —dice, y noto un toque de orgullo en su voz—. Pero su situación es diferente. Ella puede estudiar fuera porque no está casada con un jefe de la mafia.

La realidad de nuestra situación cae sobre mí como un jarro de agua fría. Es cierto, yo no puedo irme a estudiar fuera. Soy la esposa de Adriano Caruso, y eso conlleva ciertas... limitaciones.

—Entiendo —digo, intentando que no se note la decepción en mi voz—. Supongo que tendré que conformarme con estudiar online.

Adriano me mira fijamente, y por un momento creo ver un destello de culpabilidad en sus ojos. —Es lo mejor por ahora —dice, su voz más suave de lo habitual—. Pero eso no significa que no puedas tener una educación. Si necesitas algo, libros, material... solo tienes que pedirlo.

Me quedo sin palabras. Esta faceta de Adriano, comprensiva y casi... ¿amable? Es algo que nunca esperé ver. Me hace preguntarme cuántas otras capas hay en este hombre que apenas conozco, pero con el que estoy casada.

—Gracias —digo finalmente, y esta vez la sonrisa que le dirijo es genuina—. De verdad, significa mucho para mí.

Adriano asiente, y por un segundo creo ver una pequeña sonrisa en sus labios. Pero desaparece

tan rápido que no estoy segura de si ha sido real o producto de mi imaginación.

—Ahora, baja a cenar —dice, volviendo a su tono autoritario habitual—. Rosetta ha preparado lasaña.

Asiento, cerrando mis libros y mi portátil. Mientras me levanto de la cama, noto que Adriano no se ha movido. Está ahí, de pie, mirándome con una expresión indescifrable.

—¿Pasa algo? —pregunto, sintiéndome repentinamente cohibida bajo su intensa mirada.

Adriano parece salir de un trance. Sacude ligeramente la cabeza y se dirige hacia la puerta. —No, nada. Te espero abajo.

Y sin más, sale de la habitación, dejándome con mil preguntas en la cabeza. Me quedo mirando la puerta cerrada, preguntándome qué acaba de pasar. ¿Acaso Adriano Caruso, el temible capo de la mafia, acaba de mostrarme un lado de él que nadie más conoce?

Sacudo la cabeza, intentando procesar lo ocurrido. Justo cuando creo que tengo a este hombre descifrado, va y me sorprende. Y eso, me temo, es más peligroso de lo que quiero admitir.

Mientras bajo las escaleras hacia el comedor, no puedo evitar pensar en todo lo que ha pasado. En cómo Adriano ha reaccionado a mis estudios, en la información sobre su hermana, en esa pequeña muestra de vulnerabilidad... Es como si hubiera vislumbrado al hombre detrás del mafioso, y eso me asusta y me intriga a partes iguales.

Porque si hay algo que he aprendido en el poco tiempo que llevo en este mundo, es que conocer el lado humano de alguien como Adriano Caruso puede ser tan peligroso como seductor. Y no estoy segura de estar preparada para ninguna de las dos cosas.

ADRIANO

Elena es una puta caja de sorpresas. Una mujer que ha sido creada para volverme loco.

Observo el despacho que he mandado preparar para ella, justo al lado del mío. Joder, ¿en qué coño estaba pensando? Contrato a una interiorista, lo lleno de libros y tecnología de última generación, y ahora me siento como un puto adolescente nervioso.

Paso la mano por el escritorio de caoba, impecable. Todo está perfecto, demasiado perfecto. Casi puedo imaginar a Elena aquí, con el ceño fruncido mientras estudia, mordiéndose el labio cuando se concentra... Mierda, tengo que dejar de pensar en esas cosas.

Me siento orgulloso de ella, de su inteligencia, de su independencia. Pero eso no debería importar. Es mi esposa por conveniencia, nada más. Entonces, ¿por qué coño me importa tanto?

Los libros de psicología que he comprado para ella llenan las estanterías. Títulos que ni siquiera entiendo, pero que sé que la harán feliz. ¿Desde cuándo me importa la felicidad de alguien más que no sea yo mismo o mi familia directa?

El ordenador de última generación descansa sobre el escritorio, listo para ser usado. Me imagino

sus delicados dedos tecleando, sus ojos brillantes mientras absorbe conocimiento. Joder, ¿qué me está pasando?

Estoy barajando la posibilidad de ocultarlo todo, de inventar alguna excusa absurda, cuando la puerta se abre. Y ahí está ella, con esos ojos que parecen leerme el alma y esa sonrisa que podría iluminar toda la puta ciudad.

Elena mira alrededor, claramente sorprendida. Sus ojos recorren cada detalle de la habitación antes de volver a mí. Puedo ver cómo su mente trabaja, procesando lo que está viendo. Es fascinante verla pensar, casi puedo escuchar los engranajes de su cerebro girando.

—Adriano, ¿qué es este lugar? —pregunta, su voz llena de curiosidad.

Trago saliva, sintiéndome repentinamente incómodo. El nudo en mi garganta parece querer ahogarme. ¿Desde cuándo me pongo nervioso? Soy Adriano puto Caruso, por el amor de Dios.

—Es un despacho —respondo, intentando sonar indiferente. Pero incluso yo puedo notar el temblor en mi voz. Patético.

Ella frunce el ceño, confundida. Sus ojos vuelven a recorrer la habitación, deteniéndose en los libros, en el ordenador, en cada detalle que he elegido cuidadosamente para ella.

—Pero esta habitación antes solo tenía sofás —dice, y puedo ver cómo las piezas encajan en su mente. Joder, es demasiado inteligente para su propio bien. O para el mío—. ¿Has...? —hace una pausa, como si no se atreviera a terminar la pregunta— ¿Lo has hecho por mí?

Joder, ¿por qué tiene que ser tan perspicaz? Aprieto la mandíbula, luchando contra el impulso de negarlo todo. De inventar alguna excusa ridícula. Pero no puedo. No a ella. No cuando me mira con esos ojos que parecen ver directamente a través de mí.

—Sí —gruño finalmente, de mala gana—. Es para ti. Para que puedas estudiar y trabajar cómodamente desde casa.

Las palabras salen de mi boca como si me las arrancaran. Cada sílaba es una batalla perdida contra mí mismo. Contra este sentimiento que no quiero nombrar, que no puedo permitirme sentir.

Su reacción me pilla desprevenido. En un segundo, Elena está saltando a mi cuello, sus brazos rodeándome, sus labios presionando contra mi mejilla. Es un gesto inocente, casto incluso, pero mi cuerpo reacciona como si me hubiera electrocutado.

El calor de su cuerpo contra el mío es abrumador. Su aroma, una mezcla de vainilla y algo únicamente Elena, invade mis sentidos. Puedo sentir cada curva de su cuerpo presionada contra el mío, y joder, es demasiado.

Me pongo duro al instante, como un puto crío. Y lo peor de todo, siento cómo se me aprieta el corazón. Una sensación cálida se extiende por mi pecho, una que no he sentido en años. Joder, esto es peligroso. Ella es peligrosa.

—Yo... tengo trabajo —balbuceo como un imbécil, apartándome de ella como si quemara. Y vaya si quema.

Salgo prácticamente corriendo de la habitación, ignorando su mirada confusa. Necesito alejarme, necesito pensar. Necesito recordar quién soy y por qué no puedo permitirme sentir nada por Elena.

El pasillo parece interminable mientras me dirijo a mi despacho. Cada paso es una lucha contra el impulso de dar la vuelta, de volver a ella, de explicarle... ¿Explicarle qué? ¿Que me está volviendo loco? ¿Que no puedo dejar de pensar en ella?

Porque ella es peligrosa para mí, para mi cordura. Y en mi mundo, los sentimientos son una sentencia de muerte. No puedo permitirme ser débil, no puedo mostrar ninguna vulnerabilidad. Tengo demasiados enemigos esperando la más mínima oportunidad para atacar.

Me encierro en mi despacho, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. El sonido resuena en la habitación vacía, un eco de mi confusión y frustración.

Intento calmar mi respiración y mi libido. Pero es inútil. La imagen de Elena, su sonrisa, su olor... todo se queda grabado en mi mente como si estuviera tallado en piedra.

Me dejo caer en mi silla, pasándome las manos por el pelo. ¿Qué coño me está pasando? Soy Adriano Caruso, joder. He construido un imperio con mis propias manos, he derrotado a enemigos que creían que podían conmigo. He visto morir a hombres, he matado a otros tantos sin pestañear.

Y ahora, una simple mujer me tiene al borde del colapso. Una mujer que debería ser solo una pieza más en mi juego de poder, una alianza estratégica y nada más.

Pero Elena... Elena es diferente. Es fuerte, inteligente, desafiante. No se doblega ante mí como los demás. No me teme como debería. Y eso, joder, eso me fascina y me aterra a partes iguales.

Miro los papeles sobre mi escritorio, informes y contratos que requieren mi atención. Pero no puedo concentrarme. Mi mente sigue volviendo a ella, a la sensación de su cuerpo contra el mío, a la calidez de su sonrisa.

Elena es una puta caja de sorpresas. Y me temo que estoy cayendo en una trampa de la que no sé si quiero escapar.

Cierro los ojos, intentando recuperar el control. Pero incluso en la oscuridad, la veo a ella. Su rostro, sus ojos, su sonrisa. Es como si se hubiera grabado en mis párpados.

Tengo que mantener la distancia. Tengo que recordar quién soy y por qué estamos juntos. Esto es un negocio, nada más. No puedo permitirme sentir nada por ella.

Pero una parte de mí, una parte que creía muerta hace mucho tiempo, susurra que tal vez, solo tal vez, ya sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 11

ADRIANO

Estoy hundido en el papeleo cuando la puerta de mi despacho se abre de golpe. Elena entra como un huracán, sus ojos echando chispas. Joder, está furiosa. Y está preciosa. Su pelo castaño ondea con cada paso decidido que da hacia mi escritorio, y no puedo evitar notar cómo su pecho sube y baja con cada respiración agitada.

—¿Se puede saber qué pasa con los guardias? —espeta, plantándose frente a mi escritorio—. De repente tengo tres hombres siguiéndome a todas partes. ¿Desde cuándo necesito un ejército para salir?

Mi corazón da un vuelco. La idea de Elena fuera, sin suficiente protección, me pone enfermo. Imágenes de ella herida, secuestrada o algo peor inundan mi mente. Pero no puedo decírselo. No puedo mostrarle lo mucho que me afecta.

—Es por tu seguridad —respondo, intentando mantener un tono neutral mientras me levanto lentamente de mi silla—. Las cosas están tensas últimamente. Un guardaespaldas no es suficiente.

Observo cómo sus ojos, esos ojos color whisky que me vuelven loco, se entrecierran con sospecha. Puedo ver las emociones cruzar por su rostro: incredulidad, frustración, ira.

—¿Mi seguridad? —suelta una carcajada amarga que me eriza la piel—. ¿O es que no confías en mí?

Aprieto la mandíbula. Claro que confío en ella, joder. Es en el resto del mundo en quien no confío. En los enemigos que acechan en cada esquina, esperando cualquier oportunidad para atacar lo que es mío. Para hacerle daño a ella.

—No es cuestión de confianza, Elena —digo, rodeando el escritorio para acercarme a ella—. Es precaución.

—Es control —me corta, dando un paso hacia mí. La tensión entre nosotros es palpable, como electricidad estática en el aire—. ¿Quién te crees que eres para tratarme así?

Su pregunta me golpea como un puñetazo. Soy tu marido, quiero gritar. Soy el hombre que daría su vida por protegerte. El que se desvela por las noches pensando en cómo mantenerte a salvo en este mundo de mierda. Pero las palabras se me atascan en la garganta.

—Mira, sabes que no quería este matrimonio y estoy haciendo un esfuerzo por quedarme y que todos seamos felices —dice, cada palabra cargada de frustración—. Haz lo mismo.

Sus palabras me hieren más de lo que quiero admitir. ¿Es así como me ve? ¿Como su carcelero? ¿Como el villano de su historia? La idea me revuelve el estómago.

—Si piensas por un solo segundo que voy a hacer lo que a ti te dé la gana es que estás muy confundido —continúa, su voz temblando de rabia. Veo cómo sus manos se cierran en puños a sus

costados, como si estuviera conteniéndose de golpearme—. No tienes ni idea de cómo soy. No eres nadie para darme órdenes.

Algo dentro de mí se rompe. La máscara de indiferencia que tanto me esfuerzo por mantener se agrieta. Me acerco más a ella, invadiendo su espacio personal.

—Soy tu marido —gruño, mi voz baja y peligrosa.

—No lo eres. Esto solo es un matrimonio por conveniencia —me desafía, alzando la barbilla. A pesar de nuestra diferencia de altura, en este momento parece que me está mirando desde arriba.

Estamos tan cerca que puedo sentir su aliento en mi cara, contar las pecas que salpican su nariz. El aire entre nosotros chispea con tensión. Su aroma, una mezcla de jazmín y algo únicamente Elena, inunda mis sentidos.

—No me hagas demostrarte, Elena, lo real que es este matrimonio —amenazo, mi voz apenas un susurro.

Por un segundo, veo algo en sus ojos. ¿Miedo? ¿Deseo? La veo tragar saliva, su garganta moviéndose suavemente. Pero la emoción desaparece tan rápido que no estoy seguro de haberla visto realmente.

Nos quedamos así, mirándonos fijamente, ninguno dispuesto a ceder. Puedo sentir el calor de su cuerpo, casi rozando el mío. Joder, quiero besarla. Quiero agarrarla por la cintura, pegarla a mí y demostrarle lo real que es este matrimonio, lo mucho que me importa.

Pero no puedo. No así. No cuando está furiosa conmigo, no cuando cree que soy su enemigo. No cuando yo mismo no sé qué coño estoy sintiendo.

Con cada gramo de autocontrol que me queda, doy un paso atrás, rompiendo el hechizo. El aire frío que se cuela entre nosotros es como una bofetada.

—La escolta se queda —digo finalmente, mi voz ronca—. Es innegociable.

Elena me mira, la furia aun ardiendo en sus ojos. Veo cómo su pecho sube y baja rápidamente, como si hubiera corrido una maratón. Me pregunto si su corazón estará latiendo tan fuerte como el mío.

—Esto no ha terminado, Adriano —dice, su voz cargada de determinación.

Antes de que pueda responder, se da la vuelta y sale del despacho como una tormenta. El portazo resuena en la habitación, haciendo temblar los cuadros de las paredes.

Me quedo allí, mirando la puerta cerrada, sintiendo cómo el corazón me late con fuerza en el pecho. El fantasma de su presencia aún flota en el aire, su aroma persistiendo en mi nariz. Joder, Elena. ¿Qué me estás haciendo?

Paso una mano por mi cara, intentando aclarar mis pensamientos. ¿Cómo es posible que esta mujer me afecte tanto? He enfrentado a mafiosos, asesinos y todo tipo de escoria, y ninguno me ha hecho sentir tan fuera de control como ella.

De repente, la puerta se abre de nuevo. Por un segundo, mi corazón da un vuelco pensando que

es Elena que ha vuelto. Pero no, es mi hermano, Alessandro, con esa sonrisa burlona que siempre lleva cuando sabe que algo me molesta.

—Las cosas se están poniendo muy interesantes, amigo —dice, con una sonrisa que no llega a sus ojos.

Le fulmino con la mirada. —Cierra la boca, Alessandro.

Él levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no desaparece. Se pasea por mi despacho examinando los libros en las estanterías.

—Solo digo lo que veo, hermano —continúa, cogiendo un pisapapeles y jugando con él—. Tu pequeña esposa tiene fuego. Me pregunto si serás capaz de controlarlo.

Sus palabras hacen que mi sangre hierva. La idea de alguien más, incluso mi propio hermano, pensando en Elena de esa manera me enfurece.

—Fuera de aquí —gruño, mi voz cargada de amenaza.

Alessandro me mira por un momento, como evaluando si debe presionar más. Finalmente, deja el pisapapeles y se dirige a la puerta.

—Como quieras, hermano —dice, pero antes de salir se gira una última vez—. Pero recuerda, en nuestro mundo, el fuego incontrolado puede quemar todo a su paso. Incluso a ti.

Con esas palabras, se va, dejándome solo con mis pensamientos y este deseo ardiente que no puedo, que no debo, satisfacer.

Me dejo caer en mi silla, exhausto. Cierro los ojos, pero todo lo que veo es a Elena. Su mirada desafiante, sus labios entreabiertos, la curva de su cuello. Joder, esto es una tortura.

Sé que debería mantener la distancia, tratarla como lo que se supone que es: una alianza estratégica. Pero cada día que pasa, cada discusión que tenemos, cada mirada que intercambiamos, me doy cuenta de que estoy perdiendo el control.

Elena no es solo mi esposa en el papel. Se está convirtiendo en mi debilidad, en mi talón de Aquiles. Y en mi mundo, las debilidades son mortales.

Pero a pesar del peligro, a pesar de todas las alarmas que suenan en mi cabeza, no puedo evitar querer más. Más de sus desafíos, más de su fuego, más de ella.

Joder, Elena. ¿Qué me estás haciendo?

ELENA

Camino por el centro comercial con Valeria a mi lado, intentando ignorar a los tres gorilas que nos siguen a una distancia prudente. Estoy furiosa, pero no sé si con Adriano o conmigo misma. El bullicio de la gente a nuestro alrededor contrasta con la tormenta silenciosa que se agita en mi interior.

—Lo siento mucho por todo esto —le digo a Val, señalando discretamente a los guardaespaldas

—. Debe ser incómodo para ti.

Valeria me mira con una sonrisa comprensiva, sus ojos brillando con afecto. —No te preocupes, Elena. Me da igual. Solo quiero que estés bien y segura.

Sus palabras me conmueven, pero no logran disipar completamente mi malestar. Entramos en una tienda de ropa, fingiendo interés en los vestidos mientras hablamos en voz baja.

—¿Cómo estás, Elena? De verdad —me pregunta mi amiga, sus ojos llenos de preocupación mientras finge examinar un vestido azul.

Suspiro profundamente, pasando mis dedos por la suave tela de un pantalón negro. ¿Cómo estoy? Ni yo misma lo sé.

—Estoy... confundida —admito finalmente, mi voz apenas un susurro—. Adriano me saca de quicio con su actitud controladora. Es tan frío, tan distante... y aun así...

—¿Aun así...? —me anima Val a continuar, acercándose más a mí bajo el pretexto de mostrarme otro vestido.

Siento cómo el calor sube a mis mejillas, y agradezco la intimidad que nos proporciona el perchero lleno de ropa. —Aun así, lo deseo —confieso, las palabras saliendo atropelladamente—. No solo físicamente, aunque Dios sabe que ese hombre es increíblemente atractivo. Es como si quisiera... no sé, derretir esa coraza de hielo que tiene a su alrededor.

Valeria me mira con una mezcla de sorpresa y comprensión. —Oh, Elena...

—Lo sé, lo sé —digo, pasando una mano por mi pelo con frustración—. Es una locura. Debería odiarlo, ¿no? Pero cada vez que estamos cerca, cada vez que discutimos... es como si algo dentro de mí se encendiera.

—El amor y el odio son dos caras de la misma moneda —dice Val sabiamente, tomando un vestido rojo del perchero—. Y a veces, la línea entre ambos es muy delgada.

Salimos de la tienda sin comprar nada, nuestros pasos nos llevan hacia la zona de restaurantes. El aroma a café y pasteles recién horneados llena el aire.

—¿Quieres que nos sentemos un rato? —sugiere Valeria, señalando una cafetería cercana—. Creo que necesitas desahogarte un poco más.

Asiento, agradecida por su comprensión. Nos sentamos en una mesa apartada, los guardaespaldas se distribuyen discretamente por el local. Pido un café con leche, necesito la cafeína para aclarar mis pensamientos.

—Cuéntame más —me anima Val una vez que el camarero se ha ido—. ¿Qué es exactamente lo que sientes cuando estás con Adriano?

Juego nerviosamente con la servilleta, buscando las palabras adecuadas. —Es... complicado. Cuando estamos en la misma habitación, es como si el aire se cargara de electricidad. Discutimos, nos desafiamos mutuamente, y debería odiarlo por ser tan terco y controlador. Pero...

—¿Pero? —insiste Val, inclinándose sobre la mesa.

—Pero hay momentos —continúo, bajando aún más la voz— en los que veo algo más en sus ojos. Como si por un segundo, esa máscara de frialdad se agrietara y pudiera ver al hombre que hay detrás. Y eso... eso me fascina y me asusta a partes iguales.

Valeria me escucha atentamente, asintiendo. —¿Y físicamente? —pregunta con una sonrisa pícar.

Siento cómo mis mejillas se encienden de nuevo. —Val, por favor...

—Oh, vamos —ríe suavemente—. Somos amigas. Puedes contármelo.

Tomo un sorbo de mi café, ganando tiempo. —Es... intenso —admito finalmente—. Cuando estamos cerca, cuando discutimos y se acerca a mí... es como si todo mi cuerpo se pusiera en alerta. Nadie me había hecho sentir así antes.

—Suen a apasionante —comenta Val—. Pero también peligroso.

Asiento, la preocupación volviendo a mi rostro. —Lo es. No sé qué hacer, Val. No puedo seguir así, viviendo en esta constante tensión. Pero tampoco sé cómo acercarme a él sin que piense que me estoy rindiendo, que acepto todas sus reglas y su control.

Valeria me toma de la mano, dándome un apretón reconfortante. —Elena, te conozco desde siempre. Eres fuerte, inteligente y no te rindes fácilmente. Si alguien puede encontrar la manera de llegar a Adriano sin perder su propia esencia, esa eres tú.

Sus palabras me reconfortan, pero no disipan completamente mis dudas. —¿Y si lo logro? —pregunto en voz baja—. ¿Y si consigo traspasar esas barreras y lo que encuentro me asusta? Él es peligroso, Val. Y yo... yo no sé si estoy preparada para eso.

—Nadie está nunca completamente preparado para el amor, Elena —dice Val con una sonrisa suave—. Pero si sientes que vale la pena intentarlo, entonces hazlo. Solo... ten cuidado, ¿vale? No quiero verte herida.

Asiento, agradecida por su apoyo y preocupación. Terminamos nuestros cafés en un silencio cómodo, cada una perdida en sus pensamientos.

Al salir de la cafetería, noto cómo los guardaespaldas se tensan, alertas ante cualquier amenaza potencial. Por un momento, siento una punzada de culpabilidad. Quizás Adriano tiene razón en ser tan protector. Quizás...

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos. No, no puedo justificar su comportamiento controlador, por mucho que entienda sus motivos.

—¿Estás bien? —me pregunta, notando mi cambio de humor.

—Sí, solo... pensando —respondo con una sonrisa forzada—. Gracias por escucharme hoy, Val. No sé qué haría sin ti.

Nos abrazamos antes de separarnos, ella hacia su coche y yo hacia el SUV que me espera. Durante todo el camino de vuelta a casa, las palabras de Valeria resuenan en mi cabeza. ¿Estoy realmente preparada para intentar derretir el corazón de hielo de Adriano Caruso? ¿Y qué pasará si lo logro?

Cuando llego, la mansión está en silencio. Subo las escaleras hacia mi habitación, mis pasos

pesados por el torbellino de emociones que llevo dentro.

Al entrar en mi cuarto, mis ojos se fijan en la puerta que conecta con la habitación de Adriano. Esa puerta que simboliza todo lo que nos une y nos separa. Con un gesto brusco, la cierro de golpe, como si pudiera bloquear también mis sentimientos.

Me dejo caer en la cama, frustrada. ¿Cómo es posible que un hombre pueda despertar en mí tanta rabia y tanto deseo al mismo tiempo? Cierro los ojos, pero todo lo que veo es a Adriano. Sus ojos intensos, su mandíbula tensa, la forma en que me mira cuando discutimos...

Un escalofrío recorre mi cuerpo al recordar lo cerca que estuvimos en su despacho. Por un momento, pensé que iba a besarme. Y lo peor es que yo quería que lo hiciera.

Me tapo la cara con una almohada y grito de frustración. Esto no puede estar pasando. No puedo estar desarrollando sentimientos por Adriano Caruso. Es peligroso, es complicado, es...

Es exactamente lo que mi corazón parece querer.

CAPÍTULO 12

ELENA

El agua fresca de la piscina me abraza mientras Mia salta una y otra vez a mis brazos, riendo como solo una niña de cuatro años sabe hacerlo. Su pelo oscuro, tan parecido al de su tío, se pega a su carita redonda. El sol de la tarde cae sobre nosotras, haciendo brillar las gotas de agua en su piel como si fueran diminutos diamantes.

—¡Otra vez, tía Elena! —grita entusiasmada, sus ojos chispeando de alegría. Su vocecita aguda resuena en el aire, mezclándose con el suave chapoteo del agua.

Sonríó, incapaz de resistirme a su entusiasmo. La energía de Mia es contagiosa, y por un momento, me olvido de todos los problemas y complicaciones de mi nueva vida. Aquí, en el agua con esta pequeña, todo parece más simple, más puro.

La lanzo por el aire, observando cómo su pequeño cuerpo se arquea antes de caer de nuevo en el agua. Sus bracitos se agitan en el aire, como si intentara volar, y por un segundo, parece que lo consigue. Su risa cristalina llena el aire, contagiándome de su felicidad. Es un sonido que podría escuchar todo el día sin cansarme.

El agua nos salpica, refrescándonos bajo el sol de la tarde. Siento las gotas en mi cara, en mis hombros, y me maravillo de lo simple que puede ser la felicidad a veces. Un chapuzón, una risa, un abrazo mojado de una niña que no entiende de odios familiares ni de matrimonios forzados.

Estoy a punto de lanzarla por enésima vez cuando la voz de Giulia nos interrumpe.

—Señorita Mia, es hora de sus clases.

La voz de la niñera corta nuestra diversión como un cuchillo, trayéndonos de vuelta a la realidad. Mia hace un puchero adorable, sus labios formando un perfecto arco de disgusto. Sus ojitos marrones, tan parecidos a los de Adriano, me miran suplicantes.

Por un momento, me tienta la idea de pedirle a Giulia que nos dé unos minutos más. ¿Qué daño podría hacer un poco más de juego? Pero debo priorizar su educación por encima de todo.

Así que le doy un empujoncito cariñoso a Mia, ignorando el nudo que se me forma en la garganta al ver su carita de desilusión.

—Venga, peque. La educación es importante. Ya jugaremos más tarde, ¿vale? —le prometo, esperando que mi voz suene más convincente de lo que me siento.

Con un suspiro resignado que parece demasiado dramático para alguien tan pequeño, Mia sale de la piscina. Sus movimientos son lentos, como si cada paso fuera una tortura. Giulia la envuelve en una toalla grande y esponjosa, y no puedo evitar sonreír al ver cómo la niña prácticamente desaparece dentro de ella.

Las veo alejarse, sus piececitos dejando huellas mojadas en el suelo de piedra. Cada huellita es

como un recordatorio de nuestra diversión, destinada a evaporarse bajo el sol de la tarde. Por un momento, me pregunto si así será mi vida aquí: momentos de felicidad que se desvanecen demasiado rápido.

Mientras las observo marcharse, un escalofrío que no tiene nada que ver con el agua me recorre la espalda. Es esa sensación que tengo desde hace días, como si alguien me observara constantemente. Al principio pensé que era paranoia. Pero ahora... ahora sé que es él.

Giro la cabeza con cuidado de que no se percate de que lo he visto y, ¡bingo! Adriano está ahí, inmóvil como una estatua, con la mirada clavada en mí. Su presencia es como una fuerza de la naturaleza, imposible de ignorar. Lleva un traje negro que contrasta con su piel bronceada, y por un momento me pregunto cómo puede soportar el calor vestido así.

El corazón me da un vuelco y empiezo a nadar hacia la parte baja de la piscina. No es un movimiento consciente, es como si mi cuerpo respondiera a una orden silenciosa de sus ojos. Puedo sentir su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos, como si fueran manos invisibles acariciando mi piel. Es una sensación electrizante, que me hace ser muy consciente de cada centímetro de mi cuerpo.

El agua se desliza a mi alrededor mientras nado, pensando en cómo debe verse mi cuerpo desde fuera. El bañador se pega a mi piel, revelando más de lo que oculta. Debería sentirme incómoda, expuesta, pero en lugar de eso siento una oleada de poder.

Cuando llego a las escaleras, tomo aire y decido jugar un poco. Si él puede volverme loca con solo una mirada, ¿por qué no puedo yo hacer lo mismo? Salgo del agua con toda la sensualidad que soy capaz de reunir, moviendo las caderas de una forma que espero sea hipnótica. Cada movimiento es calculado, una invitación silenciosa, un desafío.

El agua resbala por mi cuerpo mientras camino hacia la tumbona. Cada gota se siente como una caricia, y me pregunto si Adriano estará imaginando sus manos en lugar de esas gotas. La idea me provoca un escalofrío de anticipación. De reojo, veo que sigue paralizado. Su hermano Alessandro y Enzo, su inseparable ejecutor, están a su lado, pero ni siquiera me he dado cuenta de que estaban allí. Toda mi atención está en Adriano y en cómo su mirada parece quemar mi piel.

Me tumbo en la tumbona, estirándome como un gato satisfecho. Arqueo la espalda ligeramente, sabiendo que el movimiento hará que mi pecho se eleve de una manera que ningún hombre podría ignorar. Es un juego peligroso, lo sé. Pero la adrenalina corre por mis venas, mezclándose con algo más oscuro, más primitivo.

Y entonces...

—¡Largo de aquí! —ruge Adriano a sus acompañantes. Su voz es ronca, casi un gruñido, y el sonido me provoca un cosquilleo en la base de la columna.

No puedo evitar soltar una carcajada cuando veo al temible Don Caruso prácticamente salir corriendo del jardín, seguido por un Alessandro que no para de reírse y un Enzo que niega con la

cabeza. La satisfacción me recorre el cuerpo como una ola cálida. Es la primera vez que veo a Adriano perder el control de esta manera, y saber que soy yo la causa me produce un cosquilleo de placer que se extiende hasta la punta de los dedos.

Me relajo en la tumbona, sintiendo el sol en mi piel y una sonrisa de satisfacción en los labios. Cierro los ojos, dejando que el calor me envuelva. La brisa acaricia mi piel húmeda, y por un momento me permito fantasear con que son las manos de Adriano las que me tocan.

Quizás este matrimonio forzado no sea tan malo después de todo, pienso. Al menos, poner nervioso a Adriano Caruso es tremendamente divertido. Y quién sabe, tal vez con el tiempo, pueda ser mucho más que eso.

ADRIANO

Llego a casa a media tarde, agotado después de un día infernal lleno de reuniones. El silencio de la mansión se rompe con risas que vienen del jardín. Intrigado, me dirijo hacia allí.

Y entonces la veo.

Elena está en la piscina, con un bikini blanco que apenas cubre lo necesario. El sol hace brillar las gotas de agua en su piel, y mi cuerpo reacciona al instante.

—¿Qué demonios es esto? —murmuro, sin dirigirme a nadie en particular.

Mi hermano Alessandro, el muy idiota, responde con una sonrisa burlona:

—Eso, querido hermano, es tu preciosa mujer.

Observo a Elena, incapaz de apartar la mirada. Cada movimiento suyo me enciende más. La forma en que el agua abraza sus curvas, cómo su pelo mojado se pega a su espalda... todo en ella me grita que la tome ahí mismo.

Mi respiración se vuelve pesada, y mi excitación es tan evidente que me incomoda. Intento disimular, pero es inútil. Estoy tan excitado que el pantalón me aprieta dolorosamente.

Cuando sale de la piscina, creo que voy a perder el control. El agua resbala por su cuerpo de una forma hipnótica. Cada gota parece burlarse de mí, recorriendo caminos que desearía trazar con mi lengua.

Se tumba en la hamaca, estirándose, y siento que voy a estallar. La curva de su trasero, la forma en que su pecho se eleva con cada respiración... es demasiado. Quiero poseerla ahora mismo.

De repente, me doy cuenta de que Alessandro y Enzo siguen aquí. La idea de que estén mirando a Elena, imaginando lo mismo que yo, me enfurece.

—¡Largo de aquí, ahora! —rugo, fuera de mí.

Ni siquiera espero a que se vayan. Entro en la casa como un animal, buscando algún sitio donde aliviarme antes de perder la cordura.

Cierro la puerta del primer baño que encuentro con fuerza, apoyándome contra ella. Mi corazón

late desbocado y mi respiración es entrecortada. La imagen de Elena en ese maldito bikini blanco no se va de mi cabeza. Cierro los ojos, pero solo consigo verla más claramente. Sus curvas, su piel bronceada, la forma en que se movía en el agua...

—Maldita sea —gruño, desabrochándome el pantalón con manos temblorosas.

Mi erección es casi dolorosa cuando por fin la libero. La agarro con firmeza, imaginando que es el cuerpo de Elena el que me envuelve. El primer contacto me arranca un gemido ronco que tengo que ahogar mordiendo mi labio.

Empiezo a moverme, lento al principio, torturándome con la imagen de Elena. Pienso en cómo sería tomarla en esa piscina, el agua fresca contrastando con el calor de nuestros cuerpos. Me la imagino en esa tumbona, su piel brillando bajo el sol mientras yo recorro cada centímetro con mis labios.

Acelero el ritmo, perdido en mi fantasía. Casi puedo sentir su piel bajo mis dedos, escuchar sus gemidos en mi oído. Imagino cómo sería enredar mis manos en su pelo mojado, tirar suavemente mientras la beso hasta dejarla sin aliento.

Mi mano se mueve cada vez más rápido, y tengo que apoyar la otra contra la pared para mantener el equilibrio. El placer se acumula en la base de mi columna, una presión que amenaza con hacerme estallar en cualquier momento.

—Elena... —susurro su nombre como una plegaria, imaginando que son sus manos las que me tocan, su boca la que me devora.

La imagen de Elena arqueándose bajo mi cuerpo, sus ojos nublados de placer, sus labios entreabiertos pronunciando mi nombre, es lo que finalmente me lleva al límite.

El orgasmo me golpea con una intensidad brutal. Tengo que morder mi puño para ahogar el gruñido que amenaza con escapar de mi garganta. Mi cuerpo se estremece con espasmos de placer mientras me derramó en mi mano.

Por un momento, todo desaparece: la mafia, las responsabilidades, los peligros. Solo existe esta sensación, este deseo incontrolable por la mujer que ahora es mi esposa.

Cuando finalmente el placer remite, me quedo apoyado contra la puerta, jadeando. El sudor perla mi frente y mi cuerpo aún tiembla ligeramente.

Poco a poco, la realidad vuelve a asentarse. Me limpio y me arreglo la ropa con movimientos mecánicos, intentando recuperar algo de compostura. Pero sé que es inútil. La imagen de Elena, el deseo que siento por ella, están grabados a fuego en mi cuerpo y en mi mente.

Me miro al espejo, apenas reconociendo al hombre que me devuelve la mirada. Sus ojos están oscurecidos por el deseo, su pelo revuelto, sus mejillas sonrojadas. Este no es el Adriano Caruso que todos temen. Este es un hombre consumido por la lujuria, por un deseo que no puede controlar.

Me lavo la cara, intentando recuperar el control. Pero sé que es en vano. La imagen de Elena, el deseo que siento por ella, están grabados a fuego en mi cuerpo y en mi mente.

Salgo del baño, decidido a mantener la distancia, a recuperar el dominio de mí mismo. Pero una parte de mí sabe que es una batalla perdida. Elena Bianchi ha despertado algo en mí, algo que creía muerto hace mucho tiempo.

Y eso, más que cualquier enemigo, más que cualquier amenaza, me aterra hasta la médula.

CAPÍTULO 13

ELENA

El tintineo de los cubiertos contra la porcelana llena el comedor. Mia ya está en la cama, y el silencio que deja su ausencia es casi palpable. Adriano está sentado a la cabecera de la mesa, su presencia dominando el espacio como siempre. No puedo evitar lanzarle miradas furtivas, recordando la escena de la piscina esta tarde.

De repente, la voz de Alessandro rompe la tensión.

—Eh, hermano, ¿estás listo para esta noche? —dice con una sonrisa pícaro—. El club nos espera. Tengo ganas de cerrar ese trato y luego... bueno, ya sabes cómo me gusta celebrar.

Frunzo el ceño, confundida. ¿Club? ¿Qué club?

—Sí, va a ser una noche interesante —continúa Alessandro, ajeno a mi curiosidad—. Esas chicas siempre hacen que los negocios sean más... placenteros.

Y entonces caigo en la cuenta. Están hablando de uno de los clubs de striptease de la familia. Un lugar de negocios, sí, pero también de placer. La imagen de Adriano rodeado de mujeres semidesnudas me golpea de repente, y siento cómo se me revuelve el estómago.

—Ya basta, Alessandro —interviene Adriano, su voz cortante como el acero—. Estamos yendo por negocios, no lo olvides.

—Oh, vamos —protesta Alessandro—. No me digas que te has vuelto un aburrido desde que te has casado. Seguro que a tu mujercita no le importa que te diviertas un poco.

La rabia me inunda. ¿Cómo se atreve? Y peor aún, ¿cómo no había pensado en esto antes? Adriano es un hombre poderoso, atractivo... Por supuesto que tendría otras mujeres. Me siento estúpida por no haberlo considerado.

Intento mantener el rostro impassible, pero noto cómo se me tensan los músculos de la mandíbula. La idea de Adriano con otras mujeres, tocándolas, besándolas... Me provoca una ola de celos que me pillan por sorpresa.

—He dicho que ya basta —repite Adriano, y esta vez hay una amenaza velada en su tono.

Alessandro levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no desaparece. Enzo, sentado al otro lado de la mesa, se mantiene en silencio, como siempre. Su expresión seria contrasta con la sonrisa burlona de Alessandro.

No puedo soportarlo más. Me levanto bruscamente, la silla chirriando contra el suelo.

—Si me disculpáis —murmuro, antes de salir casi corriendo del comedor.

Subo las escaleras de dos en dos, la rabia y los celos bullendo en mi interior. ¿Por qué me importa? ¿Por qué me afecta tanto la idea de Adriano con otras mujeres? Este matrimonio es una farsa, me recuerdo. Pero, aun así, la imagen de él rodeado de mujeres hermosas y semidesnudas me hace sentir

enferma.

Entro en mi habitación y me quedo mirando mi reflejo en el espejo. Mis mejillas están sonrojadas y mis ojos brillan con una mezcla de ira y algo más que no quiero nombrar. Y entonces, una idea loca se me ocurre.

Abro mi armario y busco entre mi ropa hasta que lo encuentro: un pijama de seda que apenas cubre lo necesario. Es provocativo, sugerente, todo lo que no debería ser considerando mi situación.

Me lo pongo rápidamente, el tejido frío contra mi piel caliente. Me miro al espejo una vez más y casi no me reconozco. La mujer que me devuelve la mirada es sensual, peligrosa.

Escucho movimiento en la habitación de al lado. Adriano debe estar cambiándose. Es ahora o nunca.

Con el corazón latiendo a mil por hora, me acerco a la puerta que conecta nuestras habitaciones. Tomo aire, intentando calmar mis nervios. ¿Qué estoy haciendo? Esto es una locura.

Pero antes de que pueda arrepentirme, abro la madera.

Adriano está de espaldas a mí, a medio vestir. Se gira al oír la puerta y se queda paralizado al verme.

Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba a abajo, y siento cómo se me eriza la piel bajo su mirada. El aire entre nosotros se carga de una tensión eléctrica.

—Elena —dice, su voz ronca—. ¿Qué haces aquí?

ADRIANO

Veo a Elena salir del comedor como si la persiguiera el diablo. Sus ojos brillaban con algo que no logro descifrar. ¿Enfado? ¿Celos? No, imposible. Descarto la idea tan rápido como aparece. Este matrimonio es un acuerdo, nada más. Elena sabe perfectamente en qué se metía cuando aceptó casarse conmigo. O al menos, eso creía.

—Vaya, parece que a tu mujercita no le ha sentado bien la idea del club —se burla Alessandro, su voz cargada de diversión.

Le lanzo una mirada que podría congelar el infierno. —Cállate y vete a prepararte —gruño, mi voz cargada de advertencia.

Alessandro levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa burlona no desaparece. Lo ignoro y me levanto de la mesa, necesitando poner distancia entre yo y esta situación.

Subo las escaleras hacia mi habitación, aflojándome la corbata mientras camino. El silencio de la casa contrasta con el tumulto en mi cabeza. ¿Por qué reaccionó Elena así? ¿Realmente le importa lo que haga o con quién esté? Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de esos pensamientos. No puedo permitirme ese tipo de distracciones.

Entro en mi habitación y me dirijo directamente al armario. Necesito cambiarme para ir al club.

Un negocio es un negocio, sin importar dónde se cierre el trato. Me quito la camisa, dejando al descubierto los tatuajes que cubren mi pecho y brazos. Cada uno cuenta una historia, un recordatorio constante de quién soy y lo que he hecho para llegar hasta aquí.

Estoy a medio vestir, buscando una camisa limpia, cuando escucho la puerta que conecta nuestras habitaciones abrirse. Me giro y... joder.

Elena está ahí, con un puto pijama que apenas cubre lo esencial. La seda se adhiere a sus curvas como una segunda piel, dejando poco a la imaginación. Siento cómo mi cuerpo reacciona al instante, la sangre precipitándose hacia mi miembro. Maldita sea, ¿es que no puedo controlarme ni un segundo con esta mujer?

—Elena —digo, mi voz más ronca de lo que me gustaría. Intento mantener mi mirada fija en su rostro, pero es una batalla perdida—. ¿Qué haces aquí?

Sus ojos brillan con determinación cuando da un paso hacia mí. Hay algo en su mirada, una mezcla de desafío y vulnerabilidad que me desconcierta. —¿Vas a buscar fuera lo que ya tienes en casa, Adriano? —pregunta, su voz cargada de emoción.

Su pregunta me pilla por sorpresa. ¿De verdad cree que iría a buscar a otras mujeres? La idea es tan absurda que casi me hace reír. Pero la expresión en su rostro me detiene. Está hablando en serio.

—No voy al club a eso —respondo, mi voz firme pero calmada. Necesito que entienda esto—. Nunca he usado los servicios del club y no pienso empezar ahora.

Ella entrecierra los ojos, como si no me creyera. La desconfianza en su mirada me molesta más de lo que debería. —Más te vale —dice, su voz baja y amenazante—. Porque si me entero de que te acuestas con otras, me veré obligada a hacer lo mismo.

Algo explota dentro de mí. La idea de Elena con otro hombre... No. Ni hablar. Una rabia ciega me invade, mezclada con algo que se parece peligrosamente a los celos. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, la he agarrado por la cintura y la he pegado a mi pecho.

El calor de su cuerpo contra el mío es embriagador. Puedo sentir cada curva, cada respiración. Su aroma me envuelve, una mezcla de jazmín y algo puramente Elena que me vuelve loco.

—Escúchame bien —gruño, mi boca a centímetros de la suya. Puedo sentir su aliento mezclándose con el mío—. Si tocas a otro hombre, lo mataré. ¿Entendido?

Elena jadea, sus ojos se abren de sorpresa. Sé que ha notado mi erección presionando contra su vientre. Mierda. Esto se me está yendo de las manos. La deseo tanto que duele, pero no puedo permitirme cruzar esa línea.

La suelto como si quemara y doy un paso atrás, creando una distancia física que espero ayude a calmar el fuego que arde entre nosotros. —Tengo que irme —murmuro, agarrando el resto de mi ropa con manos temblorosas.

Salgo de la habitación sin mirar atrás, su imagen grabada a fuego en mi mente. El roce de la seda contra su piel, el brillo desafiante en sus ojos, la forma en que su pecho subía y bajaba con cada

respiración agitada... Todo eso me persigue mientras bajo las escaleras a toda prisa.

Alessandro y Enzo me esperan en el vestíbulo. Mi hermano abre la boca, probablemente para hacer algún comentario sarcástico, pero una mirada mía basta para que cierre el pico. Enzo, siempre observador, me lanza una mirada inquisitiva, pero no dice nada. Agradezco su discreción.

Salimos de la casa y subimos al coche. El aire fresco de la noche no hace nada para calmar el fuego que arde en mi interior. Cierro los ojos un momento, intentando recuperar el control. Soy Adriano Caruso, por el amor de Dios. He enfrentado a enemigos despiadados, he tomado decisiones que han cambiado el curso de la mafia. No puedo dejar que una mujer me afecte así.

Pero Elena no es cualquier mujer, ¿verdad? Es fuego y hielo, desafío y vulnerabilidad. Es la única que se atreve a plantarme cara, la única que me hace sentir... vivo.

Es mi mujer después de todo.

Abro los ojos y miro por la ventanilla, las luces de la ciudad pasando en un borrón. Esta noche tengo que cerrar un trato importante, no puedo permitirme distracciones. Pero sé que, sin importar lo que pase en el club, mi mente seguirá volviendo a Elena.

A la forma en que me miró, como si quisiera devorarme y huir de mí al mismo tiempo. A la sensación de su cuerpo contra el mío, perfecta como si hubiera sido creada solo para mí. A la promesa silenciosa en sus ojos, una promesa que me aterra y me excita a partes iguales.

Maldita sea. Estoy completamente jodido.

El viaje al club es un borrón. Cierro el trato en piloto automático, mi mente dividida entre la rabia y el deseo. Cuando todo termina, me siento en una silla apartada, observando el escenario sin verlo realmente.

¿Cómo puede Elena pensar que preferiría a cualquiera de estas mujeres antes que a ella? Es absurdo. Ninguna de ellas se le acerca siquiera. Su fuego, su desafío constante, la forma en que me mira como si quisiera matarme y besarme al mismo tiempo...

Sacudo la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. Esto es peligroso. No puedo permitirme sentir nada por Elena. Los sentimientos son una debilidad en nuestro mundo.

Pero mientras observo a las bailarinas moverse en el escenario, sé que es una batalla perdida. Ninguna de ellas me provoca ni una fracción de lo que siento cuando Elena simplemente entra en la habitación.

Maldita sea. Estoy jodido.

CAPÍTULO 14

ELENA

El aroma a palomitas recién hechas inunda la sala de cine. Mia da saltitos a mi lado, incapaz de contener su emoción. Sus ojos brillan con una ilusión que me recuerda a la niña que fui una vez, antes de que el peso del apellido Bianchi cayera sobre mis hombros.

—¡La Sirenita, tía Elena! ¡Porfa, porfa! —me suplica con esos ojazos que podrían derretir hasta el corazón más duro.

¿Cómo voy a negarme? Esta niña tiene el don de hacerme olvidar, aunque sea por un momento, la jaula dorada en la que vivo.

—Vale, peque, tú ganas —le digo, revolviéndole el pelo—. La Sirenita será.

Los guardaespaldas se acomodan en los asientos de atrás, como sombras silenciosas. Su presencia constante me recuerda que, incluso en momentos como este, nunca estoy realmente libre. Alessandro se deja caer en uno de los sofás, con esa sonrisa de sinvergüenza que parece no abandonarle nunca.

—Eh, enana —le dice a Mia—, ¿no prefieres ver algo con más acción? ¿Zombis, quizás?

Le fulmino con la mirada. Por mucho que intente aparentar indiferencia, sé que Alessandro adora a su sobrina. Aun así, no puedo evitar saltar en defensa de Mia.

—Ni se te ocurra, Sandro. Como le des pesadillas a la niña, te las verás conmigo.

Él levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no flaquea. —Vale, vale. Sirenititas serán.

La película empieza y Mia se acurruca contra mí en el sofá. Su pequeño cuerpo emana un calor reconfortante, y por un momento me permito imaginar que esto es real. Que somos una familia normal, viendo una película en una tarde de domingo. Me dejo llevar por la magia de Disney, por las canciones que recordaba de mi propia infancia. Por un instante, casi puedo olvidar dónde estoy, quién soy, con quién me he casado...

Hasta que la puerta se abre.

Adriano entra en la sala como una exhalación. Su presencia llena el espacio de una manera que me deja sin aliento. Nuestras miradas se cruzan y siento ese ya familiar hormigueo recorrerme la espalda. Me maldigo internamente. ¿Por qué tiene que afectarme así?

Para mi sorpresa, en lugar de marcharse, se acerca a nuestro sofá. Mia suelta un gritito de alegría que me sobresalta.

—¡Tío Adriano! ¡Ven, siéntate con nosotras!

Veo la duda en sus ojos, ese debate interno que parece librar cada vez que se enfrenta a algo remotamente emocional. Es como si una parte de él quisiera acercarse, mientras otra le grita que

huya. Conozco esa sensación demasiado bien.

Pero entonces, hace algo que me deja boquiabierto: decide quedarse.

—Hacedme un hueco —dice, su voz grave enviando otra oleada de escalofríos por mi cuerpo.

El sofá es ridículamente pequeño para los tres, pero de alguna manera nos las apañamos. Estoy tan cerca de Adriano que puedo oler su colonia, una mezcla embriagadora de cuero y especias. Su brazo roza el mío y siento como si una corriente eléctrica me recorriera. Intento concentrarme en la película, en Ariel y su deseo de pertenecer a otro mundo, pero la presencia de Adriano es abrumadora.

Me encuentro robando miradas de reojo, estudiando su perfil en la penumbra. La fuerte línea de su mandíbula, la sombra de barba incipiente, la forma en que sus ojos parecen suavizarse cuando Mia suelta una carcajada. ¿Quién es este hombre? ¿El monstruo del que me hablaron o el tío cariñoso que veo ahora?

El tiempo parece estirarse y contraerse. No sé cuánto llevamos así, los tres apretujados en este sofá demasiado pequeño. Mia tararea las canciones, completamente ajena a la tensión que flota entre Adriano y yo. Me pregunto si él la sentirá también, o si solo soy yo, volviéndome loca lentamente.

No sé en qué momento ocurre, pero de repente me encuentro luchando por mantener los ojos abiertos. El calor de Adriano, el suave murmullo de la película, la oscuridad de la sala... todo se combina para arrullarme hacia el sueño. Intento resistirme, consciente de lo vulnerable que me hace mostrar debilidad frente a él. Pero mis párpados pesan cada vez más...

Me despierto sobresaltada al sentir algo en mi pelo. Unos dedos grandes y firmes lo acarician con una delicadeza que nunca habría asociado con Adriano. Abro los ojos lentamente, desorientada, y me doy cuenta de que tengo la cabeza apoyada en su regazo. El pánico inicial me paraliza. ¿Cómo he llegado a esta posición? ¿Cuánto tiempo llevo así?

Mi primer instinto es apartarme de un salto, poner distancia entre nosotros. Pero algo me detiene. Quizás es la forma en que sus dedos se enredan en mis mechones, o cómo su otra mano descansa protectoramente sobre mi hombro. O tal vez es el hecho de que, por primera vez desde que llegué a esta casa, me siento... segura. Protegida.

Y eso me aterra más que cualquier amenaza de muerte.

Porque, ¿cómo voy a proteger mi corazón si empiezo a ver a Adriano como un hombre?

Me quedo quieta, fingiendo seguir dormida. Mi mente es un torbellino de pensamientos y emociones contradictorias. ¿Es esto parte de algún juego elaborado? ¿Una forma de bajar mis defensas? ¿O es posible que haya más en Adriano Caruso de lo que me ha hecho creer?

Su mano se mueve, trazando patrones suaves en mi cuero cabelludo. Es un gesto tan íntimo, tan cargado de una ternura que no creí posible en él, que siento que me falta el aire. Contengo la respiración, temiendo que el más mínimo movimiento rompa este extraño hechizo.

La película sigue sonando de fondo, pero para mí se ha convertido en un murmullo lejano. Todo

mi mundo se ha reducido a este momento, a la sensación de los dedos de Adriano en mi pelo, al calor de su cuerpo bajo mi mejilla.

¿Qué pasaría si abriera los ojos ahora? ¿Qué vería en su rostro? ¿Seguiría siendo el hombre frío y calculador que conozco, o vería una faceta de él que nadie más ha visto?

La tentación de averiguarlo es casi insoportable, pero el miedo me mantiene inmóvil. Miedo a lo que pueda descubrir, miedo a lo que eso podría significar para mí, para nosotros, para este extraño acuerdo en el que vivimos.

Así que me quedo quieta, atrapada entre el deseo y el temor, entre la curiosidad y la autopreservación. Y mientras los créditos de la película empiezan a sonar, me pregunto si alguna vez seré capaz de entender realmente al hombre con el que me he casado.

O si, peor aún, si algún día querré hacerlo.

ADRIANO

El humo de los puros se acumula en el techo de la sala de reuniones, formando una nube gris que parece tan densa como la tensión que flota en el aire. Estoy sentado a la cabecera de la mesa, con Enzo de pie a mi derecha, silencioso y alerta como siempre. Frente a mí, tres de mis capos me miran expectantes. O más bien, dos de ellos lo hacen. El tercero, Giovanni, tiene esa mirada desafiante que me pone los nervios alerta.

—Caballeros —digo, mi voz cortando el silencio como un cuchillo—, el negocio de armas con los rusos está a punto de cerrarse. Necesito saber que todo está en orden.

Marco, el más viejo de los tres, asiente con la cabeza. —Todo listo por mi parte, Don. Los canales de distribución están asegurados.

—Bien —respondo, girándome hacia Luca—. ¿Y el dinero?

Luca se remueve incómodo en su asiento. —Eh... hay un pequeño problema con eso, Don. Los chinos están presionando para que les paguemos lo que les debemos antes de...

Le corto con un gesto de la mano. —Ocúpate de ello. No me importa cómo, pero quiero ese problema resuelto antes de que acabe la semana.

—Sí, Don —murmura Luca, bajando la mirada.

Y entonces, Giovanni decide abrir su boca.

—Con todo respeto, Don —dice, y ya sé que no va a haber ningún respeto en lo que sigue—, ¿no cree que estamos corriendo demasiados riesgos? Este negocio con los rusos... podría atraer atención no deseada.

Siento cómo Enzo se tensa a mi lado. Marco y Luca contienen la respiración. Todos saben lo que pasa cuando alguien cuestiona mis decisiones.

Me reclino en mi silla, estudiando a Giovanni. —¿Estás sugiriendo que no sé lo que hago,

Giovanni?

Él traga saliva, pero no retrocede. Idiota. —Solo digo que quizás deberíamos reconsiderar nuestra estrategia. Podríamos hacer otros negocios.

El silencio que sigue a sus palabras es tan denso que casi se puede cortar con un cuchillo. Veo el miedo en los ojos de Marco y Luca, el disgusto en los de Enzo. Pero Giovanni... Giovanni me mira con un desafío apenas disimulado.

Me levanto lentamente, rodeando la mesa hasta llegar a su lado. Él se pone de pie, intentando mantener la compostura. Puedo oler su miedo, mezclado con el aroma del puro que aún humea en el cenicero.

—¿Reconsiderar nuestra estrategia, dices? —pregunto, mi voz peligrosamente suave—. ¿Eso es lo que piensas?

Giovanni abre la boca para responder, pero nunca llega a hacerlo. En un movimiento fluido, saco la pistola que llevo en la cintura y le disparo en la rodilla. Su grito de dolor rompe el silencio, pero se corta abruptamente cuando lo agarro por el cuello y estrello su cabeza contra la mesa.

—Escúchame bien, pedazo de mierda —siseo en su oído—. Soy el que toma las decisiones. Si vuelvo a oír que alguien cuestiona mi autoridad, le arrancaré la lengua y se la haré tragar. ¿Queda claro?

Giovanni asiente frenéticamente, el terror evidente en sus ojos. Pero ya es tarde para él. Ha cometido el error de desafiarme públicamente, y eso no puedo permitirlo.

Con un movimiento rápido, saco mi cuchillo y se lo clavo en la garganta. La sangre brota a borbotones, manchando la mesa. Giovanni se desploma, sus ojos vidriosos mirando al vacío.

Me giro hacia los otros dos, que están pálidos como fantasmas. —¿Alguien más tiene algo que decir sobre mis decisiones?

Ambos niegan con la cabeza, incapaces de articular palabra.

—Bien —digo, limpiando mi cuchillo en el traje de Giovanni—. La reunión ha terminado. Largaos de aquí.

Marco y Luca prácticamente corren hacia la puerta. Enzo permanece a mi lado, imperturbable como siempre.

—¿Quieres que me encargue del cuerpo, Don? —pregunta, como si estuviéramos hablando del tiempo.

Asiento, pasándome una mano por el pelo. —Sí, ocúpate de todo. Y Enzo... —añado mientras me dirijo a la puerta— asegúrate de que todos sepan lo que le pasa a quien cuestiona mi autoridad.

—Considéralo hecho, Don —responde Enzo.

Salgo de la sala, el sabor metálico de la sangre aún en mi boca. Otro día, otro cadáver. Así es la vida que he elegido. La vida que necesito para proteger a los míos.

Llego a la mansión deseando encerrarme en mi despacho con una botella de whisky. Pero algo me

detiene. Risas. El sonido, tan fuera de lugar en esta casa de muerte y secretos, me atrae como un imán.

Sigo el ruido hasta la sala de cine. La puerta está entreabierta y, a través de ella, veo a Elena y Mia acurrucadas en el sofá, viendo... ¿La Sirenita? Joder, hacía años que no veía esa peli.

Debería irme. Hundirme en el trabajo y olvidar este día de mierda. Pero mis pies no se mueven.

—¡Tío Adriano! —la voz de Mia me saca de mi ensimismamiento—. ¡Ven, siéntate con nosotras!

Elena me mira, sorprendida. Veo la duda en sus ojos, el temor mezclado con algo más... ¿curiosidad?

No debería quedarme. No soy un hombre de familia. Soy un asesino, un monstruo. Pero...

—Hacedme un hueco —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Me siento junto a Elena, consciente de cada centímetro que nos separa. Su perfume, una mezcla de jazmín y alguna otra flor, invade mis sentidos. Intento concentrarme en la película, pero mi mente no deja de volver a ella.

La observo de reojo. La forma en que sonrío cuando Mia se ríe, cómo sus ojos brillan con la luz de la pantalla. ¿Cómo puede ser tan fuerte y tan delicada a la vez? Esta mujer, a la que obligué a casarse conmigo, debería odiarme. Y sin embargo...

No sé en qué momento ocurre, pero de repente noto un peso en mi hombro. Elena se ha quedado dormida, su cabeza descansando contra mí. Debería despertarla, apartarla. Pero mi mano se mueve sola, acariciando su pelo suave como la seda.

Algo se agita en mi pecho. Una sensación olvidada, enterrada bajo años de violencia y frialdad. ¿Qué coño me está pasando?

La película termina y me encuentro en una situación ridícula. Elena dormida sobre mí, Mia acurrucada en mi otro lado. ¿Cómo cojones voy a salir de esta sin despertarlas?

Me muevo con cuidado, intentando no perturbarlas. Y entonces lo veo. Alessandro, de pie junto al sofá, con esa sonrisa de capullo que tanto me irrita.

—Vaya, vaya —susurra, divertido—. ¿Quién lo diría? El gran Adriano Caruso, convertido en una almohada humana.

Le lanzo una mirada que podría congelar el infierno. —Cierra la puta boca, Sandro.

—¿Quieres que te eche una mano? —pregunta, señalando a Elena—. Yo puedo llevar a tu mujercita a la cama, si quieres.

Un gruñido escapa de mi garganta. —Ni se te ocurra tocarla.

Alessandro levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no flaquea. —Vale, vale. Me conformaré con la enana.

Se agacha y recoge a Mia con una delicadeza que me sorprende. A veces olvido que, bajo toda esa fachada de cabrón, mi hermano tiene un corazón.

Me quedo solo con Elena. Dudo por un momento. ¿Debería despertarla? No, se ve tan... en paz.

Con cuidado, la levanto en brazos. Es ligera como una pluma, y encaja perfectamente contra mi pecho.

La llevo a su habitación, sintiendo cada paso como si caminara sobre cristales rotos. La deposito en la cama, tapándola con las sábanas. Y entonces cometo el error de mirarla.

A la luz de la luna que se cuelga por la ventana, Elena parece una jodida obra de arte. Su pelo esparcido sobre la almohada, sus labios ligeramente entreabiertos... Joder, ¿cuánto tiempo llevo aquí de pie, mirándola como un puto acosador?

Me obligo a dar un paso atrás. Luego otro. Hasta que mi espalda choca contra la puerta que conecta nuestras habitaciones.

Por primera vez en mi vida, siento algo que no puedo nombrar. Un anhelo, un deseo de algo más que sangre y poder. Y eso me aterra más que cualquier pistola apuntando a mi cabeza.

Entro en mi habitación y cierro la puerta, apoyándome contra ella. El corazón me late como si hubiera corrido una maratón.

¿Qué cojones me está pasando?

CAPÍTULO 15

ELENA

Me despierto con los primeros rayos del sol colándose por la ventana. Me estiro en la cama, disfrutando de la suavidad de las sábanas contra mi piel. Por un momento, me permito recordar la noche anterior: el calor de Adriano, sus dedos en mi pelo... Una sonrisa se dibuja en mis labios sin que pueda evitarlo.

Quizás no todo está perdido. Quizás, bajo esa coraza de hielo, late un corazón que puedo alcanzar.

Pero mi optimismo se desvanece tan rápido como ha llegado. Durante el desayuno, Adriano apenas me mira. Sus respuestas son monosílabos, su atención completamente centrada en su teléfono. ¿Me lo habré imaginado todo?

—¿Has dormido bien? —pregunto, intentando iniciar una conversación.

—Hm —murmura, sin levantar la vista de la pantalla.

Suspiro y vuelvo a mi tostada. El silencio pesa entre nosotros, roto solo por el tintineo de los cubiertos y el ocasional zumbido del móvil de Adriano. Cuando termina su café, se levanta abruptamente.

—Tengo una reunión —dice, ya de espaldas a mí mientras se dirige a la puerta.

—Adriano, yo... —empiezo, pero la puerta ya se ha cerrado tras él.

La mañana transcurre lenta. Estudio mucho. Juego con Mia e incluso ayudo a preparar la comida, pero nada me llena. No dejo de pensar en Adriano. ¿Por qué pasa del calor al frío de una forma tan abrupta?

La comida no es mejor. Se sienta lo más lejos posible de mí, hablando solo con Enzo sobre negocios. Sus ojos nunca se encuentran con los míos, como si yo fuera invisible.

—¿Cómo va todo? —pregunto, alzando la voz para que me oiga desde el otro extremo de la mesa.

Adriano hace una pausa en su conversación con Enzo, me mira por un segundo y luego vuelve a su plato. —Bien.

Enzo me lanza una mirada de disculpa antes de reanudar su charla sobre cifras y acuerdos. Me hundo en mi silla, sintiéndome más sola que nunca en esta mesa llena de gente.

Después de comer, decido dar un paseo por el jardín. Necesito aire fresco, algo que despeje esta sensación de ahogo que me oprime el pecho. Mientras camino entre los rosales, veo a Adriano salir de la casa con paso decidido hacia el garaje. Por un momento, nuestras miradas se cruzan. Levanto la mano para saludarlo, pero él ya ha desviado la vista, acelerando el paso hasta desaparecer en el interior del edificio.

El rugido del motor de su coche resuena en el patio mientras se aleja. Me quedo allí, con la mano aún levantada, sintiéndome como una tonta.

A media tarde, me lo cruzo en el pasillo. Viene con prisa, buscando unos papeles. Nuestras miradas se encuentran por un segundo y juraría que veo algo en sus ojos... ¿miedo? Pero antes de que pueda decir nada, ya ha desaparecido por el pasillo.

—¡Adriano! —le llamo, pero él no se detiene.

Frustrada, decido seguirlo. Lo alcanzo justo cuando está entrando en su despacho.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunto, poniendo un pie en la puerta para que no pueda cerrarla.

Él me mira, y por un instante veo algo en sus ojos. ¿Vulnerabilidad? ¿Deseo? Pero tan rápido como aparece, se desvanece, reemplazado por su habitual frialdad.

—Ahora no, Elena. Estoy ocupado.

Y sin más, cierra la puerta, dejándome allí plantada con mil preguntas en la punta de la lengua.

Me refugio en mi estudio, intentando concentrarme en mis libros de psicología. La ironía no se me escapa: estoy estudiando el comportamiento humano mientras vivo rodeada de los ejemplares más complejos que podría imaginar. Abro mi portátil, conectándome a mi clase online. La voz de la profesora llena la habitación, hablando sobre patrones de comportamiento y mecanismos de defensa.

«Los individuos que han experimentado algún trauma pueden desarrollar barreras emocionales como mecanismo de protección», explica la profesora. No puedo evitar pensar en Adriano. ¿Qué traumas esconde detrás de esa fachada fría?

Intento tomar notas, pero mi mente vuelve una y otra vez a su comportamiento de hoy. ¿Por qué me evita? Y entonces, como un rayo de claridad, lo entiendo. Si no sintiera nada, si no le importara, no necesitaría evitarme. Esta huida... es una buena señal.

La clase termina y me quedo mirando la pantalla en blanco, perdida en mis pensamientos. El sol ya se está poniendo cuando escucho voces provenientes del despacho contiguo. La curiosidad puede más que mi sentido común y me acerco a la pared que separa nuestras habitaciones.

—...la gente no confía en ti como confiaban en el anterior Don —escucho decir a Alessandro—. Necesitas ganártelos.

—¿Y cómo coño propones que haga eso? —gruñe Adriano—. ¿Repartiendo caramelos?

—Podrías empezar por no matar a un capo en cada reunión —sugiere Enzo, con un tono que no sé si es de broma o no.

—No tengo elección —responde Adriano, y por primera vez detecto un atisbo de... ¿vulnerabilidad? en su voz—. Si nuestro debilidad, todo por lo que hemos luchado se irá a la mierda.

Hay un silencio tenso antes de que Alessandro vuelva a hablar.

—Entiendo y agradezco que matases al anterior Don. Pero ahora necesitas mostrar que puedes liderar sin recurrir siempre a la violencia.

—Alessandro tiene razón —interviene Enzo—. La lealtad basada solo en el miedo es frágil. Necesitas que te respeten, no solo que te teman.

Escucho a Adriano suspirar pesadamente. —¿Y qué sugerís? Porque ahora mismo, la mitad de la organización cree que me he equivocado al casarme con Elena, y la otra mitad piensa que soy un psicópata inestable.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Nuestro matrimonio le está causando problemas.

Pero entonces, una idea empieza a formarse en mi mente. Años de observar a mi padre manejar su propia organización, combinados con lo que estoy aprendiendo en mis estudios de psicología, me dan una perspectiva única.

Antes de que pueda pensarlo dos veces, me encuentro caminando hacia el despacho de Adriano. Abro la puerta sin llamar, interrumpiendo lo que sea que estuvieran discutiendo.

Tres pares de ojos se clavan en mí. Alessandro, recostado en una butaca con una sonrisa divertida. Enzo, de pie junto a la ventana, con su habitual expresión impasible. Y Adriano... Adriano me mira como si acabara de aparecer un fantasma en su despacho.

Tomo aire, consciente de que lo que voy a decir puede cambiar el rumbo de todo. Pienso en mis clases de psicología, en las dinámicas de grupo, en cómo crear cohesión y lealtad. Y entonces, las palabras salen de mi boca con una seguridad que no sabía que poseía:

—Para resolver todos tus problemas, vamos a dar una fiesta.

El silencio que sigue a mi declaración es ensordecedor. Veo la sorpresa en los ojos de Adriano, mezclada con algo más... ¿intriga? ¿admiración?

—¿Una fiesta? —repite Adriano, como si la palabra fuera en un idioma extranjero.

Me encanta la forma en la que un atisbo de esperanza se forma en sus ojos.

¿Qué me está pasando con Adriano? ¿Por qué deseo tanto hacerlo feliz? ¿Por qué deseo tanto que me haga caso?

ADRIANO

El whisky en mi vaso no consigue calmar el torbellino de pensamientos que me asaltan. El líquido ámbar gira hipnóticamente mientras muevo el vaso, reflejando la luz tenue de mi despacho. Evitar a Elena se ha convertido en una tortura, cada encuentro una batalla contra mí mismo.

Esta mañana, durante el desayuno, tuve que concentrarme en mi móvil para no perderme en sus ojos. Esos ojos que parecen ver a través de mí, que amenazan con derretir el hielo que he construido alrededor de mi corazón. En la comida, me senté lo más lejos posible, pero aun así podía sentir su

presencia, su aroma flotando en el aire como una tentación constante.

Mierda. No puedo permitirme esto. No puedo dejar que piense que puede haber algo entre nosotros. Es mejor así, mantener las distancias, ser el monstruo que todos creen que soy. El monstruo que soy.

Alessandro y Enzo discuten frente a mí, pero sus palabras apenas me llegan. Es como si estuvieran hablando bajo el agua, sus voces distorsionadas por el ruido de mis propios pensamientos. Estamos al límite, lo sé. Lo siento en la tensión que flota en el aire, en las miradas cautelosas de mis hombres. Siento como si cada decisión que tomo nos acercara más al borde del precipicio. Un paso en falso y toda la organización estallará en una guerra interna.

¿Es esto lo que quería cuando tomé el control? ¿Cuando decidí matar al anterior Don para proteger a Mia? A veces, en la oscuridad de la noche, me pregunto si tomé la decisión correcta. Pero luego recuerdo la sonrisa de mi sobrina, su risa despreocupada, y sé que lo haría todo de nuevo.

En especial lo de casarme con Elena.

—Adriano, ¿me estás escuchando? —la voz de Alessandro me devuelve a la realidad.

Asiento, sin molestarme en disimular mi irritación. —Sí, joder. Sigue.

Intento concentrarme en sus palabras, en los problemas que enumeran, en las soluciones que proponen. Pero mi mente sigue volviendo a Elena. A la forma en que me miró esta mañana, con una mezcla de confusión y determinación. A cómo su mano rozó la mía cuando me pasó la sal, enviando una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

La puerta se abre de golpe y ahí está ella. Elena. Como una aparición, como si mis pensamientos la hubieran convocado. El deseo me golpea con tanta fuerza que tengo que aferrarme al borde de mi escritorio para no levantarme y... ¿Y qué? ¿Besarla? ¿Echarla? No lo sé, y eso me aterra.

—Para resolver todos tus problemas, vamos a dar una fiesta —dice, con una seguridad que me deja sin aliento.

¿Una fiesta? ¿Qué coño...? La miro, incapaz de procesar lo que está diciendo. ¿Cómo puede entrar así, interrumpir una reunión de la mafia como si fuera una reunión de la junta escolar?

—Se cazan más moscas con miel que con vinagre, Adriano —continúa, acercándose a mi escritorio con pasos seguros—. Una fiesta para tus capos y sus familias, aquí en casa. Te mostraré como un líder que se preocupa por los suyos.

La miro, realmente la miro, y me doy cuenta de que no la conozco en absoluto. Esta mujer, con su determinación y su inteligencia, es una extraña para mí. Una extraña que, de alguna manera, parece entender exactamente lo que necesito cuando ni yo mismo lo sé.

Alessandro suelta una carcajada, rompiendo el hechizo. —Me gusta cómo piensa tu mujer, hermano.

Enzo asiente, pensativo. —Podría funcionar. Mostrar un lado más... humano del Don.

Discutimos la idea durante lo que parecen horas. Elena participa, aportando ideas, mostrando una

comprensión de nuestra situación que me deja atónito. Habla de crear conexiones, de mostrar un frente unido, de cómo la lealtad se construye no solo con miedo, sino con respeto y aprecio. ¿Cuándo se ha vuelto tan... indispensable?

La observo mientras habla, cautivado por la pasión en su voz, por la forma en que sus ojos brillan con determinación. Es como si estuviera viendo a una versión completamente nueva de ella, una versión que me atrae y me asusta a partes iguales.

Finalmente, me doy cuenta de que tienen razón. Es una buena idea. Maldita sea, es una idea brillante. Una que podría cambiar el rumbo de todo, que podría solidificar mi posición sin derramar más sangre.

Me levanto de mi silla, rodeando el escritorio hasta quedar frente a Elena. El movimiento es casi inconsciente, como si mi cuerpo tuviera voluntad propia. Estoy tan cerca que puedo contar las pecas en su nariz, sentir el calor de su cuerpo. Su perfume me envuelve, una mezcla de vainilla y jazmín que nubla mis sentidos.

—¿Por qué haces esto? —pregunto en voz baja, solo para sus oídos. Necesito entender, necesito saber si esto es parte de algún juego, de alguna estrategia que no alcanzo a ver.

Ella me sostiene la mirada, sin retroceder ni un milímetro. Hay una fuerza en sus ojos que me deja sin aliento. —Porque esta es tanto tu familia como la mía ahora. Quiero que todo vaya bien. Soy la mujer del Don, Adriano, y quiero actuar como tal.

Sus palabras despiertan algo en mí, algo primitivo y posesivo. La mujer del Don. Mi mujer. Quiero besarla, quiero reclamarla, quiero...

El estridente sonido del teléfono rompe el momento. Maldigo internamente mientras me aparto para contestar, sintiendo como si acabara de despertar de un sueño.

Pero incluso mientras hablo por teléfono, no puedo apartar mis ojos de Elena. La veo interactuar con Alessandro y Enzo, discutiendo detalles de la fiesta como si hubiera nacido para esto. Y por primera vez desde que la conozco, me pregunto si quizás, solo quizás, este matrimonio forzado podría convertirse en algo más.

La idea me aterra y me emociona a partes iguales. Porque sé que enamorarme de Elena sería la cosa más peligrosa que podría hacer. Más peligroso que cualquier negocio, que cualquier guerra entre familias.

Pero mientras la observo, riendo de algo que ha dicho Alessandro, me doy cuenta de que tal vez ya sea demasiado tarde para evitarlo.

CAPÍTULO 16

ELENA

El sonido de la risa de Mia llena la sala, mezclándose con el crujido del papel de regalo y el tintineo de las decoraciones. Llevamos un par de semanas preparando la fiesta y, contra todo pronóstico, me estoy divirtiendo como nunca. Cada día trae consigo una nueva sorpresa, un nuevo desafío que me hace sentir más viva que nunca.

La luz del sol de la tarde se cuela por las grandes ventanas, bañando la habitación en un cálido resplandor dorado. El aroma a flores frescas, que hemos estado colocando en jarrones por toda la casa, flota en el aire, mezclándose con el olor a galletas recién horneadas que viene de la cocina. Rosetta, la cocinera, se ha contagiado del espíritu festivo y no para de preparar deliciosas muestras de lo que servirá en la fiesta.

—¿Este lazo o este, tía Elena? —pregunta Mia, sosteniendo dos cintas de colores diferentes. Sus pequeñas manos sostienen una cinta roja y otra dorada, ambas brillando bajo la luz.

—Mmm... —finjo pensarlo seriamente, llevándome un dedo a la barbilla—. ¿Qué tal si usamos los dos?

Sus ojos se iluminan como si le hubiera dado la respuesta a todos los misterios del universo. —¡Sí! ¡Será el regalo más bonito de todos!

Sonríó, incapaz de resistirme a su entusiasmo. La inocencia y la alegría de Mia son como un bálsamo para mi alma, recordándome que incluso en este mundo de sombras y secretos, puede existir la pureza.

¿Quién iba a pensar que organizar una fiesta para la mafia sería así? Cuando propuse la idea, esperaba resistencia, frialdad, quizás incluso burla. En cambio, la casa se ha llenado de una alegría que nunca antes había sentido aquí. Es como si todos hubieran estado esperando una excusa para dejar caer sus máscaras, aunque sea por un momento.

Incluso los guardaespaldas, esos hombres estoicos que normalmente parecen estatuas vivientes, se han contagiado del ambiente. Los he visto sonreír mientras ayudan a colgar guirnaldas, bromeando entre ellos sobre quién tiene mejor gusto para la decoración. Es una faceta de ellos que nunca pensé que vería.

Miro a mi alrededor, maravillada por la transformación. La sala, que antes me parecía fría y opresiva con sus muebles antiguos y sus cuadros severos, ahora parece vibrar con vida. Hemos movido los sofás para crear más espacio, cubierto las mesas con manteles festivos y llenado cada rincón con pequeños detalles que gritan "celebración".

—Mia, cariño —digo, levantándome del suelo donde estábamos sentadas. Mis piernas protestan un poco después de haber estado tanto tiempo en la misma posición, pero el leve dolor es un

recordatorio agradable de lo mucho que hemos trabajado—. Tengo que ir al centro comercial a comprar las últimas cosas. ¿Quieres que te traiga algo?

—¡Quiero ir contigo! —exclama, saltando sobre sus pies con la energía inagotable que solo los niños poseen.

Río suavemente, sintiendo una punzada de culpa por tener que decepcionarla. —Hoy no puede ser, peque. Pero te prometo que la próxima vez iremos juntas, ¿vale?

Hace un puchero, sus labios temblando ligeramente, pero asiente con valentía. Me sorprende una vez más la madurez que puede mostrar a veces, tan impropia de su edad. Me pregunto si es resultado de crecer en este ambiente, rodeada de adultos que cargan el peso del mundo sobre sus hombros.

Me dirijo hacia la puerta, mis tacones resonando suavemente sobre el suelo de mármol. Busco con la mirada a mis guardaespaldas, esos hombres silenciosos que se han convertido en una constante en mi vida. Necesito decirles que estamos listos para salir, que es hora de sumergirme una vez más en el mundo exterior, lejos de esta burbuja de felicidad que hemos creado.

Justo cuando estoy a punto de llamarlos, la puerta principal se abre con un crujido suave. Adriano entra, su imponente figura llenando el marco de la puerta como si hubiera sido diseñado específicamente para él. Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, el mundo se detiene.

Es como si todo a mi alrededor se desvaneciera, dejándonos solo a nosotros dos. Siento el latido de mi corazón acelerarse, mi respiración atrapada en mi garganta. ¿Cómo es posible que después de meses de convivencia, su presencia aún me afecte de esta manera?

—Elena —dice, su voz grave enviando un escalofrío por mi espalda. Mi nombre en sus labios suena como una caricia, como una promesa.

—Adriano —respondo, orgullosa de que mi voz no tiemble—. No te esperaba tan temprano.

Veo algo cambiar en sus ojos. ¿Interés? ¿Preocupación? Es difícil saberlo con Adriano, sus emociones siempre tan cuidadosamente guardadas.

—¿Vas a algún lado? —pregunta, dando un paso hacia mí. El espacio entre nosotros parece cargado de electricidad.

Trago saliva, intentando mantener la compostura. —Sí, al centro comercial. Necesito comprar las últimas cosas para la fiesta.

Su mirada recorre la habitación, tomando nota de las decoraciones, de los cambios. Por un momento, me pregunto qué estará pensando. ¿Aprobará todo esto? ¿O pensará que es una tontería, un capricho innecesario?

—¿Ibas a ir sola? —pregunta, volviendo su atención a mí.

—Con los guardaespaldas, claro —respondo, consciente de lo cerca que está. Puedo oler su colonia, esa mezcla de cuero y especias que me hace querer acercarme más, enterrar mi nariz en su cuello...

Adriano asiente lentamente, como si estuviera considerando algo. Luego, para mi sorpresa, dice:

—Yo te llevaré.

Me quedo sin palabras por un momento. ¿Adriano? ¿Llevándome de compras? Es tan incongruente con la imagen que tengo de él que por un momento me pregunto si he oído bien.

—No es necesario —empiezo a decir, pero él me interrumpe.

—Insisto —dice, y hay algo en su tono que no admite discusión. Es el tono del Don, del hombre que está acostumbrado a que sus órdenes sean obedecidas sin cuestionamiento.

Antes de que pueda responder, un torbellino de energía y risas irrumpe en la escena. Mia aparece corriendo, sus pequeños pies descalzos resonando contra el suelo.

—¡Tío Adriano! —grita, lanzándose a sus brazos sin un atisbo de duda o miedo. Es fascinante ver cómo esta pequeña puede derribar todas las defensas del temido Don con solo una sonrisa—. ¿Vas a llevar a tía Elena de compras? ¿Puedo ir yo también? ¡Por favor, por favor!

Ve la lucha en los ojos de Adriano. Por un momento, creo que va a negarse, que volverá a ser el hombre frío y distante que conozco. Pero entonces, algo suaviza su expresión. Es como si una grieta se abriera en su armadura, dejando entrever por un instante al hombre que se esconde detrás del monstruo.

—Claro, enana —dice, revolviéndole el pelo con una ternura que me deja sin aliento—. Vamos todos.

La sonrisa de Mia ilumina toda la habitación, su alegría tan contagiosa que me encuentro sonriendo también. Y mientras los veo juntos, el temido jefe de la mafia y la pequeña niña que lo tiene envuelto alrededor de su dedo meñique, siento que algo cálido se expande en mi pecho.

Es esperanza, me doy cuenta. Esperanza de que quizás, solo quizás, hay más en Adriano de lo que pensaba. Que, bajo esa fachada de frialdad y crueldad, late un corazón capaz de sentir amor y ternura.

Mientras nos preparamos para salir, con Mia saltando de emoción y Adriano intentando mantener su fachada de seriedad, no puedo evitar pensar que quizás esta fiesta está cambiando más cosas de las que esperaba. No solo la dinámica de la familia Caruso, sino también mi propio corazón.

Y por primera vez desde que me casé con Adriano, me encuentro anticipando el futuro con algo más que resignación. Con algo que se parece peligrosamente a la ilusión.

ADRIANO

El puto centro comercial es un hervidero de gente y ruido. Normalmente, evito estos sitios como la peste, pero hoy... hoy es diferente. Con Elena a mi derecha y Mia saltando delante de nosotros, me siento extrañamente... normal. Y joder, qué sensación más rara.

—¡Mira, tío Adriano! —exclama Mia, señalando un escaparate lleno de peluches—. ¿Podemos entrar?

Miro a Elena, buscando su aprobación. Ella asiente con una sonrisa que me deja sin aliento. Coño, ¿cómo puede una simple sonrisa tener tanto efecto en mí?

—Claro, enana —digo, dejando que Mia me arrastre hacia la tienda.

Mientras Mia examina cada peluche como si fuera el puto Santo Grial, observo a Elena. La luz artificial de la tienda juega con su pelo, creando destellos dorados. Está relajada, sonriendo, tan diferente de la mujer tensa que llegó a mi casa hace meses. Me pregunto qué pensaría si supiera las cosas que pasan por mi mente cuando la miro así.

Salimos de la tienda con Mia abrazando un oso de peluche tan grande que casi la tapa. La gente nos mira al pasar, pero por una vez, no veo miedo en sus ojos. Veo curiosidad, quizás incluso envidia. Para ellos, somos solo una familia más de compras.

Familia. La palabra resuena en mi mente, despertando sentimientos que creía enterrados hace mucho. ¿Es esto lo que se siente al ser normal? ¿Al no tener que mirar constantemente por encima del hombro?

Elena se detiene de repente frente a un escaparate. Sus ojos se iluminan al ver un vestido, un diseño elegante en un tono azul profundo. Joder, casi puedo imaginarla con él puesto, y la imagen me deja seco.

—Es precioso —murmura, más para sí misma que para mí.

Me acerco, notando cómo sus ojos recorren la prenda con anhelo.

—Deberías probártelo —digo, sorprendiéndome a mí mismo. ¿Desde cuándo me importa una mierda la ropa?

Ella me mira, sorprendida. —Adriano, no puedo... es demasiado caro.

—Elena —la interrumpo, mi voz más suave de lo que pretendía—. Todo lo que quieras en esta vida es tuyo. ¿Entiendes?

Sus ojos se agrandan, una mezcla de sorpresa y algo más... ¿deseo? Se humedece los labios y yo no puedo apartar la mirada. De repente, el aire entre nosotros se carga de electricidad.

—Adriano... —susurra, y el mundo a nuestro alrededor desaparece. Solo existimos ella y yo, y esta tensión que amenaza con consumirnos.

Me inclino hacia ella, atraído como una polilla a una puta llama. Puedo sentir su aliento en mi rostro, el calor de su cuerpo... Joder, ¿cómo hemos llegado a esto? Hace unas semanas quería matarla, y ahora...

—¡Tía Elena! ¡Tío Adriano! —la voz de Mia rompe el momento—. ¡Mirad lo que he encontrado!

Nos separamos de golpe, como putos adolescentes pillados in fraganti. Elena tiene las mejillas sonrojadas y yo siento un calor que nada tiene que ver con la temperatura del centro comercial. Me paso la mano por el pelo, intentando recuperar el control.

—Vamos —digo, aclarándome la garganta—. Pruébate ese vestido.

Mientras Elena desaparece en el probador, yo me quedo fuera con Mia, sintiéndome más vivo de

lo que me he sentido en años. Y por primera vez, me permito imaginar un futuro donde esto —esta extraña y maravillosa sensación de familia— podría ser real.

Mía parlotea sobre el oso que hemos comprado, pero mis pensamientos están en el probador. ¿Qué cojones estoy haciendo? Soy Adriano Caruso, el hombre más temido de Nueva York. No debería estar aquí, jugando a las familias felices. Y sin embargo... no puedo negar que una parte de mí lo desea. Lo anhela con una intensidad que me asusta.

El tiempo se arrastra mientras espero. Cada segundo se siente como una eternidad. ¿Cuánto tarda una mujer en probarse un puto vestido? Estoy a punto de ir a buscarla cuando la cortina se abre.

Y joder... El mundo se detiene.

Elena sale del probador y es como si alguien hubiera encendido el sol en medio del centro comercial. El vestido se ajusta a sus curvas como si hubiera sido hecho para ella, el azul profundo resaltando el tono de su piel. Se muerde el labio, nerviosa, y yo tengo que recordarme cómo respirar.

—¿Qué te parece? —pregunta, dando una vuelta lenta.

¿Qué me parece? Me parece que quiero arrancárselo con los dientes. Me parece que quiero llevármela de aquí y no salir de la habitación en una semana. Me parece que estoy jodidamente enamorado.

Pero no puedo decir nada de eso. No aquí, no ahora. Así que me limito a asentir, esperando que mi voz no me traicione.

—Te queda perfecto.

Su sonrisa ilumina toda la tienda. Se gira hacia el espejo, admirándose, y yo no puedo apartar la mirada. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo ha pasado de ser mi enemiga a ser... esto?

—¡Estás guapísima, tía Elena! —exclama Mía, saltando a su alrededor—. ¡Pareces una princesa!

Elena se ríe, un sonido que me llega al alma. —Gracias, cielo. Pero creo que es demasiado...

—Nos lo llevamos —la interrumpo, sacando mi tarjeta de crédito.

Ella me mira, sorprendida. —Adriano, no puedo aceptar...

—Puedes y lo harás —digo, mi tono no admite discusión—. Considéralo un regalo.

Nuestras miradas se encuentran y por un momento, veo algo en sus ojos. Algo que me hace pensar que quizás, solo quizás, ella también siente esta locura que me está consumiendo.

Mientras la dependienta envuelve el vestido, me permito soñar. Soñar con una vida diferente, una vida donde pueda ser el hombre que Elena merece. Una vida donde las palabras *familia* y *amor* no sean conceptos ajenos.

Pero mientras salimos del centro comercial, con Mía entre nosotros y el vestido en una bolsa, la realidad me golpea. Soy Adriano Caruso. Tengo enemigos por todas partes. ¿Cómo voy a protegerla a ella también?

Y, sin embargo, mientras las observo reír juntas, sé que es demasiado tarde. Ya están en mi mundo. Y que Dios me ayude, porque no tengo ni puta idea de cómo protegerlas de él.

CAPÍTULO 17

ELENA

El vestido azul que Adriano me compró ayer descansa sobre la cama, esperando a que me lo ponga. Aún no me creo que vaya a llevarlo esta noche. Respiro hondo, intentando calmar los nervios que me revuelven el estómago. Esta fiesta es importante, lo sé. Tengo que estar a la altura.

Rosetta entra en la habitación, cargada con bandejas de canapés.

—Señora Elena, ¿dónde quiere que ponga esto? —pregunta, equilibrando precariamente la torre de platos.

—En la mesa del salón, por favor —le indico, comprobando por enésima vez la lista de invitados—. ¿Has visto a Giulia? Necesito que se encargue de Mía esta noche.

—Está en la cocina, preparando la cena de la niña —responde Rosetta, dirigiéndose hacia la puerta.

Asiento, tachando mentalmente otra tarea de mi lista. Llevo todo el día corriendo de un lado a otro, asegurándome de que todo esté perfecto. Porque tiene que estarlo. Esta noche, los ojos de toda la mafia estarán puestos en nosotros.

Miro el reloj y siento que el corazón me da un vuelco. Se me ha echado el tiempo encima. Me apresuro hacia el baño, dejando caer la bata al suelo en mi carrera. El agua caliente de la ducha alivia parte de mi tensión, pero no logra disipar por completo la ansiedad que me corroe.

Mientras me seco el pelo, repaso mentalmente todos los preparativos. Los centros de mesa, las flores, la disposición de los asientos... todo tiene que ser impecable. No puedo permitirme ni un solo error. Esta fiesta no es solo una reunión social, es una declaración de poder. Una forma de mostrar que Adriano y yo somos una fuerza unida, inquebrantable.

Me siento frente al tocador, aplicándome el maquillaje con manos temblorosas. Ojalá Valeria estuviera aquí. Su presencia siempre logra calmarme. Pero entiendo por qué no puede venir. Esta noche es solo para miembros de la familia y aliados cercanos. Cualquier rostro desconocido podría levantar sospechas.

El sonido de pasos apresurados en el pasillo me saca de mis pensamientos. Giulia aparece en la puerta, con Mía de la mano.

—Señora Elena, perdone que la moleste —dice, visiblemente agitada—. Mía insiste en verla antes de irse a la cama.

Sonrío, sintiendo cómo parte de mi tensión se disipa. —No es molestia, Giulia. Ven aquí, cariño —digo, extendiendo los brazos hacia Mía.

La niña corre hacia mí, abrazándome con fuerza. —Estás muy guapa, tía Elena —dice, sus ojos brillantes de admiración.

—Gracias, cielo —respondo, besando su frente—. Ahora, a la cama. Mañana te contaré todo sobre la fiesta, ¿vale?

Mia asiente, dejando que Giulia la lleve de vuelta a su habitación. Observo cómo se alejan, sintiendo una punzada de nostalgia. A veces me pregunto cómo sería tener una familia propia, sin todas estas complicaciones...

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos. No es momento para divagaciones. Tengo una fiesta que ultimar.

Los siguientes minutos pasan en un borrón de actividad. Compruebo por última vez la disposición de las mesas, ajusto las flores en los jarrones, me aseguro de que el bar esté bien surtido. Cada detalle cuenta.

Finalmente, llega el momento de ponerme el vestido. Me lo deslizo por el cuerpo, sintiendo la suave tela acariciar mi piel. Es realmente hermoso, tengo que admitirlo. Pero cuando intento subirme la cremallera, me doy cuenta de que no llego.

—Oh, no —murmuro, sintiendo que el pánico empieza a apoderarse de mí.

Miro el reloj y siento que el corazón se me acelera. Los invitados llegarán en cualquier momento y yo estoy aquí, medio vestida. Respiro hondo, intentando calmarme. Hay una solución. Tiene que haberla.

Me acerco a la puerta que comunica mi habitación con la de Adriano y llamo suavemente.

—¿Adriano? —digo, odiando el temblor en mi voz—. ¿Puedes ayudarme un momento?

Escucho sus pasos acercándose y contengo la respiración. Cuando abre la puerta, me quedo sin aliento. Está impecablemente vestido con un traje negro que le sienta como un guante. Sus ojos recorren mi cuerpo y siento que me ruborizo intensamente.

—¿Qué necesitas? —pregunta, su voz ronca.

Me giro, mostrándole la espalda abierta del vestido. —La cremallera... ¿puedes subirla?

Siento sus dedos rozar mi piel y un escalofrío me recorre la columna. Cierra la cremallera lentamente, como si estuviera saboreando cada segundo. Cuando termina, sus manos se quedan en mi cintura.

—Elena... —murmura, y puedo sentir su aliento en mi nuca.

Me giro para mirarlo y de repente estamos tan cerca que puedo contar sus pestañas. El aire entre nosotros se carga de electricidad.

Justo cuando creo que va a besarme, la puerta se abre de golpe.

—Jefe, los capos están... —Enzo se queda parado en el umbral, mirándonos con los ojos como platos.

Adriano se separa de mí como si quemara. —Voy enseguida —dice, su voz volviendo a ser fría y profesional.

Me lanza una última mirada antes de salir, dejándome con el corazón acelerado y las piernas

temblorosas.

Respiro hondo, intentando recuperar la compostura. No es momento para distracciones. Tengo una fiesta que atender.

Me miro una última vez en el espejo, ajustando un mechón rebelde de mi peinado. El reflejo que me devuelve la mirada es el de una mujer elegante, sofisticada. La esposa perfecta de un capo de la mafia. Pero por dentro, sigo siendo esa chica que sueña con la universidad, con una vida normal.

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos. Esta noche no puedo permitirme ninguna debilidad. Soy Elena Caruso, y tengo un papel que interpretar.

Con una última respiración profunda, salgo de la habitación. El murmullo de voces que llega desde el piso de abajo me indica que los invitados ya están llegando. Es hora del espectáculo.

Mientras bajo las escaleras, siento todas las miradas clavadas en mí. Mantengo la cabeza alta, la espalda recta. Cada paso es medido, calculado. Soy consciente de que esta noche no solo me estoy presentando como la esposa de Adriano, sino como una figura de poder por derecho propio.

Veo a Adriano al pie de las escaleras, esperándome. Su mirada es intensa, indescifrable. Cuando llego a su lado, me ofrece su brazo. Lo tomo, sintiendo la fuerza de sus músculos bajo la tela del traje.

—Estás preciosa —murmura, solo para mis oídos.

—Gracias —respondo, mi voz apenas un susurro.

Juntos, nos giramos para enfrentar a nuestros invitados. La fiesta ha comenzado, y con ella, una nueva etapa en nuestras vidas. Solo espero estar preparada para lo que viene.

ADRIANO

La fiesta está en pleno apogeo y, joder, no puedo creer que esté funcionando tan bien. Mis capos, normalmente tensos y alerta, están relajados, bebiendo y riendo como si estuviéramos en una puta reunión familiar. Me tratan con un respeto que roza la reverencia, pero sin el miedo que solía acompañar cada una de sus interacciones conmigo.

Pero a pesar de todo esto, no puedo apartar los ojos de Elena. Está radiante, moviéndose entre los invitados como si hubiera nacido para esto. Su vestido azul se ajusta a sus curvas de una manera que me hace querer arrancar los ojos a cualquiera que se atreva a mirarla demasiado tiempo.

Cada vez que un hombre se acerca a hablar con ella, siento que la sangre me hierve. Observo cómo sonríe, cómo toca ligeramente el brazo de uno de los capos mientras ríe de algo que ha dicho. Mis nudillos se vuelven blancos alrededor de mi copa. Tengo que reprimir el impulso de arrancarles la cabeza a todos.

—Si aprietas más ese vaso, vas a romperlo —la voz burlona de Alessandro me saca de mis pensamientos homicidas.

Le fulmino con la mirada, pero aflojo el agarre sobre mi copa. —Cierra el pico, Alessandro.

Él se ríe, el muy cabrón, y se acerca más, bajando la voz. —Nunca pensé que vería el día en que el gran Adriano Caruso se pusiera celoso. ¿Qué pasa, hermanito? ¿Temes que alguien te robe a tu muñequita?

—No estoy celoso —gruño, pero ni yo me lo creo. La idea de que alguien más toque a Elena, de que alguien más la haga reír, me revuelve las entrañas de una manera que no puedo explicar.

Alessandro me mira, y por un momento veo algo de seriedad en sus ojos. —Ten cuidado, Adriano. El amor en nuestro mundo es peligroso.

Antes de que pueda responderle, Enzo se une a nosotros, su mirada oscilando entre Elena y yo. —Jefe, ¿puedo hacerte una pregunta?

Asiento, sin apartar la vista de Elena, que ahora se dirige al jardín seguida por un grupo de invitados. La veo detenerse junto a una fuente, la luz de la luna bañando su piel y haciéndola parecer etérea.

—Tú y Elena... ¿estáis juntos de verdad? —pregunta Enzo, con cautela—. Quiero decir, sé que es un matrimonio arreglado, pero...

La pregunta me pilla por sorpresa. Miro a Enzo, luego a Alessandro, que parece igual de interesado en mi respuesta. Por un momento, me permito ser honesto conmigo mismo. ¿Qué es Elena para mí? ¿Una pieza en mi juego de poder? ¿O algo más, algo que ni siquiera me atrevo a nombrar?

—Es mi mujer —digo finalmente, mi voz firme—. Este matrimonio es muy real.

Veo la sorpresa en sus ojos, y me doy cuenta de que es la primera vez que lo admito en voz alta. Joder, es la primera vez que lo admito incluso para mí mismo.

Sin esperar su reacción, los dejo plantados y me dirijo hacia Elena. Uno de mis capitanes, un gilipollas joven y apuesto que no para de sonreír, se está acercando a ella. Ni de coña.

Llego justo cuando el imbécil abre la boca para hablar. Me coloco al lado de Elena, rodeando su cintura con mi brazo. Ella me mira, sorprendida, pero no se aparta. Siento su calor a través de la tela del vestido, y es como si todo mi cuerpo se encendiera.

Y entonces, sin pensarlo dos veces, la beso. No es un beso suave o tierno. Es un beso posesivo, apasionado, que grita a los cuatro vientos que esta mujer es mía. Mis labios se apoderan de los suyos con fiereza, mi lengua invadiendo su boca sin pedir permiso. Una de mis manos se enreda en su pelo, la otra la aprieta contra mí, eliminando cualquier espacio entre nuestros cuerpos.

Elena se queda rígida por un momento, claramente sorprendida. Pero luego, para mi deleite, se relaja en mis brazos y responde al beso con igual pasión. Sus manos se aferran a mi chaqueta, su cuerpo se arquea contra el mío. Siento cómo gime suavemente contra mis labios y joder, es el sonido más erótico que he escuchado en mi vida.

El beso parece durar una eternidad y a la vez no es suficiente. Cuando finalmente nos separamos,

ambos estamos sin aliento. Los ojos de Elena están oscuros de deseo, sus labios hinchados por el beso. Nunca ha estado más hermosa.

Soy consciente de que todos nos están mirando. Perfecto. Que miren. Que vean que Elena Caruso es intocable. Que entiendan que cualquiera que se atreva a ponerle un dedo encima firmará su sentencia de muerte.

El resto de la noche transcurre como en una nebulosa. No me separo de Elena ni un momento, mi mano firmemente anclada en su cintura. Ella me mira de reojo, confundida pero no molesta. Puedo sentir el calor de su cuerpo, el aroma de su perfume mezclado con algo que es puramente Elena. Me está volviendo loco.

—¿Qué haces? —me susurra en un momento en que estamos solos.

La miro, perdiéndome en esos ojos color whisky que me vuelven loco. —Estoy demostrando a todos que eres mía —respondo, mi voz ronca por el deseo.

Elena se estremece, y no creo que sea de miedo. Hay algo en sus ojos, un fuego que iguala al mío. Y joder, quiero quemarme en él.

La fiesta continúa a nuestro alrededor, pero para mí solo existe Elena. Su calor, su aroma, la suavidad de su piel bajo mis dedos. Cada vez que alguien se acerca a hablar con ella, siento cómo mi agarre se tensa. No puedo evitarlo. La idea de compartirla, aunque sea solo su atención, me resulta insoportable.

Y por primera vez en mi vida, me permito pensar que quizás, solo quizás, esto no es solo un matrimonio de conveniencia. Quizás es el comienzo de algo más. Algo que nunca creí que podría tener.

Miro a Elena, veo cómo sonríe a los invitados, cómo maneja la situación con una gracia que parece innata. Y me doy cuenta de que no solo es hermosa, es fuerte, inteligente, capaz. Es mi igual en todos los sentidos.

Y que Dios me ayude, porque no pienso dejarla escapar. Elena es mía, y haré lo que sea necesario para mantenerla a mi lado. Aunque eso signifique enfrentarme a todo el puto mundo.

CAPÍTULO 18

ELENA

Me despierto con la luz del sol filtrándose por las cortinas. Parpadeo, desorientada, hasta que los recuerdos de anoche inundan mi mente. La fiesta, los invitados, Adriano...

El beso.

Cierro los ojos y casi puedo sentir de nuevo sus labios sobre los míos. Nuestro primer beso. Fue intenso, apasionado, posesivo. Nada que ver con lo que había imaginado. Este beso fue real, visceral. Aún puedo sentir el calor de su mano en mi cintura, el roce de sus dedos en mi piel.

Recuerdo cómo me quedé paralizada al principio, sorprendida por su repentina muestra de afecto. Pero entonces, algo dentro de mí se despertó. Un fuego que no sabía que existía. Mis labios respondieron a los suyos con igual fervor, mis manos se aferraron a su chaqueta como si temiera que fuera a desaparecer.

Su lengua invadió mi boca sin pedir permiso, y yo la recibí con un gemido que me sorprendió incluso a mí misma. El mundo a nuestro alrededor desapareció. Solo existíamos Adriano y yo, nuestros cuerpos entrelazados, nuestras respiraciones agitadas.

«Estoy demostrando a todos que eres mía», me había dicho después. Sus palabras resuenan en mi cabeza, enviando un escalofrío por mi columna. ¿Lo dijo en serio? ¿O solo fue parte del espectáculo para los invitados?

Me levanto de la cama, ansiosa por verle. ¿Cómo será nuestra interacción a la luz del día? ¿Habrá cambiado algo entre nosotros? Parte de mí teme que vuelva a ser el Adriano frío y distante de siempre. Pero otra parte, una que crece con cada minuto que pasa, espera que ese beso haya significado tanto para él como para mí.

Pero la casa está en silencio. Ni rastro de Adriano, ni de Alessandro o Enzo. Intento no preocuparme. Seguramente tienen asuntos que atender. Así es la vida en la mafia, ¿no? Negocios imprevistos, reuniones urgentes...

Las horas pasan y la preocupación crece en mi pecho. ¿Dónde están? ¿Por qué nadie me dice nada? Cada minuto que pasa sin noticias tuyas es una tortura. Mi mente no deja de imaginar escenarios, cada uno peor que el anterior. ¿Y si ha pasado algo malo? ¿Y si el beso fue solo una distracción para los invitados y ahora Adriano me está evitando?

Intento distraerme. Leo un libro, pero las palabras se mezclan en la página. Enciendo la televisión, pero el ruido solo aumenta mi ansiedad. Paseo por la casa, inquieta, esperando escuchar el sonido de un coche, de la puerta abriéndose.

Finalmente, no puedo más. Marco el número de Adriano con dedos temblorosos. Cada tono de llamada es una eternidad.

—¿Elena? —su voz suena tensa, distante. Tan diferente del hombre que me besó anoche.

—Adriano, ¿dónde estás? Estoy preocupado...

—Es un mal momento —asegura—. Hablaremos luego.

La llamada se corta y me quedo mirando el teléfono, con un nudo en el estómago. Algo no va bien. Su voz, su brusquedad... ¿Se arrepiente del beso? ¿Ha pasado algo malo?

Las horas se arrastran. Me siento en la sala, incapaz de concentrarme en nada. Cada ruido me hace saltar, esperando que sea la puerta abriéndose. Imagino a Adriano entrando, sonriéndome como lo hizo anoche después del beso. Imagino sus brazos rodeándome, sus labios buscando los míos...

Pero la casa sigue en silencio. Y con cada minuto que pasa, el miedo crece. Este es el mundo en el que vivo ahora, me recuerdo. Un mundo de peligro constante, de enemigos al acecho. ¿Y si Adriano está herido? ¿Y si necesita ayuda y yo estoy aquí, sin poder hacer nada?

El sol se pone y la oscuridad invade la casa. Me niego a encender las luces. De alguna manera, la penumbra refleja mi estado de ánimo. Miro por la ventana, buscando alguna señal de su regreso. Pero la calle está vacía, silenciosa.

No sé en qué momento me quedo dormida, pero me despierto de golpe al oír voces. Miro el reloj: son las tres de la madrugada.

Me levanto de un salto cuando la puerta se abre. Y entonces los veo.

Adriano, Alessandro y Enzo entran tambaleándose. Están cubiertos de sangre, con cortes y moratones por todas partes. Han estado en una pelea, eso está claro.

El miedo me paraliza por un segundo, pero luego corro hacia Adriano. Mis manos vuelan a su rostro, examinando sus heridas.

—¿Estás bien? —pregunto, mi voz temblorosa—. ¿Qué ha pasado?

Sus ojos se encuentran con los míos, y por un momento veo alivio en ellos. Como si mi presencia le reconfortara.

—Elena... —murmura, y es todo lo que necesito oír para saber que, sea lo que sea lo que ha ocurrido, las cosas han cambiado entre nosotros.

Y de repente, todo lo demás deja de importar. Solo sé que necesito cuidar de él, protegerle como él me ha protegido a mí.

Porque, quizás, después de todo, este matrimonio es más real de lo que ninguno de los dos esperaba.

ADRIANO

La tarde es fría y oscura, perfecta para una emboscada. El aire huele a peligro y a traición. Los rusos nos están esperando, eso está claro. Pero algo no cuadra. Este ataque huele a traición interna. Alguien nos ha vendido, y cuando descubra quién ha sido, va a desear no haber nacido.

Las balas silban a mi alrededor mientras nos cubrimos tras los coches. El metal frío contra mi espalda es un recordatorio constante de lo cerca que estamos de la muerte. Alessandro maldice a mi derecha, su voz mezclándose con el estruendo de los disparos. Enzo, siempre leal, dispara a mi izquierda con precisión mortal. El intercambio se ha ido a la mierda en cuestión de segundos.

—¡Jefe, son demasiados! —grita Enzo por encima del ruido.

—¡Aguanta la posición! —respondo, recargando mi arma. No vamos a caer sin luchar.

En medio del caos, mi móvil vibra. Elena. Por un momento, dudo. Estoy en medio de un puto tiroteo, por el amor de Dios. Pero no puedo ignorarla. Es como si una fuerza invisible me obligara a contestar.

—¿Elena? —respondo, agachándome para evitar una ráfaga de disparos que hace añicos el parabrisas sobre mi cabeza.

—Adriano, ¿dónde estás? Estoy preocup...

—Es un mal momento —la corto, odiándome por ello. Quiero decirle que estoy bien, que volveré a casa, pero las palabras se atorán en mi garganta—. Hablaremos luego.

Cuelgo y vuelvo a la batalla, pero algo ha cambiado. Ahora hay algo más en juego. Tengo que salir vivo de esta. Tengo que volver a verla. La imagen de Elena, esperándome en casa, me da una fuerza que no sabía que tenía.

Las horas siguientes son un borrón de violencia y adrenalina. Disparos, puñetazos, sangre. Mi cuerpo se mueve por instinto, años de entrenamiento y supervivencia guiando cada movimiento. Pero en el fondo de mi mente, como un mantra, solo hay una palabra: Elena.

Cuando por fin logramos escapar, dejando tras nosotros un rastro de cuerpos y casquillos de bala, es de madrugada. Alessandro tiene un corte profundo en el brazo, Enzo cojea visiblemente. Yo siento cada músculo de mi cuerpo gritar de dolor.

El viaje de vuelta a casa es tenso y silencioso. Necesito respuestas. Necesito saber quién nos traicionó. Pero por ahora, lo único que quiero es llegar a casa. Llegar a Elena.

Cuando por fin cruzamos la puerta, todo mi cuerpo grita de dolor. Pero lo único en lo que puedo pensar es en ella. Y ahí está, corriendo hacia mí, sus manos en mi rostro. Sus ojos, del color del whisky más fino, están llenos de preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz temblorosa—. ¿Qué ha pasado?

—Elena... —es todo lo que puedo decir. Verla, sentirla, es como un bálsamo para mis heridas. Quiero abrazarla, besarla, asegurarle que estoy bien. Pero las palabras se niegan a salir.

Me lleva escaleras arriba, hacia mi baño. Con cuidado, empieza a quitarme la ropa ensangrentada. Sus manos son suaves, delicadas, en contraste con la violencia de la noche. Cada roce de sus dedos envía chispas a través de mi piel maltratada.

Cuando quedo solo en calzoncillos, siento que el deseo se apodera de mí, a pesar del dolor. Elena limpia mis heridas con ternura, sus ojos concentrados en la tarea. Observo su rostro, memorizando

cada detalle. La curva de su mandíbula, el arco de sus cejas, el rosa suave de sus labios.

No puedo contenerme más. La agarro por la cintura y la beso con pasión. Sus labios son suaves, cálidos, todo lo que he estado anhelando durante esta noche infernal. Ella responde al principio, sus labios moviéndose contra los míos, su cuerpo acercándose al mío instintivamente.

Pero cuando intento profundizar el beso, ignorando el dolor punzante en mis costillas, ella se aparta.

—Adriano, estás herido —dice, sus ojos llenos de preocupación—. Necesitas descansar.

—Te necesito a ti —gruño, intentando atraerla de nuevo. El deseo corre por mis venas, más fuerte que cualquier dolor.

Ella niega con la cabeza, sus ojos suaves pero determinados. —Esta noche no. Cuando te recuperes, hablaremos sobre... esto —dice, señalándonos a ambos—. Sobre esta atracción.

Quiero protestar. Quiero decirle que no es solo atracción, que es algo más profundo, más peligroso. Pero el dolor en mis costillas me recuerda que tiene razón. Asiento a regañadientes.

Elena me ayuda a llegar a la cama. Sus manos son gentiles, su toque reconfortante. Cuando se va hacia su habitación, siento un vacío que nada tiene que ver con mis heridas físicas.

En cuanto la puerta se cierra tras ella, mi cuerpo reacciona. Estoy duro como una roca, el deseo corriendo por mis venas como fuego líquido. Con un gruñido de frustración, deslizo mi mano bajo las sábanas.

Cierro los ojos y pienso en Elena. En sus manos suaves recorriendo mi cuerpo, en sus labios dulces besando cada cicatriz. Imagino cómo sería tenerla en mi cama, desnuda y dispuesta. Su piel contra la mía, sus gemidos en mi oído.

Mi mano se mueve más rápido, mi respiración se acelera. El dolor de mis heridas se mezcla con el placer, creando una sensación embriagadora. El orgasmo me golpea con fuerza, dejándome sin aliento y con el nombre de Elena en mis labios.

Mientras el sueño me vence, exhausto por la noche de violencia y el deseo insatisfecho, solo puedo pensar en una cosa: en cuanto me recupere, Elena será mía. En todos los sentidos. Y que Dios ayude a cualquiera que intente interponerse entre nosotros.

CAPÍTULO 19

ADRIANO

Los siguientes tres días son un infierno de frustración y paranoia. Me sumerjo en la investigación, revisando cada detalle de la operación fallida. Cada informe, cada llamada, cada maldito mensaje de texto. Todo para descubrir quién nos traicionó.

Pero no es solo por la traición. Es por Elena. Necesito mantenerme ocupado, distraído. Porque si no, terminaré irrumpiendo en su habitación y tomándola como he estado soñando desde aquella noche.

Le di mi palabra. Le dije que esperaría hasta estar completamente recuperado. Y un Caruso siempre cumple su palabra. Pero joder, es difícil.

Cada vez que la veo, siento que mi cuerpo se enciende. Durante las comidas, mis ojos la siguen, memorizando cada movimiento. Cuando nos cruzamos en los pasillos, no puedo evitar tocarla. Una caricia en la espalda, un roce de manos. Pequeños momentos robados que solo alimentan mi deseo.

Elena responde a mis toques con un ligero rubor, con una mirada que promete mucho más. Sé que ella también lo siente. Esta tensión, esta atracción innegable. Pero se mantiene firme. «Cuando estés recuperado», me recuerda con una sonrisa que me vuelve loco.

Así que me enfoco en el trabajo. Interrogo a mis hombres, reviso las cuentas, analizo cada movimiento sospechoso. Todo para no pensar en ella. En cómo se sentirá su piel bajo mis manos, en cómo sonará mi nombre en sus labios cuando la haga mía.

Pero no puedo engañarme. Sé que esto no durará mucho más. Puedo sentir mis heridas sanando, mi fuerza regresando. Y cuando esté al cien por cien, nada podrá detenerme.

Elena será mía. En cuerpo y alma. Porque un Caruso siempre consigue lo que quiere. Y yo quiero a Elena. Más de lo que he querido nada en mi vida.

La cuenta atrás ha comenzado. Y cuando llegue a cero, ni el cielo ni el infierno podrán salvar a Elena de mí.

ELENA

Me despierto sobresaltada, el corazón latiendo con fuerza y la piel ardiendo. El sueño aún está fresco en mi mente: las manos de Adriano recorriendo mi cuerpo, sus labios en mi cuello, su voz ronca susurrando mi nombre. Suspiro frustrada, pasándome una mano por el pelo revuelto. Estos sueños se están volviendo cada vez más frecuentes y más intensos.

La habitación parece sofocante de repente. Necesito refrescarme. Me levanto, notando cómo la fina tela de mi camión se pega a mi piel húmeda. Me dirijo a la cocina en busca de un vaso de agua, mis pies descalzos apenas haciendo ruido en el suelo frío.

La espera se está convirtiendo en una dulce tortura. Cada mirada, cada roce accidental con Adriano enciende un fuego en mi interior que amenaza con consumirme. Nunca imaginé que podría desear a alguien con tanta intensidad. Y pensar que será mi primera vez... El nerviosismo y la excitación se mezclan en mi estómago, creando una sensación de vértigo que me deja sin aliento.

Al entrar en la cocina, me quedo paralizada. Adriano está allí, apoyado en la encimera, vistiendo solo un pantalón de chándal que cuelga peligrosamente bajo en sus caderas. La luz de la luna que se filtra por la ventana resalta los músculos definidos de su torso y los intrincados tatuajes que adornan su piel. Trago saliva, sintiendo cómo el calor se extiende por mi cuerpo.

—Elena —dice, su voz ronca enviando escalofríos por mi columna—. ¿No puedes dormir?

Niego con la cabeza, incapaz de formar palabras. Él me mira intensamente, sus ojos recorriendo mi cuerpo de una manera que me hace sentir desnuda a pesar del camisón. Es como si pudiera leer mis pensamientos, como si supiera exactamente qué tipo de sueño me ha despertado.

—Cuéntame algo —dice de repente, rompiendo el silencio cargado de tensión—. Lo que sea. Necesito distraerme.

Entiendo perfectamente a qué se refiere. Esta tensión entre nosotros es palpable, electrizante. Me siento en un taburete frente a él, cruzando las piernas en un intento de aliviar la presión que siento entre ellas. Adriano sigue cada uno de mis movimientos con la mirada, como un depredador acechando a su presa.

Empiezo a hablar, mi voz apenas un susurro en la quietud de la noche. Le cuento sobre mi infancia, sobre los largos veranos en la casa de campo de mi familia. Le hablo de mis sueños de ir a la universidad, de estudiar psicología, de tener una vida normal lejos del mundo de la mafia.

Y sin darme cuenta, me encuentro hablando de mi padre. Las palabras fluyen, liberando sentimientos que he mantenido enterrados durante años.

—Nunca me ha tratado con verdadero cariño —confieso en voz baja, sintiendo un nudo en la garganta—. Siempre fui más una pieza en su juego que una hija. Un peón para ser movido según sus intereses. Siempre he anhelado tener una familia más que nada en el mundo.

Adriano me mira con una mezcla de comprensión y algo más... ¿ternura? Es una expresión que nunca antes había visto en su rostro, y hace que mi corazón dé un vuelco.

—Mi padre tampoco era el hombre del año —dice con una sonrisa amarga, sus ojos perdiéndose en recuerdos lejanos—. Pero al menos tuve a mi hermana. Ella fue mi ancla, mi razón para seguir adelante. Nuestra madre murió cuando éramos pequeños. Alessandro acababa de nacer.

Hay dolor en sus ojos cuando menciona a su hermana, una herida profunda que aún no ha sanado. Instintivamente, tomo su mano. Su piel es cálida y áspera, llena de cicatrices que cuentan historias de violencia y supervivencia.

—¿Qué pasó? —pregunto suavemente, acariciando con mi pulgar el dorso de su mano.

Adriano respira hondo antes de hablar, como si estuviera reuniendo fuerzas para revivir recuerdos

dolorosos. —Maté al anterior don porque la vida de Mia estaba en peligro —confiesa, su voz apenas un susurro—. Mi hermana estaba casada con el hijo del Don, pero él no aprobaba esa unión. Los mató, Elena. Lo hizo pasar por un accidente de tráfico.

Siento que se me huela la sangre. El horror de lo que está contando me deja sin palabras. —Pero Mia... —logro decir finalmente.

—Mia no iba en el coche —continúa Adriano, su mano apretando la mía con fuerza—. Fue lo único que ese bastardo no tuvo en cuenta. Cuando Enzo y yo descubrimos la verdad... —su voz se endurece, sus ojos brillando con una furia apenas contenida—. Digamos que el Don no vivió ni un día más.

Sin pensarlo, me levanto y lo abrazo. Siento cómo se tensa por un momento, sorprendido por mi reacción. Pero luego se relaja y me rodea con sus brazos, atrayéndome contra su pecho desnudo. Puedo sentir los latidos de su corazón, fuertes y constantes.

Nos quedamos así, en silencio, unidos por el dolor y la comprensión mutua. En este momento, no somos un capo de la mafia y su esposa por conveniencia. Somos solo dos personas que han sufrido, que han perdido, que entienden el peso de las expectativas y las obligaciones familiares.

—Elena —murmura contra mi pelo, su aliento cálido en mi oído—. En el momento en que esté completamente recuperado, voy a hacerte mía.

Su voz está cargada de promesas y deseo. Me estremezco en sus brazos, sintiendo cómo el calor se extiende por todo mi cuerpo.

—Y créeme —añade, separándose lo suficiente para mirarme a los ojos, sus manos aún en mi cintura—. Me voy a curar muy, muy rápido.

La intensidad de su mirada me deja sin aliento. Sus ojos, normalmente fríos y calculadores, ahora arden con un fuego que amenaza con consumirme. Solo puedo asentir, incapaz de formar palabras.

Lentamente, casi a regañadientes, nos separamos. El aire frío de la noche se siente como un *shock* contra mi piel que aún arde por su contacto.

—Deberías volver a la cama —dice Adriano, su voz ronca y controlada, pero puedo ver el esfuerzo que le cuesta mantener la compostura.

Asiento nuevamente y me dirijo hacia la puerta. Antes de salir, me giro para mirarlo una última vez. Está allí, apoyado en la encimera, su cuerpo tenso como un arco a punto de disparar. La promesa de lo que vendrá cuelga entre nosotros, pesada y electrizante.

Mientras regreso a mi habitación, siento que algo ha cambiado entre nosotros. Ya no es solo deseo, aunque eso sigue allí, ardiente e innegable. Es una conexión más profunda, más significativa. Hemos compartido partes de nosotros que normalmente mantenemos ocultas, y eso ha creado un vínculo nuevo que va más allá de lo físico.

Me deslizo entre las sábanas, mi cuerpo aun vibrando por la proximidad de Adriano. Cierro los ojos, pero sé que el sueño tardará en llegar. Mi mente está llena de imágenes de Adriano, de la

sensación de sus brazos a mi alrededor, del calor de su piel contra la mía.

Y no puedo esperar a explorar plenamente esta nueva conexión entre nosotros. Porque ahora sé que lo que siento por Adriano va más allá del deseo físico. Es algo más profundo, más complejo. Algo que me asusta y me emociona a partes iguales.

Con estos pensamientos, finalmente me dejo llevar por el sueño, sabiendo que cuando despierte, estaré un día más cerca de que la promesa de Adriano se haga realidad.

CAPÍTULO 20

ELENA

Me despierto con la sensación de unos ojos clavados en mí. Abro los míos y ahí está Adriano, mirándome con esa intensidad suya que me pone la piel de gallina. Lleva días recuperándose de las heridas de la emboscada, y aunque me muero de ganas de estar con él, su salud es lo primero.

—Ya está —me suelta sin más, como si eso lo explicara todo.

Me incorporo en la cama, intentando que no se me note lo mucho que me afecta su presencia. —¿El qué está?

—Estoy curado —dice, acercándose peligrosamente—. Ya podemos explorarnos. Dejarnos llevar por esta atracción —dice y casi se me escapa un gemido.

Intento mantener la compostura mientras mi corazón se acelera. Este hombre no tiene filtro, y aunque me encanta esa franqueza suya, no puedo evitar preocuparme.

—Ya, claro —le digo, arqueando una ceja—. Me lo creeré cuando lo diga un médico, no antes.

Veo cómo aprieta la mandíbula. Oh, cómo me gusta sacarle de quicio. Pero la verdad es que me derrito por dentro cada vez que veo esa determinación en sus ojos.

—Muy bien —gruñe, y sin más, sale de la habitación casi corriendo.

Me quedo allí sentada, preguntándome qué está pasando. No pasan ni diez minutos cuando la puerta se abre de golpe y entra Adriano seguido de un hombre con bata blanca. ¿En serio? No puedo evitar que se me escape una sonrisa. Este hombre es capaz de hacer cualquier cosa para conseguir lo que quiere.

—Elena, cariño —dice Adriano con una sonrisa que no augura nada bueno—. El doctor Moretti ha venido a examinarme. ¿Por qué no pasamos a mi despacho?

Le sigo, todavía en pijama, preguntándome en qué momento mi vida se volvió tan intensa. Pero no puedo negar que me encanta esta faceta suya, tan decidida y apasionada.

En el despacho, el doctor empieza a examinar a Adriano, pero yo apenas presto atención. Estoy demasiado ocupada intentando no derretirme bajo la mirada de mi marido. Me mira como si quisiera devorarme allí mismo, delante del pobre médico y todo.

Siento cómo el calor sube por mis mejillas. Maldita sea, Adriano. ¿Cómo consigue hacerme sentir así? Hace unos meses, esa misma mirada me habría helado la sangre. Ahora, enciende un fuego en mi interior que amenaza con consumirme.

El examen parece durar una eternidad. Cada vez que el doctor toca a Adriano, siento una punzada de... ¿celos? No, no pueden ser celos. Es preocupación, me digo a mí misma. Pero no puedo evitar recordar cómo esas manos fuertes me han sostenido, cómo esos brazos me han protegido. ¿Cuándo empezó a importarme tanto?

Cuando por fin termina y el doctor se va asegurando que su salud es perfecta, la tensión en el ambiente es tan espesa que casi se puede cortar con un cuchillo. Adriano cierra la puerta y se gira hacia mí. Sus ojos brillan con un hambre que me deja sin aliento.

En un abrir y cerrar de ojos, está frente a mí. Sus manos se deslizan por mi cintura y me levanta como si no pesara nada. Mi corazón se acelera cuando me sienta sobre su escritorio, barriendo papeles y objetos al suelo con un movimiento brusco.

—Adriano, ¿qué...? —empiezo a decir, pero sus labios capturan los míos en un beso abrasador que me roba el aliento.

Sus manos recorren mi cuerpo con una urgencia que me hace temblar. Cada caricia enciende un fuego en mi interior que creía extinguido. ¿Cómo es posible que este hombre, al que debería odiar, me haga sentir así?

—Elena —susurra contra mi piel, su aliento cálido en mi cuello—. No sabes cuánto te he deseado.

Me estremezco bajo su toque, incapaz de controlar las sensaciones que me invaden. Mis dedos se enredan en su pelo, atrayéndolo más cerca. Quiero perderme en él, olvidar quiénes somos y por qué estamos aquí.

—Yo también —confieso en un susurro, sorprendiéndome a mí misma con mi honestidad.

Adriano se separa un momento, sus ojos recorriendo mi cuerpo con un hambre que me deja sin aliento. Pero hay algo más en su mirada, una suavidad que nunca antes había visto. ¿Es posible que él también esté cayendo?

Estoy temblando, expuesta y vulnerable sobre su escritorio, pero nunca me he sentido más viva. Más segura. Porque sé que, a pesar de todo, Adriano nunca me haría daño. No intencionadamente, al menos.

—Eres tan jodidamente hermosa —murmura, su voz cargada de deseo y algo más... ¿ternura?

Sus dedos trazan patrones invisibles sobre mi piel, enviando escalofríos por todo mi cuerpo. Cierro los ojos, dejándome llevar por las sensaciones. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo es posible que el hombre al que me obligaron a casarme se haya convertido en alguien tan importante para mí?

En este momento, no soy Elena Bianchi, la hija de un mafioso. No soy una pieza en el juego de poder de nuestras familias. Soy simplemente una mujer enamorada del hombre equivocado, dispuesta a arriesgarlo todo.

—Adriano —susurro su nombre como una plegaria—. Por favor...

No sé exactamente qué estoy pidiendo, pero él parece entenderlo. Sus labios vuelven a encontrar los míos, esta vez en un beso más suave, más profundo. Un beso que me hace sentir cosas que nunca antes había experimentado.

Mientras Adriano se inclina hacia mí nuevamente, cierro los ojos y me abandono a la sensación.

Que el mundo arda. Ahora mismo, solo existimos nosotros dos.

Sus manos recorren mi cuerpo con reverencia, como si estuviera memorizando cada curva, cada rincón. Y yo hago lo mismo, mis dedos trazando los contornos de sus músculos, las cicatrices que cuentan historias que aún no conozco pero que anhelo descubrir.

En este momento, todas mis dudas y miedos se desvanecen. Ya no importa que nuestro matrimonio fuera arreglado, que nuestras familias fuesen enemigas. Lo único que importa es esto, aquí y ahora. Este hombre que me mira como si fuera la cosa más preciosa del mundo.

—Te necesito —murmuro contra sus labios, sorprendiéndome de nuevo con mi atrevimiento.

Adriano gruñe en respuesta, un sonido primitivo que hace que todo mi cuerpo se estremezca de anticipación. Sus manos se deslizan por mis muslos, levantando el borde de mi pijama, y yo me arqueo hacia él, ansiosa por más.

Cada toque, cada caricia, es como fuego líquido sobre mi piel. Nunca me había sentido así, tan viva, tan deseada. Tan... amada. Porque sí, aunque ninguno de los dos lo haya dicho en voz alta, sé que esto es más que simple deseo. Es algo más profundo, más peligroso.

Mientras nos perdemos el uno en el otro, no puedo evitar pensar en cómo hemos llegado hasta aquí.

Y mientras Adriano me lleva al borde del éxtasis, me doy cuenta de que ya no hay vuelta atrás. Estoy completamente, irremediabilmente enamorada de él. Que Dios me ayude.

ADRIANO

El cuerpo de Elena tiembla bajo mis manos y juro que nunca he visto nada tan hermoso. La deseo tanto que me duele, pero me obligo a ir despacio, a saborear cada momento.

Mis dedos recorren el borde de su pijama, jugando con la tela suave. Quiero arrancarle la ropa, pero me contengo. Esto no es un polvo rápido. Esto es... algo más.

—¿Puedo? —pregunto, mi voz ronca de deseo.

Elena asiente, sus ojos brillantes de anticipación. Lentamente, le quito la parte de arriba del pijama, revelando centímetro a centímetro su piel perfecta. Contengo el aliento. Es más hermosa de lo que imaginaba.

Sus gemidos suaves son como música para mis oídos cuando mis manos exploran su cuerpo recién expuesto. Dios, llevo semanas soñando con esto, imaginando cómo sería tenerla así, completamente entregada a mí. Y la realidad supera con creces cualquier fantasía.

—Eres preciosa —murmuro, besando su cuello, su clavícula, bajando lentamente.

Elena se arquea hacia mí, sus manos aferrándose a mis hombros. Puedo sentir el calor de su cuerpo, el ritmo acelerado de su corazón. Está tan excitada como yo, y eso me vuelve loco.

Me aparto un momento para quitarme la camisa. Los ojos de Elena recorren mi torso desnudo y

siento una oleada de orgullo masculino cuando veo el deseo en su mirada.

—Adriano... —susurra mi nombre y casi pierdo el control.

Vuelvo a ella, besándola con pasión. Mis manos recorren sus curvas, memorizando cada centímetro de su piel. Es tan suave, tan perfecta. ¿Cómo es posible que esta mujer sea mía? ¿Cómo he tenido tanta suerte?

Bajo mis manos hasta el elástico de sus pantalones de pijama. Elena levanta las caderas, dándome permiso silencioso para quitárselos. Los deslizo por sus piernas, mis dedos acariciando su piel en el proceso.

Y ahí está ella, casi desnuda sobre mi escritorio. La imagen es tan erótica que tengo que cerrar los ojos un momento para no perder el control. Para no correrme en este punto momento.

—¿Estás bien? —pregunta Elena, su voz teñida de preocupación.

Abro los ojos y le sonrío. —Mejor que bien. Eres increíble, Elena.

Me inclino para besarla de nuevo, mis manos explorando su cuerpo con reverencia. Cada curva, cada línea, es perfecta. Quiero memorizar cada detalle, grabar este momento en mi mente para siempre.

Elena gime cuando mis dedos rozan un punto particularmente sensible. Su reacción enciende algo primitivo en mí. Quiero oír más de esos sonidos, quiero llevarla al límite del placer.

Mis labios trazan un camino descendente por su cuerpo, saboreando su piel. Elena se retuerce bajo mis atenciones, sus manos enredadas en mi pelo. La forma en que dice mi nombre, entre gemidos entrecortados, me está volviendo loco.

Lamo sus pechos prodigándoles la misma atención a los dos antes de meter mis dedos en su estrechez.

Estoy a punto de dar el paso final, de hacerla completamente mía, cuando noto algo. Una tensión en su cuerpo, una barrera que me impide ir más allá, una inocencia en sus movimientos que me hace detenerme en seco.

La miro a los ojos, buscando confirmación de mis sospechas. —Elena... ¿eres virgen?

Veo un destello de duda en sus ojos, como si temiera mi reacción. Después de un momento que parece eterno, asiente levemente.

—Sí —susurra.

Joder. La realización me golpea como un puñetazo en el estómago. Elena, mi Elena, me está ofreciendo el regalo más precioso que una mujer puede dar. Y yo... yo no me lo merezco.

Me separo un poco, sin dejar de mirarla. Veo confusión en sus ojos, y algo más... ¿miedo? No, no miedo a mí. Miedo a que la rechace.

—Elena... —mi voz suena ronca, irreconocible—. ¿Estás segura de esto?

Ella asiente, mordiéndose el labio de una manera que me vuelve loco. —Sí, Adriano. Quiero que seas tú.

Esas palabras despiertan algo en mí que creía muerto hace mucho tiempo. Un calor en el pecho que no tiene nada que ver con el deseo físico.

Pero no puedo. No así, no aquí. Ella se merece más que un polvo rápido sobre mi escritorio. Se merece romance, velas, sábanas de seda. Se merece a alguien mejor que yo.

—No puedo —digo, separándome de ella con el poco autocontrol que me queda—. No así.

Veo la decepción en sus ojos y me odio por ser yo quien la causa. Pero es lo correcto. Tiene que serlo.

—¿He hecho algo mal? —pregunta, y su voz suena tan vulnerable que me parte el alma.

—No, cariño —digo, acariciando su mejilla—. Tú eres perfecta. Soy yo el que... —me detengo, sin saber cómo explicar el torbellino de emociones que siento—. Te mereces algo mejor que esto.

Me alejo, necesitando poner distancia entre nosotros antes de que mi resolución flaqueé. Porque si la toco de nuevo, sé que no podré parar.

—Adriano... —empieza a decir, pero la interrumpo.

—Lo siento, Elena. Necesito... necesito un momento.

Y sin más, salgo de la oficina, dejándola allí, confundida y probablemente herida. Me odio por ello, pero sé que es lo mejor. Necesito aclarar mi mente, entender qué demonios me está pasando.

Porque lo que siento por Elena va más allá del deseo. Es algo más profundo, más aterrador. Algo que nunca he sentido antes y que no sé cómo manejar.

Mientras camino por el pasillo, tratando de calmar mi respiración y mi corazón desbocado, me doy cuenta de una verdad innegable: estoy completamente, irremediabilmente enamorado de Elena Bianchi.

Y eso me aterra más que cualquier enemigo al que me haya enfrentado.

Me detengo en seco, apoyando la frente contra la pared fría del pasillo. ¿Qué me está pasando? Yo no soy así. No dudo, no me acobardo. Soy Adriano Caruso, por el amor de Dios. He enfrentado a la muerte más veces de las que puedo contar. He tomado decisiones que han costado vidas. Y aquí estoy, huyendo de una mujer que me ofrece todo lo que nunca supe que quería.

Pero es precisamente eso lo que me asusta. Elena no es solo una mujer hermosa. Es pura, inocente a pesar de todo lo que ha vivido. Y yo... yo tengo las manos manchadas de sangre. ¿Cómo puedo siquiera pensar en tocarla?

Cierro los ojos, recordando la suavidad de su piel, el calor de sus besos. Dios, la deseo tanto que duele. Pero más que eso, la quiero. Quiero protegerla, hacerla feliz. Quiero ser el hombre que ella merece.

¿Pero puedo serlo? ¿Puedo dejar atrás todo lo que soy, todo lo que he sido, por ella?

No tengo respuestas. Solo sé que, por primera vez en mi vida, tengo miedo. Miedo de amar y ser amado. Miedo de tener algo tan precioso y perderlo.

CAPÍTULO 21

ELENA

Me miro en el espejo mientras me pongo los pendientes. Quiero estar perfecta esta noche, pero ¿para qué? ¿Para que Adriano vuelva a ignorarme?

Han pasado dos semanas desde aquel día en su despacho. Dos semanas en las que apenas lo he visto. Siempre tiene una excusa: reuniones, negocios, problemas que resolver. Como si no me diera cuenta de que me está evitando.

Aprieto los dientes, intentando controlar la frustración que me consume. ¿Cómo se atreve? Primero me besa con pasión, me hace sentir cosas que jamás había experimentado, y luego... nada. Silencio. Distancia.

—Tía Elena, ¿estás enfadada? —la voccita de Mia me saca de mis pensamientos.

Me giro y la veo en la puerta, con su vestidito nuevo y esa carita angelical que me entenece.

—No, cariño —le sonrío, intentando suavizar mi expresión—. Solo estoy pensando.

—¿En el tío Adriano? —pregunta con esa inocencia característica de los niños.

Suelto una risa sin humor. —Sí, en el tío Adriano.

—Él también piensa mucho en ti —dice Mia, acercándose para tocar mi vestido—. Siempre me pregunta si estás bien.

Eso me sorprende. ¿Adriano pregunta por mí? ¿Se preocupa por mí? Tiene una forma curiosa de demostrarlo.

—Venga, ve a jugar —le digo, acariciando su cabello—. Tía Elena tiene que terminar de arreglarse.

Mia asiente y sale corriendo. La veo alejarse y siento una punzada en el pecho. Al menos ella no me evita.

Termino de arreglarme y bajo las escaleras. Ahí está Adriano, elegante como siempre con ese traje que le sienta perfectamente. Nuestras miradas se cruzan y por un momento veo algo en sus ojos. ¿Arrepentimiento? ¿Deseo? Sea lo que sea, desaparece rápidamente.

—Estás preciosa —dice, su voz neutral.

—Gracias —respondo secamente—. Tú también.

—¿Lista para irnos? —pregunta, cogiendo las llaves del coche.

Asiento en silencio. No tengo ganas de ir a esta cena, pero sé que es necesario. Tenemos que mantener las apariencias.

El viaje en coche es interminable. Adriano conduce en silencio mientras yo miro por la ventana, intentando no pensar en lo incómoda que será esta cena. Hace tan poco que nuestras familias eran enemigas... ¿Cómo esperan que finjamos que todo está bien?

Cuando llegamos, mi madre nos recibe con una sonrisa tensa.

—Elena, cariño, qué guapa estás —dice, besándome la mejilla—. Adriano, bienvenido.

Entramos al salón y la atmósfera es tan densa que casi se puede cortar con un cuchillo. Mi padre está de pie junto a la chimenea, con un vaso de whisky en la mano. Nos mira con una expresión indescifrable.

—Adriano —dice, asintiendo levemente—. Elena.

Nos sentamos en silencio. La tensión es palpable. Nadie sabe qué decir, cómo actuar. Hasta hace poco, el hombre sentado a mi lado era considerado el enemigo en esta casa. Y ahora, se supone que debemos fingir que somos una familia feliz.

Mi madre intenta romper el hielo con una charla trivial sobre el tiempo, pero sus palabras suenan huecas, forzadas. Adriano responde con monosílabos, su rostro una máscara de cortesía. Mi padre ni siquiera finge interés.

Y yo... yo me siento más invisible que nunca. Atrapada en medio de este juego de apariencias, de alianzas forzadas y sonrisas falsas.

La cena transcurre en un silencio incómodo, solo interrumpido por el tintineo de los cubiertos contra la porcelana. Observo a Adriano de reojo. Está tenso, lo puedo ver en la forma en que aprieta la mandíbula, en cómo sus nudillos se blanquean al sujetar el tenedor.

De repente, siento una ola de compasión hacia él. Esto no debe ser fácil para Adriano tampoco. Estar aquí, en la casa del hombre que hasta hace poco quería muerto, fingiendo que todo está bien.

Pero esa compasión se mezcla con la frustración que llevo acumulando estas semanas. ¿Por qué me ha estado evitando? ¿Por qué me hace sentir como si fuera invisible?

Cuando la cena termina, casi suspiro de alivio. Pero entonces mi padre se levanta y mira a Adriano.

—¿Qué te parece si tomamos una copa en mi despacho? —dice, y aunque lo formula como una pregunta, sé que es más bien una orden.

Adriano asiente y me lanza una mirada rápida antes de seguir a mi padre. Y de nuevo, me quedo sola, relegada a un segundo plano.

Mi madre empieza a recoger la mesa y yo me ofrezco a ayudarla, agradecida por tener algo que hacer. Mientras lavamos los platos, ella me mira con preocupación.

—¿Estás bien, Elena? —pregunta en voz baja—. Pareces... distante.

Quiero decirle la verdad. Quiero gritar que no, que no estoy bien. Que me siento atrapada, ignorada, utilizada. Pero en su lugar, fuerzo una sonrisa.

—Estoy bien, mamá. Solo cansada.

Ella asiente, pero puedo ver que no me cree. Sin embargo, no insiste. Quizás ella también está cansada de fingir.

Pasan los minutos y Adriano y mi padre no vuelven. Me pregunto de qué estarán hablando, qué

nuevos planes estarán trazando para nuestras vidas sin consultarnos.

Y mientras espero, sentada en el sofá del salón, mirando las fotos familiares que decoran las paredes, tomo una decisión. Esto no puede seguir así.

ADRIANO

Estoy sentado frente al padre de Elena, escuchando sus palabras sin realmente prestarles atención. Mi mente está en otra parte, con ella. Joder, cómo odio estar aquí encerrado con este capullo cuando podría estar con Elena.

Estas dos semanas han sido un infierno. Mantenerme alejado de ella es como intentar no respirar. La deseo tanto que duele. Su forma de desafiarme, esa mirada que parece atravesarme... Me vuelve loco.

—¿Me estás escuchando, Caruso? —la voz del viejo me saca de mis pensamientos.

—Cada palabra —miento, dando un sorbo a mi whisky.

Sigo fingiendo interés mientras él parlotea sobre territorios y acuerdos. Pero mi mente sigue con Elena. ¿Cómo estará? ¿Me odiará por haberla evitado? Joder, si supiera que lo hago porque no confío en mí mismo cuando estoy cerca de ella...

La imagen de aquel día vuelve a mi mente. Elena, temblando bajo mis manos, sus ojos llenos de deseo y... miedo. Y entonces, su confesión: virgen.

Esas palabras fueron como un jarro de agua fría. ¿Virgen? ¿Elena? Joder, ¿cómo coño voy a lidiar con eso? Yo, un asesino, un monstruo, ¿cómo voy a ser el primero para alguien como ella?

—Caruso, ¿me estás tomando el pelo? —la voz irritada del viejo Bianchi me devuelve al presente.

—Lo siento, estaba pensando en algunos detalles —improviso—. ¿Qué decías?

Él resopla, claramente molesto. —Decía que espero que estés tratando bien a mi hija. No quiero problemas en este matrimonio, ¿entiendes?

Asiento, conteniendo las ganas de partirle la cara. Como si a él le importara una mierda cómo trato a Elena.

Cuando por fin salimos del despacho, la veo sentada en el sofá. Está preciosa, como siempre. Nuestras miradas se cruzan y siento que me falta el aire. Joder, ¿cómo puede afectarme tanto con solo una mirada?

—Bueno, al menos la chica sirve para algo —suelta el viejo Bianchi de repente—. Es bonita, eso hay que reconocerlo.

Aprieto los puños, intentando controlarme. Pero el viejo no se calla.

—Espero que al menos sepas cómo complacer a un hombre, Elena —continúa, con una sonrisa lasciva—. Aunque con ese cuerpo, no creo que Caruso se queje mucho.

Y eso es todo. La rabia me inunda como una ola. Antes de darme cuenta, tengo al viejo contra la

pared, mi antebrazo presionando su garganta.

—Vuelve a hablar así de mi mujer —gruño— y te juro que acabarás con una bala entre ceja y ceja. ¿Me has entendido, pedazo de mierda?

—¡Adriano! —la voz de Elena me devuelve a la realidad.

Suelto al viejo y me giro hacia ella. Parece sorprendida, pero veo un destello de algo más en sus ojos. ¿Admiración? ¿Deseo?

—Nos vamos —digo, tomándola de la mano.

Salimos de la casa sin despedirnos. Puedo sentir la mirada furiosa del viejo Bianchi en mi espalda, pero me importa una mierda. Nadie habla así de Elena, ni siquiera su padre.

Solo tengo ganas de matarlo.

El viaje de vuelta es silencioso, pero esta vez la tensión es diferente. Puedo sentir su mirada sobre mí, quemándome. Me muero por besarla, por tocarla, por hacerla mía de una puta vez. Pero no puedo. No debo.

—Gracias —dice de repente, rompiendo el silencio.

La miro de reojo. —¿Por qué?

—Por defenderme —responde en voz baja—. Nadie lo había hecho antes.

Siento cómo se me encoge el corazón. Joder, ¿cómo puede ser tan fuerte y tan vulnerable al mismo tiempo?

—Eres mi mujer —digo, intentando que mi voz suene firme—. Nadie te falta el respeto delante de mí.

Veo cómo se muerde el labio, como si quisiera decir algo más. Pero se mantiene en silencio el resto del viaje.

Cuando llegamos a casa, la acompaño hasta su habitación. Nos quedamos frente a la puerta, mirándonos. La tensión entre nosotros es casi palpable.

—Buenas noches, Elena —digo, luchando contra el deseo de besarla.

—Buenas noches, Adriano —responde, y juraría que hay decepción en su voz.

Se acerca a mí y, por un momento, creo que va a besarme. Pero en lugar de eso, me da un suave beso en la mejilla. Su perfume me inunda, embriagándome.

—Gracias otra vez —susurra antes de entrar en su habitación y cerrar la puerta.

Me quedo allí plantado, como un imbécil, durante unos segundos. Luego, sacudiendo la cabeza, me dirijo a mi despacho. Necesito alejarme antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme. O peor aún, algo de lo que no me arrepienta en absoluto.

Cierro la puerta tras de mí y me dejo caer en la silla. Saco una botella de whisky del cajón y me sirvo un vaso. Va a ser una noche larga.

Porque por mucho que intente negarlo, por mucho que me esconda en este despacho, sé que no podré mantenerme alejado de Elena por mucho más tiempo. Y eso me aterra y me emociona a

partes iguales.

La imagen de Elena, virgen e inocente, me persigue. ¿Cómo coño voy a ser yo el que la inicie en el sexo? Mis manos están manchadas de sangre, he hecho cosas que la horrorizarían. No merezco ser el primero para alguien como ella.

Pero al mismo tiempo, la idea de que otro hombre la toque me vuelve loco de celos. Elena es mía, joder. Mía.

Doy otro trago al whisky, sintiendo cómo me quema la garganta. Esto no puede seguir así. Tengo que hacer algo, tomar una decisión.

¿Pero qué? ¿Alejarme definitivamente de ella? ¿Intentar ser el hombre que ella merece?

Miro el reloj. Las tres de la mañana. Otra noche sin dormir, torturándome con pensamientos de Elena. De su cuerpo, de su sonrisa, de su maldita inocencia que me está volviendo loco.

Joder, ¿en qué momento me convertí en este desastre? Yo, Adriano Caruso, el hombre más temido de Nueva York, perdiendo la cabeza por una mujer.

Pero Elena no es cualquier mujer. Es mi mujer. Y por mucho que intente negarlo, sé que ya me tiene completamente atrapado.

La pregunta es: ¿qué coño voy a hacer al respecto?

CAPÍTULO 22

ELENA

Me despierto con los primeros rayos del sol colándose por la ventana. Por un momento, me quedo mirando al techo, recordando la noche anterior. La cena, la tensión, Adriano defendiéndome... Sacudo la cabeza, intentando alejar esos pensamientos.

Me levanto y me visto rápidamente. Elijo un vestido sencillo pero elegante, algo que sé que a Adriano le gusta, aunque últimamente parece no darse cuenta de nada. Me miro en el espejo y suspiro. ¿Cuándo se volvió todo tan complicado?

Cuando bajo a la cocina, me encuentro con una escena que ya se está volviendo habitual: Mia sentada en su silla alta, Alessandro bromeando mientras Enzo lo escucha con su habitual seriedad. Rosetta prepara el desayuno, llenando la cocina con el aroma del café recién hecho y tostadas. Y Adriano... Adriano está ahí, pero es como si no estuviera. Concentrado en su taza de café, ajeno a todo lo demás.

—¡Tía Elena! —exclama Mia al verme, con esa sonrisa que ilumina toda la habitación.

—Buenos días, princesa —le digo, besándole la frente. Su inocencia me reconforta, me recuerda que aún hay cosas buenas en este mundo complicado.

Me siento en la mesa y Rosetta me sirve un café. Le sonrío agradecida. Alessandro me saluda con su habitual buen humor, mientras que Enzo simplemente asiente en mi dirección, serio como siempre.

—¿Qué tal la cena de anoche? —pregunta Alessandro con una sonrisa burlona—. ¿El viejo Bianchi sigue siendo un capullo?

—¡Alessandro! —le regaño, mirando de reojo a Mia—. Cuida ese lenguaje.

Él se ríe, pero noto cómo Adriano se tensa. Por un momento, nuestras miradas se cruzan y siento un escalofrío recorrerme la espalda. Veo algo en sus ojos, una mezcla de deseo y... ¿culpa? Pero tan rápido como ha llegado, se va. Adriano vuelve a centrarse en su café, ignorándome completamente.

El desayuno transcurre entre las bromas de Alessandro y los comentarios ocasionales de Enzo. Mia ríe con las ocurrencias de su tío, y yo... yo intento participar, pero mi mente está en otra parte. En el hombre silencioso sentado al otro lado de la mesa. ¿Qué estará pensando? ¿Por qué me evita? Cada vez que lo miro, siento una mezcla de frustración y deseo que me vuelve loca.

Cuando termino, me levanto para ir a mi despacho. Sí, mi despacho. El que Adriano mandó preparar para mí, para que pudiera estudiar. Un gesto que en su momento me pareció tierno y ahora solo me confunde más. ¿Cómo puede ser tan considerado y al mismo tiempo tan distante?

—Elena —la voz de Adriano me detiene. Su tono es neutro, pero noto un leve temblor que me intriga—. Tengo que salir. No me esperes para comer.

Asiento, sin saber qué decir. Quiero gritarle, preguntarle qué le pasa, por qué me evita. Pero las palabras se me atorán en la garganta. Él se va sin más, dejándome con un nudo en el estómago y mil preguntas sin respuesta.

Ya en mi despacho, me dejo caer en la silla. Miro a mi alrededor, a los libros que Adriano ha comprado para mí, al ordenador de última generación. Todo grita consideración, pero su actitud... Sacudo la cabeza, frustrada.

Miro el reloj y recuerdo: hoy es el cumpleaños de Val. Mi mejor amiga, la única persona con la que puedo ser yo misma sin miedo. Cojo el teléfono y marco su número, sintiendo cómo el nudo en mi garganta se afloja un poco.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamo en cuanto descuelga, intentando que mi voz suene alegre.

—¡Elena! —su voz me arranca una sonrisa genuina—. Gracias, cariño. Te echo de menos.

—Y yo a ti —digo, sintiendo cómo se me hace un nudo en la garganta—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo llevas los estudios?

—Bien, bien —responde—. Mucho trabajo, pero me encanta. ¿Y tú? ¿Cómo va todo por ahí?

Y de repente, es como si una presa se rompiera dentro de mí. Todas las emociones contenidas, todas las frustraciones de las últimas semanas, salen a borbotones.

—Val, no lo sé —digo, notando cómo las lágrimas empiezan a caer—. Adriano... él... cuando íbamos a acostarnos, le dije que era virgen y desde entonces me evita. ¡Me evita, Val! ¿Qué le pasa? ¿Tan horrible soy?

—Elena, cariño, respira —me dice Val con voz calmada—. No eres horrible, eres preciosa. Seguro que hay una explicación.

—¿Qué explicación puede haber? —suelto una risa amarga—. Está claro que no me desea. Que se arrepiente de haberse casado conmigo.

—O quizás tiene miedo —sugiere Val—. Piénsalo, Elena. Eres virgen, inocente. Y él... bueno, sabemos quién es él. Quizás teme hacerte daño.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. ¿Podría ser eso? ¿Adriano, el temible Adriano Caruso, teniendo miedo de hacerme daño? La idea parece absurda, pero al mismo tiempo... tiene sentido. Recuerdo la forma en que me miraba aquella noche, el deseo en sus ojos mezclado con algo más, algo que no supe identificar entonces. ¿Podría haber sido miedo?

—Sea como sea —continúa Val—, no puedes seguir así. Y tengo una idea.

—¿Cuál? —pregunto, intrigada.

—Vamos a salir esta noche —dice con voz emocionada—. A celebrar mi cumpleaños. Nos arreglamos, nos ponemos guapas, y salimos a bailar. Y si de paso ponemos celoso a tu marido... pues mejor que mejor, ¿no?

Me muerdo el labio, considerando la idea. Salir, divertirme, olvidarme por una noche de todo... suena tentador. Muy tentador. Pero también peligroso. ¿Cómo reaccionaría Adriano? ¿Le importaría

siquiera?

—No sé, Val —digo, dubitativa—. ¿Y si se enfada?

—¿Y qué si se enfada? —responde ella—. Elena, no puedes vivir tu vida pendiente de lo que él piense. Además, ¿no crees que ya es hora de que vea lo que se está perdiendo?

Sus palabras me hacen reflexionar. Tiene razón. No puedo seguir así, esperando que Adriano decida de repente que soy digna de su atención. Tengo que vivir mi vida, tomar mis propias decisiones.

—¿Sabes qué? —digo finalmente, sintiendo cómo una nueva determinación crece dentro de mí—. Tienes razón. Vamos a hacerlo.

—¡Esa es mi chica! —exclama Val—. Paso a recogerte a las nueve. Ponte guapa, que vamos a arrasar.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa en los labios. Por primera vez en semanas, siento que tengo el control de mi vida. Y si Adriano quiere seguir ignorándome... bueno, que se prepare. Porque esta noche, Elena Bianchi va a salir a divertirse.

Y que el mundo arda.

Me levanto de la silla, sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en semanas. Tengo toda una tarde por delante para prepararme, para transformarme en la mujer segura y seductora que sé que puedo ser. Una mujer que Adriano no podrá ignorar.

Porque esta noche, las cosas van a cambiar. Y estoy lista para ello.

ADRIANO

Estoy sentado en el salón, rodeado de tres de mis capitanes, Enzo y Alessandro. El ambiente es más relajado de lo habitual, tal como Elena me sugirió. «Muestra tu lado más humano», me dijo. Y joder, parece que funciona. Los hombres están más abiertos, más dispuestos a compartir información.

—Entonces, ¿cómo va el negocio en el puerto? —pregunto, dando un sorbo a mi whisky.

Uno de mis capitanes, Marco, se inclina hacia adelante. —Mejor de lo esperado, jefe. Desde que implementamos el nuevo sistema de...

De repente, algo capta mi atención. O más bien, alguien. Elena baja las escaleras y, joder, está impresionante. Lleva un vestido negro que se ajusta a cada una de sus curvas, tan corto que me deja sin aliento. Su pelo cae en ondas sobre sus hombros y sus labios... esos labios que me muero por besar están pintados de un rojo intenso.

Intento mantener la compostura, seguir escuchando a Marco, pero es imposible. Mis ojos no pueden apartarse de ella. Elena se acerca a nosotros y noto cómo todos los hombres en la sala contienen el aliento.

—Buenas noches, caballeros —dice con una sonrisa que podría derretir el hielo—. Adriano,

cariño, me voy ya.

Se inclina y me da un beso en la mejilla. Su perfume me inunda y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no agarrarla y besarla allí mismo, delante de todos.

—¿A dónde vas? —pregunto, intentando que mi voz suene neutral.

—Oh, ¿no te lo dije? —responde con fingida inocencia—. Es el cumpleaños de Val. Vamos a celebrarlo a Inferno.

El Inferno. La discoteca más exclusiva y peligrosa de la ciudad. Siento cómo la rabia y los celos empiezan a bullir en mi interior.

Me levanto y la sigo hasta la puerta. —Elena, no creo que sea buena idea...

—No te preocupes, cariño —me interrumpe con una sonrisa dulce—. Me llevo a los *tres* guardaespaldas. Estaré perfectamente segura.

Y entonces, me suelta la bomba final: —No me esperes despierto.

Se va antes de que pueda reaccionar, dejándome allí plantado como un imbécil. Vuelvo al salón, intentando mantener la calma, pero la sangre me hierve en las venas.

—¿Todo bien, jefe? —pregunta Enzo, mirándome con preocupación.

Asiento, forzando una sonrisa. —Sí, sí. ¿Por dónde íbamos?

Intento concentrarme en la reunión, pero mi mente está con Elena. La imagino bailando, rodeada de hombres que la miran con deseo. Hombres que no saben que es mía. Mía, joder.

No aguanto ni media hora. Me levanto de golpe, sobresaltando a todos.

—Lo siento, señores —digo, intentando sonar calmado—. Tengo un asunto urgente que atender. Enzo, tú te encargas.

Salgo de la casa y me meto en mi coche. Con manos temblorosas, marco el número de uno de los guardaespaldas de Elena.

—¿Dónde está? —gruño en cuanto contesta.

—En Inferno, señor —responde. Así que es verdad que iba allí. Joder. No puedo soportarlo—. Acaban de entrar.

Cuelgo sin decir nada más y arranco el coche. La rabia y los celos me consumen. ¿En qué coño estaba pensando al dejarla irse? Debería haberla encerrado en su habitación, debería...

Me detengo en seco. No. No puedo pensar así. Elena no es una prisionera, es mi mujer. Y yo... yo soy un imbécil por haberla estado evitando.

Mientras conduzco hacia Inferno, mi mente es un torbellino. Sé que tengo que dejarla ir, que merece algo mejor que yo. Pero la idea de otro hombre tocándola, de otro hombre haciéndola suya... Me vuelve loco.

Esta noche todo va a cambiar. Porque si Elena quiere jugar, yo también sé jugar. Y pienso ganar.

Aparco frente a Inferno y salgo del coche. La música retumba en mis oídos y puedo sentir la energía del lugar incluso desde fuera. Respiro hondo, preparándome para lo que sea que me espere

dentro.

Porque esta noche, voy a reclamar lo que es mío. Y que Dios se apiade de cualquiera que se interponga en mi camino.

CAPÍTULO 23

ELENA

Salgo de casa con el corazón latiendo a mil por hora. La adrenalina corre por mis venas, una mezcla de emoción y nerviosismo. El SUV negro me espera fuera, con los tres guardaespaldas que Adriano insiste en que me acompañen siempre. Me deslizo en el asiento trasero, sintiendo el cuero frío contra mis piernas desnudas.

—A casa de Valeria, por favor —le digo al conductor, intentando que mi voz suene firme.

El trayecto es corto, pero cada segundo se me hace eterno. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Debería dar media vuelta y volver a casa? Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos. No, esta noche es para mí. Para recordar quién soy más allá de ser la esposa de Adriano Caruso. Para ponerlo celoso. Espero que esté en casa retorciéndose de preocupación.

Cuando llegamos a casa de Val, la veo salir corriendo, con una sonrisa de oreja a oreja. Lleva un vestido rojo que le sienta de muerte y, por un momento, me siento insignificante a su lado.

—¡Elena! —exclama, abrazándome en cuanto se monta en el coche—. Dios, te he echado tanto de menos.

—Y yo a ti, Val —respondo, apretándola con fuerza—. ¿Lista para una noche de locura?

Asiento, aunque una parte de mí duda. Durante el trayecto, charlamos sin parar. Val me cuenta sobre sus clases, sus nuevos amigos, su vida fuera de este mundo de mafia y mentiras. La escucho con una mezcla de alegría y envidia.

—¿Y qué tal con el señor «soy demasiado peligroso para tocarte»? —pregunta Val con una sonrisa pícara.

Suelto un suspiro, mirando por la ventana las luces de la ciudad que pasan volando. —Igual. Ni me mira, Val. Es como si no existiera.

—Pues esta noche eso va a cambiar —dice con determinación—. Ya verás cómo se arrepiente de haberte ignorado.

Intento sonreír, pero la duda se asienta en mi estómago como una piedra fría. ¿Y si no funciona? ¿Y si a Adriano realmente no le importa?

El resto del viaje lo pasamos recordando viejos tiempos, riéndonos de anécdotas del pasado. Por un momento, me siento como la vieja Elena, la que no tenía que preocuparse por matrimonios arreglados y mafiosos peligrosos.

Llegamos a Inferno y, nada más bajar del coche, noto todas las miradas sobre nosotras. El vestido que parecía sexy en casa ahora me hace sentir expuesta, vulnerable. Tiro del borde, intentando que cubra un poco más de mis piernas, pero es inútil.

—Val, no sé si esto ha sido buena idea —murmuro mientras entramos al club.

—¿Estás de coña? —exclama—. Mírate, estás espectacular. Todos los tíos te están comiendo con los ojos.

Y ese es exactamente el problema. No quiero que me miren, no quiero su atención. Solo quiero la de Adriano. Solo quiero que él me mire así.

La música retumba en mis oídos, tan fuerte que casi puedo sentir el ritmo en mi pecho. Las luces de neón parpadean, creando sombras y formas extrañas en los rostros de la gente. El olor a alcohol y perfume caro inunda mis fosas nasales.

—Venga, Elena —insiste Val, tirando de mi mano—. Disfruta de la libertad. Te lo mereces.

Pero no puedo. Cada mirada lasciva, cada intento de acercamiento de algún desconocido, me hace sentir más incómoda. Este no es mi mundo. Mi mundo es Adriano, aunque él no me quiera en el suyo.

Nos abrimos paso entre la multitud, buscando un lugar donde estar. La gente baila, ríe, bebe, todos parecen estar pasándolo en grande. Todos menos yo.

—¿Quieres algo de beber? —grita Val por encima de la música.

Asiento, más por tener algo que hacer con mis manos que por sed real. Val se aleja hacia la barra y yo me quedo sola, sintiéndome más expuesta que nunca.

Un tipo se acerca, sonriendo de una manera que supongo que cree seductora. —Hola, preciosa. ¿Bailas?

—No, gracias —respondo, intentando sonar firme pero educada.

Él insiste, acercándose más. —Vamos, no seas tímida. Una chica tan guapa no debería estar sola.

Antes de que pueda responder, uno de mis guardaespaldas aparece a mi lado. —La señora ha dicho que no —dice con voz grave y amenazante.

El tipo retrocede, levantando las manos en señal de rendición. —Vale, vale. No sabía que venía acompañada.

Me siento agradecida por la intervención, pero también frustrada. ¿Es que no puedo ni siquiera salir una noche sin que me traten como a una niña?

Val vuelve con las bebidas y nos refugiamos en un rincón más tranquilo. Observo a la gente bailar, reír, divertirse. Y me siento como una extraña en mi propia piel.

¿En qué estaba pensando? ¿De verdad creí que esto haría que Adriano me deseara? Seguro que ni siquiera le ha molestado que me haya ido. Estará en su reunión tan tranquilo.

—Val, creo que me voy a ir —digo, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con caer—. Esto ha sido un error.

Pero antes de que pueda moverme, noto un cambio en el ambiente. La gente empieza a apartarse, como si un depredador hubiera entrado en la sala. Y entonces lo veo.

Adriano.

Camina hacia mí con paso decidido, su mirada fija en la mía. La gente se aparta a su paso, como si

fuera el mismísimo diablo. Y quizás lo sea.

De repente, sin previo aviso, su puño se estrella contra la cara de un tipo que estaba bailando cerca de mí. El hombre cae al suelo, pero Adriano ni siquiera lo mira. Sus ojos están clavados en los míos.

Y en ese momento, el mundo se detiene. Solo existimos él y yo. La música, la gente, todo desaparece. Solo puedo ver sus ojos, ardiendo con una intensidad que me deja sin aliento.

¿Qué va a pasar ahora? No lo sé. Pero de una cosa estoy segura: esta noche, todo va a cambiar.

ADRIANO

Entro en la discoteca como un toro embravecido, la sangre hirviendo en mis venas. El ambiente cargado me golpea, pero no me importa una mierda. Mis ojos la buscan como un depredador a su presa.

Y entonces la veo. Elena.

Está ahí, en medio de la multitud, como una jodida aparición. Preciosa, vulnerable, fuera de lugar en este antro de perdición. La rabia me ciega cuando veo cómo los hombres la miran, como buitres hambrientos. Sin pensarlo, mi puño se estrella contra la cara del tipo más cercano a ella. El crujido de su nariz al romperse es música para mis oídos.

Nuestras miradas se encuentran y el mundo se detiene. En dos zancadas estoy frente a ella, agarrando su muñeca con más fuerza de la necesaria.

—Nos vamos —gruño, tirando de ella hacia las escaleras que llevan al despacho de arriba.

—Adriano, ¿qué...? —empieza a protestar, pero la ignoro.

Su voz, normalmente un bálsamo para mis oídos, ahora solo alimenta mi furia. ¿Cómo se atreve a venir aquí? ¿A exponerse así?

Llegamos arriba y cierro la puerta de un golpe que podría haber sacado la maldita cosa de sus goznes. Me giro hacia ella, mi respiración agitada como la de un animal salvaje. Elena me mira con una mezcla de miedo y excitación que me vuelve loco. Quiero protegerla y devorarla al mismo tiempo.

—¿Sabes que este local es mío? —le digo, acercándome lentamente, acechándola—. ¿Sabes lo que me ha hecho verte aquí, rodeada de todos esos hombres?

Elena retrocede hasta chocar contra la pared. La tengo acorralada, justo donde la quiero. —Yo... yo no sabía...

—No, claro que no sabías —gruño, apoyando mis manos a ambos lados de su cabeza. Puedo oler su perfume, una mezcla embriagadora de jazmín—. No sabes el efecto que tienes en mí, Elena. No sabes lo que me haces.

Veo cómo su pecho sube y baja con respiraciones rápidas. Sus ojos, esos malditos ojos que me

han perseguido en sueños, están fijos en los míos. Veo deseo en ellos, pero también confusión. Joder, ¿cómo puede no darse cuenta del poder que tiene sobre mí?

—Ya no puedo más —confieso, mi voz ronca por el deseo contenido—. No puedo seguir manteniéndome alejado de ti. Cada noche... cada maldita noche pienso en ti, en hacerte mía. Me toco pensando en tu cuerpo, imaginando tus gemidos, tu piel contra la mía.

Sus ojos se abren de par en par, sus labios formando una perfecta 'O' de sorpresa. —Pero... pero pensé que no me deseabas. Que te arrepentías de...

La silencio con un beso furioso, apasionado. No puedo soportar escuchar esa mierda. Elena responde con la misma intensidad, sus manos aferrándose a mi camisa como si fuera un salvavidas. Cuando nos separamos, ambos jadeamos como si hubiéramos corrido una maratón.

—Eres mía, Elena —murmuro contra sus labios, saboreando cada palabra—. Y esta noche voy a demostrártelo. Voy a reclamar cada centímetro de tu cuerpo, voy a marcarte como mía de tal forma que nunca, jamás, dudes de mi deseo por ti.

La levanto y ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, como si hubiera nacido para estar en mis brazos. Siento su calor a través de la ropa y casi pierdo el control allí mismo. Quiero arrancarle el vestido, tomarla contra la pared, hacerla gritar mi nombre hasta que se quede sin voz.

—Adriano —gime, y joder, la forma en que dice mi nombre es como gasolina en el fuego que arde en mi interior.

La llevo hasta el sofá de cuero en la esquina del despacho. La deposito con más cuidado del que creía posible en mi estado, como si fuera la cosa más preciosa del mundo. Y para mí, lo es. Elena es mi tesoro, mi obsesión, mi perdición.

—¿Por qué? —pregunta de repente, su voz apenas un susurro—. ¿Por qué me has estado evitando?

Me detengo, mirándola a los ojos. Veo la vulnerabilidad allí, el miedo al rechazo. Y me odio por haberla hecho sentir así.

—Porque soy un cobarde —admito, acariciando su mejilla con una ternura que no sabía que poseía—. Porque tenía miedo de lo que me haces sentir. Porque eres demasiado buena para mí, Elena. Demasiado pura. Y yo... yo soy un monstruo.

Ella niega con la cabeza, sus ojos brillantes por las lágrimas contenidas. Cada una de esas lágrimas es como un puñal en mi corazón. —No eres un monstruo, Adriano. Quiero esto. Quiero hacer esto contigo, solo contigo. No elegiría a otra persona.

—No sabes lo que dices —gruño, intentando alejarme. Pero es inútil. Estoy atrapado en su órbita, incapaz de escapar—. No sabes las cosas que he hecho, Elena. Las vidas que he arruinado. La sangre en mis manos.

Pero ella no me deja ir. Sus manos se aferran a mi camisa, atrayéndome hacia ella con una fuerza que no creía posible en su cuerpo delicado.

—Sé exactamente lo que digo —dice con una firmeza que me sorprende—. Sé quién eres, Adriano. Conozco tus virtudes y tus defectos. Y quiero todo de ti.

Y entonces me besa. No con la pasión desenfrenada de antes, sino con una ternura que me desarma por completo. Sus labios son suaves contra los míos, su lengua explorando mi boca con una dulzura que me hace gemir como un adolescente.

Mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada curva, cada rincón. Elena tiembla bajo mi toque, sus gemidos ahogados por nuestros besos. Quiero devorarla, consumirla, hacerla parte de mí.

—Te deseo tanto —murmuro contra su cuello, mordisqueando suavemente—. No hay una sola noche que no sueñe contigo, con hacerte mía. Con poseerte de todas las formas posibles.

—Entonces hazlo —dice ella, su voz cargada de un deseo que iguala al mío—. Soy tuya, Adriano. Siempre lo he sido.

Sus palabras desatan algo dentro de mí. Todo el control que he mantenido durante semanas se desvanece como el humo. La beso con fiereza, mis manos explorando su cuerpo con una urgencia casi dolorosa.

Elena responde con igual entusiasmo, sus manos tirando de mi ropa, ansiosas por tocar mi piel. Nos desnudamos entre besos y caricias, nuestros cuerpos finalmente unidos sin barreras. Cada centímetro de su piel es como seda bajo mis dedos, y no puedo evitar preguntarme si estoy soñando.

Me coloco en su entrada y empujo con todo el cuidado que soy capaz de manejar en este estado. Gruño cuando mi polla se encuentra con la barrea de su inocencia. Tengo que obligarme a parar, a no empujar como un loco. Su calor me envuelve haciéndome perder la cabeza. Y, cuando creo que puedo hacerlo sin lastimarla, empujo en su suavidad.

Cuando por fin la hago mía, el mundo desaparece a nuestro alrededor. Solo existimos ella y yo, nuestros cuerpos moviéndose al unísono, nuestros gemidos ahogados por la música que retumba abajo. Es intenso, apasionado, pero también tierno. Cuido cada movimiento, consciente de que es su primera vez. Quiero que sea perfecto para ella, quiero borrar cualquier duda que pueda tener sobre mis sentimientos.

Cuando todo termina, nos quedamos abrazados en el sofá, jadeando. Elena me mira con una mezcla de asombro y adoración que me deja sin aliento. Nunca nadie me había mirado así, como si fuera alguien digno de ser amado.

—¿Por qué esperaste tanto? —susurra, acariciando mi mejilla con una ternura que me desarma.

Beso su frente, sintiendo una emoción que creía olvidada. —Porque tenía miedo, Elena. Miedo de no ser lo suficientemente bueno para ti. De corromperte con mi oscuridad. De arrastrarte a mi infierno personal.

Y en ese momento, me doy cuenta de que estoy completamente perdido. Que esta mujer me tiene en sus manos. Que haría cualquier cosa, mataría a cualquiera, por ella. Y por primera vez en mi vida, no me importa en absoluto.

La beso de nuevo, suave y tiernamente. Y mientras la sostengo en mis brazos, sé que haré lo que sea necesario para protegerla. Para hacerla feliz. Porque Elena es mi luz en la oscuridad, mi redención.

Y juro por mi vida que nadie nos separará jamás. Quien se atreva a intentarlo conocerá un nuevo nivel de infierno. Porque ahora tengo algo más por lo que luchar, algo más que proteger. Y que Dios se apiade de quien se interponga en mi camino.

CAPÍTULO 24

ADRIANO

Me despierto de golpe, como si alguien me hubiera echado un cubo de agua fría encima. Los recuerdos de la noche anterior me golpean con fuerza. Elena. La discoteca. La oficina. Joder.

Me incorporo en la cama, pasándome una mano por el pelo. La habitación está en penumbra, pero puedo ver los primeros rayos de sol colándose por las cortinas. Miro el reloj, son las seis y media. Demasiado temprano para levantarme, pero sé que no voy a poder volver a dormir.

Me levanto y camino hacia el baño, mis pies descalzos haciendo un ruido sordo contra el suelo de madera. No quiero molestar a Elena. ¿Estará despierta? ¿Qué estará pensando?

Sacudo la cabeza y sigo mi camino. No puedo pensar en eso ahora. Necesito una ducha fría para aclarar mis ideas.

El agua helada cae sobre mí, pero no logra aliviar el ardor que siento por dentro. La culpa me corroee como un ácido. Elena era virgen, por el amor de Dios. Y yo la tomé como un animal en celo, sin pensar en las consecuencias. Sin pensar en si la hacía daño.

Cierro el grifo y apoyo la frente contra los azulejos fríos. ¿En qué coño estaba pensando? La respuesta es simple: no estaba pensando en absoluto. Ver a esos gilipollas babeando por ella en la discoteca me volvió loco. Los celos me nublaron el juicio.

Salgo de la ducha y me seco con movimientos bruscos, como si quisiera arrancarme la piel. Me miro al espejo y veo a un hombre que no merece a alguien como Elena. Pero ya es tarde para eso, ¿no?

Me visto con mi traje negro habitual y una camisa blanca. El uniforme de siempre. Mi armadura contra el mundo. Pero hoy me siento más vulnerable que nunca.

Bajo las escaleras con paso pesado. La casa está en silencio, pero puedo oler el café recién hecho. Rosetta debe estar ya en la cocina. Me dirijo al comedor, necesitando unos minutos a solas antes de enfrentarme a Elena.

El comedor está vacío, menos mal, joder. No estoy de humor para aguantar las gilipolleces de Alessandro o las miradas conocedoras de Enzo. Me siento a la cabecera de la mesa, mi lugar habitual, y espero.

Rosetta entra con una bandeja. Me sirve el café en silencio y coloca el periódico frente a mí. Debe notar que estoy de un humor de perros porque ni siquiera intenta iniciar una conversación. Se lo agradezco en silencio.

Cojo el periódico más para tener algo que hacer con las manos que por leerlo realmente. Las palabras bailan frente a mis ojos, sin sentido. No puedo concentrarme en nada que no sea Elena y lo que pasó anoche.

Escucho pasos en la escalera y mi corazón se acelera. Levanto la vista justo cuando Elena entra en el comedor. Lleva un vestido sencillo pero que le sienta como un guante. Está preciosa, joder. Y parece tan perdida como yo.

Nuestras miradas se cruzan por un instante antes de que ella desvíe la suya. La tensión en el ambiente es tan densa que se podría cortar con un cuchillo.

—Buenos días —murmura, sin mirarme directamente.

—Buenos días —respondo, mi voz más ronca de lo que me gustaría.

Rosetta entra y le sirve el desayuno. El silencio entre nosotros es ensordecedor.

La observo por encima del periódico. Está nerviosa, jugando con la comida en su plato. Sus dedos tiran del borde del mantel, un gesto que he notado que hace cuando está incómoda. Joder, ¿qué estoy haciendo? Esto no puede seguir así.

—Elena —digo, bajando el periódico. Ella levanta la mirada, sorprendida por el sonido de mi voz —. Esta noche te recogeré a las ocho.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Qué?

—Vamos a tener una cita —declaro, como si fuera lo más normal del mundo—. Una cita de verdad.

Veo cómo la confusión se refleja en su rostro. No la culpo. Yo mismo no sé de dónde ha salido esta idea. Pero sé que es lo correcto. Necesitamos hablar, aclarar las cosas. Y quizás, solo quizás, empezar de nuevo.

—Vale —dice finalmente, con una pequeña sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco.

Me levanto, dejando la taza de café a medio terminar. Antes de irme, hago algo que nunca antes había hecho. Me acerco a ella y me inclino para darle un beso en la mejilla. Su piel es suave y huele a jazmín. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no profundizar el beso.

—Hasta esta noche —murmuro, antes de girarme y salir del comedor.

Justo cuando estoy a punto de cruzar la puerta, escucho la voz de Alessandro.

—Vaya, vaya, hermanito. ¿Desde cuándo eres tan cariñoso?

Le ignoro y sigo mi camino. No tengo tiempo para sus estupideces. Tengo una cita que planear y un imperio que dirigir. Quizás no lo he jodido todo todavía.

Entro a mi despacho, cerrando la puerta tras de mí. Me siento en mi sillón de cuero y miro por la ventana. No puedo permitirme ser débil. No ahora. No cuando tengo tantos enemigos esperando el momento oportuno para atacar.

Y sin embargo... la imagen de Elena no deja de aparecer en mi mente. Su sonrisa tímida cuando aceptó la cita. El calor de su piel bajo mis labios cuando la besé en la mejilla.

Cojo el teléfono y marco el número de mi asistente.

—Necesito que reserves una mesa para dos en el Cipriani esta noche a las nueve —ordeno—. Y consígueme el mejor ramo de rosas que puedas encontrar.

Cuelgo sin esperar respuesta. Me recuesto en el sillón, cerrando los ojos por un momento. ¿Qué coño estoy haciendo? Yo no soy así. No tengo citas. No compro flores.

Pero Elena... Elena lo cambia todo. Nunca he deseado a una mujer como la deseo a ella. En cuerpo y alma. Por mucho que no quiera verlo ha logrado derretir el hielo de mi corazón. Y eso me aterra más que cualquier amenaza a mi imperio.

Estoy poniendo mi corazón en bandeja, algo que nunca pensé que podría hacer.

Pero por Elena... por Elena, creo que estoy dispuesto a romper todas mis reglas.

ELENA

Me miro en el espejo por enésima vez, alisando arrugas imaginarias en mi vestido. Estoy nerviosa, emocionada y, sobre todo, confundida. Anoche perdí mi virginidad con Adriano en la oficina de la discoteca. Fue intenso, apasionado, pero también un poco abrumador. No sabía qué esperar esta mañana, temía que Adriano volviera a ser el hombre frío y distante de siempre.

Pero entonces, en el desayuno, me sorprendió. No solo me invitó a una cita, sino que me besó en la mejilla antes de irse. Ese simple gesto, tan tierno e inesperado, hizo que mi corazón diera un vuelco. Ahora, horas después, aún puedo sentir el calor de sus labios en mi piel.

El sonido de un coche acercándose me saca de mis pensamientos. Respiro hondo, intentando calmar mis nervios. «Es solo una cita», me digo, pero sé que es mucho más que eso. Es una oportunidad, un nuevo comienzo.

Bajo las escaleras y ahí está él, esperándome al pie. Está guapísimo con ese traje negro que le sienta como un guante. Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, el mundo se detiene.

—Estás preciosa —dice, su voz grave enviando escalofríos por mi columna.

—Gracias —respondo, sintiendo cómo me ruborizo—. Tú también estás muy guapo.

Me ofrece su brazo y lo tomo, maravillándome de lo natural que se siente este gesto. Salimos de la casa y me ayuda a subir al coche. Su mano en mi espalda es cálida y firme, y me encuentro deseando que no la aparte.

El trayecto hasta el restaurante es silencioso, pero no incómodo. De vez en cuando, noto cómo Adriano me mira de reojo. Cada vez que lo pillo, me dedica una pequeña sonrisa que hace que mi corazón se acelere.

El Cipriani es precioso, pero apenas me fijo en la decoración. No puedo apartar los ojos de Adriano. Su presencia llena el espacio, atrayendo la atención de todos los presentes. Pero esta noche, su atención está completamente centrada en mí.

—¿Te gusta el vino? —me pregunta, llenando mi copa.

Asiento, tomando un sorbo. —Está delicioso. ¿Cómo lo has elegido?

—Tengo mis recursos —responde con una sonrisa enigmática—. Además, quería que esta noche

fuera especial.

Sus palabras hacen que mi corazón se acelere. ¿Realmente es tan importante para él?

La cena transcurre entre conversaciones ligeras y miradas intensas. Adriano me cuenta anécdotas de su infancia, y no puedo evitar reír al imaginarlo como un niño travieso.

—¿De verdad te escondiste en el armario de tu padre para evitar ir al colegio? —pregunto entre risas.

Él asiente, sus ojos brillando con diversión. —Sí, y funcionó... hasta que me descubrió.

—Nunca te había imaginado así —confieso—. Siempre pareces tan... serio.

—La vida me ha hecho así —responde, su expresión tornándose más grave—. Pero contigo... contigo siento que puedo ser diferente.

Sus palabras me dejan sin aliento. ¿Cómo es posible que este hombre, tan duro y frío normalmente, pueda ser tan dulce?

—Me gusta este Adriano —digo suavemente—. El que sonrío y cuenta historias divertidas.

—Entonces intentaré ser más así contigo —responde, tomando mi mano sobre la mesa.

Durante el postre, su pulgar acaricia el dorso de mi mano en pequeños círculos. Cada toque envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Es increíble cómo un gesto tan simple puede ser tan íntimo.

—Elena —dice de repente, su voz seria—. Sé que nuestro matrimonio no empezó de la mejor manera. Pero quiero que sepas que estoy comprometido con esto. Contigo.

Sus palabras me conmueven profundamente. —Yo también, Adriano. Quiero que esto funcione.

Él asiente, y veo un destello de vulnerabilidad en sus ojos que nunca antes había notado. —No soy un hombre fácil, Elena. Mi mundo es peligroso y complicado. Pero te prometo que siempre te protegeré.

—Lo sé —respondo, apretando su mano—. Y yo estaré a tu lado, pase lo que pase.

El viaje de vuelta a casa está cargado de una nueva tensión, una anticipación que hace que me tiemblen las manos. Cuando llegamos, Adriano me sorprende tomándome de la mano y guiándome hacia las escaleras.

—Elena —dice, deteniéndose frente a su habitación—. A partir de ahora, dormiremos aquí. Juntos.

Me quedo sin aliento. ¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

—He hecho que muevan tus cosas mientras estábamos fuera —continúa, abriendo la puerta—. Esta habitación es tuya ahora. Nuestra.

Entro, abrumada por la emoción. Veo mis libros en las estanterías, mi ropa en el armario. Todo mezclado con las cosas de Adriano. Como si siempre hubiera sido así.

Me giro hacia él, sin saber qué decir. Adriano me mira con una intensidad que me deja sin aliento.

—Voy a darme una ducha —dice, rompiendo el silencio—. Ponte cómoda.

Asiento, incapaz de hablar. Cuando escucho el agua de la ducha, me apresuro a cambiarme. Me

pongo un camisón de seda que compré hace semanas, esperando una ocasión como esta.

Cuando Adriano sale del baño, solo con una toalla alrededor de la cintura, siento cómo se me seca la boca. Es impresionante, cada músculo, cada tatuaje... quiero recorrerlo entero con mis manos.

Se mete en la cama y yo hago lo mismo. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo. No puedo resistirlo más. Me acerco y lo beso.

Adriano responde al beso con pasión, pero cuando intento profundizarlo, se aparta suavemente.

—Elena, espera —dice, jadeando—. No podemos. Aún debes estar adolorida por lo de anoche.

—Estoy bien —protesto, intentando besarlo de nuevo.

—No, preciosa —dice, y el apelativo cariñoso hace que mi corazón se derrita—. Tenemos que esperar. No quiero hacerte daño.

Suspiro, frustrada pero conmovida por su preocupación. Me acurruco contra su pecho y él me rodea con sus brazos.

—Descansa, Elena —murmura, besando mi frente.

Cierro los ojos, embriagada por su olor, por su calor. No puedo creer lo mucho que han cambiado las cosas en tan poco tiempo. Hace unos meses no quería saber nada de este hombre. Y ahora... ahora creo que me he enamorado de él profundamente.

No sé cómo ha podido pasar. Cómo he permitido que suceda.

Pero no puedo deshacerlo. No quiero deshacerlo más bien.

El pensamiento me asusta un poco. Sé quién es Adriano, lo que es capaz de hacer. Temo que pueda romper mi corazón. Pero mientras me quedo dormida en sus brazos, no puedo evitar pensar que, pase lo que pase, valdrá la pena.

Porque por primera vez en mi vida, me siento en casa. Y esa casa tiene nombre: Adriano Caruso.

CAPÍTULO 25

ELENA

Me despierto con los primeros rayos de sol colándose por las cortinas. Adriano ya se ha ido, como siempre. Suspiro y me estiro en la cama, pensando en lo afortunada que debería sentirme.

En teoría, tendría que estar saltando de alegría. Hago un repaso mental de todo lo que tengo ahora:

Quería una familia, y la de Adriano se ha convertido en la mía. Alessandro, con su humor negro y su lealtad feroz. Enzo, siempre vigilante, pero con una sonrisa amable para mí. Y Mia, esa pequeña que ha robado mi corazón. Incluso Rosetta y Giulia, la cocinera y la niñera, me tratan como si siempre hubiera formado parte de esta casa.

Deseaba un hogar ruidoso y lleno de amor. Y lo tengo, aunque cualquier persona de fuera pensaría que estamos todos locos. Las discusiones a gritos entre Adriano y Alessandro, las risas de Mia resonando por los pasillos, las conspiraciones en voz baja en el despacho... Es caótico, es intenso, pero es real.

Anhelaba estudiar, y Adriano no solo me lo permite, sino que me alienta. A pesar de que en el mundo de la mafia está mal visto que las mujeres tengan una educación superior, él me apoya incondicionalmente. Incluso ha contratado tutores privados para mí, para ayudarme en las clases online. No podría ser más afortunada en ese apartado.

Y aunque nunca lo había pensado mucho, en el fondo deseaba un matrimonio por amor. Y ahora lo tengo. Estoy enamorada de Adriano. Su fuerza, su determinación, pero también su ternura cuando estamos a solas. La forma en que me mira, como si fuera lo más valioso del mundo.

Entonces, ¿cuál es el problema?

Me levanto de la cama y me dirijo al baño, mirándome en el espejo. La chica que me devuelve la mirada parece feliz, pero hay un brillo de frustración en sus ojos.

El problema es que quiero volver a acostarme con Adriano, pero no soy capaz de lograrlo. Desde aquella noche en la discoteca, hemos entrado en un tira y afloja de seducción que me está volviendo loca.

Cada vez que intento acercarme a él, cada vez que mis manos empiezan a explorar su cuerpo, Adriano se detiene. «No quiero hacerte daño», dice. «Tenemos que esperar», insiste. Y yo me quedo allí, frustrada y anhelante.

Me preparo con cuidado, eligiendo un vestido que sé que le gusta. Es ajustado en los lugares correctos, pero no demasiado provocativo. Quiero tentarlo, no escandalizar a toda la familia durante el desayuno.

Bajo las escaleras y entro en el comedor. Adriano está allí, leyendo el periódico. Levanta la vista

cuando entro y veo cómo sus ojos me recorren de arriba abajo. Siento un escalofrío de satisfacción.

—Buenos días —digo, sentándome a su lado.

—Buenos días, cariño —responde, inclinándose para darme un beso en la mejilla.

Ese simple gesto hace que mi corazón se acelere.

Desayunamos en un silencio cómodo, pero puedo sentir la tensión en el aire. Es como si hubiera una corriente eléctrica entre nosotros, cargada de deseo no satisfecho.

Cuando Adriano se levanta para irse, no puedo evitarlo. Me pongo de pie y lo beso. No es un beso casto, es un beso cargado de intención. Mis manos se enredan en su pelo, mi cuerpo se pega al suyo.

Por un momento, Adriano responde con la misma intensidad. Sus manos se aferran a mi cintura, atrayéndome más cerca. Pero entonces, como siempre, se aparta.

—Elena... —dice, su voz ronca.

—Lo sé, lo sé —respondo, frustrada—. Tenemos que esperar.

Adriano me mira con una mezcla de deseo y determinación.

—Te prometo que valdrá la pena.

Y con eso, se va, dejándome allí, jadeante e insatisfecha.

Me dejo caer en la silla, preguntándome cuánto tiempo más podré aguantar este juego. Porque eso es lo que es, ¿no? Un juego de seducción, de tentación. Y aunque me está volviendo loca, una parte de mí disfruta de esta anticipación.

Suspiro y me levanto. Tengo una clase con mi tutor en media hora. Al menos eso mantendrá mi mente ocupada por un rato.

Mientras camino hacia mi estudio, no puedo evitar sonreír. Sí, estoy frustrada. Sí, este tira y afloja me está volviendo loca. Pero también sé que cuando finalmente suceda, cuando Adriano y yo volvamos a estar juntos, será increíble.

Porque a pesar de todo, a pesar de la frustración y el deseo no satisfecho, soy feliz. Tengo todo lo que siempre he querido y más.

Así que puedo esperar. Puedo jugar a este juego de seducción un poco más. Porque al final, sé que valdrá la pena.

Y quién sabe, tal vez pueda empujar un poco las cosas para que finalmente ceda. Un plan comienza a trazarse en mi cabeza. Con ese pensamiento en mente, entro en mi estudio, lista para sumergirme en el mundo de la psicología y olvidar, al menos por unas horas, el deseo que arde en mi interior.

ADRIANO

El sudor me corre por la espalda mientras golpeo el saco de boxeo con toda mi fuerza. Uno, dos,

tres golpes. El ritmo constante me ayuda a mantener la mente enfocada, a no pensar en Elena y en lo mucho que deseo subir las escaleras y follarla con pasión.

Llevo días conteniéndome, intentando ser un caballero, darle tiempo para recuperarse. Pero cada vez es más difícil. Cada mirada, cada roce accidental, enciende un fuego en mi interior que amenaza con consumirme.

De repente, escucho la puerta del gimnasio abrirse. Me giro y ahí está ella, como una aparición. Elena, envuelta en una bata de seda, me mira con una intensidad que me deja sin aliento.

—Elena —digo, mi voz ronca por el esfuerzo y el deseo—. ¿Qué haces aquí?

Ella no responde. En su lugar, da un paso adelante y, sin apartar sus ojos de los míos, deja caer la bata al suelo.

El mundo se detiene. Elena está frente a mí, vistiendo solo un conjunto de encaje negro y unas medias con ligero que me hacen perder la razón. Es la visión más erótica que he tenido en mi vida.

—Elena... —intento excusarme, pero las palabras mueren en mi garganta.

Ella se acerca, lentamente, como una depredadora acechando a su presa. Y yo, el temible Adriano Caruso, me siento completamente indefenso ante ella.

—Basta de esperar, Adriano —susurra, su aliento cálido contra mi piel—. Te deseo. Ahora.

Esas palabras son todo lo que necesito para perder el control. En un instante, la tengo entre mis brazos, sus labios contra los míos en un beso apasionado y desesperado. Mis manos recorren su cuerpo, maravillándome de su suavidad, de sus curvas.

La levanto sin esfuerzo, y ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura. La llevo hasta la pared más cercana, presionándola contra ella. Elena gime en mi boca, sus uñas clavándose en mis hombros.

—¿Estás segura de esto? —pregunto, mi voz apenas un gruñido.

—Nunca he estado más segura de nada —responde, sus ojos brillantes de deseo.

Eso es todo lo que necesito oír. Con un movimiento rápido, arranco el delicado encaje que cubre su cuerpo. Elena jadea, sorprendida y excitada por mi brusquedad.

—Te compraré otros cien como este —murmuro contra su cuello, mordisqueando suavemente—. Pero ahora mismo, no puedo soportar que haya nada entre nosotros.

Mis manos recorren sus piernas, acariciando la suave textura de las medias. El contraste entre el nylon y su piel desnuda me vuelve loco. Dejo las medias y el ligero en su lugar, decidiendo que es lo más sexy que he visto jamás.

Elena tira de mi camiseta, y me la quito de un tirón. Sus manos recorren mi pecho, trazando cada músculo, cada tatuaje. La sensación de sus dedos sobre mi piel me hace estremecer.

—Adriano —gime, moviendo sus caderas contra las mías—. Por favor...

No necesito que me lo pida dos veces. Con un movimiento fluido, me deshago de mis pantalones de deporte. Elena aprovecha para liberarse de mi agarre y empujarme hacia atrás.

Por un momento, creo que ha cambiado de opinión, pero entonces veo la mirada de determinación en sus ojos. Se arrodilla frente a mí, y antes de que pueda decir nada, me toma en su boca.

El placer es tan intenso que tengo que apoyarme contra la pared para no caer. Elena es inexperta, pero lo compensa con entusiasmo y dedicación. Sus ojos no se apartan de los míos mientras me lleva al borde del abismo.

Cuando siento que estoy a punto de perder el control, la detengo. La levanto del suelo y la beso con fiereza, saboreándome en sus labios.

—Mi turno —gruño, levantándola y llevándola hasta la colchoneta de ejercicios.

La deposito con cuidado y me arrodillo entre sus piernas. Elena me mira con anticipación, su pecho subiendo y bajando rápidamente. Empiezo a besar su cuello, bajando lentamente por su cuerpo. Me detengo en sus pechos, adorándolos con mis labios y mi lengua hasta que Elena está arqueándose debajo de mí, suplicando por más.

Continúo mi descenso, besando su vientre plano, sus caderas. Cuando finalmente llego a su centro, Elena grita de placer. La devoro como un hombre hambriento, deleitándome en sus gemidos y en la forma en que sus manos se enredan en mi pelo, manteniéndome en mi lugar.

Cuando siento que está al borde del clímax, me detengo. Elena protesta, pero yo sonrío contra su piel.

—Aún no, cariño —murmuro—. Quiero estar dentro de ti cuando llegues.

Me posiciono sobre ella, mirándola a los ojos. —¿Estás lista?

Elena asiente, sus ojos llenos de amor y deseo. —Siempre.

Entro en ella lentamente, saboreando cada centímetro. Elena me recibe con un gemido de placer, sus uñas clavándose en mi espalda. Cuando estoy completamente dentro, me quedo quieto por un momento, disfrutando de la sensación de estar tan íntimamente conectados.

Empiezo a moverme, lento al principio, pero aumentando el ritmo gradualmente. Elena se mueve conmigo, perfectamente sincronizada. Es como si nuestros cuerpos hubieran sido hechos el uno para el otro.

Siento que estoy cerca, pero me niego a terminar antes que ella. Deslizo una mano entre nuestros cuerpos, tocándola justo donde sé que lo necesita. Elena grita mi nombre, sus músculos internos apretándose deliciosamente.

—Eso es, cariño —gruño—. Déjate ir. Quiero verte.

Con un último grito de placer, Elena alcanza el clímax. La visión de su rostro en éxtasis es suficiente para llevarme al borde. Con un gruñido gutural, me uno a ella en el olvido.

Nos quedamos así por un momento, jadeando, nuestros cuerpos entrelazados y cubiertos de sudor. Finalmente, me dejo caer a su lado, atrayéndola hacia mí.

Elena se acurruca contra mi pecho, una sonrisa satisfecha en sus labios. No puedo evitar que se

me escape una carcajada.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta, sus dedos trazando patrones en mi pecho.

—Tú —respondo, besando su frente—. ¿Ya estás satisfecha? Has conseguido quebrarme.

Ella sonríe, esa sonrisa que ilumina toda la habitación. —Por ahora —dice con un brillo travieso en sus ojos.

La atraigo más cerca, inhalando su aroma. —Eres mi perdición, ¿lo sabes?

Elena se incorpora sobre un codo, mirándome con seriedad. —¿Te arrepientes?

Niego con la cabeza, acariciando su mejilla. —Nunca.

Ella sonríe de nuevo y se inclina para besarme. Y mientras la beso de vuelta, pienso en lo afortunado que soy.

Incluso si eso significa sucumbir a sus encantos cada vez que me mira con esos ojos llenos de deseo. Después de todo, hay peores formas de perder el control.

CAPÍTULO 26

ELENA

Los días se funden en semanas, y nuestra vida juntos adquiere un ritmo propio, intenso y apasionado como el latido de un corazón acelerado.

Las mañanas comienzan con el roce de los labios de Adriano en mi piel. A veces, ese simple gesto enciende un fuego que nos consume a ambos, y acabamos llegando tarde al desayuno. La mirada burlona de Alessandro ya no me incomoda; ahora le devuelvo una sonrisa satisfecha que lo deja sin palabras.

Después del desayuno, mientras Adriano se sumerge en sus negocios, yo me dirijo a mi oficina, contigua a la suya. El espacio, diseñado específicamente para mis estudios, se ha convertido en mi santuario. Los libros de psicología se amontonan en mi escritorio, testigos silenciosos de mis ambiciones. A veces, Adriano entra sin avisar, sus ojos oscurecidos por el deseo, y mis estudios quedan olvidados mientras nos perdemos el uno en el otro.

Las tardes son un torbellino de actividad. Mia llena la mansión con su energía inagotable. Me sorprendo participando en sus juegos, disfrutando de estos momentos de normalidad en medio de nuestro mundo tan poco convencional. Adriano nos observa desde la puerta de su despacho, una sonrisa enigmática en sus labios que promete noches de pasión.

Las cenas son un asunto familiar cargado de tensión. Algunas veces, sus capitanes se unen, y la mesa se convierte en un campo de batalla verbal. Discusiones sobre territorios, alianzas y venganzas se mezclan con anécdotas y amenazas veladas. Observo fascinada cómo Adriano maneja estas situaciones, su autoridad indiscutible emanando de cada poro de su piel. Esa demostración de poder hace que mi deseo por él se intensifique.

Pero son las noches las que más anhelo. No importa la hora a la que Adriano llegue a casa, siempre encuentra el camino hacia nuestro dormitorio. A veces llega tarde, con las manos manchadas de sangre y los ojos llenos de una furia apenas contenida. Otras veces, llega temprano, con una sonrisa depredadora que promete horas de placer.

Una noche, mientras yacemos enredados en las sábanas, le pregunto sobre su día. Él me mira, evaluando mi reacción.

—Tuve que eliminar a un traidor —dice sin rodeos, sus ojos fijos en los míos.

No me escandalizo. Crecí en este mundo, sé lo que implica. Lo único que quiero es ayudarlo a calmarse.

Es en momentos como este cuando me doy cuenta de lo mucho que he cambiado. Ya no soy la misma que llegó aquí meses atrás. Ahora soy la mujer de Adriano Caruso, y abrazo cada aspecto de esta vida con fervor.

Los fines de semana son diferentes. A veces, Adriano me sorprende con escapadas llenas de lujo y peligro. Una noche en un casino clandestino, una carrera de coches ilegal en las afueras de Nueva York. Me lleva a lugares exclusivos donde el poder y el dinero fluyen como el champán, y yo me muevo en su mundo como si siempre hubiera pertenecido a él.

Una tarde de domingo, mientras observamos a Mia practicar piano bajo la supervisión de su profesora, Adriano me mira con intensidad.

—¿Te arrepientes de algo, Elena? —pregunta, su voz cargada de una emoción que no logro descifrar.

La pregunta me sorprende, pero mi respuesta es inmediata. —Solo me arrepiento de no haberte conocido antes —respondo, mis ojos fijos en los suyos.

Él sonríe, esa sonrisa que hace que mi cuerpo se encienda. —Bien —dice, su mano deslizándose por mi espalda de forma sugerente—. Porque planeo pasar el resto de mi vida haciéndote mía.

Y mientras me besa con una pasión que amenaza con consumirnos a ambos, sé que no cambiaría esta vida por nada del mundo. Porque a pesar de los peligros, a pesar de la violencia y la muerte que nos rodean, he encontrado mi lugar. Junto a Adriano, en el corazón de este imperio construido sobre sangre y poder.

Y cada noche, cuando Adriano me toma con pasión, sé que he encontrado mi destino.

CAPÍTULO 27

ADRIANO

Llevo semanas preguntándome cuando se iba a ir mi vida a la mierda. Un hombre como yo sabe que no es posible tanta felicidad. Que lo que me hace sentir Elena no es normal. Que no es posible acariciar el cielo con los dedos, que para la gente como yo está vetado, pero no pensaba que el destino podría ser tan jodidamente cruel.

La fiesta en casa de Vittorio, uno de mis capos más leales, está en pleno apogeo. El champán corre como si fuera agua y las risas resuenan por toda la mansión. Elena está radiante, como siempre. Su vestido rojo la hace destacar entre la multitud y no puedo evitar que mis ojos la sigan allá donde va.

—Joder, hermano, deja de babear —se burla Alessandro, dándome un codazo—. Pareces un puto adolescente.

Le fulmino con la mirada, pero no puedo negar que tiene razón. Esta mujer me tiene completamente hechizado.

—Cierra el pico, Alessandro —gruño, aunque sin verdadera malicia—. Y ve a hacer algo útil, como vigilar que nadie intente nada estúpido esta noche.

Mi hermano suelta una carcajada antes de alejarse, mezclándose entre la multitud con la gracia de un depredador. Le veo acercarse a un grupo de mujeres que inmediatamente empiezan a revolotear a su alrededor. Típico de Alessandro.

Dirijo mi atención de nuevo hacia Elena. Está charlando animadamente con la esposa de Vittorio, una mujer entrada en años, pero con una lengua afilada como un cuchillo. Me sorprende ver cómo Elena maneja la conversación con una facilidad que muchos de mis hombres envidiarían. Sabe muy bien moverse en este mundo.

Enzo se acerca a mí, su expresión seria como siempre. —Todo en orden, jefe —murmura, lo suficientemente bajo para que solo yo le oiga—. Los hombres están en posición y no hay señales de problemas.

Asiento, agradecido por su eficiencia. —Bien. Mantén los ojos abiertos. No quiero sorpresas esta noche.

—Nunca las queremos —responde Enzo con una media sonrisa—. Pero siempre aparecen, ¿no? No puedo evitar devolverle la sonrisa. Enzo me conoce demasiado bien.

Me abro paso entre la multitud, saludando a algunos invitados con un gesto de cabeza. Finalmente, llego hasta Elena. Ella me recibe con una sonrisa que ilumina toda la maldita habitación.

—Adriano —dice, su voz suave pero con un toque de diversión—. Empezaba a pensar que te habías olvidado de mí.

—Imposible —respondo, rodeando su cintura con mi brazo—. Eres lo único que veo en esta habitación. En este puto mundo.

Veo cómo sus mejillas se tiñen de rojo, y siento una punzada de orgullo al saber que aún puedo provocar esa reacción en ella.

La esposa de Vittorio nos mira con una mezcla de curiosidad y aprobación. —Hacéis una pareja encantadora —comenta—. Es refrescante ver algo de amor genuino en este mundo tan... complicado.

Elena le agradece el cumplido con gracia, pero yo me quedo helado por un momento. ¿Cómo se ha podido dar cuenta de que la amo con solo vernos juntos durante un instante? Si ella puede verlo cualquiera podrá. Joder. Antes de que pueda reflexionar más sobre ello, noto cómo Elena se tambalea ligeramente a mi lado.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupado.

Ella asiente, pero su rostro ha perdido color. —Sí, solo... me siento un poco mareada. Quizás es el champán.

Justo cuando estoy a punto de sugerir que salgamos a tomar el aire, veo cómo sus ojos se ponen en blanco. Su copa cae al suelo, haciéndose añicos. Antes de que pueda reaccionar, ella se desploma en mis brazos.

—¡Elena! —grito, sosteniéndola contra mi pecho.

La fiesta se detiene en seco. Todos los ojos están sobre nosotros, pero no me importa una mierda. Lo único que me importa es la mujer inconsciente en mis brazos.

Enzo llega a mi lado en un instante, examinando a Elena con ojo crítico. Le veo olfatear cerca de su boca y luego maldecir por lo bajo.

—Veneno —dice, su voz tensa—. Alguien la ha envenenado, Adriano.

Jamás he sentido tanto pánico como en este momento.

La rabia y el miedo me ciegan. Quiero destrozarme este lugar, torturar a cada persona presente hasta encontrar al culpable. Pero Elena me necesita ahora.

—Llama al Dr. Rossi —ordeno, mi voz cortante como el acero—. Dile que necesito que cure a mi mujer o su familia pagará las consecuencias.

Aprieto a Elena contra mi pecho, queriendo protegerla del mundo. Joder. Me siento tan impotente.

—El doctor dice que llevemos a Elena al hospital del centro, que él nos encontrará allí.

Alessandro aparece de la nada, su expresión seria por primera vez en la noche. —¿Qué necesitas que haga?

—Cierra este lugar —gruño, cargando a Elena en mis brazos—. Nadie sale hasta que yo lo diga. Y encuentra al hijo de puta que ha hecho esto.

Sin esperar respuesta, me dirijo hacia la salida. Puedo sentir las miradas de todos sobre mí, una

mezcla de miedo y curiosidad. Pero me da lo mismo. Solo puedo centrarme en mi mujer. En asegurarme de que está bien.

El SUV ya está en marcha cuando salgo. Me siento en la parte trasera, sosteniendo a Elena contra mi pecho. Su respiración es débil, irregular.

—Vamos, preciosa —susurro, acariciando su rostro—. No me hagas esto. No te atrevas a dejarme.

Las calles de Nueva York pasan en un borrón. Enzo conduce como un loco, saltándose cada semáforo en rojo. No me importa una mierda. Lo único que me importa es la mujer que tengo en mis brazos.

—Elena, por favor —suplico, sintiendo cómo el miedo me corroe por dentro—. No puedes abandonarme. No ahora. No cuando por fin...

Las palabras se me atorán en la garganta. Nunca he sido bueno expresando mis sentimientos, pero ahora... ahora podría ser mi última oportunidad.

—Te amo —susurro contra su pelo—. ¿Me oyes, Elena? Te amo. No sabía que podía sentir algo así. Pero te amo, y si te mueres, yo...

No puedo terminar la frase. La idea de perderla es demasiado dolorosa para siquiera contemplarla.

—Tienes que vivir, ¿me oyes? —continúo, mi voz quebrada—. Tienes que vivir para seguir desafiándome, para seguir sorprendiéndome cada día. Para terminar esa maldita carrera que tanto te apasiona y demostrarles a todos que tenías razón. Tienes que vivir, Elena. Porque sin ti, yo...

El coche frena de golpe frente a la entrada de la clínica privada donde el Dr. Rossi nos espera. En cuestión de segundos, el médico y su equipo nos rodean, colocando a Elena en una camilla.

—¿Qué tipo de veneno? —pregunta Rossi mientras corren hacia el interior del edificio.

—No lo sabemos —responde Enzo—. Pero actuó rápido. En menos de un minuto estaba inconsciente.

Rossi asiente, su mente ya trabajando en posibles tratamientos. —Haremos todo lo posible, Don Caruso —dice antes de desaparecer tras las puertas de urgencias.

Me quedo de pie, inmóvil, sintiéndome más impotente que nunca en mi vida. Enzo está a mi lado, esperando órdenes.

—Encuentra al hijo de puta que ha hecho esto —le repito lo mismo que a mi hermano, mi voz fría como el hielo—. Y cuando lo hagas, tráemelo vivo. Quiero encargarme personalmente de él.

Asiente y se marcha, dejándome solo con mis pensamientos. Con el miedo. Con la culpa.

Entro en la clínica, preparándome para la espera más larga de mi vida. Y por primera vez en años, hago algo que creía haber olvidado.

Rezo.

Rezo por Elena. Por su vida. Por la oportunidad de decirle a la cara lo que acabo de confesarle mientras estaba inconsciente. Rezo, sabiendo que un hombre como yo no merece ser escuchado,

pero esperando que, por una vez, el destino sea misericordioso. Porque Elena sí que merece la pena. Ella merece ser salvada.

Porque sin Elena, ya no sé quién soy. Y eso me aterra más que cualquier enemigo al que me haya enfrentado jamás.

ELENA

La oscuridad me envuelve, densa y asfixiante. Intento moverme, pero mi cuerpo no responde. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

De repente, fogonazos de recuerdos atraviesan mi mente como relámpagos en una noche tormentosa.

La fiesta. El vestido rojo. Las risas. El champán burbujeando en mi copa.

Y luego... el mareo. El sabor amargo en mi boca. El suelo acercándose peligrosamente a mi cara.

Adriano. Sus brazos fuertes sosteniéndome. Su voz, normalmente tan segura, teñida de pánico.

«Elena, por favor. No me dejes.»

Otro destello. Estoy en un coche. El rugido del motor. Las luces de la ciudad pasando a toda velocidad.

Y Adriano. Siempre Adriano.

«Te amo. ¿Me oyes, Elena? Te amo.»

¿Lo ha dicho de verdad? ¿O es mi mente jugándome una mala pasada?

Intento abrir los ojos, luchar contra la pesadez que me mantiene cautiva. Poco a poco, la luz se filtra entre mis párpados.

Lo primero que veo es blanco. Un techo blanco, paredes blancas. El olor a antiséptico me golpea. Estoy en un hospital.

Giro la cabeza lentamente y lo veo. Adriano está sentado en una silla junto a mi cama, con la cabeza entre las manos. Nunca le había visto así. Su pelo, siempre perfectamente peinado, está revuelto como si hubiera pasado horas pasándose los dedos por él. Su traje, normalmente impecable, está arrugado y desaliñado. Parece... vulnerable.

Intento hablar, pero mi garganta está seca. Solo consigo emitir un débil gemido.

Es suficiente. Adriano levanta la cabeza de golpe, sus ojos se clavan en los míos. Por un momento, veo algo que nunca creí posible en el temido Don Caruso: miedo. Puro y descarnado miedo.

—Elena —susurra, y en ese momento suena como una plegaria.

Se levanta de un salto, acercándose a la cama. Sus manos, esas manos que matan sin titubear, tiemblan ligeramente cuando acarician mi rostro.

—Enzo —grita de repente, sin apartar la mirada de mí—. ¡Ve a buscar al médico! ¡Ahora!

Ni siquiera me había dado cuenta de que Enzo estaba en la habitación. Lo veo salir corriendo por el rabillo del ojo

—Adriano —consigo decir, mi voz ronca—. ¿Qué...?

—Shhh —me silencia suavemente—. No hables, cariño. Estás a salvo. Te han envenenado, pero estás a salvo ahora.

¿Envenenado? La palabra resuena en mi cabeza, pero antes de que pueda procesarla, el médico entra en la habitación.

—Señora Caruso, qué alegría verla despierta —dice, acercándose a la cama.

Adriano se aparta a regañadientes, pero no se aleja demasiado. Sus ojos no me abandonan ni un segundo mientras el médico me examina.

—¿Cómo te sientes? —pregunta el doctor—. ¿Algún dolor? ¿Mareos?

—Estoy... bien —respondo, sorprendida de que sea verdad—. Un poco cansada, pero bien.

El médico asiente, satisfecho. —Es normal. El veneno fue neutralizado a tiempo, pero tu cuerpo ha pasado por mucho estrés.

Veo cómo revisa unos papeles en su tablilla, frunciendo ligeramente el ceño antes de sonreír.

—Bueno, tengo que decir que han sido muy afortunados —comenta, mirándome primero a mí y luego a Adriano—. No solo hemos conseguido contrarrestar el veneno, sino que además el bebé está perfectamente bien.

El silencio que sigue a esas palabras es ensordecedor. Siento como si el tiempo se detuviera. ¿Bebé? ¿Qué bebé?

Miro a Adriano, que parece haberse convertido en una estatua. Su rostro, normalmente imperturbable, es ahora un libro abierto de emociones: sorpresa, confusión, y algo más que no logro descifrar.

—¿Qué bebé? —pregunta finalmente, su voz apenas un susurro.

El médico parece tan sorprendido como nosotros. Mira a Adriano y luego a mí, la confusión evidente en su rostro.

—¿No lo sabían? —pregunta, parpadeando rápidamente—. Oh, vaya. Lo siento, asumí que... Bueno, en ese caso, supongo que tengo que darles la noticia. Señora Caruso, está embarazada de aproximadamente seis semanas.

El pitido constante de las máquinas es lo único que rompe el silencio que sigue a esa declaración. Siento como si el mundo entero se hubiera detenido. Embarazada. Estoy embarazada.

Miro a Adriano, buscando alguna reacción en su rostro. Está pálido, sus ojos fijos en mí con una intensidad que me quita el aliento. Veo cómo su pecho sube y baja rápidamente, como si le costara respirar.

—Un bebé —murmura finalmente, y por primera vez desde que le conozco, parece completamente perdido.

El médico, claramente incómodo por haber soltado la bomba de esta manera, se aclara la garganta.

—Les daré un momento —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. Volveré más tarde para hacer algunas pruebas adicionales.

Cuando la puerta se cierra tras él, el silencio se vuelve casi tangible. Adriano y yo nos miramos, ambos tratando de procesar esta nueva realidad.

—Adriano —empiezo a decir, pero él me interrumpe. Se gira hacia su amigo.

—Trae de nuevo al doctor, Enzo—ordena fuera de sí.

Y yo me asusto. ¿Qué es lo que está pasando?

CAPÍTULO 28

ADRIANO

El tiempo se detiene. Las palabras del médico resuenan en mi cabeza como un eco distante: «El bebé está perfectamente bien».

—¿Qué bebé? —escucho mi propia voz preguntar, aunque suena lejana, como si perteneciera a otra persona.

El mundo a mi alrededor se vuelve borroso, irreal. Solo puedo enfocarme en Elena, en su rostro pálido, en sus ojos abiertos de par en par.

El médico sigue hablando, pero sus palabras me llegan como a través de un túnel. «Embarazada... seis semanas...»

De repente, una ola de emociones me golpea con la fuerza de un tsunami. Miedo. Alegría. Pánico. Todo mezclado en un torbellino que amenaza con ahogarme.

Siento la necesidad de envolver a Elena en una burbuja protectora. Matar a cualquiera que la mire. Romper cada superficie que pueda dañarla. El instinto de protección es tan fuerte que me deja sin aliento.

Un bebé. Mi bebé. Nuestro bebé.

El pánico se apodera de mí. ¿Y si los pierdo? ¿Y si no puedo protegerlos? Me siento impotente, vulnerable. No puedo proteger a un ser tan pequeño y frágil. A un ser que está dentro de ella.

El médico dice algo sobre volver más tarde y se dirige hacia la puerta. No. No puede irse. Necesito saber que están bien. Necesito verlo con mis propios ojos.

—¡Enzo! —grito, mi voz ronca por la emoción contenida—. Trae de vuelta al médico. ¡Ahora!

Enzo, siempre eficiente, sale disparado de la habitación. Puedo escuchar sus pasos apresurados por el pasillo.

Me giro hacia Elena, que me mira con una mezcla de confusión y preocupación. Intento hablar, decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se me atorán en la garganta. ¿Cómo puedo expresar este torbellino de emociones que me consume?

—Adriano —dice ella suavemente, extendiendo su mano hacia mí.

Tomo su mano entre las mías, sorprendido de lo mucho que tiemblo. Yo, Adriano Caruso, el hombre que ha enfrentado a la muerte más veces de las que puede contar, está temblando como un niño asustado.

El sonido de pasos apresurados me alerta del regreso de Enzo con el médico. Me levanto de un salto, mi mano instintivamente buscando mi arma.

El médico entra, visiblemente nervioso. —¿Ocurre algo, Don Caruso?

—Necesito que le hagas una ecografía —ordeno, mi voz fría y peligrosa—. Ahora.

El médico palidece, pero asiente. —Por supuesto. Llamaré a una enfermera para que traiga el material.

Los minutos que tarda en llegar el equipo de ecografía se sienten como horas. No puedo quedarme quieto. Camino de un lado a otro de la habitación, mis ojos constantemente volviendo a Elena, como si temiera que pudiera desaparecer si aparto la mirada demasiado tiempo.

Finalmente, la enfermera llega con la máquina. El médico comienza a preparar todo, sus movimientos cuidadosos pero rápidos, consciente de mi mirada penetrante.

—Esto puede estar un poco frío —advierte a Elena mientras aplica el gel en su vientre.

Observo cada movimiento, cada gesto. Mi cuerpo está tenso, listo para saltar a la menor señal de peligro. Sé que es irracional, que el médico está aquí para ayudar, pero no puedo evitarlo. El instinto de protección es demasiado fuerte.

El zumbido de la máquina llena la habitación. El médico mueve el transductor sobre el vientre de Elena, sus ojos fijos en la pantalla. Contengo la respiración, esperando.

Y entonces lo escucho.

El sonido más hermoso que he oído jamás. Un latido rápido, fuerte. El corazón de mi hijo.

Mis ojos están clavados en la pantalla, en esa pequeña mancha que es mi hijo. Nuestro hijo.

—Ahí está —dice el médico, señalando un punto en la pantalla—. Es pequeño, pero todo parece estar en orden. El latido es fuerte y regular.

Me acerco maravillado a Elena y la abrazo, con cuidado de no lastimarla. Mi mano se posa suavemente sobre su vientre.

—Os protegeré —susurro, mi voz cargada de emoción—. Quemaré Nueva York hasta los cimientos si es necesario para mantenerlos a salvo. Mataré a toda mi organización con mis propias manos si eso significa que nadie podrá hacernos daño.

Amo a Elena. Amo a este bebé que aún no conozco.

El médico y la enfermera se retiran discretamente, dejándonos solos. Enzo se queda en la puerta, vigilante como siempre.

—Adriano —dice Elena suavemente, su mano acariciando mi mejilla—. Estamos bien. Los dos estamos bien.

Asiento, incapaz de formar palabras. La abrazo más fuerte, inhalando su aroma, dejando que su presencia calme el torbellino en mi interior.

—Te amo —susurro contra su pelo—. Te amo a ti y a nuestro bebé. Y que Dios se apiade de cualquiera que intente amenazarlos.

Elena se aparta ligeramente, sus ojos buscando los míos. Veo miedo en ellos, sí, pero también veo amor. Y esperanza.

—También te amo —dice, su voz firme a pesar de las lágrimas que brillan en sus ojos—. Y sé que nos mantendrás a salvo. Pero Adriano, prométeme que no harás nada imprudente. Nuestro bebé

necesita a su padre.

Sus palabras me golpean con fuerza. Padre. Voy a ser padre. La realidad de la situación me abruma una vez más.

—Lo prometo —digo, y lo digo en serio. Por Elena, por nuestro bebé, intentaré ser mejor. Ser el hombre que merecen.

Y mientras sostengo a Elena en mis brazos, mi mano protectoramente sobre su vientre donde crece nuestro hijo, hago una promesa silenciosa.

Haré lo que sea necesario para protegerlos. Para mantenerlos a salvo. Para darles el mundo que merecen.

Tengo mi propia familia.

Y que Dios ayude a cualquiera que intente quitármela.

ELENA

Miro a Adriano, conteniendo la respiración. Su rostro, normalmente impasible, es ahora un lienzo de emociones. Veo sorpresa, confusión y... ¿miedo? Mi corazón se encoge. ¿Es posible que no quiera este bebé?

Los segundos se arrastran como horas mientras observo a Adriano procesar la noticia. Su mirada vaga por la habitación, sin enfocarse en nada en particular. Sus manos, siempre firmes y seguras, tiemblan ligeramente. Nunca lo había visto así, tan vulnerable, tan... humano.

El médico sale de la habitación, dejándonos solos con la noticia. El silencio se vuelve casi tangible. Quiero decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se me atorán en la garganta. ¿Cómo reaccionará Adriano? ¿Qué significará esto para nosotros?

De repente, Adriano se mueve. Grita el nombre de Enzo, ordenándole que traiga de vuelta al médico. Su voz suena ronca, cargada de una emoción que no logro identificar. Y entonces lo veo. No es rechazo lo que veo en sus ojos. Es pánico. Puro y descarnado pánico.

La realización me golpea como una ola: tiene miedo. Miedo de perdernos. A mí y al bebé.

Los minutos siguientes pasan en un borrón. Adriano prácticamente acorrala al médico cuando regresa, exigiendo una ecografía. Su comportamiento rayaría en lo maniático si no fuera por la desesperación que veo en sus ojos. Quiere pruebas, necesita saber que estamos bien.

Y entonces, el latido rápido y fuerte de nuestro bebé.

La transformación en Adriano es instantánea y asombrosa. Toda la tensión, todo el miedo que lo ha mantenido rígido como una estatua, se desvanece en un instante. Sus ojos fijos en la pantalla donde se ve la pequeña mancha que es nuestro hijo.

El resto del día pasa en un torbellino de emociones. Pruebas, revisiones, instrucciones del médico. Adriano no se aparta de mi lado ni un momento, sus ojos constantemente vigilantes, su mano

protectora sobre mi vientre.

Cuando por fin nos dan el alta, Adriano me levanta en sus brazos como si no pesara nada. En cualquier otro momento, protestaría. Pero ahora, me siento segura. Protegida.

El viaje en coche es silencioso, pero no incómodo. Adriano me mantiene cerca. Su mirada se desvía constantemente hacia mí, como si temiera que pudiera desaparecer si aparta la vista demasiado tiempo.

Observo su perfil, maravillándome ante el cambio que ha sufrido en tan poco tiempo. Siempre ha sido protector conmigo, sí, pero esto es diferente. Hay una suavidad en sus ojos, una vulnerabilidad que nunca antes había visto.

Cuando llegamos a casa, vuelve a levantarme en brazos, llevándome directamente a nuestra habitación. Me tumba suavemente en la cama y se acuesta a mi lado, envolviéndome en sus brazos.

Cierro los ojos, sintiéndome más segura y amada que nunca. El calor de su cuerpo, el ritmo constante de su corazón contra mi espalda, me arrullan hacia el sueño.

Y mientras la consciencia se desvanece, no puedo evitar sonreír. Porque a pesar de todos los peligros, de todas las amenazas que nos rodean, sé una cosa con certeza: Adriano Caruso nos ama. A mí y a nuestro bebé.

La vida que llevamos no es fácil. Es peligrosa como bien se ha demostrado. Pero en este momento, aquí en los brazos del hombre que amo, con nuestro hijo creciendo dentro de mí, me siento invencible.

Mañana tendremos que enfrentar la realidad. Han intentado matarme. Mañana tendremos que planear, prepararnos, protegernos. Pero por ahora, en la quietud de nuestra habitación, con Adriano velando nuestro sueño, me permito simplemente ser. Ser feliz. Ser amada. Ser una futura madre.

Y eso, decido mientras el sueño me reclama, es más que suficiente.

CAPÍTULO 29

ELENA

Me despierto sobresaltada, el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Por un momento, me siento desorientada. ¿Dónde estoy? Entonces los recuerdos del día anterior me golpean: el hospital, la noticia del embarazo, Adriano...

Un estruendo proveniente del pasillo me saca de mis pensamientos. Me incorporo en la cama, alerta. ¿Qué está pasando?

Con cuidado, me levanto y me acerco a la puerta. La abro lentamente, asomándome al pasillo. Lo que veo me deja sin aliento.

Adriano está como poseído, moviéndose frenéticamente por la casa. Le veo cubrir los bordes afilados de los muebles con algún tipo de material acolchado, retirar objetos pesados de las estanterías, incluso parece estar instalando algún tipo de sistema de seguridad en las ventanas.

Nunca lo había visto así. Su rostro, normalmente controlado y seguro, está contraído en una mueca de concentración y... ¿miedo? Sus movimientos son rápidos, casi erráticos, tan diferentes de su habitual gracia depredadora.

Enzo está a su lado, siguiéndole de cerca, su rostro una máscara de preocupación. —Jefe, tienes que calmarte —le escucho decir—. Esto no es...

—¡Cállate! —ruge Adriano, sin dejar de trabajar—. No lo entiendes. Tengo que protegerlos. Tengo que asegurarme de que estén a salvo.

Su voz suena diferente, cargada de una emoción que nunca antes había escuchado en él. Es casi... desesperación.

Salgo completamente de la habitación, atrayendo su atención. Adriano se gira hacia mí, sus ojos salvajes y llenos de una emoción que no logro descifrar. Por un momento, casi no lo reconozco. Este no es el Adriano Caruso que conozco, el hombre frío y calculador que domina el bajo mundo de Nueva York. Este es un hombre asustado, un hombre que teme perder lo que ama.

—Elena —dice, acercándose rápidamente—. ¿Qué haces levantada? Deberías estar descansando.

Su tono es urgente, casi frenético. Puedo ver cómo sus ojos recorren mi cuerpo, buscando cualquier señal de malestar o peligro.

—Adriano, ¿qué está pasando? —pregunto, mi voz suave pero firme.

Él mira a su alrededor, como si de repente se diera cuenta de lo que ha estado haciendo. La confusión cruza su rostro por un momento, seguida rápidamente por determinación. —Yo... estoy asegurando la casa. Para ti. Para el bebé.

Enzo aprovecha el momento para intervenir. —Jefe, tenemos que hablar de lo que pasó ayer en la fiesta. Alguien intentó matar a Elena. Van a por ti, quieren hacerte daño. Tenemos que...

—¡No! —grita Adriano, su rostro contorsionándose de rabia—. No permitiré que nadie les haga daño. Nadie.

Su voz resuena en el pasillo, cargada de una furia que hace que un escalofrío recorra mi espalda. Por un momento, veo al Adriano que todos temen, al hombre capaz de cualquier cosa por proteger lo suyo.

Me acerco a él, tomando su rostro entre mis manos. Su piel está caliente al tacto, puedo sentir la tensión en cada músculo de su cuerpo. —Adriano, mírame. Estamos bien. Estamos a salvo aquí.

Sus ojos se encuentran con los míos, y veo el miedo en ellos. El pánico. Es una mirada que nunca esperé ver en el rostro de Adriano Caruso. —No lo entiendes, Elena. Casi te pierdo. A ti y al bebé. No puedo...

Su voz se quiebra ligeramente al final, y siento cómo mi corazón se encoge. Este hombre, tan fuerte, tan poderoso, está aterrorizado.

—Lo sé —digo suavemente, acariciando su mejilla con mi pulgar—. Pero esta no es la solución. Tenemos que enfrentar la realidad juntos.

Puedo sentir cómo se relaja ligeramente bajo mi toque, pero la tensión no abandona completamente su cuerpo.

Enzo se acerca, su voz calmada pero urgente. —Jefe, tenemos que pensar con claridad. Quien sea que esté detrás de esto, no se detendrá. Tenemos que actuar.

Veo cómo Adriano lucha consigo mismo, el instinto de protección luchando contra la necesidad de tomar acción. Es una batalla que nunca antes había visto en él, y me doy cuenta de cuánto ha cambiado desde que supo del embarazo.

—¿Y qué propones? —gruñe Adriano, sin apartar sus ojos de mí.

Enzo duda un momento antes de hablar. Puedo ver la lucha en su rostro, sabe que lo que está a punto de decir no será bien recibido. —Podríamos... podríamos usar a Elena como cebo. Exponerla para sacar al traidor de su escondite.

El silencio que sigue a sus palabras es ensordecedor. Puedo sentir la tensión en el aire, espesa, casi tangible. Adriano se ha quedado completamente inmóvil, sus ojos fijos en Enzo. Por un momento, temo por la vida de Enzo.

Contengo la respiración, esperando la explosión que sé que está por venir. Porque conozco a Adriano, sé lo protector que es, lo lejos que está dispuesto a llegar para mantenerme a salvo. Y sé que la mera sugerencia de usarme como cebo es suficiente para desatar su furia.

ADRIANO

La sugerencia de Enzo hace que la rabia explote dentro de mí como un volcán en erupción. Me giro hacia él, mis puños tan apretados que siento cómo las uñas se me clavan en las palmas. Lucho por

controlarme, pero es como intentar contener un tsunami con las manos desnudas.

—¿Cómo cojones te atreves siquiera a sugerir algo así? —gruño, mi voz tan cargada de furia que apenas la reconozco como mía.

Enzo retrocede, levantando las manos en señal de rendición. Su cara, normalmente impasible, muestra un atisbo de miedo. Bien, que tenga miedo. Que todos lo tengan.

—Adriano, solo estaba...

—¡No! —rujo, avanzando hacia él como un depredador acechando a su presa—. ¡Cierra la puta boca! Elena no es un peón en este juego de mierda. ¡Es mi esposa! ¡La madre de mi hijo, joder!

Estoy tan cerca de Enzo que puedo oler su colonia. Quiero golpearlo, descargar toda esta rabia y frustración sobre él. Mis músculos se tensan, preparándose para el ataque.

—Adriano —la voz de Enzo suena firme—. Sabes que solo quiero lo mejor para ti, para todos nosotros. Somos familia, ¿recuerdas?

Sus palabras deberían calmarme, pero solo avivan el fuego que arde en mi interior. Antes de que pueda pensar, mi puño vuela directo a su cara. Conecto con su mandíbula con un crujido satisfactorio. Enzo trastabilla hacia atrás, sorprendido por el golpe. Y sigo golpeándolo sin parar hasta que algo de la tensión se me alivia.

—¡Eso es por sugerir usar a mi mujer como cebo, cabrón! —grito, la adrenalina corriendo por mis venas.

Cuando termino de descargarme, Enzo se frota la mandíbula, un hilo de sangre corriendo por la comisura de su boca. Me mira con una mezcla de dolor y comprensión que me revuelve el estómago. Sabe que acabo de desahogarme con él. Joder, ¿por qué tiene que entenderme tan bien?

—Me lo merezco —dice, limpiándose con el dorso de la mano la sangre—. Pero sabes que tengo razón, Adriano. Estamos en una situación de mierda y necesitamos todas las opciones sobre la mesa.

Levanto el puño de nuevo, listo para golpearlo otra vez, pero una mano delicada me detiene. Elena. Mierda, casi me había olvidado de que estaba aquí.

—Adriano, basta —su voz es suave pero firme, como una caricia de acero—. Esto no soluciona nada.

Me giro para mirarla, encontrando sus ojos llenos de determinación.

—Elena —empiezo, pero ella me corta con un gesto.

—Escúchame —dice con voz firme, pero cargada de emoción—. Entiendo tu miedo. Yo también lo tengo. Pero quiero ayudar. Quiero que cuando nuestro hijo nazca y viva en un mundo seguro. Necesitamos descubrir quién nos está amenazando.

Sus palabras me golpean con la fuerza de un tren de mercancías. La miro, maravillado por su coraje, por su fuerza. Esta mujer, esta guerrera que lleva a mi hijo en su vientre, me deja sin aliento.

—No tengo miedo —continúa, su voz ganando intensidad—, porque sé que no permitirás que nada nos haga daño.

Siento cómo la tensión abandona mi cuerpo como si me hubieran quitado un peso de encima. Miro a Enzo, que se examina la mandíbula como si quisiera asegurarse de que no se la he roto, y luego a Elena. Joder, ¿cómo he llegado a este punto?

—Lo siento, joder —murmuro a Enzo, la culpa mezclándose con la rabia residual.

Enzo asiente, una pequeña sonrisa formándose en sus labios ensangrentados. —No pasa nada, Adriano. Me lo merecía y entiendo que lo necesitabas. Así como yo necesito que comprendas que hay que encontrar a quien está queriendo joderte.

Tiene razón, joder. Odio que la tenga, pero lo hace.

—Todo va a estar bien —asegura Elena.

Su comentario logra arrancarme una carcajada ronca. Miro a mi mujer y la abrazo, inhalando su aroma a vainilla y jazmín, dejando que su presencia calme la tormenta en mi interior.

—Tienes razón —murmuro contra su pelo, mi voz ronca por la emoción—. Te protegeré. Os protegeré a ambos, aunque sea lo último que haga en esta puta vida.

Nos quedamos así por un momento, abrazados, el mundo exterior desapareciendo como si no existiera nada más allá de nosotros dos. Siento la mirada de Enzo sobre nosotros, pero no me importa. En este momento, solo existimos Elena y yo.

—Voy a llevarme a mi mujer —anuncio, sin soltar a Elena—. Enzo, ocúpate de todo por hoy. Y ponte hielo en esa mandíbula, joder.

Enzo asiente, una mezcla de diversión y resignación en su mirada. —Como digas, jefe. Cuida de ella.

Sin decir una palabra más, tomo a Elena en mis brazos y la llevo de vuelta a nuestra habitación. Necesito estar a solas con ella.

Una vez en la habitación, cierro la puerta de una patada y la apoyo contra la pared. Mis labios encuentran los suyos en un beso hambriento, desesperado. Mis manos recorren su cuerpo con necesidad.

Elena responde con igual fervor, sus dedos enredándose en mi pelo, tirando con fuerza. El dolor mezclado con el placer me vuelve loco.

—Te necesito —gruño contra su cuello, mordiendo y lamiendo—. Joder, Elena, te necesito ahora.

—Soy tuya —jadea ella, arqueando su cuerpo contra el mío—. Siempre tuya, Adriano.

La ropa desaparece en un frenesí de manos y besos. Caemos en la cama, nuestros cuerpos entrelazados como si quisieran fundirse en uno solo. La penetro con fuerza, sin gentileza, y ella me recibe con un gemido que me pone la piel de gallina.

Nos movemos en perfecta sincronía, el sudor perlando nuestros cuerpos. Cada embestida es una declaración, cada gemido una promesa. En este momento, no existe nada más allá de nosotros dos.

Cuando el clímax nos alcanza, es como si el mundo explotara. Grito su nombre como una plegaria, y ella clava sus uñas en mi espalda, marcándome como suyo.

Nos quedamos así, jadeando, nuestros corazones latiendo al unísono. La miro a los ojos y veo en ellos todo lo que necesito saber.

—Te amo —susurro, las palabras saliendo de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Elena sonríe, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. —Yo también te amo, Adriano. Más de lo que jamás creí posible.

Me tumbo a su lado, atrayéndola hacia mí. Ella apoya su cabeza en mi pecho, su respiración acompasándose con los latidos de mi corazón.

—No me vas a perder —dice ella con firmeza—. Somos un equipo, tú y yo. Vamos a superar esto juntos.

Sus palabras me calientan por dentro, derritiendo el hielo que siempre ha rodeado mi corazón. ¿Cómo he tenido tanta suerte de encontrarla?

La observo mientras se queda dormida, su rostro relajado y sereno. En este momento, juro que haré lo que sea necesario para protegerla. Para proteger a nuestra familia.

Porque con Elena a mi lado, sé que puedo enfrentar cualquier cosa. Incluso a mí mismo.

Y mientras el sueño me reclama, una última idea cruza mi mente: pase lo que pase, no dejaré que nadie nos separe. Ni mi organización, ni mis propios demonios.

Somos Adriano y Elena Caruso. Y juntos, somos invencibles.

CAPÍTULO 30

ADRIANO

El sol apenas se asoma por las ventanas de mi despacho cuando ya estoy sentado tras mi escritorio. La cabeza me palpita, recordándome la tensión de ayer. Tengo que encontrar al hijo de puta que quiere hacer daño a mi mujer.

La puerta se abre de golpe y entran Enzo y mi hermano Alessandro. La mandíbula de Enzo está hinchada y amoratada, un recordatorio constante de mi arrebato de ayer. Alessandro, por su parte, luce esa sonrisa burlona que me pone de los nervios.

—Buenos días, hermanito —dice, dejándose caer en una silla—. ¿Listo para cazar ratas?

Gruño en respuesta, fulminándole con la mirada. —Cierra el pico y siéntate. Esto no es un puto juego.

Alessandro levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no desaparece. Cabrón.

Me inclino hacia adelante, mis ojos fijos en ellos. —Antes de que empecemos, quiero dejar algo jodidamente claro. El ataque contra Elena... no fue obra de ninguna familia rival.

Alessandro frunce el ceño. —¿Estás seguro, hermano? Los Caruso han estado...

—No —le corto, mi voz afilada como el filo de una navaja—. Piénsalo. El ataque fue demasiado preciso, demasiado bien informado. Sabían exactamente dónde estaría Elena, conocían nuestras rutinas de seguridad.

Alessandro asiente lentamente, su expresión tornándose seria. —Tienes razón. Esa información no la tiene cualquiera.

—Exacto —gruño, sintiendo cómo la rabia crece dentro de mí—. Tenemos un puto traidor en la organización. Alguien de los nuestros intentó matar a mi mujer.

—Pienso lo mismo que tú, jefe —asegura Enzo.

Veo cómo la comprensión se refleja en el rostro de mi hermano, seguida rápidamente por la ira.

Enzo vuelve a hablar, su voz baja y peligrosa. —Tenemos que actuar rápido. Sea quien sea que esté detrás de esto, todavía está entre nosotros.

—Y probablemente esté planeando su próximo movimiento —añade Alessandro, toda burla desaparecida de su tono.

Asiento, apretando los puños sobre el escritorio. —Exactamente. Por eso vamos a encontrar a ese hijo de puta, y cuando lo hagamos lo partiré en trozos tan pequeños que no servirá ni para ser alimento de peces.

—Y yo estaré contigo cortándolo —asegura Enzo.

—Y yo, hermano.

—Bien —digo, mi voz cargada de determinación—. Empecemos. Quiero nombres, y los quiero

ya. ¿Quién coño en nuestra organización tiene los cojones y los recursos para intentar algo así?

Y así, comenzamos nuestra cacería. Una cacería que no terminará hasta que el traidor esté de rodillas ante mí, suplicando por una muerte que tardaré mucho en concederle.

Porque nadie se mete con mi familia y vive para contarlo.

Enzo asiente, su expresión seria. —He estado revisando nuestros movimientos recientes. Todo apunta a que es alguien cercano, alguien que no está conforme con tu ascenso al poder.

—Seguro que es alguien que quería ser él quien controlara la familia —añade Alessandro, su tono inusualmente serio—. Alguien que no está de acuerdo con que mataras al anterior don.

Siento cómo la rabia crece dentro de mí, una bestia rugiendo por salir y destrozar todo a su paso. Alguien de mi propia organización se ha atrevido a amenazar a Elena, a mi familia. Van a pagar por ello, y van a pagar caro.

—Bien —gruño, inclinándome hacia adelante—. ¿Quiénes son los principales sospechosos? Quiero nombres, y los quiero ya.

Durante la siguiente hora, revisamos nombres, alianzas y posibles motivos. Cada pista, por pequeña que sea, podría ser crucial. La furia crece dentro de mí con cada nuevo detalle, alimentando un fuego que amenaza con consumirlo todo.

—Creo que deberíamos centrarnos en Vittorio Gallo —dice Enzo, señalando un archivo—. Ha estado inusualmente inquieto desde que tomaste el control.

Alessandro asiente, por una vez completamente serio. —Y tiene los contactos necesarios para orquestar un ataque así. Siempre ha sido un hijo de puta ambicioso.

Frunzo el ceño, recordando a ese cabrón. Vittorio, con su sonrisa falsa y sus ojos calculadores. Siempre lamiendo el culo del anterior don, siempre buscando una forma de trepar.

—Podría ser —digo, mi voz un gruñido bajo—. ¿Cómo lo pillamos? Quiero a ese cabrón de rodillas frente a mí, suplicando por su vida.

De repente, la puerta se abre de golpe. Es Elena, con una expresión que mezcla preocupación y determinación. Joder, está preciosa cuando se enfada.

—Adriano —dice, acercándose al escritorio—. Necesito participar en esto.

Miro a Enzo y Alessandro, que intercambian una mirada significativa. —Dadme un minuto —les digo, y ambos asienten, saliendo de la habitación.

Me giro hacia Elena, notando la tensión en sus hombros, el fuego en sus ojos. Dios, cómo amo a esta mujer.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunto, intentando suavizar mi tono.

Ella toma una respiración profunda antes de hablar, su voz firme y decidida. —No puedo quedarme de brazos cruzados. Quiero ayudar. Necesito hacerlo.

La miro, sintiendo una mezcla de orgullo y miedo. Elena es fuerte, inteligente, una verdadera leona. Pero la idea de ponerla en peligro me revuelve las entrañas.

—Elena, joder —gruño, pasándome una mano por el pelo—. Esto no es un juego. Es peligroso, y tú estás embarazada. No puedo arriesgaros, ni a ti ni al bebé. Ya hemos hablado de esto.

Ella se acerca, sus ojos fijos en los míos. —No estoy pidiendo permiso, Adriano. Estoy informándote. Voy a ayudar, te guste o no. Este es mi mundo también, y no voy a quedarme al margen mientras alguien intenta destruirlo.

La miro, sintiendo cómo mi resolución se desmorona. Joder, esta mujer me va a volver loco.

—Vale —gruño finalmente, rindiéndome ante su determinación—. Pero con condiciones. No te expones directamente, y siempre, siempre, tienes protección. Si digo que te vas, te vas. Sin discusiones. ¿Entendido?

Elena sonríe, acercándose para darme un beso que me deja sin aliento. —Entendido, *jefe* —bromea, pero que me llame de esa forma hace que quiera rodear el escritorio y follarla hasta que pierda el sentido.

Llamo de vuelta a Enzo y Alessandro, poniéndoles al día sobre la nueva situación. Veo la sorpresa en sus ojos, mezclada con respeto hacia Elena.

—Bien —digo, volviendo a centrarme en el plan—. Esto es lo que vamos a hacer...

Durante las siguientes horas, trazamos un plan detallado. Decidimos organizar una cena en el restaurante La Stella, propiedad de la familia. Vittorio no podrá resistirse a una invitación del Don, y allí lo tendremos acorralado. Elena hará de cebo, pero siempre sin exponerse lo más mínimo. Será un riesgo muy controlado.

Elena aporta ideas brillantes, su mente afilada encontrando ángulos que ninguno de nosotros había considerado. Alessandro, sorprendentemente, trabaja bien con ella, complementando sus ideas con su conocimiento del submundo criminal.

Cuando finalmente terminamos, el sol ya está alto en el cielo. Miro a mi equipo, sintiendo una extraña mezcla de determinación y anticipación.

—Recordad —digo, mi voz cargada de autoridad—. Esto es solo la planificación. No actuaremos hasta tener todas las pruebas. Pero cuando lo hagamos, Vittorio va a desear no haber nacido.

Veo la comprensión en sus ojos. Saben que no estoy bromeando. Quien se haya atrevido a amenazar a mi familia va a pagar, y va a pagar con sangre. He acabada con la vida de muchos otros hombres por menos motivos.

Los días siguientes son un torbellino de actividad. Nos sumergimos en una investigación exhaustiva, siguiendo cada pista, cada rumor. Paso horas encerrado en mi despacho, revisando informes y grabaciones. La falta de sueño me vuelve irritable, pero la rabia me mantiene enfocado.

Elena trabaja incansablemente a mi lado, su inteligencia y perspicacia demostrando ser invaluable. La observo mientras analiza datos y traza conexiones, y siento una oleada de orgullo y amor tan intensa que casi me deja sin aliento.

Jamás me había imaginado que mi mujer pudiera ser tan perfecta.

Una noche, después de horas de trabajo, la encuentro dormida sobre una pila de documentos. Con cuidado, la tomo en mis brazos y la llevo a nuestra habitación. Mientras la acuesto, siento cómo la rabia y la determinación se intensifican en mi pecho. Nadie, absolutamente nadie, va a amenazar esta felicidad que hemos construido.

Al quinto día, finalmente tenemos una prueba sólida. Una conversación grabada entre Vittorio y uno de sus lacayos, discutiendo los detalles del ataque contra Elena. Cuando escucho su voz, fría y calculadora, planeando cómo «deshacerse de la puta del jefe», siento cómo la bestia dentro de mí ruge por salir.

Convoco una reunión de emergencia. Enzo, Alessandro y Elena me encuentran paseando como un animal enjaulado en mi despacho.

—Lo tenemos —gruño, mis ojos ardiendo con furia apenas contenida—. Ese hijo de puta de Vittorio. Tenemos la prueba. Organiza ahora mismo un equipo de vigilancia sobre él. Quiero a los mejores hombres. Aquellos que nos hayan demostrado lealtad durante los últimos años.

Luego, les hago escuchar la grabación. Veo cómo la ira se enciende en los ojos de Enzo, cómo Alessandro aprieta los puños hasta que sus nudillos se vuelven blancos. Elena, mi Elena, mantiene la calma, pero puedo ver la tormenta rugiendo tras sus ojos.

—¿Cuál es el plan, jefe? —pregunta Enzo, su voz tensa.

—El mismo que habíamos pensado. Lo atraeremos a La Stella —digo, mi voz fría como el hielo—. Le haremos creer que es una cena de parejas con él y su mujer. Que me quiero ganar su favor para que me apoye como Don. Y allí... allí le haremos pagar por cada puta palabra que ha dicho. Necesitamos que esté confiado, que crea que no sospecho nada.

Alessandro sonrío, una sonrisa depredadora que me recuerda por qué, a pesar de nuestras diferencias, es mi hermano. —¿Quieres que me encargue yo de él, Adriano?

Niego con la cabeza, mis ojos fijos en un punto en la distancia. —No. Este cabrón es mío. Voy a hacer que se arrepienta de haber nacido.

Elena se acerca, poniendo una mano en mi brazo. Su toque me ancla, me impide perderme completamente en la rabia. —Adriano —dice suavemente—, recuerda que lo necesitamos vivo. Necesitamos saber si hay más implicados.

Asiento, agradecido por su presencia, por su claridad mental. —Tienes razón, cariño. Lo mantendré vivo. Pero va a desear estar muerto cuando termine con él.

Pasamos las siguientes horas ultimando los detalles del plan. Cada movimiento, cada contingencia, todo está meticulosamente planeado. No dejaremos nada al azar.

Cuando finalmente terminamos, miro a mi equipo. Mi familia. Las únicas personas en las que confío plenamente en este mundo de mierda.

—Mañana —digo, mi voz cargada de promesa y amenaza—. Mañana Vittorio Gallo aprenderá por qué nadie, absolutamente nadie, se mete con la familia Caruso.

Veo la determinación en sus ojos, la lealtad inquebrantable. Sé que haría cualquier cosa por ellos, y sé que ellos harían lo mismo por mí.

Porque somos la familia Caruso. Y quien se atreva a desafiarnos, pagará el precio con sangre.

CAPÍTULO 31

ELENA

El teléfono tiembla en mis manos mientras marco el número de Valeria. Mi corazón late con fuerza, una mezcla de emoción y nervios recorriéndome el cuerpo. Después de todo lo que ha pasado, necesito un momento de normalidad, un recordatorio de que la vida sigue.

—¡Elena! —la voz alegre de Val me saluda al otro lado de la línea—. Te echaba tanto de menos.

Tomo una respiración profunda, saboreando el momento. —Val, tengo que contarte algo.

—Me estás asustando, Ele. ¿Va todo bien?

—Más que bien —digo, sin poder contener la sonrisa—. Estoy embarazada, Val.

El grito de emoción que suelta casi me deja sorda. Su reacción es tan pura, tan ajena a todo el peligro que nos rodea, que por un momento me permite olvidar todo lo demás.

—¡Oh, Dios mío! ¡Elena! ¡Eso es increíble! —exclama Val, su voz llena de alegría—. ¿Cómo te sientes? ¿Cuándo te enteraste? ¿Ya lo sabe Adriano? ¡Cuéntamelo todo!

Río, su entusiasmo contagioso. —Tranquila, Val. Sí, Adriano ya lo sabe. Y me siento... feliz. Asustada, pero feliz.

—¡Es que es una noticia increíble! —sigue Val—. Ya me imagino a un mini Adriano correteando por ahí. O una mini Elena. ¡Oh, Dios, vas a ser mamá!

Su emoción me conmueve y me hace sentir culpable a partes iguales. Hay tanto que no le puedo contar... Pero me obligo a apartar esos pensamientos. Este es un momento feliz, y voy a disfrutarlo.

Hablamos durante casi una hora, evitando cuidadosamente los detalles más oscuros de cómo me enteré. Val no necesita saber sobre atentados y peligros. Me cuenta que quiere organizar un *baby shower*, sus ideas para el cuarto del bebé, y por un momento, me permito soñar con un futuro normal.

Esa tarde, mientras estoy estudiando, tratando de mantener mi mente ocupada, recibo una llamada del doctor Moretti. El nombre en la pantalla me produce una punzada de ansiedad que intento ignorar.

—Señora Caruso —dice el doctor, su voz sonando extrañamente tensa, lo que me asusta—, me gustaría que viniera esta tarde para hacerle unas pruebas. Solo para asegurarnos de que todo va bien con el bebé. He estado revisando las pruebas y no tengo muy claro cómo puede haberle afectado el veneno.

La angustia comienza a correr por mis venas. Si algo malo le pasa a nuestro bebé...

—Por supuesto, doctor —respondo, tratando de sonar tranquila—. Estaré allí.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirándolo por un momento, un nudo formándose en mi estómago. Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de la sensación de inquietud. Son solo pruebas rutinarias, me digo a mí misma. Todo está bien. Nuestro bebé está bien.

Con paso decidido, me dirijo al despacho de Adriano. Lo encuentro inclinado sobre su escritorio, el ceño fruncido mientras habla con tres de sus capitanes. Levanta la vista cuando entro, y por un momento, veo un destello de preocupación en sus ojos antes de que su expresión se suavice.

—Elena —dice, levantándose para recibirme—. ¿Todo bien?

Nos apartamos para que no puedan escucharnos y le cuento sobre la llamada del doctor Moretti, y veo cómo su rostro se endurece.

—No —dice tajante, su voz no dejando lugar a discusión—. Es demasiado peligroso. Iremos mañana.

—Adriano, por favor —insisto, acercándome a él—. Son solo unas pruebas. Estaré bien. Tienes a Vittorio vigilado desde hace días y sabes dónde voy a estar en cada momento. Será rapidísimo.

Él niega con la cabeza, su mandíbula tensa. Sus ojos, normalmente cálidos cuando me miran, ahora brillan con una intensidad que me asusta un poco.

—Elena, no, no quiero que vayas. No puedo acompañarte, tengo que terminar de preparar el operativo para esta noche. Tu seguridad está en juego. Y Enzo está en el lugar encargándose de posicionar a los hombres. No puedo dejar que vayas —dice, su voz baja y peligrosa—. Y es demasiado arriesgado que salgas.

—Pero el bebé... —empiezo, pero él me corta.

—El bebé estará bien —dice, su tono suavizándose un poco—. Un día más no hará diferencia. Mañana iremos juntos, te lo prometo. Cuando todo termine con Vittorio. Cuando esté seguro de que ese gusano está muerto. Si no tuviera que sacarle quien lo ayuda ya estaría bajo tierra —jura, su tono volviéndose helado.

Veo la preocupación en sus ojos, el miedo que intenta ocultar. Sé que solo quiere protegerme, protegernos. Pero también sé que no voy a poder estar tranquila si el médico no me asegura que el bebé está bien.

—Quiero ir hoy. Nadie se enterará ni siquiera de que he salido, te lo juro, Adriano. Todo estará bien. No voy a poder estar tranquila hasta que no me asegure que el bebé está bien —digo, acariciando su mejilla, sintiendo la tensión en su mandíbula—. Iré con todos los guardaespaldas que quieras y con Alessandro. Volveré antes de que te des cuenta.

Veo la lucha en sus ojos, el conflicto entre su deseo de protegerme y su respeto por mi autonomía. Finalmente, después de lo que parece una eternidad, asiente a regañadientes.

—Joder. Está bien —dice, su voz aún tensa—. Pero quiero que lleves a seis guardaespaldas, no solo a tres. Y Alessandro no se separará de ti ni un segundo, ¿entendido?

Asiento, agradecida por su comprensión. —Entendido, jefe —digo, tratando de aligerar el ambiente con una pequeña broma.

Me despido con un beso, largo y profundo, queriendo tranquilizarlo con mi toque. Cuando nos separamos, veo una mezcla de amor y preocupación en sus ojos que me hace dudar por un segundo.

Pero me obligo a sonreír y salir del despacho.

El viaje al hospital es tenso. Alessandro está inusualmente callado, sus ojos escaneando constantemente nuestro entorno. Los guardias también están alerta, sus manos nunca lejos de sus armas. Verlos tan atentos hace que me sienta segura.

Cuando llegamos, Moretti ya nos está esperando. Alessandro le dice al doctor que lo llame cuando termine de examinarme para entrar conmigo. Agradezco que me dé algo de intimidad.

Nada más entrar en la consulta me preocupo por el bebé. Siento que hay algo que no me está diciendo. El médico está nervioso, sus manos tiemblan ligeramente mientras me saluda. Y entonces lo veo: un pequeño corte en su sien, un moratón asomando por el cuello de su bata.

El pánico empieza a crecer en mi pecho, una sensación fría que se extiende por todo mi cuerpo. ¿Y si su preocupación no es por el bebé y es por sí mismo?

Antes de que pueda descubrir cuál de las dos opciones es la correcta, la puerta se abre de golpe. Mi corazón se detiene al ver quién entra.

Vittorio Gallo, el hombre con el que se supone que vamos a cenar esta noche, el hombre que me intentó matar, está ahí, con una sonrisa cruel en su rostro y un arma en su mano.

—Vaya, vaya, señora Caruso —dice, su voz cargada de falsa dulzura—. Qué amable por su parte unirse a nosotros.

Mis ojos recorren frenéticamente la habitación, buscando una salida, una esperanza. Es entonces cuando los veo al otro lado de la puerta: Alessandro y los guardias, tirados en el suelo, inmóviles.

—¡No! —grito, el horror apoderándose de mí—. ¡Alessandro! ¡Dios mío, los has matado!

Vittorio suelta una carcajada que me hiela la sangre. —Oh, no te preocupes, querida. No están muertos... por ahora. Me gusta mucho el veneno, ¿sabes? Es tan fácil de administrar. Un poco cerca de la boca con un paño y... bueno, ya ves el resultado.

Doy unos pasos acercándome instintivamente a Alessandro, pero Vittorio me detiene, apuntándome con su arma.

—Ah-ah —dice, chasqueando la lengua—. Quietecita, Elena. No querrás que tenga que lastimarte, ¿verdad?

El miedo me paraliza. Pienso en Adriano, en el bebé. Dios mío, ¿qué va a pasar ahora?

Vittorio saca un teléfono y marca un número que reconozco al instante. El corazón me da un vuelco cuando escucho la voz de Adriano al otro lado de la línea.

—¿Quién coño es? —gruñe Adriano.

—Don —dice Vittorio, su tono burlón—. Qué modales son esos para saludar a uno de tus capitanes. Tengo aquí algo que te pertenece.

Hay un momento de silencio, y puedo imaginar la furia creciendo en los ojos de Adriano.

—Vittorio —dice finalmente, su voz fría como el hielo—. Si le has puesto un dedo encima a Elena, te juro que...

—Calma, calma —le interrumpe Vittorio—. Tu preciosa mujercita está perfectamente. Por ahora. Pero si quieres que siga así, ya sabes lo que tienes que hacer. La Organización o su vida. Tú eliges. Vamos a hacer un cambio de poder. Sencillo. Limpio. Tal y como me gustan a mí las cosas.

—Voy a asesinarte de la forma más dolorosa posible si le haces daño —gruñe mi marido.

Vittorio chasquea la lengua. —Oh, Adriano. Siempre tan temperamental. Quizás necesites un poco de motivación.

Antes de que pueda reaccionar, Vittorio me agarra del pelo y me acerca el teléfono.

—Di hola a tu marido, Elena —susurra en mi oído.

—¡Adriano! —grito, el miedo evidente en mi voz.

—¡Elena! —la voz de Adriano está cargada de furia y miedo—. ¡Te juro que voy a matar a ese hijo de puta!

Vittorio me aleja el teléfono, riendo. —Ya lo has oído, Adriano. Tienes dos horas para ceder la corona y reconocermelo como el nuevo Don. La Organización o la vida de Elena. Y si intentas algo... bueno, digamos que tu hermano y tus guardias podrían tener un despertar muy desagradable. Si es que despiertan.

—Vittorio, escúchame bien —la voz de Adriano es baja, peligrosa—. Voy a encontrarte. Y cuando lo haga, vas a desear no haber nacido.

—Tick tock, Adriano. Espero tu anuncio —canturrea Vittorio antes de colgar.

El mundo se desvanece a mi alrededor mientras el pánico me invade. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo me he permitido terminar así?

Vittorio se gira hacia mí, su sonrisa cruel haciendo que se me revuelva el estómago.

—Bueno, Elena —dice, acercándose—. Parece que tú y yo vamos a pasar un rato juntos. ¿Por qué no me cuentas cómo es estar casada con el gran Adriano Caruso?

Retrocedo hasta que mi espalda choca contra la pared. Pienso en Adriano, en nuestro bebé, en todo lo que podríamos perder. Pero también pienso en lo fuerte que soy, en todo lo que he superado.

No voy a ser una víctima. No voy a dejar que este bastardo gane.

Levanto la barbilla, mirando a Vittorio directamente a los ojos. —Vas a lamentar esto, Vittorio —digo, mi voz más firme de lo que esperaba—. No tienes ni idea de con quién te has metido.

Vittorio ríe, pero veo un destello de duda en sus ojos. —Valiente hasta el final, ¿eh? Ya veremos cuánto te dura ese coraje. Quizás se te pase cuando ascienda al poder y mi primera orden sea acabar con tu marido.

La sangre se me hiela en las venas, pero me lo trago. No puedo permitirle ver lo mucho que me afectan sus palabras.

Mientras Vittorio se aleja para dar órdenes a sus hombres, miro a Alessandro y a los guardias en el suelo. Están vivos, por ahora. Tengo que mantenerlos así. Tengo que ganar tiempo.

Porque sé que Adriano vendrá por mí. Y cuando lo haga, Vittorio Gallo deseará no haber puesto nunca sus ojos en la familia Caruso.

CAPÍTULO 32

ADRIANO

Con la llamada de Vittorio, mi peor miedo se materializa ante mí. La rabia y el pánico se mezclan en mi interior, amenazando con consumirme por completo. El teléfono tiembla en mi mano, la voz burlona de Vittorio aún resonando en mis oídos. «La Organización o la vida de Elena. Tú eliges.» Hijo de puta.

Me paso la mano por el pelo, tratando de controlar el temblor que recorre mi cuerpo. No puedo perder el control. No ahora. Elena me necesita. Nuestro hijo me necesita. Tengo que ser fuerte, tengo que ser el puto Adriano Caruso que todos temen.

Marco el número de Enzo con manos temblorosas. Cada tono de espera es una tortura, cada segundo que pasa es un segundo más que Elena está en peligro.

—¿Jefe? —la voz de Enzo al otro lado de la línea es tensa, como si ya supiera que algo va mal.

—Enzo, han secuestrado a Elena —mi voz suena ronca, cargada de furia apenas contenida.

Hay un momento de silencio al otro lado de la línea, y puedo imaginar a Enzo procesando la noticia, su mente ya trabajando en posibles soluciones.

—¿Qué? ¿Cómo coño ha pasado eso? —la sorpresa en su voz es palpable.

—Ha sido en su salida al médico —gruño, la culpa mezclándose con la rabia—. Joder, no tenía que haberla dejado ir. Teníamos a Vittorio vigilado, pero parece que tenemos más ratas de las que pensábamos.

Mientras le cuento rápidamente sobre la llamada y la amenaza de Vittorio, siento cómo la furia crece en mi interior. Cada palabra es como ácido en mi boca, cada detalle una puñalada en mi pecho.

—Dice que lo nombre nuevo Don o Elena morirá —concluyo, mi voz un gruñido bajo—. Pero me importa una puta mierda ser el Don o no. Tengo que acabar con él, Enzo. Mi mujer no estará a salvo mientras ese cabrón siga respirando.

Puedo sentir la tensión al otro lado de la línea, casi puedo ver a Enzo sopesando sus palabras cuidadosamente.

—Adriano, escúchame —su voz es firme, anclándose a la realidad—. Tenemos que pensar. Necesitamos un plan que nos permita capturarlo sin que Elena salga herida.

—Lo quiero muerto, Enzo —rujo, golpeando el escritorio con el puño. El dolor agudo en mis nudillos es un bienvenido distractor del dolor en mi pecho—. Quiero destruirlo con mis propias manos. Quiero que sufra por cada segundo que Elena ha estado asustada.

—Lo sé, jefe. Créeme, lo sé —la voz de Enzo es comprensiva, pero firme—. Pero recuerda que lo necesitamos vivo. Necesitamos saber quién más está involucrado. Esta traición puede ser más profunda de lo que pensamos. Hay que hacer una limpieza en la Organización o nunca estaremos

tranquilos.

Cierro los ojos, respirando profundamente. La parte racional de mi cerebro sabe que Enzo tiene razón, pero el animal furioso dentro de mí solo quiere sangre.

—Está bien —gruño finalmente—. ¿Qué sugieres?

Pasamos la siguiente hora trazando un plan. Cada minuto que pasa es una tortura, imaginando lo que Elena debe estar pasando. Pero me obligo a mantener la calma, a pensar con claridad. Es lo que ella necesita de mí ahora.

Nuestros hombres rastrean los movimientos de Vittorio, gracias a los localizadores que habíamos colocado en sus coches. Finalmente, lo ubicamos en una fábrica abandonada cerca del puerto.

—Es una trampa —murmuro, mirando el mapa de la zona—. Ese cabrón nos está esperando.

Enzo asiente, su rostro una máscara de concentración. —Lo sé. Pero también es nuestra mejor oportunidad. Tiene que creer que va ganando.

Reunimos a nuestros mejores hombres en tiempo récord. Cuando Enzo y yo entramos en la sala de reuniones, puedo sentir la tensión en el aire. Todos saben que algo grave ha pasado, todos esperan mis órdenes con una mezcla de anticipación y miedo.

Les explico la situación con voz fría y controlada. Veo la determinación en sus ojos, el odio hacia Vittorio reflejado en sus rostros. Todos entienden lo que está en juego. Elena no es solo mi mujer, es parte de la familia. Y nadie se mete con la familia.

—Recordad —digo, mi voz fría como el acero—. Vittorio lo quiero vivo. Al resto... eliminadlos. Sin piedad.

Veo cómo asienten, sus manos ya acariciando sus armas. Sé que no me fallarán. No pueden permitírselo.

Nos dirigimos hacia la fábrica en un convoy de coches negros. El silencio es pesado, cargado de anticipación. Miro por la ventana, viendo pasar las calles de Nueva York. ¿Cuántas veces he recorrido estas mismas calles con Elena? ¿Cuántas veces hemos reído, discutido, soñado en este mismo coche?

Pienso en Elena, en nuestro hijo no nacido. La furia amenaza con consumirme, pero la mantengo a raya. Necesito estar enfocado. Necesito ser el líder que todos esperan que sea.

Al llegar a la fábrica, nos desplegamos silenciosamente. Enzo lidera un grupo por la parte trasera, mientras yo me dirijo a la entrada principal con el resto. El corazón me late con fuerza, pero mis manos están firmes. Años de entrenamiento, años de vivir al filo de la navaja, me han preparado para este momento.

La acción estalla de repente, como una tormenta en un día despejado. Disparos, gritos, el caos de la batalla. Me abro paso a través de los hombres de Vittorio, cada movimiento preciso, letal. No siento remordimientos, no siento dudas. Solo tengo un objetivo: encontrar a Elena.

Subo las escaleras de dos en dos, mi pistola humeante en la mano. Mato a cada hombre que se

cruza en mi camino, sin piedad, sin dudas. Son obstáculos entre Elena y yo, nada más.

La veo en una oficina en el piso superior, custodiada por dos hombres. Sin pensarlo, acabo con ellos en segundos. Cuando nuestros ojos se encuentran, veo el alivio mezclado con el miedo en su mirada. Está pálida, con el pelo revuelto y los ojos enrojecidos, pero está viva. Está a salvo.

—Adriano —susurra, lanzándose a mis brazos.

La abrazo con fuerza, inhalando su aroma, asegurándome de que es real, de que está a salvo. Siento cómo tiembla contra mi pecho, y la aprieto aún más fuerte.

—Te tengo, cariño. Estás a salvo —murmuro contra su pelo, mi voz ronca por la emoción—. No dejaré que nadie te haga daño. Nunca más.

Un grito de rabia nos interrumpe. Vittorio aparece en la puerta, su rostro contorsionado por la furia y el miedo. Sus ojos saltan de Elena a mí, y veo el momento exacto en que se da cuenta de que ha perdido.

—¡Se suponía que no me encontrarías! —ruge, apuntándonos con su arma.

Empujo a Elena detrás de mí, protegiéndola con mi cuerpo. Enfrento a Vittorio, sintiendo cómo la furia hierve en mi sangre.

—Te equivocaste, cabrón —gruño, mi voz cargada de desprecio—. Nunca dejaría a mi familia en manos de una rata como tú. Nunca entenderás lo que significa la lealtad, lo que significa el amor.

Veó cómo su dedo se tensa en el gatillo, y me preparo para el impacto. Pero antes de que pueda disparar, una sombra aparece detrás de él. Enzo, silencioso como siempre, golpea a Vittorio en la cabeza con la culata de su pistola. Vittorio cae al suelo, inconsciente.

Miro a Enzo, sintiendo una oleada de gratitud hacia mi amigo, mi hermano en todo menos en sangre. —Buen trabajo.

Él asiente, ya ocupándose de atar las manos de Vittorio. —¿Qué hacemos con él, jefe?

Miro a Elena, veo el miedo y el alivio en sus ojos. Luego miro a Vittorio, sintiendo cómo la rabia hierve en mi interior. Quiero matarlo aquí y ahora, quiero hacerle pagar por cada segundo de miedo que Elena ha pasado. Pero sé que no puedo. No todavía.

—Llévalo a la bodega de casa —digo finalmente, mi voz fría y controlada—. Tengo algunas preguntas para nuestro amigo. Y va a responderlas todas.

Mientras Enzo se lleva a Vittorio, abrazo a Elena nuevamente. La siento temblar contra mi pecho, y me juro a mí mismo que haré pagar a Vittorio por cada una de esas lágrimas.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente, apartándome lo suficiente para mirarla a los ojos—. ¿Te ha hecho daño?

Elena niega con la cabeza, sus ojos brillantes por las lágrimas contenidas. —Estoy bien. Tenía miedo, pero... sabía que vendrías por mí.

Sus palabras me golpean con fuerza. A pesar de todo, a pesar del peligro y la violencia que rodea nuestras vidas, ella confía en mí. Cree en mí.

—Siempre —prometo, besando su frente—. Siempre vendré por ti, Elena. Tú y nuestro hijo sois lo más importante de mi vida.

La batalla de hoy ha terminado, pero sé que esto es solo el comienzo. Tenemos que descubrir quién más está involucrado, quién más es una amenaza para nuestra familia. Sé que nos esperan días difíciles, interrogatorios, decisiones duras.

Pero por ahora, en este momento, solo importa que Elena está a salvo y en mis brazos. La sostengo contra mi pecho, sintiendo los latidos de su corazón, la prueba viviente de que hemos sobrevivido una vez más.

Y juro, por todo lo que soy, que haré lo que sea necesario para mantenerla así. Para mantener a nuestra familia a salvo.

Porque soy Adriano Caruso, y nadie se mete con mi familia y vive para contarlo. Y Vittorio Gallo está a punto de aprender esa lección de la manera más dura posible.

CAPÍTULO 33

ADRIANO

Llegamos a casa en un silencio cargado de tensión. Elena, agotada y temblorosa, se apoya en mí mientras subimos las escaleras. La cargo en mis brazos los últimos escalones, sintiendo su fragilidad, su vulnerabilidad. La deposito con cuidado en nuestra cama, como si fuera de cristal y pudiera romperse con el más mínimo movimiento brusco.

—Descansa, amor —susurro, besando su frente con una ternura que contrasta con la furia que aún hierve en mi interior—. Estás a salvo ahora.

Sus ojos, llenos de miedo y alivio, me atraviesan el alma. Joder, podría haberla perdido hoy. Podría haber perdido todo lo que me importa.

Sin poder contenerme, la beso con desesperación. Ella responde con igual intensidad, sus manos aferrándose a mí como si temiera que fuera a desaparecer. Nos amamos con una pasión nacida del miedo y el alivio, cada caricia una promesa silenciosa, cada gemido una declaración de amor y pertenencia.

Cuando terminamos, la abrazo con fuerza contra mi pecho, escuchando los latidos de su corazón.

—Te juro, Elena —murmuro contra su pelo—, que haré que paguen por esto. Nadie volverá a amenazarte jamás.

Ella asiente, hundiendo su rostro en mi cuello. —Lo sé, Adriano. Confío en ti.

Sus palabras me golpean con fuerza. Confianza. Una cosa tan frágil en nuestro mundo, y ella me la entrega sin reservas. Siempre lo ha hecho.

Espero hasta que su respiración se vuelve regular, señal de que se ha quedado dormida. Con cuidado, me desenredo de sus brazos y me visto. Tengo trabajo que hacer.

Bajo a la bodega, donde Enzo y Alessandro me esperan. Sus rostros son sombríos, reflejando la gravedad de la situación.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto a mi hermano.

—Con ganas de matar a ese cabrón por derribarme —brama furioso.

—Bien. No sabe lo que ha hecho metiéndose con los hermanos Caruso —aseguro.

—¿Estás listo, jefe? —pregunta Enzo, su voz cargada de preocupación.

Asiento, sintiendo cómo la furia fría se apodera de mí. —Más que listo. Ese cabrón va a desear no haber nacido.

Lo que sigue no es agradable. Las horas se desdibujan en una sinfonía de gritos y súplicas. Le torturamos de todas las formas que conocemos sin concederle la muerte por la que lleva suplicando horas. Vittorio, el hombre que debería de haber sido mi aliado, se desmorona bajo nuestras preguntas. Cada nombre que escupe es como ácido en mis oídos. La lista de traidores crece, y con

ella, mi determinación.

Cuando finalmente terminamos, Vittorio no es más que una sombra del hombre que era. Pero no siento el menor remordimiento. Acabo con su vida mirándolo a los ojos solo para asegurarme que ese cabrón está muerto y no puede hacer más daño a mi familia.

—¿Qué hacemos con él, Adriano? —pregunta Alessandro, limpiándose las manos ensangrentadas en un trapo.

—Deshaceos de él. Que sirva de ejemplo.

Enzo asiente, comprendiendo la orden sin necesidad de más palabras. —Considéralo hecho, jefe.

Los siguientes días son un torbellino de acción implacable. Cazamos a cada uno de los traidores nombrados por Vittorio. No hay piedad, no hay vacilación. Es un trabajo sucio, pero necesario para la seguridad de mi familia, de mi imperio.

Cada noche, regreso a Elena, la abrazo con fuerza. Ella no hace preguntas, pero veo la preocupación en sus ojos. Sabe lo que estoy haciendo y entiende la necesidad, aunque le da miedo que algo me suceda. No será así. Nadie me va a separar nunca de ella.

Finalmente, después de días de cacería implacable, convoco una reunión con todos los capitanes. Entro en la sala de juntas, sintiendo el peso de sus miradas nerviosas sobre mí.

—Señores —mi voz corta el silencio como un cuchillo—, la guerra interna ha terminado.

Camino lentamente alrededor de la mesa, mis ojos clavados en cada uno de ellos. Puedo oler su miedo, su incertidumbre.

—Algunos de vosotros —continúo, mi voz cargada de amenaza— pensasteis que podíais desafiarme. Que podíais amenazar a mi familia.

Me detengo frente a una mesa cubierta con una tela negra. —Aquí están los que eligieron la traición sobre la lealtad. Su destino es una advertencia para todos vosotros.

Con un movimiento brusco, arranco la tela. Los jadeos y las exclamaciones ahogadas llenan la sala cuando ven lo que hay debajo. Cabezas. Las cabezas de todos los traidores.

—Joder... —murmura uno de los capitanes, su rostro pálido como la cera.

—A partir de ahora —continúo, ignorando sus reacciones—, solo hay dos opciones: lealtad absoluta o salida. Y cuando digo salida, no me refiero a una jubilación anticipada. ¿Me he explicado con claridad?

Veo el miedo en sus ojos, el sudor perlado sus frentes. Bien. El miedo es un poderoso motivador.

—Os lo preguntaré una sola vez —digo, mi voz baja y peligrosa—. ¿Estáis conmigo o contra mí?

Uno por uno, juran su lealtad. Algunos lo hacen temblando, otros con una determinación nacida del respeto. No me importa el motivo, solo el resultado.

—Yo... yo estoy contigo, Don Caruso —tartamudea uno de los más jóvenes—. Hasta la muerte.

—Bien —respondo, mi mirada fría—. Porque esa es exactamente la alternativa.

Cuando el último capitán jura, siento que puedo respirar de nuevo. Miro a Enzo y Alessandro. Veo en sus ojos el mismo alivio que siento yo. Hemos superado esta prueba, pero todos sabemos que vendrán más.

—Recordad este día —digo, dirigiéndome a todos—. Recordad lo que les pasa a los que se atreven a desafiarme, a amenazar a mi familia. Porque la próxima vez, no seré tan misericordioso.

Con esas palabras, doy por terminada la reunión. Los capitanes se apresuran a salir, evitando mirar la mesa cubierta de nuevo.

Cuando la sala se vacía, me dejo caer en una silla, el cansancio de los últimos días cayendo sobre mí como una losa.

—Lo has hecho bien, jefe —dice Enzo, poniendo una mano en mi hombro—. Nadie se atreverá a moverse contra ti ahora.

Asiento, frotándome los ojos. —Eso espero, Enzo. Porque si tengo que volver a pasar por esto...

—No lo harás —interrumpe Alessandro—. Les has dado una lección que no olvidarán.

Me levanto, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. —Vamos. Quiero ver a Elena.

Subimos en silencio. Cuando entro en nuestra habitación, la encuentro despierta, esperándome. Su rostro se ilumina al verme, y siento cómo parte de la tensión abandona mi cuerpo.

—¿Ha terminado? —pregunta suavemente mientras me acerco a la cama.

Asiento, sentándome a su lado. —Sí, amor. Ha terminado.

Ella toma mi mano, sus ojos buscando los míos. —¿Estás bien?

La pregunta me toma por sorpresa. ¿Estoy bien? He matado, he torturado, he amenazado. He hecho cosas que la mayoría de la gente consideraría monstruosas. Y sin embargo...

—Estoy bien —respondo—. Porque tú estás a salvo. Porque nuestra familia está a salvo.

Elena me abraza, y me permito hundirme en su calidez, en su amor incondicional. Esta noche puedo descansar sabiendo que he protegido lo mío.

Porque soy Adriano Caruso, y nadie se mete con mi familia y vive para contarlo. Y si tengo que convertirme en un monstruo para proteger a los que amo, que así sea.

CAPÍTULO 34

ELENA

Me despierto con los primeros rayos del sol colándose por la ventana. Giro la cabeza y me encuentro con la mirada de Adriano, que me observa con una sonrisa. Su pelo está revuelto y tiene esa mirada somnolienta que me vuelve loca.

—Buenos días, preciosa —susurra, acariciándome la mejilla con ternura.

—Buenos días —respondo, sintiendo un revoloteo en el estómago. Después de un mes, aún no me acostumbro a esta nueva normalidad entre nosotros. No es que no lo amara antes, pero ahora... ahora todo es diferente. Ahora él está mucho más relajado y es más cercano.

Adriano se inclina y me besa suavemente. Sus labios saben a promesas cumplidas y a un futuro que, por primera vez, no me da miedo.

—¿Cómo está mi pequeño mafioso esta mañana? —pregunta, posando su mano sobre mi vientre apenas abultado.

Me río. —O mafiosa. Y está bien, creo. Aunque me está dando unas ganas locas de comer pizza para desayunar.

Adriano arquea una ceja. —¿Pizza? ¿A las ocho de la mañana?

—No me juzgues, Caruso. Tú tienes la culpa de esto —le digo, señalando mi barriga.

Él se ríe y me besa de nuevo. —Culpable y orgulloso.

Nos levantamos y nos preparamos para el día. Mientras me ducho, no puedo evitar pensar en cómo han cambiado las cosas. Hace apenas un mes, vivíamos en constante tensión, sin saber en quién podíamos confiar. Ahora, después de la *limpieza* que hizo Adriano, por fin podemos respirar tranquilos.

Bueno, todo lo tranquilos que se puede estar en una familia de la mafia.

Cuando bajo las escaleras, el aroma del café recién hecho y el bacon frito me inunda las fosas nasales. Mi estómago ruge en respuesta.

En el comedor, ya están todos reunidos para el desayuno. Alessandro está devorando un plato de huevos revueltos mientras bromea con Mia, que ríe a carcajadas. Enzo tiene una taza de café en la mano y la mirada perdida en algún punto de la ventana.

—Buenos días a todos —saludo, dirigiéndome directamente a la cafetera.

—Buenos días, cuñadita —responde Alessandro con la boca llena—. ¿Qué tal el pequeño Caruso esta mañana?

—Hambriento —respondo, sirviéndome una generosa porción de huevos y bacon—. Y deja de llamarle pequeño Caruso. Podría ser una niña.

Alessandro suelta una carcajada. —¿Una niña Caruso? Que Dios nos ayude.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero no puedo evitar sonreír. A pesar de todo, he llegado a apreciar el humor negro de Alessandro.

—¿Todo bien, Enzo? —pregunto, notando que apenas ha tocado su desayuno.

Él parpadea, como saliendo de un trance. —Sí, sí... Solo pensaba en la llegada de Chiara.

Hay algo en su tono que me llama la atención, pero antes de que pueda indagar más, Adriano entra en la cocina.

—Buenos días, familia —saluda, dándome un beso en la sien antes de servirse un café—. ¿Estáis todos listos para ir al aeropuerto esta tarde? Chiara llegará a las cinco.

—¡Sí! —exclama Mia, dando saltitos en su silla—. ¡Tengo muchas ganas de ver a la tía Chiara!

—Ya somos dos, enana —dice Alessandro, revolviéndole el pelo—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que la vimos.

Noto que Enzo se tensa ligeramente ante la mención de Chiara, pero su expresión permanece neutral. Me pregunto qué historia habrá ahí.

El desayuno transcurre entre risas y planes para la llegada de Chiara. Mia no para de hablar sobre todas las cosas que quiere hacer con su tía, desde ir al parque de atracciones hasta tener una noche de películas y palomitas.

—Por cierto, Elena —dice Adriano mientras recogemos la mesa—. ¿Has pensado ya en nombres para el bebé?

La pregunta me pilla por sorpresa. —La verdad es que no —admito—. ¿Tú sí?

Él se encoge de hombros, pero puedo ver un brillo especial en sus ojos. —Quizás. Pero quiero que lo decidamos juntos.

—¿Qué os parece Alessandro Junior? —interviene su hermano, guiñándome un ojo.

—Ni en tus mejores sueños —respondo, lanzándole una servilleta.

Pasamos el resto de la mañana en una agradable calma doméstica. Adriano se encierra en su despacho para hacer algunas llamadas, mientras yo ayudo a Mia con sus deberes. Es en momentos como este cuando casi puedo olvidar quiénes somos y en qué mundo vivimos.

Casi.

A media tarde, nos preparamos para ir al aeropuerto. Noto que Enzo está cada vez más inquieto conforme se acerca la hora. Durante todo el trayecto, no deja de mirar por la ventana, tamborileando con los dedos sobre su rodilla.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja mientras Adriano y Alessandro discuten sobre el tráfico.

Enzo me mira, sorprendido. —Sí, ¿por qué?

—Pareces nervioso —observo.

Él fuerza una sonrisa. —Solo cansado. Ha sido una semana larga.

No le creo, pero decido no presionar. Si hay algo que he aprendido en esta familia, es que todos tienen sus secretos.

Finalmente llegamos al aeropuerto. Mientras esperamos en la zona de llegadas, no puedo evitar sentirme un poco nerviosa. Nunca he conocido a Chiara en persona, solo la he visto en fotos y he hablado con ella por teléfono un par de veces. ¿Y si no le caigo bien? ¿Y si piensa que no soy lo suficientemente buena para su hermano?

Adriano debe notar mi inquietud, porque me aprieta la mano y me susurra al oído: —Relájate. Le vas a encantar. Igual que les encantas a todos.

Antes de que pueda responder, vemos a Chiara salir por la puerta de llegadas. Es impresionante lo mucho que se parece a Adriano, con esos ojos penetrantes y esa sonrisa cautivadora. Lleva el pelo largo y oscuro recogido en una coleta alta, y viste unos vaqueros ajustados y una camiseta de una banda de rock.

—¡Bienvenida a casa, hermanita! —exclama Alessandro, abrazándola con fuerza.

Chiara ríe y le devuelve el abrazo. —¡Dios, cómo os he echado de menos!

Adriano es el siguiente en abrazarla. —Me alegro de que estés en casa, Chiara.

—Yo también, hermano mayor —responde ella, con una sonrisa que ilumina toda su cara.

Cuando llega mi turno, me pongo nerviosa. Pero Chiara me sorprende abrazándome con fuerza.

—¡Por fin te conozco en persona, cuñada! —exclama—. Tienes que contármelo todo. ¿Cómo has conseguido domar a la bestia de mi hermano?

Me río, sintiendo cómo la tensión se disipa. —Es una larga historia. Te la contaré con una taza de café delante.

Chiara guiña un ojo. —Me gusta cómo piensas.

Finalmente, Chiara se gira hacia Enzo. Por un momento, noto que algo cambia en su mirada. Es solo un instante, pero puedo ver una chispa de... algo. ¿Reconocimiento? ¿Nostalgia?

—Enzo —saluda, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Me alegro de verte.

—Igualmente, Chiara —responde él, con un tono demasiado formal—. Bienvenida a casa.

No se tocan. No se abrazan. Pero aun así su saludo se siente como el más intenso de todos.

Curioso.

El viaje de vuelta está lleno de risas y anécdotas. Chiara nos cuenta sobre sus aventuras en la universidad, sobre los amigos que ha hecho y las locuras que ha vivido. Pero no puedo evitar notar que, de vez en cuando, su mirada se desvía hacia Enzo a través del espejo retrovisor.

Cuando llegamos a casa, Adriano nos pide a todos que nos reunamos en el salón. Parece nervioso, algo raro en él. Me pregunto qué estará tramando.

—Elena —dice, tomándome de las manos—. Sé que ya estamos casados, pero quiero hacer las cosas bien.

Se arrodilla frente a mí y saca una cajita de terciopelo de su bolsillo. El corazón me da un vuelco.

Se me escapa un jadeo.

—Elena Caruso —dice, con una voz cargada de emoción—, estos últimos meses han sido una

locura. Empezamos con mal pie, lo sé. Pero en algún momento, entre todas las peleas y los peligros, me enamoré perdidamente de ti. Y ahora, con nuestro hijo en camino, quiero hacer las cosas bien. Quiero darte la boda que te mereces. Elena, ¿me harías el honor de casarte conmigo? En condiciones, esta vez. Con la boda que siempre has soñado.

No puedo evitar reírme, con lágrimas en los ojos. —Adriano, ya estamos casados.

—Lo sé —dice con una sonrisa—. Pero ahora quiero darte la boda que de verdad te mereces. Una en la que caminemos hacia el altar porque quieres, no porque te obliguen. Una en la que nuestros votos sean sinceros, no palabras vacías. ¿Qué me dices? ¿Te casarías conmigo otra vez?

Miro a mi alrededor, a esta extraña familia que hemos formado. A Mia, que nos mira con ojos brillantes de emoción. A Alessandro, que intenta disimular una sonrisa, pero no puede ocultar el orgullo en su mirada. A Chiara, que parece a punto de estallar de alegría. Y a Enzo, que observa la escena con una mezcla de felicidad y algo más que no logro descifrar.

Y finalmente, miro a Adriano. El hombre que entró en mi vida como un huracán, destrozando todo a su paso. El hombre que me enseñó que el amor puede florecer incluso en los lugares más oscuros. El hombre que, contra todo pronóstico, se ha convertido en mi hogar.

—Sí —respondo, sintiendo cómo se me llenan los ojos de lágrimas—. Sí, me casaré contigo. Otra vez.

Adriano se levanta y me coge en sus brazos, besándome con una pasión que me deja sin aliento. A nuestro alrededor, todos aplauden y vitorean. Incluso puedo escuchar a Alessandro silbar.

—¡Por fin! —exclama Chiara—. Ya era hora de que hicieras las cosas bien, hermano.

Adriano se ríe, sin soltarme. —Mejor tarde que nunca, ¿no?

Pasamos el resto de la noche celebrando. Abrimos una botella de champán —zumos para mí y para Mia—, y nos sentamos todos en el salón a charlar y reír. Es en momentos como este cuando me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado mi vida.

Hace unos meses, me sentía atrapada en un mundo que no entendía, casada con un hombre al que creía odiar. Ahora, estoy rodeada de una familia que, a pesar de sus peculiaridades, me ha acogido como una más. Estoy enamorada de un hombre que, bajo su fachada de dureza, tiene un corazón de oro. Y estoy esperando un hijo que, estoy segura, será amado y protegido por todos los que están en esta habitación.

Mientras la noche avanza, no puedo evitar fijarme en las pequeñas interacciones entre Enzo y Chiara. La forma en que evitan mirarse directamente, pero cómo sus ojos siempre parecen encontrarse cuando el otro no está mirando. La tensión subyacente en sus breves intercambios. Me pregunto qué historia habrá ahí, qué secretos esconden.

Pero eso es una historia para otro día. Hoy, me contento con disfrutar de este momento de felicidad. Con sentir los brazos de Adriano a mi alrededor, con escuchar las risas de nuestra familia, con soñar con el futuro que nos espera.

Porque si algo he aprendido en estos meses, es que la vida puede sorprenderte de las formas más inesperadas. Y que a veces, el amor puede florecer incluso en los lugares más oscuros.

Mientras me acurruco contra Adriano en el sofá, con su mano reposando protectoramente sobre mi vientre, no puedo evitar sonreír. No sé qué nos deparará el futuro, pero de una cosa estoy segura: lo afrontaremos juntos.

Como una familia. Como los Caruso.

CAPÍTULO 35

ADRIANO

Me ajusto la corbata por enésima vez, mirándome en el espejo. Joder, estoy más nervioso que un iniciado en su primer asesinato. Y todo por una puta boda. Mi boda. Con Elena.

—Relájate, hermano. Elena no se va a escapar —dice Alessandro, dándome una palmada en la espalda.

Le fulmino con la mirada. —Cierra el pico, Alessandro.

Él se ríe, el muy cabrón. —Venga, Don Caruso. Ve a buscar a tu futura esposa. Otra vez.

Salgo de la habitación y me dirijo a donde sé que está Elena preparándose. Con cada paso que doy, siento que el corazón me va a estallar en el pecho. ¿Desde cuándo me he vuelto tan sentimental, joder?

Finalmente, llamo a la puerta.

—¿Quién es? —escucho la voz de Elena al otro lado.

—Soy yo, preciosa —respondo—. ¿Puedo entrar?

La puerta se abre de golpe, pero solo lo suficiente para que pueda ver el rostro de Elena. Está preciosa, con el pelo recogido y un maquillaje que resalta sus ojos.

—¡Ni se te ocurra, Adriano Caruso! —exclama—. ¡Da mala suerte ver a la novia antes de la boda!

No puedo evitar reírme. —Elena, ya estamos casados. Creo que esa regla no se aplica a nosotros.

Ella frunce el ceño, pero puedo ver el brillo de diversión en sus ojos. —Me da igual. Hoy vamos a hacer las cosas bien, ¿recuerdas? Así que largo de aquí. Ya me verás en el altar.

Antes de que pueda protestar, me cierra la puerta en las narices. Me quedo allí parado, con una sonrisa de idiota en la cara. Joder, cómo la quiero.

Las siguientes horas pasan en un borrón. De repente, me encuentro de pie en el altar, con Alessandro a mi lado y toda nuestra familia y amigos mirándonos expectantes.

Y entonces la veo.

Elena aparece al final del pasillo, del brazo de su padre. Lleva un vestido blanco que le sienta como un guante, resaltando cada una de sus curvas. Su vientre, ligeramente abultado por nuestro hijo, me hace sentir una oleada de orgullo y amor que casi me deja sin aliento.

Mientras camina hacia mí, no puedo apartar los ojos de ella. Es como si todo lo demás hubiera desaparecido. Solo existimos ella y yo.

Cuando llega al altar, su padre me la entrega con una mirada que es mitad advertencia, mitad resignación. Siempre he pensado que es un idiota, pero puedo respetar las veces que parece preocuparse por Elena realmente. Le estrecho la mano, prometiéndole silenciosamente que cuidaré de su hija con mi vida.

Elena me sonríe, y juro que el mundo entero se ilumina.

—Estás preciosa —susurro.

—Tú tampoco estás mal —responde ella, guiñándome un ojo.

El cura comienza la ceremonia, pero apenas escucho sus palabras. Estoy demasiado ocupado mirando a Elena, preguntándome cómo cojones he tenido tanta suerte.

Cuando llega el momento de los votos, tomo sus manos entre las mías.

—Elena —empiezo, mi voz más ronca de lo que esperaba—. Cuando nos conocimos, pensé que eras la mujer más irritante y testaruda que había conocido en mi vida.

Se escuchan algunas risas entre los invitados.

—Pero también eras la más valiente y hermosa —continúo—. Me desafiaste cuando nadie más se atrevía. Me hiciste querer ser mejor persona. Me enseñaste que incluso alguien como yo podía amar y ser amado. Te prometo que cada día de mi vida me esforzaré por ser el hombre que te mereces. Te protegeré con mi vida, a ti y a nuestro hijo. Y te amaré hasta mi último aliento.

Veo lágrimas en los ojos de Elena, y tengo que contenerme para no besarla ahí mismo.

—Adriano —dice ella, con voz temblorosa—. Cuando me obligaron a casarme contigo, pensé que mi vida había terminado. Pero me equivocaba. En realidad, apenas estaba empezando. Me mostraste un mundo que nunca imaginé, me enseñaste a ser fuerte, a luchar por lo que quiero. Me diste una familia. Y, contra todo pronóstico, me enamoré de ti. Te prometo que siempre estaré a tu lado, en las buenas y en las malas. Que seré tu compañera, tu amiga, tu amante. Y que te amaré, con todos tus defectos y virtudes, hasta el fin de mis días.

El cura nos mira, sonriendo. —Adriano Caruso, ¿aceptas a Elena como tu legítima esposa, para amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida?

—Sí, quiero —respondo sin dudar.

—Elena Bianchi, ¿aceptas a Adriano como tu legítimo esposo, para amarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida?

—Sí, quiero —dice ella, con una sonrisa que podría iluminar toda Nueva York.

—Por el poder que me ha sido conferido, os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

No necesito que me lo digan dos veces. Tomo a Elena entre mis brazos y la beso con toda la pasión y el amor que siento por ella. A nuestro alrededor, escucho vítores y aplausos, pero no me importa. En este momento, solo existimos Elena y yo.

Cuando finalmente nos separamos, ambos sin aliento, apoyo mi frente contra la suya.

—Te quiero, señora Caruso —susurro.

—Y yo a ti, señor Caruso —responde ella, con esa sonrisa que me vuelve loco.

Y en ese momento, mientras miro a los ojos de la mujer que amo, rodeado por nuestra familia y amigos, me doy cuenta de que soy el jodido hombre más afortunado de la tierra.

Y que haré todo lo que esté en mi mano para seguir mereciéndolo cada día de mi vida.

ELENA

El brazo de Adriano rodea mi cintura mientras nos balanceamos al ritmo de la música. Su cuerpo, firme y cálido contra el mío, me hace sentir segura y amada. El suave roce de su aliento en mi cuello me provoca un escalofrío de placer. Levanto la vista y me encuentro con sus ojos, que brillan con una intensidad que me quita el aliento. En este momento, rodeados por la suave luz de las velas y el murmullo de nuestros invitados, siento que el mundo entero se desvanece.

—¿Eres feliz, señora Caruso? —me pregunta con una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Más de lo que jamás imaginé —respondo, apoyando mi cabeza en su pecho. Puedo escuchar el latido constante de su corazón, un ritmo que se ha convertido en el sonido más reconfortante del mundo para mí.

Mientras bailamos, no puedo evitar pensar en cómo hemos llegado hasta aquí. En cómo este hombre, al que una vez odié, se ha convertido en mi razón de vivir. En cómo nuestro amor ha florecido en medio del caos y el peligro. Es como si el universo hubiera conspirado para unirnos, a pesar de todas las probabilidades en nuestra contra.

Cuando la canción termina, siento una mano en mi hombro. Me giro y veo a Valeria, radiante en su vestido de dama de honor. Su sonrisa es contagiosa y no puedo evitar devolverle el gesto.

—¿Me concedes este baile, señora mafiosa? —pregunta con una sonrisa pícar.

Mientras bailamos, no puedo evitar sentirme agradecida por tener una amiga como ella. Valeria ha estado a mi lado en los momentos más oscuros, ha sido mi roca cuando todo parecía derrumbarse. Verla aquí, compartiendo mi felicidad, hace que todo sea aún más perfecto.

—Quién iba a decir que te casarías por segunda vez con el temible Adriano Caruso, ¿eh? —bromea Val, girándose con gracia.

—La vida da muchas vueltas —respondo, guiñándole un ojo. Y vaya si las da. Hace unos meses, la idea de estar casada con Adriano me habría parecido una pesadilla. Ahora, no puedo imaginar mi vida sin él.

Cuando terminamos de bailar, Val me da un abrazo que casi me corta la respiración. —Me alegro tanto por ti, Elena. Te mereces toda la felicidad del mundo.

—Gracias, Val. No sé qué haría sin ti —respondo, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con asomar a mis ojos. Malditas hormonas del embarazo.

—Probablemente aburrirte muchísimo —dice, y ambas nos reímos—. Bueno, voy al baño. ¡No te cases con nadie más mientras no estoy!

La veo alejarse entre la multitud, su risa resonando en el aire. Me quedo un momento quieta,

observando a los invitados. Veo a Mia dando vueltas en la pista de baile, su vestido de flores ondeando a su alrededor. Veo a Rosetta charlando animadamente con algunos de los capos, probablemente compartiendo recetas. Incluso veo a mi padre, Don Bianchi, conversando en voz baja con Adriano en un rincón. La imagen me produce una mezcla de emociones que no sé cómo procesar.

Apenas he tenido tiempo de reflexionar sobre ello cuando siento otra presencia a mi lado. Es Alessandro, con una copa en la mano y una sonrisa traviesa en los labios. Su traje está ligeramente desarreglado y tiene ese brillo en los ojos que siempre presagia problemas.

—Joder, cuñadita —dice, silbando por lo bajo—. Tu amiga es la mujer más caliente que he visto en mi vida.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír. El encanto descarado de Alessandro es parte de su personalidad, y aunque a veces me saca de quicio, he aprendido a apreciarlo. —Ni se te ocurra, Alessandro. Valeria es demasiado buena para ti.

Él se lleva una mano al pecho, fingiendo estar ofendido. —Me hieres, Elena. Soy un partidazo.

Estoy a punto de responderle con algún comentario mordaz cuando escuchamos voces alzadas cerca de nosotros. Me giro y veo a Enzo y Chiara discutiendo en un rincón. O más bien, Chiara está gritándole a Enzo mientras él intenta calmarla. La escena es tan incongruente con la alegría que nos rodea que por un momento me pregunto si lo estoy imaginando.

—¡No puedes simplemente actuar como si nada hubiera pasado! —exclama Chiara, con lágrimas en los ojos. Su voz tiembla de emoción contenida, y puedo ver el dolor reflejado en su rostro.

—Chiara, por favor, este no es el momento ni el lugar —intenta decir Enzo, su voz normalmente segura ahora teñida de desesperación.

—¡Nunca es el momento ni el lugar contigo! —espeta ella, antes de darse la vuelta y salir pisando fuerte. La veo desaparecer entre la multitud, dejando tras de sí un rastro de confusión y tristeza.

Me quedo mirando la escena, boquiabierto. En todos estos meses, nunca había visto a Enzo perder el control de una situación. Verlo ahora, con los hombros caídos y una expresión de derrota en el rostro, me hace darme cuenta de lo poco que realmente sé sobre las personas que me rodean.

Me giro hacia Alessandro, que parece tan sorprendido como yo. Su habitual sonrisa burlona ha sido reemplazada por una expresión de genuina preocupación.

—¿Sabes qué les pasa a esos dos? —le pregunto, incapaz de contener mi curiosidad.

Alessandro frunce el ceño, su mirada aún fija en el lugar por donde desapareció su hermana. —No tengo ni idea. Hasta donde yo sabía, Chiara siempre se había comportado como si Enzo hubiera colgado el sol y las estrellas en el mundo.

—Creo que sería muy interesante descubrir qué les ha pasado —murmuro, más para mí misma que para Alessandro. Mi mente ya está trabajando, intentando encajar las piezas de este nuevo rompecabezas.

Antes de que pueda seguir especulando, siento unos brazos fuertes rodearme por detrás. El aroma familiar de Adriano me envuelve, una mezcla de su colonia cara y algo puramente suyo que siempre me hace sentir como en casa.

—¿Me has echado de menos, preciosa? —susurra en mi oído, su aliento cálido provocándome un escalofrío de placer.

Me giro en sus brazos y le sonrío, perdiéndome por un momento en la profundidad de sus ojos. —Siempre —respondo con sinceridad. Porque es la verdad. Incluso cuando está a solo unos metros de distancia, una parte de mí siempre le echa de menos.

Mientras Adriano me abraza, apoyo mi cabeza en su pecho y dejo que el sonido de su corazón me calme. Es un ritmo constante, fuerte, como el hombre que lo posee. Pienso en todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí, en todas las pruebas que hemos superado. Las amenazas, los secretos, los momentos en que creímos que todo estaba perdido. Y, sin embargo, aquí estamos. Más fuertes, más unidos que nunca.

Y me doy cuenta de que esto es solo el principio. Nuestra vida juntos no ha hecho más que empezar, y tengo ganas de descubrir todo lo que nos espera. Los buenos momentos, los malos, los desafíos y las alegrías. Porque sé que, pase lo que pase, lo afrontaremos juntos.

Miro a mi alrededor, a nuestra extraña y perfecta familia. Alessandro coqueteando descaradamente con Valeria, que acaba de regresar del baño y parece entre divertida y exasperada por sus atenciones. Mía dormida en los brazos de Giulia, su carita angelical en paz con el mundo. Enzo, con aspecto abatido, mirando hacia donde se fue Chiara, una historia sin contar reflejada en sus ojos.

Y Adriano, mi marido, mi compañero, mi amor, sosteniéndome como si fuera lo más precioso del mundo. Sus manos, capaces de tanta violencia, ahora me acarician con una ternura que me desarma.

No sé qué nos depara el futuro. No sé qué nuevos peligros o aventuras nos esperan. Pero de una cosa estoy segura: lo afrontaremos juntos, como una familia. Porque eso es lo que somos ahora. Una familia. Los Caruso. Unidos por lazos más fuertes que la sangre, forjados en el fuego de las adversidades que hemos superado.

Siento a nuestro bebé moverse en mi vientre, como si quisiera recordarme que el futuro está lleno de promesas y nuevas aventuras. Sonrío, poniendo mi mano sobre mi barriga. Adriano cubre mi mano con la suya, y en ese gesto simple veo reflejado todo nuestro amor, todas nuestras esperanzas y sueños.

Y no puedo esperar para ver qué nos depara el mañana. Porque sea lo que sea, sé que estaremos juntos. Y eso es todo lo que necesito.

EPÍLOGO

ENZO

La veo bajar del avión y todo se va a la mierda. Meses de planificación, de autocontrol, se desvanecen con solo una mirada de Chiara. Joder, creí que estaba preparado para su regreso, pero me equivocaba. No hay forma de estar listo para un huracán como ella.

Intento mantener la compostura, ser el Enzo que todos conocen: frío, calculador, implacable. Pero es inútil. Con cada paso que da hacia su familia, siento que mis defensas se derrumban.

Hay una lista interminable de motivos por los que no debería querer a la hermana pequeña de mi mejor amigo. Motivos que me repito cada noche, como un mantra, intentando convencerme de que esto es una locura.

No sabría decir el momento exacto en el que pasé de verla como una niña a la que quería proteger a una mujer a la que no me puedo resistir. Quizás fue durante una de sus visitas a casa, cuando la vi reír con Alessandro, tan libre, tan llena de vida. O tal vez fue en alguna de nuestras conversaciones telefónicas, cuando me contaba sus aventuras en la universidad con tanto entusiasmo que casi podía sentir su energía a través del teléfono.

El problema no es solo que la encuentre increíblemente atractiva. Es que la quiero. Cada pequeño detalle de su forma de ser. La fuerza de su personalidad. Su descaro. Esa manera que tiene de ver la vida tan intensa. De blancos y negros.

Pero no debería quererla. Es demasiado joven, demasiado pura para alguien como yo. Es la hermana de Adriano, por el amor de Dios. El hombre que me sacó de las calles, que me dio un propósito, una familia. ¿Cómo puedo traicionarlo así?

Soy el puto ejecutor de la mafia, un asesino sin remordimientos que encuentra alivio al acabar con otros. Tengo la cara destrozada por cicatrices que cuentan historias que preferiría olvidar. Y ella... ella es la mujer más hermosa del mundo. No soy suficiente para Chiara y nunca lo seré.

La lista de razones sigue y sigue hasta el infinito. Cada una más contundente que la anterior. Cada una un recordatorio de por qué esto es imposible.

¿El problema? Que ella no me lo pone nada fácil.

Siempre fue muy cariñosa conmigo, incluso cuando era una niña. Y ahora, que es ya una mujer, ha puesto el punto de mira en mí y planea quebrar mi voluntad. Lo veo en sus ojos, en la forma en que me busca entre la multitud. Como si pudiera ver a través de todas mis barreras, directamente a mi alma jodida y rota.

Me quedo en las sombras, donde pertenezco, observándola mientras saluda a su familia. Adriano la abraza con fuerza, Alessandro bromea con ella, Elena le da la bienvenida con una sonrisa cálida. Y yo... yo me mantengo al margen, como siempre.

Mientras la observo reír con su familia, mi mente vuelve inevitablemente a su decimoctavo cumpleaños. El día que todo cambió. El día que me di cuenta de que ya no era la niña que había visto crecer, sino una mujer. Una mujer que despertaba en mí sentimientos que no debería tener.

Y ahora está aquí, de vuelta en casa, y no sé cómo voy a sobrevivir. Cómo voy a mantener esta fachada de indiferencia cuando todo lo que quiero es tomarla en mis brazos y no soltarla jamás.

Pero no puedo. No lo haré. Porque sé que no me la merezco. Sé que solo la arrastraría a mi mundo de oscuridad y sangre. Y ella merece luz. Merece alguien que pueda darle una vida normal, feliz. Alguien que no tenga las manos manchadas de sangre.

Así que haré lo que siempre he hecho. Me mantendré alejado. La cuidaré desde las sombras, donde siempre he estado destinado a estar. Velaré por su seguridad, me aseguraré de que sea feliz, aunque eso signifique verla en brazos de otro hombre algún día.

Porque eso es lo que hago. Protejo a los que amo, incluso si eso significa protegerlos de mí mismo. Y amo a Chiara más de lo que he amado a nadie en mi vida.

Mientras la veo alejarse con su familia, siento cómo una parte de mí se va con ella. Pero me mantengo firme. Es lo mejor para ella. Es lo único que puedo hacer.

Porque al final del día, soy Enzo Falcone. El ejecutor. El hombre de las sombras. Y es ahí donde debo permanecer.

Lejos de ella. Lejos de la única luz que ha iluminado mi oscura existencia.

Es el precio que debo pagar por amarla. Y lo pagaré gustoso, si eso significa que ella podrá ser feliz.

Aunque eso me destroce por dentro.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

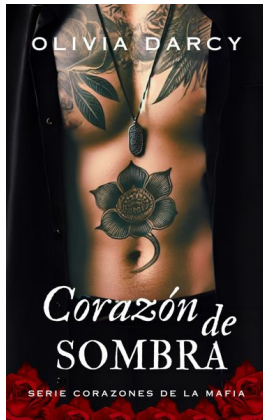
Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.



O pulsando [AQUI](#)

SIGUIENTE ENTREGA DE CORAZONES DE LA MAFIA



Lanzamiento el 25 de octubre

¿Podrá Enzo resistirse a Chiara cuando conviva con ella?

Enzo Falcone, el implacable ejecutor de los Caruso, observa desde las sombras a Chiara, la hermana de su jefe. Sus cicatrices no son nada comparadas con las heridas de su alma.

Chiara Caruso regresa decidida a conquistar a Enzo, pero él la rechaza, atrapado entre el deseo y la lealtad. En un juego peligroso, ella amenaza con casarse con otro mafioso.

Obligados a pasar dos meses juntos, Enzo debe proteger a Chiara mientras lucha contra su creciente atracción.

¿Podrá el amor sacar a Enzo de las sombras? ¿O el pasado los condenará a ambos a la oscuridad?

Corazón de Sombra: donde el deseo y el deber se enfrentan en las tinieblas del mundo mafioso. El segundo libro de la saga *Corazones de la Mafia*, te sumerge en un tórrido romance donde el deseo y el peligro van de la mano. ¿Te atreverás a adentrarte en las sombras del amor prohibido?

RESÉVALO [AQUÍ](#)

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela romántica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.

Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy